



LAMARTINE

HIST. DE
GIRONDE

699

DC179

L3

v. 3

H. C.

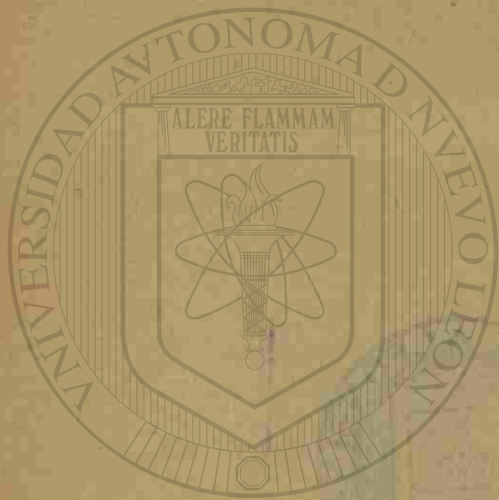


1020025045



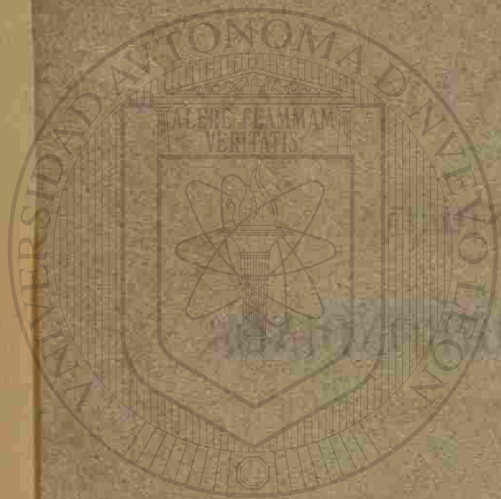
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
FONDO RICARDO COVARRUBIAS
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





HISTORIA
DE LOS GIRONDINOS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



HISTORIA

DE LOS

GIRONDINOS,

POR

A. DE TAMARITTE.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

MADRID.

ESTABLEC. TIPOG. DE D. F. DE P. MELLADG.

CALLE DE STA. TERESA NÚM. 8.

1851.

099484

17208

946
L.

DCL79

L3
V.3



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

80351

HISTORIA DE LOS GIRONDINOS.

LIBRO VEINTE Y OCHO.

Negociaciones secretas en los ejércitos.—Danton intenta hacerse dueño de la revolución.—Dumouriez en Paris.—Se concierta con Danton.

I.

Mientras que Dumouriez triunfaba por su talento militar del ejército prusiano, su genio no descuidaba la parte política. Su campo, en los últimos días de la campaña, era á la vez un cuartel general y centro de negociaciones diplomáticas. Como antiguo hombre de estado, avezado á las intrigas de las cortes, conociendo á fondo los secretos de los gabinetes estrangeros y las sordas rivalidades que se engendran bajo la aparente armonía de las coaliciones, Dumouriez habia anudado ó contraído algunas relaciones en parte patentes, en parte ocultas, con el duque de Brunswick y con los militares y ministros mas influyentes en las determinaciones del rey de Prusia. Danton era el único ministro con quien Dumouriez pudo en-

946
L.

DCL79

L3
V.3



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

80351

HISTORIA DE LOS GIRONDINOS.

LIBRO VEINTE Y OCHO.

Negociaciones secretas en los ejércitos.—Danton intenta hacerse dueño de la revolución.—Dumouriez en Paris.—Se concierta con Danton.

I.

Mientras que Dumouriez triunfaba por su talento militar del ejército prusiano, su genio no descuidaba la parte política. Su campo, en los últimos días de la campaña, era á la vez un cuartel general y centro de negociaciones diplomáticas. Como antiguo hombre de estado, avezado á las intrigas de las cortes, conociendo á fondo los secretos de los gabinetes estrangeros y las sordas rivalidades que se engendran bajo la aparente armonía de las coaliciones, Dumouriez había anudado ó contraído algunas relaciones en parte patentes, en parte ocultas, con el duque de Brunswick y con los militares y ministros mas influyentes en las determinaciones del rey de Prusia. Danton era el único ministro con quien Dumouriez pudo en-

tenderse en el interior para las confidencias de estas negociaciones. El saqueo del guarda-muebles de la corona, que había tenido lugar en París con la complicidad presenta de oscuros agentes del ayuntamiento, proporcionó, según dicen, á Dumouriez, no unos grandes medios de seducción y cuales se necesitan para salvar una patria, sino lo suficiente para sufragar á aquellos gastos secretos que pagan una intriga y captan el favor de los agentes subalternos de una corte ó de un cuartel general.

El duque de Brunswick no deseaba menos que Dumouriez negociar y combatir al mismo tiempo que peleaba: el cuartel general del rey de Prusia estaba dividido en dos pandillas; la una quería mantener al rey en el ejército, la otra aspiraba á alejarlo de él. El conde de Schulemburg, confidente del rey, pertenecía á la primera; el duque de Brunswick era el alma de la segunda. Haugwitz, Lucchesini, Lombard, secretario privado del rey, Kalkreuth y el príncipe de Hohenlohe apoyaban el pensamiento del generalísimo y no cesaban de representar al rey que los negocios de Polonia, mas importantes para su imperio que los desórdenes de París, exigían su presencia en Berlín para coger su parte en aquella vasta presa que la Rusia iba á devorar por sí sola. El rey se resistió con la firmeza de un hombre que ha comprometido su honra por una causa grande á la faz del mundo y que quiere salir de su empeño, al menos con gloria. Permaneció, pues, en el ejército y envió al conde de Schulemburg para vigilar en su nombre las operaciones de Polonia. Desde este día el príncipe se entregó solo en su campo á influencias interesadas en detener su marcha y en enervar sus resoluciones: desde aquel momento todo propendía á la retirada.

II.

El duque de Brunswick buscaba un pretexto para abrir conferencias con el cuartel general francés. Mientras permaneció detrás del Argonne á diez leguas de Grandpré, este pretexto naturalmente no se presentó; el rey de Prusia hubiera visto una cobardía ó una traición en esta idea; este fué uno de los motivos que determinaron al duque de Brunswick á atravesar el Argonne y ponerse frente á frente de Dumouriez. Este fué sin duda también el motivo secreto por el cual el generalísimo después de tan gran despliegue de fuerzas y de tantas demostraciones vanas en el campo de la Luna, no atacó al ejército francés al arma blanca, ni empuñó sino un cañoneo en lugar de dar una batalla completa, retirándose luego por la noche á sus líneas y dejándolo todo indeciso. El combate de Valmy, no era según las ideas del duque de Brunswick, sino una negociación á cañonazos; á sus ojos, Dumouriez tenía la suerte de la revolución francesa en sus manos, y no podía creer que este general quisiese servir de ciego instrumento de una democracia anárquica. «El arrojará en la balanza su espada, decía á sus confidentes, y ella sola bastará para hacerla caer hacia el lado de una monarquía constitucional y moderada volviéndose contra los carceleros de su rey y contra los asesinos de setiembre: como defensor de las fronteras de su país, no tendrá que hacer sino amenazar con que va á abriselas á la coalición para hacer temblar y obedecer á los directores de las asambleas nacionales. Una transacción entre la Francia monárquica y la Prusia, bajo los auspicios de Dumouriez, es mil veces preferible á una guerra estrema en que la Prusia juega su ejército y sus tesoros contra la desesperación de una nación entera. Nuestro interés es el de engrandecer á Dumouriez á los ojos

de sus compatriotas, para que su nombre sea mas importante y mas popular, y nos permita tratar con él y dejarle en disposicion de emplear su ejército contra los jacobinos de Paris. Conozco á Dumouriez, le hice prisionero hace treinta y dos años en la guerra de los siete años; cubierto de heridas cayó en manos de mis hulanos y le salvé la vida, haciéndole cuidar y dándole mi capital por arresto, haciendo de mi prisionero un compañero de mis diversiones y un amigo. Quiero verle, y quiero sondear sus designios secretos, y secundarlos en el interés de Alemania: él reconocerá á su antiguo libertador, y nosotros adelantaremos mas los negocios de Europa en algunas conferencias, que no en ruinosas campañas.

III.

Así se espresaba el duque de Brunswick, y no se engañaba acerca de las miras secretas de Dumouriez, pero sí respecto á su poder sobre él. La revolucion, en toda su fuerza entonces, no se ponía á merced de nadie; ella todo lo arrastraba, pero no se dejaba arrastrar por nadie; sin embargo, apenas habian vuelto los ejércitos á sus líneas al día siguiente del combate de Valmy, cuando el duque de Brunswick envió al campo de Kellermann al general prusiano Hoymann y al coronel Manstein, ayudante general del rey de Prusia so pretexto de negociar en cange de prisioneros. Dumouriez advertido por Kellermann, asistió á la conferencia, que fué larga, íntima y fisonjera por parte de los prusianos, y fiera, reservada y casi silenciosa por la de Dumouriez. Una palabra podia perderle, un gesto hacerle traicion, porque al negociar con los enemigos de su patria, tenia á su lado un rival en Kellermann, y detrás los sombríos comisarios de la Convencion. «Coronel, respondió á las manifestaciones del

rey de Prusia y del duque de Brunswick, me habeis dicho que se me estima en el ejército prusiano; y yo creo que se me desprecie juzgándome capaz de escuchar semejantes proposiciones.» Solo se limitó á convenir en una suspension de armas por parte de ambos ejércitos.

IV.

La noche misma que siguió á esta conferencia oficial, Westerman y Fabre d'Eglantine, agentes confidentiales de Danton, llegaron al campo so pretexto de reconciliar á Dumouriez y Kellermann, pero con la comision secreta de autorizar y de apresurar las negociaciones sobre la base de una pronta evacuacion del territorio. Aquella misma noche, el secretario privado del rey de Prusia, Lombard, con órden del rey y con la connivencia del duque de Brunswick, fingió caer con algunos carruages de equipages en poder de una patrulla de búsaes franceses, y fué llevado al coartel general, donde tuvo una entrevista con Dumouriez, cuyos pormenores ha revelado el mismo despues. La libertad de Luis XVI de su prision en el Temple y el restablecimiento de la monarquia constitucional en Francia, eran por parte del rey de Prusia, las dos condiciones preliminares de la negociacion. Dumouriez profesaba los mismos principios, confesaba ser tales sus deseos, y empeñaba su palabra personal de contribuir con todos sus esfuerzos á esta restauracion; pero él se perderá inútilmente, añadió, si contrae semejante compromiso en un tratado secreto. Su naciente popularidad no tenia aun bastante fuerza para llevarle á adoptar semejantes resoluciones. La Convencion acababa de declarar por unanimidad que jamás reconoceria otro rey. El solo medio de dar á Dumouriez el crédito necesario sobre la nacion para la libertad del rey, era presentarle á la

Francia como el libertador de la patria, y como el pacificador de la revolución. La retirada de los ejércitos extranjeros del territorio francés, era el primer paso hacia el orden y hacia la paz. Instado Dumouriez por Lombard para que aceptase una conferencia con el duque de Brunswick, el general se negó á ello, pero remitió á este negociador una memoria razonada para el rey de Prusia. En esta memoria manifestaba á aquel príncipe los motivos y la posibilidad de una alianza de intereses comunes con la Francia, esforzándose en demostrarle los peligros de una coalición con el emperador, alianza que, agotando á la Prusia de hombres y de dinero, no sería provechosa más que al Austria. Sopretesto de conducir á Lombard al cuartel general del rey de Prusia, Dumouriez envió á Westermann, confidente de Danton y su ayudante general, al campo prusiano. Habiendo participado Lombard y repetido al rey las palabras confidenciales de Dumouriez, el rey autorizó al duque de Brunswick para tener una conferencia con Westermann.

Esta conferencia tuvo lugar en presencia del general Heymann, y se concluyó por parte del duque de Brunswick, por la petición de un tratado secreto que prometiese la libertad de Luis XVI, y que, suspendiendo las hostilidades entre los dos ejércitos, permitiese á los prusianos retirarse sin ser inquietados. El duque atribuyó toda la odiosidad de esta guerra á los austriacos y á los príncipes franceses, y abandonó sin disputárselos los emigrados que habían caído prisioneros de guerra á la vindicta de las leyes de su país. Westermann regresó para participar estas disposiciones á su general, y Dumouriez informó á Danton por un correo extraordinario. Danton por única respuesta, le envió el decreto de la Convención en que se declaraba que la república francesa no trataría con sus enemigos sino después que hubiesen evacuado su territorio.

Pero la última palabra de Danton, había llegado por

otro conducto á oídos de Dumouriez. Las conferencias no se suspendieron. Unas comunicaciones autorizadas y públicas para el cange de prisioneros sirvieron para ocultar conversaciones y correspondencias más misteriosas. Temiendo Dumouriez, que sus relaciones con el campo prusiano no le hiciesen acusar de traición por sus tropas, se adelantó á las sospechas: «Hijos míos, les decía á los soldados que se agrupaban á su alrededor cuando recorría los pueblos, ¿qué pensáis de todas estas negociaciones con los prusianos? ¿No os dan alguna sospecha contra mí?—No, no, respondieron los soldados, con otro, estaríamos inquietos y escudriñaríamos su conducta; pero con vos, cerramos los ojos, porque sois nuestro padre.» Así adormecía el hábil general á su ejército.

V.

Las mismas relaciones que había entre los generales de los dos campos contrarios se advertían en el de Kellermann, pero aquellas conferencias solo versaban sobre canges de prisioneros.

Una circunstancia apresuró la determinación del rey de Prusia y del duque de Brunswick. El mayor prusiano Masebach, confidente del rey, estaba comiendo con varios generales franceses y con los dos hijos del duque de Orleans. Después de la comida, Dillon, hablando en el hueco de una ventana con Masebach, le dijo, que si el rey su amo no consentía en reconocer la república, Luis XVI, la nobleza y el clero, perecerían infaliblemente en Francia, y que el mismo, adicto por principios y de corazón á la causa popular, no salvaría su cabeza del hacha del pueblo. Después dirigiendo alrededor de la sala una mirada inquieta y rápida y notando que los convidados estaban en grupos hablan-

do con mucha animacion y sin observarlo, sacó á Massembach al balcon: «Ved, le dijo en voz alta, qué magnifico pais!» y bajando la voz y cambiando de tono: «Advertid al rey de Prusia, añadió sin mirar á Massembach y disimulando el movimiento de los labios, que se prepara en París un proyecto de invasion en Alemania, por que se sabe que no hay tropas alemanas sobre el Rhin, queriendo por este medio obligar á vuestro ejército á retrogradar.» Esta peligrosa confianza, repetida á la noche por Massembach al rey, concordaba con los movimientos de Custine, que preparaba su irrupcion sobre Spira y Maguncia. El rey quedó admirado y conoció que cada vez se separaban mas de la idea de un acomodamiento.

Sin embargo, el partido austriaco, el partido de la guerra, y los emigrados sobre todo, para quienes la guerra era su única esperanza, murmuraban en el campo de los prusianos y asediaban con quejas y reconvencciones al cuartel general del rey.

«¿Qué presagian, decian, estas conferencias entre el rey y Dumouriez? ¿Querrán salvar la vida del rey de Francia sacrificándonos? Entonces ¿qué será de la monarquía, de la religion, de la nobleza y de la propiedad? ¿Se habrán armado nuestros aliados solo para entregarnos al enemigo?» Tales eran las quejas que los gefes de los emigrados y los enviados de los principes franceses, tenian del cuartel general del rey Prusia.

El Voltaire de Alemania, Goethe, que seguia al duque de Weimar en esta campaña, ha conservado en sus Memorias la relacion de una de aquellas noches que precedieron á la retirada de los alemanes. «En el círculo de personas que rodeaban la hoguera de un vivac, vi un anciano, escribe, cuyo rostro parecia un asno por los reflejos de las llamas, y al cual recordé haber visto en tiempo mas dichoso. Acerquéme al anciano y él me miró con admiracion, pareciendo no comprender por qué

juego caprichoso del destino me veia en medio de un ejército la vispera de darse una batalla. Este anciano era el marqués de Bombelles, embajador de Francia en Venecia, á quien yo habia visto dos años antes en aquella capital de la aristocracia y del placer, en donde yo acompañaba entonces á la duquesa Amelia, como el Taso habia acompañado á Leonor. Habléle de su hermoso palacio sobre el canal de Venecia y de aquellos momentos deliciosos en que la jóven duquesa y su comitiva llegaron en una góndola á la puerta de su palacio, donde fuimos recibidos por él con toda la gracia y magnificencia acostumbrada en su pais, en medio de la música, de las iluminaciones y de las fiestas. Yo creia distraerlo trayendo á su memoria aquellos gratos recuerdos, y no hice mas que agravar cruelmente sus penas; las lágrimas inundaron sus mejillas.—No hablemos ya de esas cosas, me dijo, aquel tiempo está ya muy lejos de nosotros, y aun entonces festejando á mis huéspedes, mi alegría no era mas que aparente. Yo tenia el corazon traspasado; preveia las consecuencias de las tempestades de mi patria y admiraba vuestra indolencia. En cuanto á mi me preparaba en silencio al cambio que iba á tener en mi situacion. En efecto, bien pronto me fué preciso dejar aquel destino, abandonar aquel palacio y aquella Venecia que se me habia hecho tan querida, para principiar una carrera de destierros, de aventuras y de miseria, que me ha traído aqui.... en donde voy á asistir tal vez, continuó el desterrado con tristeza, al abandono de mi rey por un ejército de reyes. El marqués de Bombelles se alejó para ocultar su dolor y se fué cerca de otra hoguera, tapándose la cabeza con la capa.»

El marqués de Bombelles había sido enviado al cuartel general por el barón de Breteuil para velar por los intereses de Luis XVI. Los consejos no escaseaban en la tienda del rey de Prusia. Los príncipes franceses proponían que se marchase sobre Chalons. El rey se inclinaba hacia los partidos más audaces y decisivos. El duque se oponía enérgicamente á que se marchase adelante. Este hacia presente la distancia que había hasta Verdun, arsenal y almacén del ejército; la dificultad y lentitud de las comunicaciones, la disminución diaria de los confederados, lo avanzado de la estación, los refuerzos que recibían los franceses en su propio terreno, la dificultad de pasar los desfiladeros de Grandpré sin experimentar grandes desastres, si batido el ejército tuviese que reconquistar el camino de Alemania, y finalmente concluía porque se esperaba el resultado de las negociaciones, sabiendo muy bien que sola con esperar se aumentaría el peligro y adquiría más fuerza el partido que estaba por la retirada. Así se pasaban unos días, que eran muy preciosos. El rey empezaba á ceder, y era evidente que no buscaba en los términos de la negociación sino un pretexto para cubrir el honor de sus armas, contentándose con las garantías más ilusorias sobre la vida y la libertad de Luis XVI. Dumouriez y Danton se las dieron.

Westermann fué enviado de nuevo á Paris y representó confidencialmente á Danton la verdadera situación de los espíritus en los dos campos. Dumouriez se había encargado para cubrir las apariencias de llevar unos pliegos para el ministro de Negocios Estrangeros Lebrun. «Si tengo al rey de Prusia aun ocho días en jaque, escribía el general á Lebrun, su ejército será derrotado sin haber

combatido. Este príncipe está muy indeciso, y quiere encontrar un medio para salir del atolladero. Puede que su desesperación le lleve á atacarme sino halla quien le dé un remedio aceptable. Entretanto yo continuo cortando mis plumas á sablazos.»

La carta reservada que el general en jefe escribió á Danton, confesaba una negociación más avanzada. «El rey de Prusia pide antes de tratar con nosotros, le decía, unas noticias detalladas sobre Luis XVI, sobre la naturaleza de su cautiverio, sobre la suerte que se le prepara y sobre las consideraciones que se tienen con una testa coronada.»

Danton quería que se desocupase el territorio á toda costa. Esta medida era absolutamente necesaria para la fundación de la república, y era la única que podía cubrir el horror de que los crímenes de setiembre empezaban á cubrir su nombre y su poder. Además, Danton, ligado con la corte por antiguas relaciones, deseaba en el fondo de su corazón salvar la vida del rey y la de su familia. Encargó á sus agentes del consejo municipal que visitasen á Luis XVI en la Torre del Temple, y que le diesen sobre la situación de los augustos presos, un informe oficial en que la detención política del rey se difiriese bajo la apariencia de una solicitud por conservar sus días, y en la que bajo las formas del respeto y de la compasión se ocultasen las murallas, los cerrojos y los rigores del Temple.

El corregidor Petion y el procurador Manuel se pusieron de acuerdo para secundar las miras de Danton, pidiendo al ayuntamiento una copia de todas las disposiciones relativas á la torre del Temple. Ellos mismos fueron á aquella prisión, interrogaron al rey, afectaron haber ido allí para compadecer respetuosamente y dar algún alivio al ilustre cautivo, y remitieron á Danton una sumaria información en la que constaban todas las pruebas del interés que habían tomado por la familia real.

Estos pasos fueron conocidos en París, y coincidiendo con la evacuacion del territorio, acreditaron el rumor de una correspondencia secreta entre Luis XVI y el rey de Prusia, en la cual decian que Manuel habia sido el mediador, añadiéndose que aquella correspondencia tenia por objeto obtener la retirada de los prusianos, á condicion de que habia de salvarse la vida á Luis XVI. Esta correspondencia no ha existido nunca. Los agentes de Luis XVI en el campo del rey de Prusia, que eran los señores de Breteuil, de Calonne, de Bombelles, de Moustier y los mariscales de Broglie y de Castries, no cesaron hasta el 29 de setiembre de pedir que se diese la batalla y que se marchase sobre París, único medio, segun ellos, de devolver la libertad al rey de Francia.

Sin embargo, Westermann regresó á París con aquel documento destinado á adormecer los escrúpulos cabalrescos del rey de Prusia. Dumouriez lo remitió al cuartel general prusiano por su confidente íntimo Thouvenot. Autorizado este con amplios poderes de su general y amigo, dió verbalmente al duque de Brunswick la seguridad de las disposiciones personales de Dumouriez. «El general está resuelto á salvar al rey y á regularizar la revolucion, dijo el coronel Thouvenot, él se declarará por el restablecimiento de la monarquía cuando sea tiempo y cuando haya preparado su ejército á obedecerle y puesto á París en estado de temblar solo con su presencia. Pero para esto es necesario una gran popularidad. La evacuacion voluntaria del territorio por el rey de Prusia, ó una victoria decisiva sobre vuestro ejército, son las únicas cosas que pueden darle esta popularidad. El general está igualmente dispuesto á la batalla que á entrar en negociaciones: escoged.»

VII.

El duque de Brunswick transmitió al rey de Prusia los documentos relativos á la torre del Temple, y le dió cuenta de lo dicho por Thouvenot. El último consejo de gabinete fué convocado para el 28 en presencia del rey. El duque habia preparado con anticipacion los papeles y los informes; dió cuenta al rey del estado de la negociacion secreta por la cual no quedaba otra esperanza de salvar la vida de Luis XVI que la evacuacion del territorio francés y depositó en la mesa los pliegos que habian llegado aquella noche de Inglaterra y Holanda anunciando que estos dos gobiernos rehusaban formalmente tomar parte en la liga contra la Francia. En fin, confirmó la confianza hecha á Marseback por el general Dillon, y mostró á Custine, moviendo ya sus columnas sobre el Rhin, y pronto á cortar la retirada al ejército prusiano. Rogó al rey que cediese á la vez á su generosa compasion por Luis XVI y á los intereses de su propia monarquía, no penetrando mas adelante en un país en que las pasiones estaban en efervescencia y que no arriesgase una batalla cuyo resultado mas ventajoso seria verter sangre prusiana inútil y aisladamente por una causa abandonada por la Europa. El rey se avergonzó y cedió. La orden para prepararse al combate, dada el día anterior, se convirtió en orden de prepararse á marchar. La retirada quedó resuelta definitivamente.

Un convenio tácito quedó concluido desde aquel momento entre los generales de los dos ejércitos. Dumouriez lo esplicaba así en una carta dirigida al ministro Lebrun. «Es menester mirar todo esto, le decía, como una negociacion puramente militar, tal como las hacian los capitanes griegos y romanos á la cabeza de sus ejércitos. Elevémonos hasta aquellos tiempos heroicos si queremos ser

dignos de la república que hemos creado,» ocultando bajo estas palabras la naturaleza de la negociacion, que militar en la apariencia, era política en el fondo. Dumouriez ponía de manifiesto una parte de ella para ocultar el resto.

En este convenio militar se establecía, que el ejército francés se obligaba á no inquietar á los prusianos en su retirada hasta el Meuse, y que al otro lado de este río, el ejército francés observaría los movimientos sin atacar; á condicion, que el rey de Prusia entregaría sin combate las ciudades de Longwy y Verdun ocupadas por sus tropas. El convenio político y verbal, respondía al rey de Prusia de la vida de la familia real y de los esfuerzos de Dumouriez para restaurar la monarquía constitucional y moderar la revolución. Este tratado, cuya existencia ha sido objeto de tantas controversias y de tantas acusaciones, no puede en el día ponerse en duda. El honor del gabinete prusiano le obligaba á negarlo y á atribuir la retirada pacífica del ejército coaligado á la habilidad de sus maniobras y á la impotencia de los franceses, pues que de este gabinete han salido con el tiempo la confesion, los testimonios y los documentos que demuestran la realidad de la negociacion. Esta desconfianza por si sola la inexplicable conducta de Dumouriez en dejar efectuar impunemente al duque de Brunswick y al rey una marcha de flanco que los esponia á ser cortados, si el ejército francés no hubiese medido sus pasos para marchar con igual lentitud que el prusiano; de suerte, que mas bien parecia que aquel iba acompañando á sus enemigos, que el que quisiese echarlos de sus fronteras.

DIRECCIÓN VIII. GENERAL

Esta negociacion de Dumouriez, no fué ni traicion ni debilidad. No fué mas que el instinto del patriotismo y del genio de las circunstancias: Salvó á la Francia con su

actitud en lugar de comprometerla dando un golpe. Una evacuacion cierta, valia mas para la Francia en su apurada situacion que una batalla dudosa. Si hubiera atacado la retaguardia, el duque de Brunswick con cuarenta mil hombres mas que Dumouriez, podia revolverse y deshacer al ejército francés. La Francia carecia de otro ejército, y tampoco tenia un segundo Dumouriez. Una derrota la entregaba á la invasion, y las consecuencias hubieran sido destruir la república apenas afirmada por la victoria del 10 de agosto. Mas interesado Danton que nadie en que se adoptasen medidas desesperadas, lo conoció así, y fué cómplice de la prudencia de Dumouriez: su energia, capaz de conducirle hasta el crimen, no era para llevarle á la demencia. Tomó, pues, el convenio y la tregua bajo su responsabilidad.

Dumouriez, tuvo otro motivo para no abusar de la retirada y para contemplar á los prusianos. Como habia sido diplomático antes que soldado, sabia que las coaliciones llevan con ellas las rivalidades ocultas que debien disolverlas. La Rusia y el Austria iban á disputar á la Prusia los restos preciosos de la Polonia, mientras que el ejército prusiano consumía sus fuerzas en la cruzada de los reyes contra la Francia. El gabinete prusiano y el duque de Brunswick, no disimulaban estos peligros. Una alianza con la Francia aunque fuese republicana, podia entrar en el pensamiento secreto del gabinete prusiano: era necesario no contrariar este pensamiento reservado del rey de Prusia y de su nación, llevando la guerra hasta el derramamiento de sangre, y el paso retrógrado del rey hasta la humillacion. Dejar á los prusianos los honores de la guerra, y espulsarlos del territorio de la república, era una profunda habilidad. Siempre se está á tiempo de reconciliarse con un enemigo cuyo orgullo no se ha herido. La libertad tenía demasiados enemigos en el continente para no reservarse una alianza en el corazon de la Alemania: pero el verdadero y secreto motivo

de Dumouriez era personal. Una guerra de ardides que podía prolongarse todo el invierno, y aun toda la campaña siguiente contra los prusianos, en los Ardenes y sobre el Meuse, no convenia ni á su situación política, ni á su ambicion. Dumouriez necesitaba dos cosas; adquirir el título de libertador del territorio francés, y quedar en libertad para llevar á otra parte su actividad y su genio. La retirada pacífica de los prusianos, y un tratado secreto con esta potencia, le garantizaban estas dos necesidades de su situación. Tranquilizada la Convencion respecto á esta parte de la frontera, le permitiría realizar su ensueño militar y llevar la guerra á Bélgica. Venciendo á los prusianos en el interior, quedaria vencedor de los austriacos en sus propios dominios: al título de libertador del territorio de la república, añadiría el de conquistador del Brabante: con esta doble corona de gloria, ¿qué era lo que no podría intentar en beneficio del rey, de la república, ó de sí mismo? ¿Restablecería á Luis XVI sobre un trono constitucional? ¿Crearía una dinastía nueva emanada del seno de la revolución en la persona del joven duque de Chartres hijo del duque de Orleans que acababa de aparecer en medio del fuego de Valmy como coronado con la aureola del porvenir? ¿Abandonaría la Francia á sus convulsiones, y se crearía el mismo una potencia independiente en las provincias belgas arrancadas por él á la opresion austriaca y á la espoliacion de la Francia? Indeciso se hallaba sobre el partido que le convenia, pero tambien lo estaba á decidirse por aquel que mas conviniese á sus intereses. Sin embargo, ante todo, era menester conquistar la Bélgica. Dejó á sus tenientes que siguiesen lentamente al ejército prusiano que se retiraba sembrando sus campamentos y los caminos por donde pasaba de victimas de las enfermedades que habia contraido en las inmediaciones del bosque de Argonne y que lo diezmaban cruelmente, y se fué á triunfar á Paris.

IX.

La tarde de su llegada á la capital, Dumouriez se arrojó en los brazos de Danton, á pesar de la sangre del 2 de setiembre, sangre de que aquel ministro estaba cubierto. Estos dos hombres se comprendian á pesar del horror de la época: el uno era la cabeza, y el otro el brazo de la patria: así es que se juraron alianza y amistad recíprocas, persuadidos de que eran mutuamente necesarios. Danton era el complemento de Dumouriez, y éste era el de Danton. El uno respondia del ejército, y el otro del pueblo. Ambos se reconocian dueños de la revolución.

Hacia este tiempo el duque de Chartres, que fué después rey de los franceses, se presentó en la audiencia del ministerio de la Guerra, Servan, para quejarse de una injusticia que le hacian las oficinas. Servan estaba enfermo en la cama, y escuchó con distraccion al joven príncipe. Danton estaba presente y parecia que mandaba en el ministerio de la Guerra mas que el mismo ministro; así es que no tuvo inconveniente en llamar aparte al duque de Chartres, al cual dijo en voz baja: «¿Qué haceis aqui? ¿No estais viendo que Servan es un fantasma de ministro y que no puede ni servirnos ni perjudicaros? Venid mañana á verme, yo os oiré y arreglaré ese asunto.» El duque de Chartres fué al dia siguiente á la cancelleria, y Danton le recibió con una especie de sequedad paternal: «Y bien, joven, dijo al duque de Chartres, se asegura que teneis ciertas conversaciones muy parecidas á la murmuracion, que criticais las grandes medidas del gobierno, y que os mostrais compasivo por las victimas y horror hácia los verdugos. Id con cuidado, el patriotismo no admite tibieza, y teneis que haceros perdonar un gran nombre.» El príncipe confesó con una firmeza superior á su edad, que el ejército miraba con horror la sangre ver-

tida en otra parte que en el campo de batalla, y que los asesinatos de setiembre le parecía que deshonraban la libertad. «Sois demasiado joven aun para juzgar de estos acontecimientos», le replicó Danton con acritud y tono de superioridad; para comprenderlos, es necesario estar en la situación en que nosotros estamos. La patria está amenazada y ningún defensor se ha levantado en su favor. Los enemigos avanzaban e iban á sumergirnos en un abismo; hemos tenido necesidad de poner un rio de sangre entre los tiranos y nosotros. En lo sucesivo callad. Volved al ejército, batíos bien, pero no prodigéis inútilmente vuestra vida; os quedan aun muchos años que vivir; la Francia no gusta de la república; conserva aun los hábitos, las debilidades, y las necesidades de la monarquía; despues de nuestras tempestades, ella se verá obligada á restablecerla por efecto de sus vicios ó de sus necesidades; ¡quién sabe lo que el destino os tiene reservado! Adios, joven, ¡acordaos de la prediccion de Danton!

X.

Al día siguiente de su llegada, Dumouriez comió en casa de Roland con los principales girondinos. Al entrar en el salon, presentó á madama Roland un ramo de flores de adelfa en señal de reconciliacion y como para tributar á los girondinos, en su persona, el homenaje de la victoria que acababa de conseguir.

La gloria de su campaña resplandecía en su varonil presencia, y todos los partidos querian iluminarse con sus rayos. Sentado entre madama Roland y Vergniaud, recibió con pensativa reserva los cumplidos de los convidados. La guerra entre ellos y los jacobinos había principiado ya, aunque no ostensiblemente. Dumouriez no quería declararse sino por la patria. Madama Roland se lo

perdonó todo. Despues de comer se fueron á la ópera, en donde fué aplaudido por todo un pueblo. Danton triunfaba á su lado en el palco del ministro del Interior y parecía que lo presentaba al pueblo. Madama Roland y Vergniaud, llegaron al teatro algunos momentos despues, y abrieron la puerta del palco para entrar á acompañar al vencedor; pero al reparar madama Roland en el aspecto siniestro de Danton que estaba sentado al lado de Dumouriez, hizo un gesto de horror, creyendo ver la figura del crimen, al lado de la gloria. Parecióla que hasta esta se manchaba con el contacto de Danton. Entonces se retiró sin que la hubiesen visto. Llevándose consigo á Vergniaud. El hombre de setiembre la ocultaba al hombre de Valmy.

Parecía que había pasado un siglo desde el día en que Dumouriez había salido de Paris y el en que volvía. Había dejado una monarquía, y encontraba una república. Despues de un interregno de algunos días, durante los cuales, el ayuntamiento de Paris y la Asamblea legislativa se habían disputado un poder caído en manos de los asesinos y recogido en medio de los charcos de sangre por Danton, único que se atrevió á hacerlo; la Convencion nacional se había reunido y se preparaba á obrar. Habiendo sido esta elegida entre el tumulto del 10 de agosto y el terror de las jornadas de setiembre, se componía de unos hombres que aborrecían á la monarquía y que tampoco creían en la Constitución de 91, que era para ellos una transaccion intentada bajo el nombre de monarquía constitucional: estos hombres de ideas tan exageradas, eran los únicos que correspondían á las circunstancias estrañas en que se hallaba la Francia. En tiempos normales jamás se les hubiera hecho caso.

Los girondinos y los jacobinos que se habían confundido por un momento en una conspiracion comun contra el trono, habían nombrado en todas partes por aclamacion para que terminase su obra. Su mandato se reducía

á acabar con lo pasado, destruir las resistencias, pulverizar el trono, la aristocracia, el clero, la emigracion, los ejércitos extranjeros, arrojar el guante á todos los reyes y proclamar, no la soberania abstracta del pueblo que se puede desnaturalizar en el mecanismo complicado de las constituciones mixtas, sino la soberania popular que interroga hombre por hombre hasta el último de los ciudadanos, y que hace reinar con un irresistible poder el pensamiento, la voluntad y hasta las pasiones generales. Tal era el instinto del momento.

Todos los nombres que la Francia habia oido pronunciar desde el principio de la revolucion en sus ayuntamientos, en sus clubs y en sus molines, se encontraban en la lista de los miembros de la Convencion. La Francia los habia escogido, no por su moderacion, sino por su ardor; no por su sabiduria, sino por su audacia; no entre los hombres de edad madura, sino entre la juventud mas fogosa y alborotada. Fué esta una eleccion á la desesperada. La patria conocia que en los peligros en que su resolucion de cambiar la faz del mundo iba á arrojarla, necesitaba combatientes y no legisladores. Menos que un gobierno, era una fuerza temporal la que queria constituir. Penetrada de la necesidad de la unidad y de la energia de accion, vomitaba á sabiendas una grande dictadura. Solamente que en vez de dar esta dictadura á un hombre que podria engañarse, debilitarse ó hacerla traicion, se la daba á setecientos cincuenta representantes que le respondian de su fidelidad por sus mismas rivalidades, y que observandose los unos á los otros no podrian ni detenerse en su marcha, ni fingir encontrarse con las sospechas del pueblo delante y el suplicio detras de ellos. No eran luces, ni justicia, ni virtud lo que se les pedia, exigíaseles únicamente una gran fuerza de voluntad.

LIBRO VEINTE Y NUEVE.

Fin de la Asamblea legislativa.—La Convencion.—Disidencias.—El trono.—La república.—Los girondinos.—Collot de Herbois pide la abolición del trono.—Los girondinos la adoptan.—Vergniaud propone que se redacte inmediatamente el acta de supresion.

I.

El 23 de setiembre á medio día, las puertas de la sala del Picadero se abrieron y se vió entrar lenta y solemnemente á todos aquellos hombres, de los cuales los mas ilustres debian salir de alli para el cadalso. Los espectadores de la tribuna, puestos en pie, atentos é inclinados hácia la sala reconocieron y señalaron con el dedo, nombrándoselos los unos á los otros los principales miembros de la Convencion á medida que iban entrando.

Los miembros de la Asamblea legislativa escollaron en cuerpo á la Convencion para abdicar en ella solemnemente. Francisco de Neufchâteau, último presidente que habia sido de la Asamblea disuelta, tomó la palabra: «Representantes de la nacion, dijo, la Asamblea legislativa ha cesado en sus funciones y depone el gobierno

á acabar con lo pasado, destruir las resistencias, pulverizar el trono, la aristocracia, el clero, la emigracion, los ejércitos extranjeros, arrojar el guante á todos los reyes y proclamar, no la soberania abstracta del pueblo que se puede desnaturalizar en el mecanismo complicado de las constituciones mixtas, sino la soberania popular que interroga hombre por hombre hasta el último de los ciudadanos, y que hace reinar con un irresistible poder el pensamiento, la voluntad y hasta las pasiones generales. Tal era el instinto del momento.

Todos los nombres que la Francia habia oido pronunciar desde el principio de la revolucion en sus ayuntamientos, en sus clubs y en sus molines, se encontraban en la lista de los miembros de la Convencion. La Francia los habia escogido, no por su moderacion, sino por su ardor; no por su sabiduria, sino por su audacia; no entre los hombres de edad madura, sino entre la juventud mas fogosa y alborolada. Fué esta una eleccion á la desesperada. La patria conocia que en los peligros en que su resolucion de cambiar la faz del mundo iba á arrojarla, necesitaba combatientes y no legisladores. Menos que un gobierno, era una fuerza temporal la que queria constituir. Penetrada de la necesidad de la unidad y de la energia de accion, vomitaba á sabiendas una grande dictadura. Solamente que en vez de dar esta dictadura á un hombre que podria engañarse, debilitarse ó hacerla traicion, se la daba á setecientos cincuenta representantes que le respondian de su fidelidad por sus mismas rivalidades, y que observandose los unos á los otros no podrian ni detenerse en su marcha, ni fingir encontrarse con las sospechas del pueblo delante y el suplicio detras de ellos. No eran luces, ni justicia, ni virtud lo que se les pedia, exigíaseles unicamente una gran fuerza de voluntad.

LIBRO VEINTE Y NUEVE.

Fin de la Asamblea legislativa.—La Convencion.—Disidencias.—El trono.—La república.—Los girondinos.—Collot de Herbois pide la abolición del trono.—Los girondinos la adoptan.—Vergniaud propone que se redacte inmediatamente el acta de supresion.

I.

El 23 de setiembre á medio día, las puertas de la sala del Picadero se abrieron y se vió entrar lenta y solemnemente á todos aquellos hombres, de los cuales los mas ilustres debian salir de alli para el cadalso. Los espectadores de la tribuna, puestos en pie, atentos é inclinados hácia la sala reconocieron y señalaron con el dedo, nombrándoselos los unos á los otros los principales miembros de la Convencion á medida que iban entrando.

Los miembros de la Asamblea legislativa escollaron en cuerpo á la Convencion para abdicar en ella solemnemente. Francisco de Neufchâteau, último presidente que habia sido de la Asamblea disuelta, tomó la palabra: «Representantes de la nacion, dijo, la Asamblea legislativa ha cesado en sus funciones y depone el gobierno

en vuestras manos, dando á los franceses el ejemplo del respeto á la mayoría del pueblo. Las tres palabras de libertad, leyes y paz, fueron escritas por los griegos sobre las puertas del templo de Delfos. Vosotros las imprimireis en todo el territorio de la Francia.»

Pétion fué nombrado presidente por unanimidad. Los girondinos saludaron con una sonrisa este presagio de su ascendiente en la Convencion. Condorcet, Brissot, Rabaut-Saint-Elie, Vergniaud, Camús y Lasource, todos girondinos, á escepcion de Camús, fueron á ocupar el sitio destinado para los secretarios. Manuel se levantó y dijo: «La mision de que estais encargados exigiria una sabiduria y un poder divinos. Cuando Cineas entró en el senado de Roma creyó ver una asamblea de reyes. Semejante comparacion seria para vosotros una injuria. Aqui es necesario ver una asamblea de filósofos ocupados en preparar la felicidad del mundo. Pido que el presidente de la Francia se aloje en el palacio nacional; que los atributos de la ley y de la fuerza estén siempre á su lado, y que cuando abra las sesiones todos los ciudadanos permanezcan en pie.»

Levantóse un murmullo de desaprobacion al escuchar estas palabras. El sentimiento de la igualdad republicana, alma de este cuerpo popular, se sublevó contra la sombra misma del ceremonial de las córtes. «¿A qué conduce ese honor que se pretende tributar al presidente de la Convencion? dijo el jóven Tallien que iba vestido de chaqueta. Fuera de esta sala, el presidente es un simple ciudadano, á quien si se le quiere ver será menester quizá ir á buscarlo al tercero ó cuarto piso de alguna casa lóbrega. Allí es donde habitan el patriotismo y la virtud.»

Decretóse que al presidente no se le hiciese ningun honor.

«Nuestra mision es grande y sublime, dijo Couthon sentado al lado de Robespierre. Temo que en las discusiones que se van á establecer se atrevan algunos á ha-

blar del trono, pero no solo es el trono lo que importa separar de nuestra Constitucion, sino toda especie de poder individual que tienda á restringir los derechos del pueblo. Se ha hablado de triunvirato, de protectorado y dictadura, se esparce en el público un rumor de que se forma un partido en la Convencion por una ú otra de estas instituciones. Dejemos estos vanos proyectos, si es que existen, jurando todos la soberania entera y directa del pueblo. Queremos que caiga igual anatema sobre el trono, la dictadura y el triunvirato.» Estas palabras aludian á Danton y revelaban los primeros recelos de Robespierre. Danton las comprendió, y no tardó mucho en responder con una abdicacion, que descargándole del poder ejecutivo, lo volvía á su elemento.

II.

Por una parte estaba ya cansado de un reinado de seis semanas, durante las cuales habia impreso á la Francia las convulsiones de su carácter, y por otra queria alejarse del poder un momento, para ver cómo se desarrollaban los nuevos hombres, los nuevos partidos y los nuevos acontecimientos; en fin, (¡tal es la influencia de los negocios caseros sobre los hombres públicos!) su muger, que estaba moribunda, presa de una enfermedad de languidez, deploraba la siniestra fama que habia manchado su nombre con tantos asesinatos, provocados ó tolerados, y le suplicaba llorando que saliese del torbellino que le arrastraba á semejantes vértigos, y espíase los males y las desgracias de su ministerio haciendo dimision. Danton amaba y respetaba á la primera compañera de su juventud; escuchaba su voz como un oráculo, y miraba con ternura é inquietud á sus dos hijos, próximos á quedarse sin madre. Danton deseaba recogerse un momento, orgu-

Hoso por haber libertado las fronteras, y avergonzado al mismo tiempo de que su patriotismo estraviado le hubiese hecho comprar á costa de su honor la popularidad que habia adquirido en las sangrientas jornadas de setiembre.

III.

Una impaciencia visible se traslucía en las primeras palabras, en la aclitud y en el silencio mismo de la Convencion. Los franceses no dejan nunca para el dia siguiente lo que pueden hacer en el que se encuentran. En todos los espíritus, en todas las miradas y en todos los labios habia un pensamiento, y no podia tardar mucho en estallar. La primera cuestion que se iba á tratar era la de trono ó república. La Francia habia tomado su partido. La Asamblea no podia suspender el suyo, y solamente reflexionaba en la grandeza del acto. Hay palabras que contienen la vida ó la muerte de los pueblos; hay momentos que deciden del porvenir del género humano. La Convencion se hallaba en el umbral de estos destinos desconocidos: ella no vacilaba y se recogía para meditar.

IV.

La Francia, nacida, criada y envejecida en la monarquía, miraba esta forma de gobierno como la naturaleza de su organizacion social, y el respeto á esta institucion era general en la mayoria de los franceses. Como nacion militar habia coronado á sus primeros soldados; como nacion feudal habia infeudado su gobierno civil lo mismo que sus tierras; como nacion religiosa habia consagrado á sus gefes y atribuido á sus reyes una especie

de delegacion divina, adorado el trono como un dogma, proscrito la independencia de las opiniones como una rebelion, y castigado los crímenes de lesa magestad como un sacrilegio. Una vana sombra de independencia individual y de privilegios provinciales subsistia en los parlamentos, en los cuerpos ó estados provinciales, y en las administraciones municipales. La ley era el rey, el noble el súbdito, el pueblo el esclavo, ó cuando mas un liberto. Nacion militar y fiera, la Francia habia ennoblecido su servidumbre por el honor, santificado la obediencia por la adhesion, y personificado el pais en el trono. Desapareciendo el rey no sabia donde estaba la patria. El derecho, el deber, la bandera, todo desaparecia con él. El rey era el dios visible de la nacion: la virtud consistia en obedecerle.

Nada habia creado en el pueblo el ejercicio de las virtudes cívicas que son el alma de los gobiernos libres. Honores, dignidades, influencias, poder, grados, nada venia del pueblo, todo procedia del rey. Las ambiciones no miraban abajo sino á lo alto. La estimacion no daba nada; el favor lo daba todo. Además, una alianza tan antigua como la monarquía, unia la religion al trono; destruir la una era destruir la otra. La Francia tenia dos hábitos seculares: el trono y el catolicismo.

La opinion y la conciencia se sostenian mutuamente; no se podia desarraigar la una sin agitar la otra. Suprimido el trono, el catolicismo, como institucion soberana y civil, caia con él. En lugar de una ruina se necesitaban dos.

En fin, la familia real en Francia que consideraba el trono como herencia inalienable y el poder soberano como una legitimidad de su sangre, se habia confundido por sus matrimonios, por sus parentescos, y por sus alianzas con todas las familias soberanas de Europa. Atacar los derechos del trono en Francia, era estinguirlos ó amenazarlos en la Europa entera. Las familias reales no eran

mas que una sola familia, las coronas eran solidarias. Suprimir el título y los derechos del trono en París, era suprimir la herencia y los derechos de los reyes en todas sus capitales; era además, trastornar é invertir todas las relaciones exteriores de la Francia con los Estados Europeos, fundados sobre una política de familia, para fundarlas sobre una política de intereses nacionales. El ejemplo era amenazador, la guerra cierta, terrible y universal. He aquí todo lo que la historia dijo en voz baja á los girondinos.

V.

Por otro lado, el republicanismo, cuyo intérprete era la Convención, decía al alma de los convencionales: «Es necesario acabar con los tronos. La revolución tiene por misión sustituir la razón á las preocupaciones, el derecho á la usurpación, la igualdad al privilegio, la libertad á la esclavitud en el gobierno de las sociedades, empezando por la Francia. El trono es una preocupación y una usurpación que se sufre hace muchos siglos por la ignorancia y por la cobardía de los pueblos. La costumbre sola ha creado este derecho. La soberanía absoluta es un hombre pueblo, sustituyéndose á la humanidad soberana; es el género humano, abdicando sus títulos, sus derechos, su razón, su libertad, su voluntad y sus intereses en manos de uno solo. Es hacer por medio de una ficción un dios de quien la naturaleza no ha hecho mas que un hombre. Es degradar, desposeer y destronar á millones de hombres iguales en derechos ó tal vez superiores en virtud y en inteligencia, para engrandecer y para coronar á uno solo. Es asimilar una nación á la tierra de labor que se pisa, y dar su civilización, sus generaciones y sus siglos en propiedad á una familia, para que disponga de la herencia de Dios.

«¿Transigiremos con esta costumbre del trono, y conservaremos el nombre suprimiendo la cosa? ¿Crearemos para complacer á la multitud rutinaria un trono constitucional representativo en que el rey sea el primer magistrado hereditario, encargado de ejecutar pasivamente las voluntades del pueblo? ¿Pero qué fuerza y qué utilidad tendrá nunca semejante institución? Acabamos de hacer la experiencia de esto, y nuestros hijos la harán después de nosotros. Una de dos, ó este rey constitucional tendrá un derecho propio y una voluntad personal, ó no tendrá ninguno. Si tiene un derecho propio y una voluntad personal, este derecho y esta voluntad personal en oposición con frecuencia y en lucha muchas veces con la voluntad del pueblo, no habrán hecho mas que encerrar un germen de contradicción, de guerra, civil y de muerte en la Constitución. El gobierno en lugar de ser la armonía y la unidad, será el antagonismo y la guerra. Será la anarquía constituida en la cumbre del poder, para mandar á la paz y al orden que estarán abajo. Este es un contrasentido.

«Si el rey no tiene autoridad ni voluntad personal, entonces impotente y despreciado, no será mas que la aguja dorada que marque la hora en el cuadrante de la Constitución, pero que no arreglará ni moderará en nada el mecanismo. Irrisioñ del título de rey y envilecimiento del signo del poder.

«Pero no es esto todo: ó este rey representativo será un ser nulo y un fantasma, ó será un hombre capaz y ambicioso. Si es un ser nulo y un vano fantasma, solo servirá para desvirtuar el trono y para convertirlo en un objeto de compasión á los ojos del pueblo. Pero si es un hombre de capacidad y ambicioso, ¿qué peligro vivo y perenne no vais á crear con vuestras propias manos contra la libertad y la igualdad de la nación?

«Honrado con el nombre y el signo del poder supremo, puesto de manifiesto continuamente en sus palacios,

en sus ceremonias, en sus templos y á la cabeza de sus ejércitos, á las adoraciones de sus pueblos, ricamente dotado con una testa civil y con propiedades inadmisibles y siempre crecientes; elemento de la corrupcion de los caracteres, órgano de todas las voluntades, ejecutor de todas las leyes, negociador con todas las cortes estrangeras, facultado para nombrar todos los ministros y para depositar en ellos toda la responsabilidad de sus impopularidades; canal de todas las gracias, única institucion hereditaria en el seno de una Constitucion en que todo sea electivo y vitalicio, trasmitiendo de padres á hijos tradiciones ambiciosas de usurpacion del poder, gastando á los hombres y á los partidos sin gastarse nunca á si mismo, ¿como permanecerá semejante trono inofensivo para la libertad y la igualdad de la nacion? ¿No tendrá evidentemente sobre los poderes populares las ventajas de lo que pasa continuamente? ¿No habrá absorbido antes de un siglo todas las que tengamos la imprudencia de confiarlo perteneciente á nuestros derechos y á nuestros deberes que en vano habria sido reconquistar para luego devolvérselos? ¡Valiera mas no destruir esta preocupacion que restablecerla con nuestras propias manos!

«La república democrática, proseguia, es el único gobierno que dicta la razon. En ella, no hay hombre divinizado, ni familia independiente de la ley, ni casta fuera de la igualdad, ni ficciones que supongan en el hijo las virtudes y el genio del padre dando á los unos la herencia del mando, y á los otros la de la obediencia.»

«La razon humana es la única legitimidad del poder: la inteligencia es el título, no de la soberania, porque la nacion no la reconoce fuera de si misma, pero si el de las magistraturas instituidas para el interés y para el servicio de todos. La eleccion es la consagracion del pueblo para estas magistraturas, delegaciones irrevocables de su voluntad. Ella eleva y dispone sin cesar. Ningun ciudadano es mas soberano que otro: todos los son

en proporcion del derecho, de la capacidad, y del interés que tienen en la asociacion comun.

«Las influencias verdaderamente personales y vitalicia, no son sino la libre aquiescencia de la razon pública á los méritos, á las luces y á la virtud de los ciudadanos. La superioridad de la naturaleza, de la instruccion, de la fortuna y de la adhesion, probadas en las elecciones mutuas de los ciudadanos entre si, hacen subir por un movimiento espontáneo á los mas dignos para el gobierno. Pero estas superioridades, que se legitiman por sus servicios, no amenazan nunca al gobierno de degenerar en tirania. Ellas desaparecen con sus servicios mismos, y vuelven á entrar despues de ciertos plazos fijos en las filas de los simples ciudadanos, estinguiéndose con la vida política de los favoritos del pueblo, y haciendo lugar á otras capacidades que le servirán á su vez. Esta es la fuerza verdadera del poder social, que pertenece, no á algunos, sino á todos; saliendo sin interrupcion de su único origen que es el pueblo, y volviendo siempre á él, imagenable para volver á salir eternamente de él segun sea su voluntad. Tal es la rotacion del gobierno calcada sobre la rotacion perpétua de las generaciones que nunca se detiene, que jamás funda el porvenir en lo pasado, y que no amortiza ni la soberania, ni la ley, ni la razon, sino que á ejemplo de la naturaleza, se eterniza, renovandose continuamente.»

El trono, es el gobierno que se dice hecho á la imagen de Dios: esto no puede ser un sueño. La república es el gobierno hecho á la imagen del hombre: esto es la realidad política. Pero si la forma republicana es la nacional, también es la mas justa. Ella distribuye, nivela, é iguala sin cesar los derechos, los títulos, las capacidades, las funciones, los intereses de las clases y los ciudadanos entre si. ¡El Evangelio es democrático, el cristianismo republicano!

Y aun cuando la república no fuese lo ideal del gobierno y de la razon, sería en este momento la necesidad de la Francia. La Francia, con un rey destronado, con una nobleza armada contra ellos, con un clero desposeído, con la Europa monárquica entera sobre sus fronteras, no encontraría en ninguna forma de trono, en ninguna monarquía templada, en ninguna dinastía antigua ó nueva la fuerza sobrehumana de que necesita para triunfar de tantos enemigos y para sobrevivir á semejantes crisis. Un rey, sería sospechoso; una constitucion, impotente; una dinastía, disputada. En tal estado de cosas, la energía desesperada y poderosa del pueblo, evocada desde el fondo de este mismo pueblo, y convertida por aclamacion en gobierno, es la única fuerza que puede igualar la voluntad á la resistencia, y el sacrificio á los peligros. Auto tocaba la tierra y renacía. La Francia debe tocar al pueblo para apoyar en él la palanca de la revolucion. Vacilar entre las distintas formas de gobierno en semejantes momentos, es perderlas todas. ¡No tenemos eleccion! La república es la última palabra de la revolucion, así como el último esfuerzo nacional. ¡Es menester aceptarla y defenderla, ó vivir con la muerte vergonzosa de los pueblos que entregan sus hogares y sus dioses en rescate de su vida á sus enemigos!

Tales eran las reflexiones que la razon y las pasiones á veces, lo pasado y lo presente de la Francia sugerian á los girondinos para decidirlos á la república. La política y la necesidad les impuso entonces esta forma de gobierno, y ellos la aceptaron.

Solamente los girondinos temian ya que esta república cayese en las manos de una demagogía furiosa é insensata. El 10 de agosto y el 2 de setiembre los conternaba, y queria dar algunos dias de reflexion á la reaccion de la Asamblea y de la opinion contra estos excesos populares. Hombres imbuidos en las ideas republicanas de la antigüedad, en que la libertad de los ciudadanos suponía la esclavitud de las masas, ó en la que las repúblicas no eran sino numerosas aristocracias, ellos comprendian mal el genio cristiano de las repúblicas democráticas del porvenir. Ellos querian la república á condicion de gobernarla solos, en las ideas y en los intereses de la clase media y letrada á las cuales pertenecian. Se proponian hacer una constitucion republicana á imagen de aquella sola clase ante la cual acababan de evaporarse el trono, la iglesia y la aristocracia. Bajo el nombre de república entendian el reinado de las luces, de las virtudes, de la propiedad y de los talentos de que su clase tendria en adelante el privilegio. Soñaban con imponer condiciones, garantías, exclusiones, incapacidades en las condiciones electorales, en los derechos civicos y en el ejercicio de las funciones públicas que hubiesen ensanchado sin duda los límites de la capacidad para el gobierno pero que hubiesen escluido de las urnas á la masa ignorante indigente ó mercenaria del pueblo.

La Constitucion, debiendo corregir segun ellos, lo que la república tenia de popular y borrascoso, separaban en su pensamiento la plebe de la nacion. Sirviendo á la una, ellos contaban precaucionarse contra la otra. No se resignaban á forjar con sus propias manos en una Constitucion repentina poco reflexionada y temeraria, el hacha bajo la cual sus cabezas tendrian que inclinarse

y caer. Numerosos en la Convencion se fiaban en su ascendiente.

VIII.

Pero este ascendiente, que predominaba todavía en los departamentos y en la Asamblea, habia disminuido hacia dos meses en Paris, ante la audacia del ayuntamiento, ante la dictadura de Danton, ante la demagogia de Marat, y sobre todo, ante el prestigio de Robespierre. El ayuntamiento habia invadido. Marat habia atemorizado. Danton habia gobernado. Robespierre se habia engrandecido. Los girondinos despojados de todo lo que se habia conquistado por sus autoridades y por sus hombres, habian seguido aunque murmurando muchas veces, el movimiento que los arrastraba. No habian previsto nada ni arreglado nada, durante la tempestad, y habian dominado en apariencia los movimientos como los restos de una nave dominan la ola siguiendo sus ondulaciones.

Todos sus esfuerzos para moderar la corriente anárquica de la capital no habian servido sino para señalar su debilidad. La nacion se retiraba de ellos. Ni uno de aquellos hombres favoritos de la opinion en la Asamblea legislativa habia sido nombrado para la Convencion por la ciudad de Paris: y todos sus enemigos, al contrario, eran los elegidos del pueblo. El ayuntamiento habia hecho nombrar á todos sus candidatos. Danton, Robespierre y Marat, despues de haber dictado los escrutinios, dictaron despues los votos.

Impaciente el pueblo pedia á los dos partidos resoluciones estremas. Su popularidad estaba en subasta y era necesario simbolizar su energia y aun su furor para conquistarla. La reserva monárquica hecha por Vergniaud, Gaudet, Genoué y Condorcet, mencionando el

nombramiento de un ayo para el principe real en el decreto de supresion, habia hecho sospechoso á los girondinos. Esta esperanza dada á la monarquía parecia revelar en ellos un secreto pensamiento de restablecerla despues de haberla abatido. Los periódicos y las tribunas de los jacobinos esplotaban en contra de ellos esta sospecha de realismo ó de moderacion: «Vosotros no habeis quemado vuestras naves, les decian; mientras que nosotros combatiamos por destruir para siempre el trono, vosotros escribais con vuestra sangre respetuosas reservas en pro de la soberanía. Los girondinos no podian responder á estas acusaciones sino tomando la ventaja de la audacia sobre sus enemigos, pero aun en esto, otro temor les detenia. Aquellos hombres no podian dar un paso mas en el camino de los jacobinos y del ayuntamiento sin pisar la sangre del 2 de setiembre. Esta sangre les causaba horror y se detenia sin deliberar ante el crimen. Resueltos á votar la república, querian votar al mismo tiempo una Constitucion que diese á la república algo de la concentracion del poder y de la regularidad de la monarquía. Por educacion y por carácter eran romanos, y el pueblo y el senado de Roma eran el único ideal político que se ofrecia confusamente á su imitacion. El advenimiento del pueblo entero al gobierno, la inauguracion de aquella democracia cristiana y fraternal que Robespierre preconizaba en sus teorías y en sus discursos, no habian entrado nunca en sus planes. Cambiar la forma del gobierno era toda la política de los girondinos. Cambiar la sociedad era la política de los demócratas. Los unos eran políticos, los otros filósofos. Los unos pensaban solo en el día siguiente, los otros en la posteridad.

Antes de proclamar la república, los girondinos querian darle una forma que la preservase de la dictadura y de la anarquía. Los jacobinos querian proclamarla como un principio á todo evento, de donde saldrían

torrentes de sangre tal vez, y tiranías pasajeras, pero de donde nacería, según ellos, el triunfo y la libertad de pueblos de la humanidad. En fin, Danton, completamente indiferente á las formas del gobierno, con tal que estas formas le diesen el imperio, quería proclamar la república para comprometer á la nación entera en la causa de la revolución y para hacer inevitable y terrible entre la Francia libre y los tronos, un choque en que el antiguo orbe político se rompiese ó hiciese lugar, no á los principios, sino á los nuevos hombres.

En fin, muchos otros, tales como Marat y sus cómplices, querían proclamar la república como una venganza del pueblo contra los reyes y los aristócratas, y como una era de agitación y de turbulencias en que la fortuna multiplicase las casualidades que abaten lo que está en alto y elevan lo que está abajo. La espuma necesita que haya tempestades para sobrenadar y elevarse. La política de estos demagogos no era sino la sedición convertida en principio y la anarquía escrita en forma de Constitución.

IX.

Sin embargo, cada uno de estos partidos debía apresurarse para no dejar á los otros el honor de la iniciativa y la ventaja de la prioridad.

Los girondinos, orgullosos de su superioridad numérica en la Convención, se reunieron en consejo en casa de madama Roland y resolvieron no admitir la discusión sobre el cambio de forma de gobierno, sino después de apoderarse de las comisiones ejecutivas, y sobre todo, de la comisión de Constitución que prepararía su plan, que aseguraría sus medios, y que sería el órgano de sus voluntades. Creían dominar suficientemente en la Convención, por el número de adictos y por la autoridad de su

crédito, para prevenir en las primeras sesiones, cualquier aclamación temeraria á la república. Con esta confianza entraron en el salón.

Danton, Robespierre, y el mismo Marat, no se proponían adelantar el momento de aquella proclamación; solo querían dar solemnidad al mas grandioso acto orgánico que una nación puede verificar. Querían además sondear sus fuerzas en la Convención y agrupar sus amigos desconocidos los unos de los otros, para modelar la república en su nacimiento, cada uno según sus ideas y ambición. El silencio estaba fácilmente convenido sobre esta gran medida entre todos los gefes de la Asamblea; pero la víspera de la primera sesión, algunos miembros jóvenes y exaltados de la Convención, como Saint Just, Leguino, Panis, Billaud Varennes, Collot de Herbois y otros individuos del ayuntamiento reunidos en el Palacio Real, enardecidos por la conversacion y por los vapores del vino, condenaron unánimemente esta contemporización de los gefes, resolvieron inutilizar aquella tímida prudencia y desconcertar el proyecto de los girondinos, lanzando la palabra república á sus enemigos. «Si ellos la recogen, dijo Saint Just, son perdidos, porque seremos nosotros quien se la habremos impuesto, si se separan de ellos también se pierden, porque oponiéndose á un deseo del pueblo se sumergirán en la impopularidad que nosotros amontonaremos sobre sus cabezas.

Leguino, Sergeant, Panis y Billaud Varennes aplaudieron el audaz maquiavelismo de Saint Just, Collot de Herbois, cómico pocos dias antes, orador teatral, de voz sonora, de ademanes libres, hombre de orgía y de resolución, se encargó de presentar la moción y juró hacer frente él solo si era necesario, al silencio, al alardimiento, y á las murmuraciones de la Gironda.

cobinos: resolución desesperada, abismo desconocido en que la reflexion arrastraría á los políticos, ó el vértigo atraería á los imprudentes: asilo único que quedaba á la patria, segun los patriotas: sima oscura en que cada uno creía precipitar á sus rivales precipitándose con ellos, y que todos debían llenar alternativamente con sus combates, con sus crímenes, con sus virtudes y con su propia sangre.

X.

Por la noche, como se había convenido, Collot de Herbois, dió al entrar en la sesion la señal á los impacientes que se aprestaron para servirle de eco. Una palabra que predomina en la indecision de una Asamblea arrastra las resoluciones. No hubo prudencia capaz de contener lo que estaba en el pensamiento de todos. Apenas Collot de Herbois hubo pedido la abolicion del trono, cuando una esclamacion, en la apariencia unánime, se elevó en todo el salon, atestiguando que la voz de uno solo había pronunciado la palabra de la necesidad presente. Quinette y Bazire, habiendo pedido por respeto á la nueva institucion, que la gravedad de las formas y la solemnidad de la reflexion presidiesen á la proclamacion de la república: «No hay necesidad de deliberar, esclamó Gregoire, cuando todo el mundo está de acuerdo! Los reyes son en el orden moral lo que los monstruos son en el orden físico. Las cortes son el taller de todos los crímenes. ¡La historia de los reyes es el martirologio de los pueblos!» El joven Ducos, de Burdeos, amigo y discípulo de Vergniaud, conociendo que era preciso confundir la voz de su partido con la esclamacion general, para que el pueblo no pudiese distinguir ni la primera ni la última en este voto: «Redactemos al momento el decreto, dijo, no hay necesidad de considerandos despues de las luces que el 10 de agosto ha esparcido. ¡El considerando de vuestro decreto de abolicion del trono, será la historia de los crímenes de Luis XVI!» La república fué proclamada de este modo con diversos sentimientos, pero por unanimidad. Arrebatada á la iniciativa de unos por la popularidad celosa de otros, arrojada como un reto por los jacobinos á sus enemigos, aceptado con aclamaciones por los girondinos por no dejar el honor del patriotismo á los ja-

blo. La nación, aliviada del peso del trono, creyó respirar por primera vez el aire libre y vital que iba a regenerarla. Este fué uno de aquellos cortos momentos que concentran en un punto del tiempo, horizontes de entusiasmo y de esperanzas, que los pueblos aguardan por espacio de muchos siglos; que saborean algunos días y que no olvidan, pero que no tardan en dejarlos escapar como un sueño para recaer en todas las realidades, en todas las dificultades y en todas las angustias que acompañan siempre la vida de las naciones. No importa; estas horas de ilusión son tan hermosas y tan colmadas, que valen por siglos en la vida de la humanidad, y ante las cuales parece detenerse la historia para retenerlas y eternizarlas.

II.

Los que mas gozaron de ellas fueron los girondinos. Reunidos por la noche en casa de madama Roland, Pétion, Brissot, Guadet, Louvet, Boyer-Fonfrede, Ducos, Grangeneuve, Gensonné, Barbaroux, Vergniaud, y Condorcet celebraron con un recogimiento casi religioso el advenimiento de sus ideas al mundo, echando voluntariamente el velo de la ilusión sobre la dificultad del día siguiente y sobre la oscuridad del porvenir, entregándose sin reserva al mayor gozo que Dios haya concedido al hombre en la tierra, que es el parto de su idea, la contemplación de su obra, y la posesión de su bello ideal verificado.

Durante la comida se cruzaron nobles palabras entre aquellas grandes almas. Madama Roland, pálida de emoción, dejaba escapar de sus ojos miradas de un brillo sobrenatural que parecían divisar el cadalso á través de la gloria y de la felicidad de aquel día. El anciano Roland interrogaba con la vista el pensamiento de

LIBRO TREINTA.

La república acogida por unanimidad.—Los girondinos en casa de madama Roland.—Acusación contra Marat.—Apóstrofe de Vergniaud.—Danton.—Robespierre.—Pormenores íntimos.—Escenas tumultuosas.—Marat.—Su retrato.—Rompiamiento entre Danton y los girondinos.

I.

La proclamación de la república, fué acogida con una exaltación ardiente en la capital, en los departamentos y en el ejército. Esta fué para los filósofos el tipo de los gobiernos humanos hallado bajo los escombros de catorce siglos de preocupaciones y tiranías. Para los patriotas, la declaración de guerra de una nación que se regeneró proclamada por sí misma el día de la victoria de Valmy en presencia de los tronos conjurados contra la libertad. Para el pueblo, una novedad sorprendente y deliciosa. Cada ciudadano, se consideraba, por decirlo así, coronado con una parte de aquella soberanía reconquistada y de la cual el acta de la Convención acababa de despojar la cabeza y la familia de los reyes para restituirla al pue-

su esposa y parecía preguntarle si aquel día no era el término de su vida y después del cual no les quedaba más que morir. Condorcet hablaba con Brissot de los horizontes infinitos que la nueva era abría á la humanidad; Boyer-Foufrefe, Barbaroux, Rebecqui y Duces, jóvenes, amigos y casi hermanos, se felicitaron de tener aun largas vidas que ofrecer á su patria y á la libertad. Guadet y Gensonné reposaban gloriosamente de sus prolongadas fatigas en este alto triunfante á donde habian conducido á la revolucion. Petion, á la vez triste y dichoso, conocia que su popularidad le abandonaba, pero que él la abdicaba voluntariamente en su alma, en el momento en que no podia consumarlo sino á costa de crímenes. La sangre de setiembre habia desvanecido en Petion su antigua embriaguez de popularidad. Pasada ya aquella embriaguez, Petion iba á ser de nuevo un hombre de bien.

Vergniaud, en quien todos los convidados fijaban la vista como el principal autor y el solo moderador de la futura república, mostraba en su actitud y en sus facciones la quietud descuidada de la fuerza antes y después del combate, mirando á sus amigos con una sonrisa á la vez serena y melancólica. Hablaba poco, y al fin de la comida, tomó un vaso, lo llenó de vino, se levantó y propuso un brindis por la eternidad de la república. Madame Roland, llena de los recuerdos de la antigüedad, pidió á Vergniaud que desojase en su vaso á ejemplo de los antiguos, algunas rosas del ramo que ella llevaba aquel día: Vergniaud la alargó el vaso, echó las ojas de rosa en el vino y bebió, después inclinándose hácia Barbaroux antes de volver á sentarse: «Barbaroux, le dijo en voz baja, no son rosas, sino ramas de ciprés las que debíamos echar en el vino esta noche. Al brindar por una república, cuya cuna nada en la sangre de setiembre, ¿quién sabe si bebemos nuestra sangre? No importa, añadió, aunque este vino fuese mi sangre yo brindaré por la

libertad y por la igualdad.—; Viva la república! exclamaron á la vez los convidados.

Esta imagen siniestra entristeció pero no desanimó sus almas. Estaban prontos á aceptarlo todo de la revolucion; ¡aun la muerte!

III.

Los girondinos oyeron después de la comida, las memorias que Roland, ayudado por su esposa, habia redactado para la Convencion sobre el estado de la república. Este plan establecía con claridad la cuestion entre la Francia y el ayuntamiento de Paris. Roland como ministro del Interior, apelaba á la Convencion de los desórdenes de la anarquía y de los crímenes que habian señalado el interregno de las leyes desde el 10 de agosto hasta la apertura de la nueva Asamblea, y pedía que el poder ejecutivo se afirmase en manos del gobierno central. Los girondinos prometieron sostener enérgicamente á su ministro en estos proyectos y refrenar en fin las usurpaciones del ayuntamiento de Paris. Esta era declarar la guerra á Danton, á Robespierre y á Marat, que reinaban despóticamente en las casas consistoriales.

Esta restauracion del poder nacional era difícil y peligrosa para los girondinos que la emprendian. Roland, conmoviéndose de los excesos de setiembre sin tener la fuerza necesaria para su represion, habia escrito dos veces á la Asamblea legislativa, reclamando la vindicta de las leyes sobre las provocaciones y los autores de los asesinatos. Estas protestas, valerosas si se considera que estaban escritas bajo el puñal de los degolladores y en un consejo de ministros á que pertenecía Danton, estabau, sin embargo, llenas de excusas sobre los crímenes consumados, y de concesiones deplorables al furor del pue-

blo; pero se pedia en ellas que se respetase la vida y las propiedades de los ciudadanos. Ellas indicaban en Roland un censor y no un cómplice de la municipalidad. Esto era lo bastante para señalarle, así como á su esposa, á la ira y á las picas de los asesinos.

En efecto, la comision de vigilancia del ayuntamiento habia tenido la audacia de ordenar la prision de Roland. Informado Danton de este exceso de escándalo, y sabiendo mejor que nadie que un decreto de prision era una sentencia de muerte en aquellos dias, fué al consejo de vigilancia, reprendió á la comision, é hizo pedazos la órden de prision. Como ministro habia conocido que un poder oculto que llegaba hasta ordenar la prision y la muerte de un ministro le tocaba demasiado de cerca para no reprimir semejante atentado.

Desde este dia fué Roland el objeto de todas las calumnias del periódico de Marat y de todos los motines de los facciosos. Amenazado á cada instante en su propia casa, y en el ministerio del Interior, débilmente protegido por un puesto de gendarmeria, se veia obligado con frecuencia, por su seguridad, á pasar las noches fuera de su casa. Cuando se acostaba, madama Roland ponía un par de pistolas bajo la almohada, bien fuese para defenderse de los ataques nocturnos de los asesinos que temia, bien para sustraerse por medio de una muerte voluntaria á los ultrajes de los degolladores. Animado Roland por esta muger varonil no se habia acobardado en sus deberes. Sus cartas á los departamentos para combatir las sanguinarias provocaciones del ayuntamiento, los periódicos escritos en sus oficinas, y cuyos articulos mas vigorosos respiraban el alma de su esposa, el *Centinela*, diario republicano y razonable, escrito bajo su direccion por Louvet, atestiguaban sus esfuerzos por contener la revolucion en las vias de la justicia y de la ley.

Bien pronto Danton y Fabre de Eglantine trataron de quitar á Roland este medio de accion sobre el espirita

público, apoderándose de la mayor parte de los dos millones de fondos secretos que la Asamblea habia confiado al poder ejecutivo. Lo consiguieron en efecto, y desarmaron así al ministro del Interior, quitándole la débil y única palanca que le quedaba para remover la opinion.

IV.

Por su parte Marat, menos dominante, pero mas ambicioso, no contento con haberse apoderado de las prensas de la Imprenta real, pidió á Roland una cantidad para sufragar á los gastos de impresion de los folletos populares que tenia en su cartera. Roland se la negó, y Marat denunció al ministro á la vindicta de los patriotas. Danton se encargó de cerrar la boca á Marat, y el duque de Orleans, ligado secretamente con Danton, prestó la suma. Marat, no obstante, destiló su rabia en lineas de sangre contra Roland, su esposa y amigos. Cada tentativa que este partido hacia para restablecer la accion del gobierno y el órden y la seguridad en Paris y en los departamentos, se representaba por el *Amigo del pueblo* y por los asalariados del ayuntamiento como una conspiracion contra los patriotas. El robo del guarda-mueble de la corona, que tuvo lugar en estas circunstancias, sirvió de testo para nuevas acusaciones de negligencia ó de complicidad contra el ministro del Interior. Roland se consternó de un acontecimiento que privaba á la nacion de riquezas preciosas en momentos de necesidad. Hizo perseguir con inútil actividad á los oscuros autores de este saqueo, y fueron capturados algunos ladrones de profesion que parecia que se habian asociado á este robo solo para cubrir con unos nombres deshonorados los de los verdaderos espoliadores de aquel tesoro. Una parte de los objetos preciosos que encerraba aquella gaveta de la

monarquía se encontró enterrado en los Campos Eliseos; el resto desapareció sin dejar rastro de él. Sobre Danton recayeron graves sospechas de haber empleado en pagar las tropas de Dumouriez y en sobornar el estado mayor del rey de Prusia una parte de los valores allí ocultos, con los cuales pagó la evacuación del territorio francés por los aliados. Los agentes tenebrosos del ayuntamiento, entre los cuales los culpados tenían evidentemente algunos cómplices, fueron acusados de haber empleado la otra parte en asalariar la anarquía y en perpetuar su dominación: cargos vagos y sospechas sin pruebas que el tiempo ni ha justificado completamente ni completamente desmentido.

Acusado Roland encarnizadamente por Marat, respondió á la acusación con una proclama á los parisien- ses. Sus golpes no se limitaban á Marat, sino que alcan- zaban á todo el ayuntamiento, cuya lucha con la Asam- blea se envenenaba mas cada día. Deshonrar á la Asam- blea nacional, instigar á la rebeldía contra ella, sembrar la desconfianza entre las autoridades y el pueblo, ved ahí el objeto de los anuncios y periódicos de Marat, de- cía Roland. Leed el del 8 de setiembre, en que á todos los ministros, excepto Danton, se les denuncia á la ani- madversión pública y son acusados de traición. Si estas diatribas fuesen anónimas ó firmadas con un nombre os- curo, yo las despreciaría; pero llevan el nombre de una persona que el cuerpo electoral y el ayuntamiento cuen- tan entre sus miembros y que se trata de traer á la Con- vención. Semejante acusador me obliga á responder, y aunque esta respuesta hubiese de ser mi sentencia de muerte, yo la daría del mismo modo siempre que fuese útil á mi país. He nacido con la firmeza de caracter que sostiene la virtud, desprecio la fortuna, ambiciono la glo- ria honrada, y no puedo vivir sino en paz con mi con- ciencia. Véase mi vida y léanse mis obras; desafío á la malevolencia á que halle un solo acto, un solo senti-

miento de que yo tenga que avergonzarme. Durante cua- renta años de administración, he hecho mucho bien. Sesenta años de trabajos me hacen preferir el retiro á una vida agitada. Se me acusa de que maquino con la fac- ción de Brissot, aprecio á éste porque le reconozco tanta pureza como talento. He admitido el 10 de agosto, y me horrorizo de las consecuencias del 2 de setiembre. He comprendido la ira del pueblo, pero he querido que se detuviesen los asesinatos. Yo mismo he sido designado por víctima. Espero que los facinerosos provoquen á los asesinos contra mí; ¡que vengan, estoy en mi puesto y sabré morir en él!

V.

Brissot, cuyo nombre se había hecho la denominación de todo un partido, se vio obligado también á defender- se de la acusación de querer restablecer la monarquía en Francia en la cabeza del duque de Brunswick. Petion no cesaba en sus reclamaciones ó en sus discursos en la Asamblea de recordar sus antiguos servicios y sus títulos á la confianza del pueblo. Esto era indicar que se iban ya olvidando. El nombre de madama Roland, mezclado con- tinuamente con el de sus amigos, había sido arrojado, cu- bierto de odiosas insinuaciones, á la envidia y al escar- nio de la opinión popular. El mismo Vergniaud era ul- trajado, amenazado y se veía designado por su nombre y por su genio á los sicarios de setiembre. Dos veces había ahogado bajo sus pies la impopularidad que se atrajo en dos discursos, en los cuales lanzaba con una mano un reto á los enemigos de la Francia, y con la otra amenazaba á los tiranos del ayuntamiento. El primero de estos discurs- os, pronunciado en el momento en que se anunciaba la pretendida derrota de Dumouriez en el Argonne, había

reanimado el espíritu público y hecho una diversion poderosa á las hostilidades intestinas del ayuntamiento y de los girondinos. Coustard acababa de enumerar las fuerzas que le quedaban á Dumouriez. Vergniaud le siguió en la tribuna.

«Los pormenores que os dan son consoladores, dijo: sin embargo, es imposible dejar de tener alguna inquietud cuando se ve un campamento á las inmediaciones de París. ¿De dónde viene este entorpecimiento, en el que parece que están sepultados todos los ciudadanos que han quedado en París? No nos disimulemos nada; ya es tiempo, en fin, de decir la verdad. Las proscripciones pasadas, el rumor de otras proscripciones futuras y las turbulencias interiores han sembrado la consternacion y el espanto. El hombre de bien se oculta cuando se ha llegado á tal estado de cosas que el crimen se comete impunemente. Hay hombres al contrario, que solo aparecen en las calamidades públicas, así como hay insectos dañosos que la tierra produce solo en las tempestades. Estos hombres espantan sin cesar las sospechas, la desconfianza, los celos, el rencor y las venganzas. Siempre están sedientos de sangre. En sus conyocaciones sediciosas tratan de presentar como aristócrata hasta á la misma virtud, para tener derecho de hollarla con sus pies, y representan como democrata al crimen para apoderarse sin temor de la espada de la justicia. Todos sus esfuerzos tienden hoy á deshorrar la mas hermosa de las causas, á fin de sublevar contra ella á las naciones amigas de la revolucion. ¡Oh, ciudadanos de París! yo os lo pregunto con la mas profunda emocioen: ¿no quitaréis nunca la máscara á esos hombres perversos que no tienen para captarse vuestra confianza, sino la bajeza de sus medios y la insolencia de sus pretensiones? ¡Ciudadanos! cuando el enemigo avanza, y cuando un hombre en lugar de impulsaros á tomar la espada para rechazarlo, os impulsa á degollar ferozmente á mugeres y ciudadanos desarmados, ese

hombre es enemigo de vuestra gloria y de vuestra libertad. Os engaña para perderos. Cuando al contrario, un hombre no os habla de los prusianos, sino para indicarros el corazon donde debéis herir, cuando os impulsa á la victoria por medios dignos de vuestro valor, ese hombre es amigo de vuestra gloria y de vuestra felicidad: ¡os quiere salvar! ¡Adjurad, pues, vuestras disensiones intestinas! ¡Marchad todos juntos al campo! ¡Allí está vuestra libertad!

«Cada día oigo decir: podemos sufrir una derrota, ¿y qué harán los prusianos? ¿vendrán á París? No, si París se pone en un estado respetable de defensa, y si preparais los puntos en donde podais oponer una fuerte resistencia, porque entonces el enemigo temeria verse perseguido y envuelto por los restos de los ejércitos que hubiera vencido, y creeria verse aplastado como Sanson bajo las ruinas del templo. ¡Al campo, pues, ciudadanos! ¡Al campo! Y que mientras que vuestros hermanos y conciudadanos abandonan por una adhesión heroica lo que la naturaleza les hace amar mas, sus esposas, sus hijos y sus hogares, permaceréis sumidos en una muelle ociosidad? ¡No tenéis otro medio de probar vuestro celo, que preguntar como los atenienses, qué hay de nuevo? ¡Al campo, ciudadanos, al campo! Mientras que vuestros hermanos riegan acaso con su sangre las llanuras de la Champaña, no temamos nosotros regar con el sudor de nuestras frentes las llanuras de San Dionisio para asegurar su retirada.»

VI.

Este discurso, en que las figuras de Danton, de Robespierre y de Marat estaban indicadas con toda claridad en los hombres sanguinarios que Vergniaud acusaba á la execracion de la Francia, electrizó de tal modo á la

Asamblea, que ninguna voz osó responderle, pareciendo que la facción del ayuntamiento se sumergía bajo este torrente de patriotismo. Dos días después, con motivo de una nueva queja de Roland contra las asechanzas del ayuntamiento, Vergniaud apostrofó mas directamente á los instigadores de los asesinatos de setiembre y declaró la guerra á la tiranía disfrazada de los jacobinos. Algunas peticiones de los presos pedían que se atendiese á la seguridad de las cárceles.

«Si no hubiese que temer mas que al pueblo, dijo Vergniaud, yo diría que todo se podia esporar, porque el pueblo es justo y aborrece el crimen. Pero hay aqui facinerosos asalariados para sembrar la discordia, esparcir la consternación y precipitarnos en la anarquía (aplausos). Han temblado por el juramento que habeis prestado de proteger con todas vuestras fuerzas la seguridad de las personas, de las propiedades, y la ejecución de las leyes. Ellos se han dicho: Si quieren hacer cesar las proscripciones, quieren arrancarnos las victimas, quieren impedirnos el degollarlas entre los brazos de sus mugeres y de sus hijos; pues bien, recurramos á los mandatos de prision de la comision del ayuntamiento. Denuncie-mos, prendamos, amontonemos en los calabozos á todos los que queremos perder; Agitemos en seguridad al pueblo, arrojemos sobre ellos nuestros sicarios y establezcamos en las cárceles una carnicería de carne humana, en la cual podamos saeiar á nuestro gusto la sed de sangre que nos abrasa! (Aplausos unánimes y reiterados en la Asamblea y en las tribunas). ¿Y sabeis, señores, cómo disponen de la libertad de los ciudadanos estos hombres que se imaginan que han hecho la revolucion para sí, y que creen tontamente que se ha enviado á Luis XVI al Temple para colocarlos á ellos en el trono de las Tollerías? (Aplausos). ¿Sabeis cómo se decretan estos mandatos de prision? El ayuntamiento de Paris se fia en su comision de vigilancia. Esta comision de vigilancia, por

un abuso de todos los principios, ó por una confianza criminal, da á ciertos individuos el terrible derecho de hacer prender á los que les parecen sospechosos. Estos, delegan aun este derecho á otros asociados suyos, á cuyas venganzas es preciso contribuir, si se quiere que ellos sirvan á su vez á las venganzas de sus cómplices. ¿Ved de que extraña série dependen la libertad y la vida de los ciudadanos! ¿Ved en qué manos descansa la seguridad pública! ¿Y los ciegos parisienses osan llamarse libres! ¡Ah! ¡Certo es que no son esclavos de unos tiranos coronados; pero lo son de los hombres mas viles y mas facinerosos! (Nuevos aplausos). ¡Ya es tiempo de romper estas vergonzosas cadenas, y de destruir esta nueva tiranía! ¡Ya es tiempo de que los que hacen temblar á los hombres honrados tiemblen á su vez! No ignoro que tienen puñales á sus órdenes. ¡Oh! En la noche del 2 de setiembre, en esta noche de proscripción, ¿no se ha querido dirigirlos contra muchos diputados y contra mí? ¿No se nos ha denunciado al pueblo como traidores? Felizmente era el pueblo el que estaba allí; ¡los asesinos estaban ocupados en otra parte! (Estreñecimiento general). ¡La voz de la calumnia no produce ningun efecto y la mía aun puede hacerse oír aqui! Yo os lo aseguro, ella tronará con toda su fuerza contra los crímenes y contra los tiranos! ¿Y qué me importan los puñales y los sicarios? ¿Qué importa la vida al representante del pueblo, cuando se trata de obrar por la libertad de la patria! cuando Guillermo Tell asestaba la flecha que debía de atravesar la manzana puesta en la cabeza de su hijo, exclamó: ¡Perezca mi nombre y mi memoria con tal que la Suiza sea libre! (Prolongados aplausos) Y nosotros tambien diremos: ¡Perezca la Asamblea nacional y su memoria con tal que la Francia sea libre! Los diputados se levantaron impulsados por un movimiento unánime y repiten con entusiasmo el juramento de Vergniaud. Las tribunas imitan este movimiento y confunden sus voces

con los diputados. Vergniaud, interrumpido por un instante, prosigue así: «Si, perezcan la Asamblea nacional y su memoria, si aborra con su muerte un crimen á la nacion; crimen que imprimiria una mancha en el nombre francés; si su vigor enseña á las naciones de Europa, que á pesar de las calumnias que se inventan para mancillar á la Francia, hay todavía en el seno de la anarquía momentánea en que los malvados han sumido nuestra patria algunas virtudes y algun respeto por la humanidad!!!;Perezcan la Asamblea nacional y su memoria, si sobre nuestras cenizas, nuestros sucesores, mas dichosos que nosotros, pueden asentar el edificio de una Constitucion que asegure la felicidad de la Francia, consolidando el reinado de la libertad y de la igualdad!»

VII.

Estos discursos consolaban por un momento á las gentes honradas, pero no intimidaban á los hombres sanguinarios. Los girondinos tenían en favor suyo la razon, la elocuencia y la mayoría de la Asamblea. Los jacobinos solo tenían un poder organizado en las comisiones de la casa de la ciudad, y una fuerza armada en las secciones para ejecutar sus pensamientos. Los mejores sentimientos de los girondinos se evaporaban despues de haber resonado en magnificas palabras. Los deseos de los jacobinos se convertian en actos al dia siguiente de haberlos concebido, continuando en desafiar á la Asamblea. Sus diarios y sus oradores pedian un segundo 10 de agosto contra Roland y sus amigos. Collot de Herbois aspiraba abiertamente á reemplazar al ministro del Interior y fomentaba el odio del pueblo contra él. Pache, suizo de nacion, hijo de un conserje en Paris protegido por Roland, y elevado por él hasta el ministerio de la Guerra, lo abandonó

cuando Roland no pudo serle útil, pasándose á las filas de sus enemigos.

En el pensamiento de Roland y de Vergniaud, aquel reinado violento y anárquico de la insurreccion, bajo el nombre de ayuntamiento, debía cesar por si mismo el dia en que una convencion nacional centralizase la voluntad pública y reasumiese en si los poderes arrancados por un momento al pueblo por los facciosos y los proscritores.

Los departamentos envidiosos de la invasion que habia hecho París sobre la nacion, y escitada la indignacion de los hombres honrados por los asesinatos de setiembre, debian, segun los girondinos, anonadar al ayuntamiento, restaurar el poder ejecutivo y restituirlo á los mas dignos y á los mas capaces. Esta confianza los habia hecho pacientes durante las cinco semanas que acababan de pasar. La Convencion iba á aparecer y los departamentos lo esperaban todo de esta representacion nacida en medio de tan grandes crisis. El ministro del Interior se lisonjaba en sus circulares de que pronto se restableceria el orden. Vuestros representantes, les decia, estraños á las facciones que agitan la capital, se alejarán, cuando lleguen á Paris, de los hombres sediciosos como Marat y Danton. La anarquía los rechazará, por el disgusto que ella inspira á los buenos ciudadanos. Los prometia además el apoyo moral de los ejércitos y de Dumouriez sobre todo, á quien la victoria acababa de hacer el árbitro de la patria. Santerre, comandante de la guardia nacional de las secciones, es cierto que pertenecia al partido del ayuntamiento por su alianza con Panis, uno de los principales agentes de aquel partido; pero Barbaroux y Rebecqui respondian de los batallones marseleses vencedores del 10 de agosto, fuerza suficiente, segun ellos, para defender la Convencion contra los arrabales de Paris. Ochocientos marseleses llegaron de nuevo del Mediodia respondiendo á su llamamiento.

Ademas, Marat causaba horror y Danton inspiraba espanto. Estas consideraciones, presentadas con frecuencia a los girondinos con la fria autoridad de Brissot y la clemente indignacion de Vergniaud y llenas de pasion merced a las miradas y al fuego patriótico que exalaba el alma de madama Roland, daban a aquellos jóvenes confianza en la victoria e impaciencia por el combate.

En el partido opuesto, cierta duda engañaba la inquietud. Las sesiones de los jacobinos desde algun tiempo eran poco frecuentes e insignificantes. Los nuevos diputados de la Convencion no se inscribian en aquel club, pareciendo que temian comprometer su carácter y su independencia en una filiacion sospechosa de violencia y usurpacion. Peillon y Barbaroux luchaban allí con ventaja contra Fabre de Eglantine y Chabot. Marat no agitaba sino a la mas baja hez del populacho. Este hombre era mas bien el escándalo patente de la revolucion que una verdadera fuerza revolucionaria. Despopularizaba al ayuntamiento solo con tomar asiento en él. El mismo Danton parecia intimidado por la proximidad de la Convencion. Su pasado gravitaba sobre su genio, y hubiera querido hacerlo olvidar y sobre todo olvidarlo él mismo. Todo lo que le recordaba las jornadas de setiembre le era importuno y doloroso. Hombre de discernimiento y como inspirado por el genio inculto del gobierno, pensaba que el papel de jefe de una faccion demagógica en la casa de la ciudad de Paris era un papel mezquino, precario, subalterno, indigno de la Francia y de él. La direccion de una insurreccion, las proscripciones atroces y el gobierno sangriento de un interregno de seis semanas no satisfacian su ambicion.

Para imponer su dictadura ilimitada a la nueva Asamblea le eran necesarias á Danton una de estas dos cosas: el ejército ó la popularidad. El ejército porque él no lo tenia aun, aunque pensaba crearse uno; la popularidad: tenia el sentido político demasiado fino y ejercitado para contar por largo tiempo con la suya, y conocia que se usaba y se le huia de las manos de hora en hora. Ademas tenia demasiada elevacion de miras para despreciarla. Juzgar y despreciar su propia popularidad es el sino del hombre de Estado: Danton habia nacido con este sino. Una cosa sola le habia faltado para apoderarse y seguir desempeñando el papel de hombre de Estado: la moralidad en la ambicion, é inocencia en los medios. De esta falta habia sido castigado en el acto. Grande y temido todavia por el terror que inspiraba su crimen, no se disimulaba la repugnancia que causaba su nombre. No podia vencer este sentimiento de aversion publica sino por nuevos crímenes ó por una desaparicion voluntaria de la escena publica durante algun tiempo. ¡Pero cometer nuevos crímenes! ¡No los deseaba, porque la sangre de seliambre le fué demasiado amarga para que él tratase de derramarla otra vez. Danton tenia un corazon humano en el fondo, y aunque pervertido, no insensible. Su crueldad fué un espasmo de la pasion, mas bien que la sed de sangre de una alma atroz. Habia sacrificado por sistema, no por inclinacion natural. Esto no lo confesaba en publico, pero sí á su muger. Empezaba ya á arrepentirse y hemos visto que meditaba como Sila, una desaparicion voluntaria y momentánea del poder. Despreciaba, sin embargo, demasiado á sus rivales para abandonarles la escena. ¿Ves á esos hombres? decia una noche á Camilo Desmoulins hablando de los girondinos, de Robespierre y de Marat, en uno de esos desahogos intimos en que su orgullo descubria muchas veces los secretos de su alma, ¿ves esos hombres? Pues

no hay uno que valga siquiera tanto como un sueño de Danton. La naturaleza no ha vaciado dos almas en el molde de los hombres de Estado capaces de manejar las revoluciones como Mirabeau y yo: despues de habernos formado á nosotros dos ha roto los moldes. Esos hombres son unos parlanchines que pierden el tiempo en arreglar palabras y que se van luego á dormir al ruido de los aplausos. ¿Crees tú que yo voy á disputarles la tribuna y el ministerio? Desengañate, yo voy á separarme á un lado y entregarlos con su impotencia á la nada de sus ideas y á las dificultades del gobierno. La grandeza de los acontecimientos los estrellará. Para des- embarazarme de ellos no necesito mas que á ellos mismos. Asi los girondinos encontraron el lugar casi vacío y la opinion desarmada delante de ellos. Solo un hombre se habia engrandecido en opinion y en popularidad desde el 10 de agosto, y este hombre era Robespierre. Estudiémosle antes del momento en que va á perderse en medio del tumulto de los sucesos.

IX.

Robespierre parecia entonces el filósofo de la revolucion. Por una potencia de abstraccion que no pertenecía sino á las convicciones absolutas, se habia, por decirlo así, separado de sí mismo para confundirse con el pueblo. Su superioridad provenia, de que parecia que nadie servia como él á la revolucion por ella misma. Este hombre se elevaba en alas de su mismo sacrificio por el pueblo, y éste por una correspondencia natural se reconocia en él. La revolucion no era para Robespierre una causa política, sino la religion de su espíritu; él no pedia que le engrandeciese, sino que le permitiese consumarla. Sus ideas, al principio confusas como instintos, empezaban á aclararse por

el estudio y por la práctica. Su talento, al principio rebelde y trabajoso, empezaba á servir mejor á su voluntad. Destituído de los dotes esteriore y de inspiraciones repentinas de elocuencia natural, habia trabajado tanto sobre sí mismo, meditado, escrito, borrado y desafiado tantas veces la desatencion y el sarcasmo de su auditorio, que habia concluido por dominar y enardecer su palabra, y hacer de su persona, á pesar de su cuerpo flaco y estúpido, de su voz desagradable, y de su traje modesto, un instrumento de elocuencia, de conviccion y de pasion.

Dominado durante la Asamblea constituyente por Mirabeau, Maury y Cazalés: vencido en los jacobinos por Danton, Petion y Brissot, deslucido en la Convencion por la incomparable superioridad de la palabra de Vergniaud, si no hubiese sido sostenido por la obstinacion de la idea que ardía en él, y por la intrepidez de una voluntad que conocia en sí la fuerza suficiente para dominarlo todo, porque ella le dominaba á él mismo, habria renunciado mil veces á la lucha y vuelto á la oscuridad y al silencio. Pero á él le era mas fácil morir que callar cuando el silencio le parecia una desercion de sus creencias. Su fuerza estaba en estas, y era el hombre mas convencido de toda la revolucion. Hé aqui por qué fué por tanto tiempo su servidor oscuro, su favorito, su tirano, y por último, su victima.

Se ha creído por sus contemporáneos, que la revolucion no era á sus ojos sino la realizacion de la filosofía del siglo XVIII, y la manifestacion de la justicia y de la razon en la ley. Robespierre era una utopia filosófica en accion. Su política escrita en el contrato social, no era sino la letra sin alma de la teoria evangélica que él queria realizar en instituciones democráticas. Libertad, igualdad y fraternidad entre los ciudadanos, y paz entre las naciones: estas palabras comentadas en provecho de todos los hombres y en contra de todos los privilegios y de todas las tiranias era su código publico. Aplicaba las fór-

mulas y las consecuencias de él sin doblegarse en ninguna de las cuestiones ni de las circunstancias sublevadas por el tiempo. Alumbrado por la lámpara de las teorías que ningún viento exterior hacía vacilar en su espíritu, no se estravió hasta este punto. Su interés era su fé, su ambición su causa, sus amigos, todos los que servían a esta con mas utilidad, sus enemigos, todos los que le parecían que la hacían traición. Su desgracia y bien pronto su crimen, fué mirarse puro y el solo capaz de sospechar, de envidiar, de aborrecer y de perseguir á todos los que rivalizaban con él en la direccion de la opinion pública.

Robespierre, no obstante, mereció el título de incorruptible: dictado el mas bello que el pueblo puede conceder, puesto que es el título de su confianza absoluta en un tiempo en que se desconfiaba de todos. Robespierre, que comprendía la realizacion de su filosofía política, bajo las formas distintas del gobierno, con tal que la democracia fuera el alma de él, no había declamado contra el trono ni había repudiado la Constitución de 1791; ni había conspirado el 10 de agosto, ni había fomentado la república. Sin duda prefería la república como una forma mas completa de la igualdad política, y como un gobierno en que el pueblo confiaba su libertad á sí mismo; pero no veía inconveniente inmediato y radical en que la democracia conservase una cabeza en un rey, y la unidad de poder en la monarquía popular. Esta concesion á la paz y á los hábitos inveterados de la nacion, le parecían preferible á las crisis de las revoluciones que era necesario atravesar para trasformar el nombre y el mecanismo de un gobierno. La firmeza de sus convicciones no esclutó en él la mesura en la aplicacion. Era moderado en las ideas extremas. Solo los ambiciosos como los girondinos, ó los agitadores como los demagogos, eran los que habían impulsado los acontecimientos hacia la república, pero no él. Pactaba con el tiempo

porque no le pedia nada, segun decia, para sí mismo. Todo lo hacia por el pueblo y por el porvenir.

X.

La vida de Robespierre era el testimonio del desinterés de sus pensamientos; aquella vida era el mas elocuente de todos sus discursos. Si su maestro Juan Jacobo Rousseau hubiese dejado sus cabañas de Charmettes ó de Ermenouville para ser el legislador de la humanidad, no hubiera tomado una existencia mas recogida y mas pobre que la de Robespierre. Esta pobreza era mas meritória, porque era voluntaria. Objeto de numerosas tentativas de soborno por el partido de la corte, por Mirabeau, por los Lameth, y por los girondinos durante las dos Asambleas, había tenido todos los días en su mano la fortuna, pero no se dignó cogerla. Llamado en seguida por eleccion al desempeño de las funciones de acusador público y de juez en Paris, todo lo había rehusado para vivir en una pura y orgullosa indigencia. Su fortuna, la de su hermano y la de su hermana consistía en algunos trozos de tierras en el Artois, cuyos arrendadores, pobres tambien y parientes de su familia, pagaban con atraso sus rentas. Su sueldo, como diputado de la Asamblea constituyente y durante la Convencion, subvenia á las necesidades de estas tres personas. Algunas veces se vió obligado á recurrir al bolsillo de sus buespedes y de sus amigos: sus deudas, que no se elevaban, sin embargo, despues de su muerte sino á una suma de cuatro mil francos, despues de seis años de permanencia en Paris, atestiguan la extrema sobriedad de sus gastos.

Sus hábitos eran los de un modesto artesano. Vivía en una casa de la calle de San Honorato, señalada hoy dia con el núm. 396, frente á la iglesia de la Ascension. Esta

casa, era baja, precedida de un patio, rodeado de un cobertizo lleno de tablas, piezas de carpintería y otros materiales de construcción, que tenía una apariencia casi rústica. Pertenece a un carpintero, aparejador de edificios, llamado Duplay, que había adoptado con entusiasmo los principios de la revolución. Conocido de muchos miembros de la Asamblea constituyente, Duplay les pidió que le llevasen a Robespierre, y la entera conformidad de sus opiniones no tardó en unirlos. El día de los asesinatos del campo de Marte, algunos miembros de la sociedad de Amigos de la Constitución, pensaron que sería imprudente dejar a Robespierre que volviese al centro del *Marais*, por medio de una ciudad aun llena de emoción, y abandonarlo sin defensa a los peligros de que decía estaba amenazado. Duplay le ofreció entonces darle asilo, y su ofrecimiento fué aceptado. Desde este momento, Robespierre no dejó de vivir, hasta el 9 termidor, con la familia del carpintero. Una larga permanencia en la casa, comer en la misma mesa y vivir juntos tantos años, convirtieron la hospitalidad de Duplay en mucho cariño. La familia de su huésped llegó a ser para Robespierre su segunda familia. Esta, á quien Robespierre había hecho adoptar sus opiniones sin quitarle nada de la sencillez de sus costumbres y aun de sus prácticas religiosas, se componía del padre, la madre, un hijo, aun adolescente, y cuatro hijas, de las que la mayor tenía veinte y cinco años, y la mas jóven diez y ocho. El padre, que estaba todo el día ocupado en los trabajos de su oficio, iba alguna vez á oír por las noches á Robespierre á los Jacobinos, y volvía penetrado de admiración hacia el orador del pueblo, y de ira contra los enemigos de este jóven y puro patriota. Madama Duplay participaba del entusiasmo de su marido, y la estimación que tenía por Robespierre, le hacía encontrar honrosos y dulces los pequeños servicios de domesticidad voluntaria que le hacía, como si fuese su madre mas bien

que su huésped. Robespierre pagaba con su afecto estos servicios y esta adhesión, y encerraba su corazón en esta pobre casa. Hablador con el padre, filial con la madre, paternal con el hijo, familiar y casi hermano con las jóvenes, inspiraba y experimentaba en este círculo interior formado á su alrededor, todos los sentimientos que una alma ardiente no inspira ni prueba sino dilatándose mucho fuera de sí.

XI.

El amor mismo atraía á su corazón hacia el sitio en donde el trabajo, la pobreza y el recogimiento fijaban su vida. Eleonor Duplay, la mayor de las hijas de su huésped, inspiró á Robespierre un cariño mas sério y mas tierno que el que tenía á sus hermanas. Este sentimiento mas bien predilección que pasión, era mas razonable en Robespierre y mas ardiente y mas sincero á la jóven. Este era el amor que convenia á un hombre arrojado todo el día en las agitaciones de la vida pública, como un descanso del corazón despues del cansacio del espíritu. «Alma viril, decía Robespierre de su amiga, ella sabría morir como sabe amar.» Esta inclinación confesada por los dos, fué aprobada por la familia, y vivían, pues, en la misma casa, mas bien como novios que como dos amantes. Robespierre había pedido á la jóven á sus padres y le fué prometida. «La escasez de su fortuna y la incertidumbre del día siguiente le impidieron unirse á ella antes que el destino de la Francia se aclarase; pero no esperaba, decía el, sino el momento en que la revolución terminase y se consolidara para poder retirarse de la lucha, unirse con la que amaba é irse á vivir á Artois á una de las casas que aun conservaba de los bienes de su familia para confundir su oscura felicidad en la dicha comun.»

De las demas hermanas de Eleonor á la que queria mas Robespierre era á Isabel, la mas joven de las tres, á la cual su paisano y colega Lebas, pidió en matrimonio y con quien casó poco tiempo despues. Este jóven, á quien la amistad de Robespierre, costó la vida de su marido once meses despues de su union, ha vivido mas de medio siglo sin haber renegado una sola vez de su culto por Robespierre, y sin haber comprendido las maldiciones del mundo contra el hermano de su juventud que se le aparecia aun en su imaginacion, puro, virtuoso y dulce.

XII.

Las vicisitudes de la fortuna, de la influencia y de la popularidad de Robespierre no cambiaron en nada la sencillez de su existencia. La multitud iba á implorar el favor ó la vida á la puerta de esta casa, en la que nadie penetraba. La vivienda personal de Robespierre se componia de un cuarto bajo, construido en forma de bohordilla encima del cobertizo, y cuya ventana daba sobre el tejado, no teniendo mas vista que el interior de un patio semejante á un taller en el que resonaba siempre el martillo y la sierra de los oficiales, y que madama Duplay y sus hijas atravesaban continuamente ocupadas en sus quehaceres domésticos. Este cuarto estaba separado de los que ocupaban los dueños de la casa por un pequeño gabinete comun para la familia, y iba al otro lado, y tambien bajo el tejado, habia dos gabinetes ocupados, uno por el hijo de la casa, y el otro por Simon Duplay, secretario de Robespierre y sobrino de su buesped. Este jóven, cuyo patriotismo era tan ardiente como sus opiniones, ardia por dar su sangre por la causa de que Robespierre era el alma. Alistado como voluntario en un regimiento

de artilleria, perdió la pierna izquierda de una bala de cañon en la batalla de Valmy.

El cuarto del diputado por Arras contenia nada mas que un catre de nogal, cubierto de damasco verde con flores blancas; una mesa y cuatro sillas de paja. Esta pieza le servia á la vez para dormir y para trabajar. Sus papeles, sus memorias, las copias de sus discursos escritas de su mano con letra regular pero trabajosa y llenas de borrados, estaban clasificadas con cuidado sobre unas tablas de pino clavadas en la pared. Algunos libros escogidos y en corto número tambien estaban allí colocados; casi siempre un tomo de Juan Jacobo Rousseau ó de Racine estaba abierto en su mesa y atestiguando su predileccion filosófica y literaria por estos dos escritores.

Allí era donde Robespierre pasaba la mayor parte del dia ocupado en preparar sus discursos, no saliendo sino por las mañanas para ir á la Asamblea, y por las noches á las siete á los Jacobinos. Su traje, aun en la epoca en que los demagogos afectaban adular al pueblo imitando el cinismo y la desnudez de la indigencia, era aseado, decente y arreglado, como el de un hombre que se respeta á si mismo. El cuidado un tanto esmerado de su dignidad y de su estilo se señalaba hasta en su esterior. El pelo empolvado y con bucles sobre las sienes, una casaca de un azul claro abotonada en la cintura y abierta por el pecho para dejar ver un chaleco blanco, calzón corto de color amarillo, media blanca y zapatos con hebillas, formaban su invariable trage en toda su vida pública. Se hubiera dicho que no cambiando nunca la hechura y el color de su vestido queria imprimir su imagen invariable como una medalla de su figura en la imaginacion de la multitud.

Los rasgos y la espresion de su cara manifestaban la tension perpetua de un espiritu que trabaja. Sus facciones se dilataban y tomaban el aspecto de la alegria en su interior, en la mesa, y por la noche al lado del fuego de las virutas en la sala baja del carpintero. Las noches las pasaba con la familia, hablando de las sensaciones del dia, de sus planes para el siguiente, de las conspiraciones de los aristócratas, de los peligros de los patriotas y de la perspectiva de la felicidad pública despues del triunfo de la revolucion. Esta casa era la nacion en miniatura, con sus sencillas costumbres, con sus recelos, y algunas veces con sus sentimientos de ternura.

Un reducido número de amigos de Robespierre y de Duplay eran admitidos alguna vez en esta intimidad. Los Lameth y Petion en sus primeros tiempos, alguna vez Legendre; Merlin de Thionville, Fouché, que amaba á la hermana de Robespierre, y á quien éste no queria; con frecuencia Tacheureau, Coffinhal, Paris, Sergent y Piot: todas las noches Lebás, Saint-Just, David, Couthon y Buonarroti, patriota toscano, descendiente de Miguel Angel; Camilo Desmoulin, y uno llamado Nicolás, impresor del periódico y de los discursos del orador: un cerrajero llamado Didier, que era amigo de Duplay: y en fin, madama de Chalabre, muger noble y rica, entusiasta por Robespierre, entregándose á él como las viudas de Corinto ó de Roma á los apóstoles del nuevo culto, ofreciéndole su fortuna para que sirviese á la popularizacion de sus ideas, y captándose la amistad de la muger y de la hija de Duplay para merecer una mirada de Robespierre, tales eran los tertulios constantes de este célebre patriota.

Allí se hablaba de la revolucion. Otras veces, des-

pues de una corta conversacion y algunas chanzas con las jóvenes, Robespierre, que queria cultivar el talento de su novia, leia en voz alta á la familia, con mucha frecuencia, alguna de las tragedias de Racine. Le gustaba declamar estos hermosos versos, sea para ejercitarse en la tribuna por la declamacion teatral, sea para elevar aquellas almas sencillas á la altura de los grandes sentimientos ó de los grandes caracteres de la antigüedad. Rara vez salia por las noches. Dos ó tres veces al año llevaba á madama Duplay y á sus hijas al teatro, y esto era siempre al Francés y á representaciones clásicas. Le gustaban mucho las declamaciones trágicas, que le recordaban la tribuna, la tiranía, el pueblo, los grandes crímenes y las grandes virtudes, teatral hasta en sus sueños y en sus distracciones.

Los demas dias, Robespierre se retiraba temprano á su cuarto, se acostaba y se levantaba en seguida para trabajar por la noche. Los innumerables discursos pronunciados en las dos Asambleas nacionales y en los Jacobinos, los artículos redactados para su periódico mientras que lo tuvo, los manuscritos, mas numerosos aun que los discursos que preparaba y que no pronunció nunca, el cuidado de su estilo, que se deja conocer en ellos, las correcciones continuas con que están enmendados por su pluma, atestiguan sus vigiliass y su obstinacion. Cuidaba tanto del arte como del imperio, sabiendo que á la multitud le gusta lo bello tanto al menos como lo verdadero; trataba al pueblo como los grandes escritores tratan á la posteridad sin contar sus penas y sin familiaridad, cubriéndose con su filosofia y con su patriotismo.

Sus únicas distracciones eran algunos paseos solitarios, á imitacion de Juan Jacobo Rousseau, su modelo, por los Campos Eliseos y por los alrededores de Paris, no teniendo mas compañero en sus escursiones que su gran perro alano, que se acostaba á la puerta de su cuarto, y que le seguia siempre que salia. Este perro colosal,

conocido en todo el barrio, se llamaba Brount. Robespierre lo quería mucho, y jugaba continuamente con él. Esta era la única escolta de este tirano de la opinión, que hacía temblar al trono y emigrar al extranjero toda la aristocracia de su país.

En los momentos de agitación extrema y cuando se temía por la vida de los demócratas, el impresor Nicolás, el cerrajero Didier y algunos amigos, acompañaban á lo lejos á Robespierre. «Dejadme salir de vuestra casa é irme á vivir solo, le decía á su patron, comprometo á vuestra familia, y mis enemigos acriminarán á vuestros hijos por haberme querido.—No, no, moriremos juntos ó el pueblo triunfara, respondia Duplay.» Algunos domingos toda la familia salía de París con Robespierre, y el tribuno vuelto hombre, se estraviaba con la madre, las hermanas y el hermano de Leonor en los bosques de Versailles ó de Issy.

XIV.

Así vivía este hombre, cuyo poder, nulo en torno suyo, se hacia inmenso alejándose de su persona. Este poder no era mas que un nombre. Este nombre solo reinaba en la opinión. Robespierre había llegado á ser poco á poco el único nombre que el pueblo repelia sin cesar. A fuerza de hablar en todas las tribunas, como el defensor de los oprimidos, había impreso su imagen y la idea de su patriotismo en el pensamiento de aquella parte de la nación. Su permanencia en casa del ebanista, su vida en comun con una familia de honrados artesanos, no habían contribuido poco á incrustar el nombre de Robespierre en la masa revolucionaria, pero proba, del pueblo de París. Los Duplay, sus obreros y sus amigos en los diversos barrios de la capital hablaban de Robespierre co-

mo del tipo de la verdad y de la virtud. En aquel tiempo de fiebre de opinión, los trabajadores no iban como hoy despues de su tarea á los sitios de placer ó de desorden para emplear las horas de la noche en vanas conversaciones. Un solo pensamiento agitaba, dispersaba y reunia la multitud. Nada había aislado ni individual en las impresiones, todo era colectivo, popular, tumultuoso. La pasión brotaba de todos los corazones y sobre todos los corazones á la vez; los periódicos con un número incalculable de suscritores, llovian á todas horas y sobre todas las clases de la población, como otras tantas chispas sobre materias inflamables: anuncios de todas formas y dimensiones y de todos colores detenian en todas las esquinas á cuantos pasaban, y sociedades populares tenían sus tribunas y sus oradores en todos los barrios. Los negocios públicos habían de tal modo llegado á ser los asuntos de cada uno, que hasta aquellos que no sabían leer se agrupaban en los mercados y en las plazas alrededor de lectores ambulantes que les leían y comentaban los papeles públicos.

Entre todos aquellos nombres de diputados y de oradores que resonaban en su oído, el pueblo escogia algunos nombres favoritos, se apasionaba por ellos y se irritaba contra sus enemigos, confundiendo su causa con la suya. Mirabeau, Petion, Marat, Danton, Barnabe y Robespierre habían sido ó eran todavía sucesivamente aquellas personificaciones de la multitud; pero de todas estas popularidades ninguna se había mas lenta y mas profundamente arraigado en el espíritu de las masas que la del diputado de Arras.

XV

Esta popularidad se eclipsó un momento despues del 10 de agosto por la de los hombres de acción de aquel

dia, tales como Danton y Marat; pero este olvido del pueblo hacia su favorito no fué largo. Hemos visto que Robespierre, llamado al consejo de la municipalidad al día siguiente de la victoria, habia tomado una parte activa en sus deliberaciones, redactado sus decretos y promulgado sus voluntades, como orador de muchas diputaciones, en la barra de la Asamblea legislativa. Convencido de que al fin habia sonado la hora de la república, y que detenerse ante la indecision era detenerse en la anarquía, Robespierre habia aceptado la república y violentado con sus palabras á los girondinos, para arrancarles el gobierno y entregarle al pueblo de París. Hasta el 2 de setiembre se habia confundido así en el ayuntamiento con los directores del movimiento de la municipalidad y con los dictadores de París. Pero el día en que Danton y Marat organizaron y regularizaron el asesinato, ora previendo la justa vuelta de la indignacion pública, ora por el horror de sangre entonces, Robespierre dejó de presentarse en la casa de la ciudad, y despues del 2 de setiembre no volvió allí mas. Hemos visto en qué términos manifestó á Saint-Just la conmocion de su alma contra aquellas inmoluciones en masa: le repugnaban de tal modo en estos primeros tiempos, que no quiso á ningun precio que se le confundiese con sus colegas de la municipalidad, por miedo de que cayese sobre él una mancha de la sangre de setiembre.

A medida que aquellas proscripciones, contempladas á sangre fria parecian mas odiosas, Robespierre aparecia mas puro. No se olvidaba su inaccion, y se le agradecia no hubiese ensangrentado su carácter, y haber querido conservar á la causa del pueblo el prestigio de la justicia y de la humanidad. La reaccion de la opinion contra las jornadas de setiembre conducia á él todos los partidos extremos, pero no perversos.

El día de la primera sesion de la Convencion, era aun el hombre incorruptible de la revolucion, tan incor-

ruptible á la sangre como al oro. Su nombre lo dominaba todo. La misma municipalidad, que no toda habia tenido parte en los asesinatos de setiembre, se gloriaba con Robespierre, y le concedia con afectacion toda la autoridad sobre sus actos. Conocia que su fuerza moral estaba en él. Los girondinos lo conocian tambien, y temian poco á Marat, harlo monstruoso para seducir; negociando con Danton, bastante venal para ser seducido. Pero aunque desdenando el aun subalterno talento de Robespierre, este era el hombre ante quien temblaban; el único, en efecto, despues de Danton, que podia disputarles la direccion del pueblo y el manejo de la república.

Pero ya hacia mucho tiempo que Robespierre habia cesado en toda intimidad con madama Roland y sus amigos. Vergniaud, lleno de elocuencia y confiando en su poder de atraccion, despreciaba la palabra sorda de Robespierre, que reprendia siempre, pero que no estallaba nunca. Creia que el poder de los hombres se perdia por su genio, y el de Robespierre se arrastraba al pie de la tribuna, en la que Vergniaud reinaba ya. Pelion, mucho tiempo amigo de Robespierre, no le perdonaba el que le hubiese quitado la mitad del favor público. La popularidad no admite tanta division como el mando. Louvet, Barbaroux, Rebecqui, Isnard, Ducós, Fonfrede, Lanjuinais, todos estos jóvenes diputados en la Convencion, que creian llegar á París con la omnipotencia de la voluntad nacional, y hacer inclinarse todo bajo la constitucion republicana que ellos iban á deliberar libremente, se indignaban al hallar en la municipalidad un poder usurpador y rebelde, que era preciso derribar ó sufrir, y en Robespierre un tirano de la opinion con quien era necesario contar. Las cartas de estos jóvenes á los departamentos están llenas de expresiones de cólera contra los agitadores de París. Difundianse rumores de dictadura, ya por los partidarios de Robespierre, ya por sus rivales. Marat acreditaba estos rumores, no cesando de pedir al

pueblo volviese á entregar á un solo hombre el poder y el hacha para inmolar á todos sus enemigos á la vez. Los girondinos aumentaban estas noticias sin creerlas. Los partidos se combatian con sospechas, y cuando la sospecha del realismo no podia alcanzar á nadie, la sospecha de aspirar á la dictadura era el golpe mas mortal que los partidos podian darse.

Si la soberanía de la opinion era el único sueño de Robespierre, en una confusa lontananza, segun su confidente Lebas creia leerlo en los pensamientos de su amigo, el aspirar entonces á una dictadura directa, era una calumnia contra su buen sentido. Aun necesitaba aumentar inmensamente la confianza y el fanatismo del pueblo en su favor, para atreverse á dominar la representacion. Sus enemigos se encargaban de elevarle atacándole; acusarle de pretender la dictadura era prestar dos servicios á su fama. Era por un lado prepararle una ocasion fácil y cierta de demostrar su inocencia; era por otro dar la idea del crimen de que se le acusaba, y formarle una candidatura para el poder supremo por conducto mismo de sus calumniadores; doble fortuna para un ambicioso.

XVI.

La cólera y la impaciencia de los jóvenes girondinos no hicieron ninguna de estas reflexiones. Se reunieron en casa de Barbaroux, se acalararon con sus mismas preveniciones, resolvieron atacar de repente y cuerpo á cuerpo la tiranía de París, en la persona y bajo el nombre de Robespierre. Echando sobre él todo lo odioso de aquella tiranía, tenian la ventaja de aflojar del lado de Danton, á quien temian mas: creian de este modo atacar la municipalidad por lo mas vulnerable de sus triumviros, y no dudaban triunfarian con facilidad. Algunos de sus

amigos de mas edad y mas contemporizadores, como Brissot, Sieyes y Condorcet, les aconsejaron dilatar el ataque, y esperar á que se suscitase un conflicto inevitable y próximo entre la municipalidad y la Convencion. Los mas animados contestaron, que el dar tiempo á una faccion, era darla fuerzas; que el valor era siempre la mejor política; que era una habilidad arrancar desde el primer dia la republica á los facciosos que querian apoderarse de ella en la cuna; que era preciso no dejar á la indignacion de la Francia contra los asesinos de setiembre el tiempo de calmarse, y si comprometer desde el primer momento la mayoría de la Convencion contra los hombres sanguinarios que amenazaban sujetarlo todo, y que ademas habia en ellos algo que les determinaba mas que la política, que era el sentimiento y el horror de su alma contra aquellos seductores del pueblo, y la imposibilidad de que hombres de corazon sano se confundiesen con los asesinos, y parecer tolerarlos ó temerlos teniendo consideracion por mas tiempo.

Avergonzado el intrépido Vergniaud de haber sufrido durante seis semanas la tiranía de los oradores de la municipalidad, no trataba ni de activar ni de contener el ardor de sus jóvenes compatriotas. Ni huía ni pedía el combate; solo se declaraba pronto á aceptarle y sostenerle. Su alma, su palabra y su sangre todo lo ofrecia por la salvacion de la patria y la pureza de la republica.

Sieyes, sobre todo, que en los primeros tiempos era buscado por los girondinos, y que les veia todas las noches en la tertulia de madama Roland, les dió en términos lacónicos consejos de táctica, y les presentó planes metafísicos de constitucion. Los girondinos le consideraban como su hombre de Estado. Sieyes, espíritu previsor, aunque detestaba á Robespierre, Marat y Danton, hubiera querido que antes de atacar la municipalidad hubiesen separado á Danton, y hecho un pacto con Dumouriez que les asegurase otra fuerza distinta de la tri-

pueblo volviese á entregar á un solo hombre el poder y el hacha para inmolar á todos sus enemigos á la vez. Los girondinos aumentaban estas noticias sin creerlas. Los partidos se combatian con sospechas, y cuando la sospecha del realismo no podia alcanzar á nadie, la sospecha de aspirar á la dictadura era el golpe mas mortal que los partidos podian darse.

Si la soberanía de la opinion era el único sueño de Robespierre, en una confusa lontananza, segun su confidente Lebas creia leerlo en los pensamientos de su amigo, el aspirar entonces á una dictadura directa, era una calumnia contra su buen sentido. Aun necesitaba aumentar inmensamente la confianza y el fanatismo del pueblo en su favor, para atreverse á dominar la representacion. Sus caemigos se encargaban de elevarle atacándole; acusarle de pretender la dictadura era prestar dos servicios á su fama. Era por un lado prepararle una ocasion fácil y cierta de demostrar su inocencia; era por otro dar la idea del crimen de que se le acusaba, y formarle una candidatura para el poder supremo por conducto mismo de sus calumniadores; doble fortuna para un ambicioso.

XVI.

La cólera y la impaciencia de los jóvenes girondinos no hicieron ninguna de estas reflexiones. Se reunieron en casa de Barbaroux, se acalararon con sus mismas prevenciones, resolvieron atacar de repente y cuerpo á cuerpo la tiranía de París, en la persona y bajo el nombre de Robespierre. Echando sobre él todo lo odioso de aquella tiranía, tenian la ventaja de aflojar del lado de Danton, á quien temian mas: creian de este modo atacar la municipalidad por lo mas vulnerable de sus triumviros, y no dudaban triunfarian con facilidad. Algunos de sus

amigos de mas edad y mas contemporizadores, como Brissot, Sieyes y Condorcet, les aconsejaron dilatar el ataque, y esperar á que se suscitase un conflicto inevitable y próximo entre la municipalidad y la Convencion. Los mas animados contestaron, que el dar tiempo á una faccion, era darla fuerzas; que el valor era siempre la mejor política; que era una habilidad arrancar desde el primer dia la republica á los facciosos que querian apoderarse de ella en la cuna; que era preciso no dejar á la indignacion de la Francia contra los asesinos de setiembre el tiempo de calmarse, y si comprometer desde el primer momento la mayoría de la Convencion contra los hombres sanguinarios que amenazaban sujetarlo todo, y que ademas habia en ellos algo que les determinaba mas que la política, que era el sentimiento y el horror de su alma contra aquellos seductores del pueblo, y la imposibilidad de que hombres de corazon sano se confundiesen con los asesinos, y parecer tolerarlos ó temerlos teniendo consideracion por mas tiempo.

Avergonzado el intrépido Vergniaud de haber sufrido durante seis semanas la tirania de los oradores de la municipalidad, no trataba ni de activar ni de contener el ardor de sus jóvenes compatriotas. Ni huía ni pedía el combate; solo se declaraba pronto á aceptarle y sostenerle. Su alma, su palabra y su sangre todo lo ofrecia por la salvacion de la patria y la pureza de la republica.

Sieyes, sobre todo, que en los primeros tiempos era buscado por los girondinos, y que les veia todas las noches en la tertulia de madama Roland, les dió en términos lacónicos consejos de táctica, y les presentó planes metafísicos de constitucion. Los girondinos le consideraban como su hombre de Estado. Sieyes, espíritu previsor, aunque detestaba á Robespierre, Marat y Danton, hubiera querido que antes de atacar la municipalidad hubiesen separado á Danton, y hecho un pacto con Dumouriez que les asegurase otra fuerza distinta de la tri-

buna, contra las bandas insurreccionales del ayuntamiento. «No espongais, les dijo, la república en una batalla en las calles, antes de tener los cañones de vuestra parte.» Vergniaud convino en lo acertado de esta palabra; pero la impaciencia de la juventud, la vergüenza de retroceder, las elocuentes escitaciones de madama Roland vencieron á los frios cálculos.

XVII.

Entre tanto los jacobinos se aumentaban de nuevo hacia dos dias, y Marat y Robespierre volvieron á presentarse.

La Convencion emprendió sus trabajos. Oyó al principio favorablemente una relacion enérgica de Roland, que proclamaba los verdaderos principios de orden y legalidad, y que pedía á la Asamblea asegurase su propia dignidad contra los movimientos populares, con una fuerza armada para defender la representacion nacional. El momento era oportuno para atacar la municipalidad y deshorrar sus excesos. En la sesion del 24 de setiembre, Kersaint, noble breton, intrépido oficial de marina, escritor político elocuente, reformador decidido por la regeneracion social, unido desde el primer dia con los girondinos por un mismo amor por la libertad, y por el mismo horror al crimen, pidió repentinamente, con motivo de un desorden en los Campos Eliseos, que se nombrasen comisionados para vengar la violacion de los primeros derechos del hombre, la libertad, la propiedad y la vida de los ciudadanos. «Es tiempo, dijo Kersaint, de levantar cadalsos para los asesinos y para aquellos que inciten al asesinato.» Luego, volviéndose del lado de Robespierre, de Marat y de Danton, y pareciendo dirigir á ellos una sangrienta alusion: «¿Hay quizá, continuó con

atronadora voz, hay quizá algun valor en levantarse aqui contra los asesinos!...» La Asamblea se estremeció y aplaudió.

Tallien pidió que se aplazase aquella proposicion.— «Aplazar el castigo del crimen, es proclamar la impunidad de los asesinatos,» dijo Vergniaud. Fabre de Eglantine, Sergent, Collot de Herbois, creyéndose aludidos, se opusieron á la proposicion de Kersaint, y justificaron á los ciudadanos de Paris. «Los ciudadanos de Paris, exclamó Lanjuinais, están llenos de estupor; cuando llegué á la capital, me estremecí.» Empezaron los murmullos, y Buzot, confidente de Roland, preparado para hablar por la comunicacion que recibiera del informe, se aprovechó de la inesperada emocion producida por el discurso de Kersaint, para subir á la tribuna y empezar el combate ensanchando el terreno.

XVIII.

«En medió de la violenta agitacion que ha producido la propuesta de Kersaint, dijo Buzot, necesito conservar la sangre fria que conviene á un hombre libre. No basta llamarse republicano y sufrir bajo este nombre nuevos tiranos. Estraño á los partidos, he llegado aqui con la confianza de que podria conservar la independencia de mi alma, y es bueno que sepa lo que debo esperar ó temer. ¿Estamos seguros? ¿Existen leyes contra los que esciten al asesinato? ¿Se cree que nosotros no hemos traído un alma republicana, pero incapaz de ceder á las amenazas y á las violencias de hombres, cuyo fin ni designios no conozco? Se os pide una fuerza pública; eso es lo mismo que os pide el ministro del Interior, Roland, quien á pesar de las calumnias que se le dirigen, es á vuestros ojos uno de los hombres mas honrados de la Francia

(aplausos). Yo pido tambien una fuerza pública á la que concurren todos nuestros departamentos. Es necesaria una ley contra esos hombres infames que asesinan, porque no tienen valor para combatir... ¿Se cree hacernos esclavos de algunos diputados de París?»

Estas enérgicas expresiones de Buzot, conmovieron á la Convencion, y las aclamaciones en todos los bancos de los diputados de los departamentos apoyaron sus palabras. Los diputados de París y sus adictos callaron y quedaron consternados, y la proposicion se votó. Por la noche los doce diputados de París, se trasladon en masa á la sesion de los Jacobinos para exhalar su cólera y para concertar su venganza. «Es necesario, dijo Chabot, que los jacobinos, no solo de París, sino de todo el imperio, obliguen á la Convencion á dar á la Francia el gobierno que elija. La Convencion retrocede y los intrigantes se apoderan de ella. Los aduladores de la secta de Brissot y de Roland quieren establecer un gobierno federal para reinar sobre nosotros por sus departamentos.»

Al decir, estas palabras aparece Petion y sube á la tribuna. Brissot escribe que pide explicarse fraternalmente. Fabre de Eglantine ataca á Buzot y denuncia su discurso de la mañana como una combinacion preparada en la casa de Roland para prevenir el ánimo de la Convencion contra París. Petion defiende á Buzot, no solo á título de amigo, dice, sino como uno de los ciudadanos mas decididos por la libertad y por la república. Billaud-Varenes, Chabot y Camilo Desmoulin, llaman á Buzot malvado. Grangeneuve y Barbaroux amenazan á la diputacion de París con la llegada de nuevos marseleses. La sesion se levanta en medio del mas inexplicable tumulto, y la guerra queda declarada.

El combate empieza al dia siguiente en la sesion de la Convencion. Se levanta Merlin. «Se habla de señalar la orden del dia, dice, la única orden del dia es hacer que cesen las desconfianzas que nos dividen y que perderian la causa pública. Se habla de tiranos y de dictadores, pido que se les nombre, y que se me designen como aquellos á quienes debo dar de puñaladas. Intimo á Lasource que me dijo ayer existia aqui un partido dictatorial, que nos le designe.»

Lasource, amigo de Vergniaud y casi tan elocuente, se levanta indignado de aquella pèrfida interpelacion. «Es bien extraordinario, dice, que interpelándome el ciudadano Merlin me calumnie. Yo no he hablado de dictador, sino de dictadura: he dicho que hay aqui ciertos hombres, que me parece tienden al dominio por medio de las intrigas. Es una conversacion particular lo que el ciudadano Merlin revela; pero lejos de quejarme de esa indiscrecion, me alegro: lo que he dicho en confianza lo volveré á decir en la tribuna, y aliviare de un peso á mi corazon. Ayer por la noche en los Jacobinos oi denunciar á las dos terceras partes de la Convencion, como que conspiraban contra el pueblo y contra la libertad; al salir, algunos ciudadanos se agruparon á mi alrededor, y el ciudadano Merlin fué uno de ellos. Les pinté, con un calor que yo no puedo contener cuando se trata de mi patria, mi inquietud y mi dolor. Se gritaba contra el proyecto de ley que pide el castigo para los instigadores del asesinato. He dicho y repito, que esta ley solo puede asustar á aquellos que mediten crímenes y que los atribuyen despues al pueblo, de quiense llaman únicos amigos. Se gritaba contra la proposicion de dar una guardia á la Convencion; he dicho y vuelvo á decir que la Con-

vencion nacional no puede quitar á todos los departamentos de la república el derecho de velar por el depósito común y por la libertad de sus representantes. No es al pueblo á quien yo temo, él es quien nos ha salvado, y pues que al fin es necesario hablar de sí mismo, son los ciudadanos de París quienes me han salvado en el terraplen de los Fuldenses: ellos son, quienes apartaron de mí la muerte que me amenazaba, y quienes separaron de mi pecho treinta estocadas. No, no es al ciudadano á quien yo temo, es al cobarde asesino que da de puñaladas. ¿Causa esto admiracion? Yo interpelo á mi vez á Merlin. ¿No es verdad que me ha advertido en confianza uno de estos dias en el comité de vigilancia, que yo debia ser asesinado sobre el umbral de mi puerta al entrar en mi casa, como otros muchos de mis colegas? Si, no temo el despotismo de París, temo el dominio de los intrigantes que le oprimen sobre la Convención nacional; no quiero que París llegue á ser para el imperio francés lo que Roma para el imperio romano. Aborrezco á los hombres que en el mismo dia en que se cometian los asesinatos, se han atrevido á decretar mandamientos de arresto contra ocho diputados y quieren llegar por medio de la anarquía á aquel dominio de que están sedientos. Yo no designo á nadie, sigo con la vista el plan de los conjurados y levanto la cortina: cuando los hombres en quienes me fiyo, me hayan dado bastante luz para verlos bien y para enseñarlos á la Francia, yo vendré á esta tribuna á quitarles la máscara, aunque deba al bajar sucumbir á sus golpes. Me habré vengado, y el poder nacional que anonadó á Luis XVI, anonadará á todos los hombres ávidos de dominacion y de sangre.»

Prolongados aplausos siguieron á estas palabras; la energia de Lasource pareció haber vuelto la respiracion á la Asamblea. Rebecqui nombró á Robespierre. «He ahí el partido, exclamó; he ahí el hombre que yo os denuncio.»

Danton, que se creía aun con bastante apoyo en am-

bos lados de la Convencion para sostenerse y para interponerse como un terrible mediador, pidió la palabra.

«Es un bello dia para la nacion, dijo, es un bello dia para la república, aquel que nos conduce á una explicacion fraternal. Si hay culpables, si existe un hombre perverso que quiera dominar despóticamente los representantes del pueblo, su cabeza caerá tan pronto como sea descubierto. Esta imputacion no debe ser vaga é indeterminada. El que la haga debe firmarla. Yo la haré, aun cuando deba costar la vida á mi mejor amigo. No desiendo en masa á la diputacion de París, no respondo por nadie (indica con una mirada desdeñosa el baneo de Marat) y solo os hablaré de mí. Estoy pronto á trazaros el cuadro de mi vida pública; desde hace tres años he hecho lo que he creído deber hacer por la libertad. Mientras que duró mi ministerio, he empleado todo el vigor de mi carácter y toda la actividad de un ciudadano á quien abrasa el amor de su pais. Si con respecto á esto hay alguno que pueda acusarme, que se levante y que hable. Existe, es verdad, en la diputacion de París un hombre, cuyas opiniones exageran y desacreditan el partido republicano: este hombre es Marat. Bastante y demasiado tiempo se me ha acusado de ser el autor de sus escritos; invocó el testimonio del ciudadano que os preside. Petion tiene en sus manos la amenazadora carta que me ha dirigido Marat, y ha sido testigo de un altercado entre Marat y yo en el ayuntamiento. Pero yo atribuyo aquellos escesos á las vejaciones que este ciudadano ha sufrido, y creo que los sótanos en que ha estado encerrado ulceraron su alma. ¿Por que haya algunos individuos exagerados, se debe acusar á toda una diputacion? En cuanto á mí, no pertenezco á París; he nacido en un departamento hácia el que se vuelven siempre mis miradas con un sentimiento de placer; pero ninguno de nosotros pertenece á tal ó cual departamento, todos pertenecemos á la Francia entera. Demos una ley que im-

ponga la pena de muerte contra cualquiera que se declare en favor de la dictadura ó del triumvirato. Se dice que hay entre nosotros hombres que quieren dividir la Francia; hagamos desaparecer estas ideas absurdas pronunciando la pena de muerte contra ellos. La Francia debe ser indivisible. Los ciudadanos de Marsella quieren dar la mano á los ciudadanos de Dunkerque. Votemos la unidad de la representacion y del gobierno; y es seguro que los austriacos no sabrán, sin estremecerse, esta santa armonía. Entonces, es lo juro, acabaron nuestros enemigos.»

Bajo Danton de la tribuna entre el ruido de los aplausos. Las asambleas, indecisas siempre por naturaleza, adoptan con entusiasmo las proposiciones dilatorias que les evitan la necesidad de pronunciar su fallo.

Impaciente, sin embargo, Buzot, de poder contar una victoria á madama Roland, no se contentó con obtener para su partido aquella denegacion del juicio, con las leyes de muerte de dobles filos, ni con aquellos juramentos equívocos de unidad y de indivisibilidad de la república. «Y ¿quién os dijo, ciudadano Danton, que nadie pensase en romper esa unidad? respondió. ¿No he pedido yo que fuese consagrada y garantida por una guardia compuesta de hombres enviados por todos los departamentos? ¿Nos hablan de juramentos? yo no creo en los juramentos. Los La Fayette, los Lameth habian hecho uno y le han violado. ¿Nos hablan de decreto? Un simple decreto no basta para asegurar la indivisibilidad de la república. Es necesario que esta unidad exista de hecho. Es necesario que una fuerza armada, enviada por los ochenta y tres departamentos, rodee la Convencion. Pero todas estas ideas necesitan coordinarse, y yo pido que se envíen á la comision de los Seis.»

La obstinacion de Buzot reanimó la audacia de los jóvenes girondinos desconcertada un momento por la voz de Danton. Vergniaud, Guadet, Pelion, callaban y pare-

cian mostrar en su fisonomía y en su actitud una repugnancia á llevar el combate mas adelante. Robespierre, llamado por su nombre, sabió con lentitud y solemnidad los escalones de la tribuna. Todas las miradas se fijaron en él. El odio prematuro de los girondinos le habia proporcionado, para un orador popular, el mas interesante papel: El de la inocencia que se defiende, y el de la fuerza que se modera.

XX.

«Ciudadanos, dijo, al subir á esta tribuna para responder á la acusacion dirigida contra mí, no es mi propia causa la que vengo á defender, sino la causa pública. Al justificarme no creais que me ocupo de mí mismo, sino de la patria. Ciudadano, continuó apostrofaudo á Rebecqui, ciudadano, que habeis tenido valor de acusarme de querer sujetar mi país á la faz de los representantes del pueblo, en este mismo sitio en que he defendido sus derechos, yo os doy gracias. Reconozco en este acto el civismo que caracteriza la ciudad célebre (Marsella) que os nombró diputado. Os doy gracias, porque todos ganaremos con esta acusacion. Se me ha designado como el jefe de un partido, que se señala á la animadversion de la Francia como aspirante á la tiranía. Hombres hay que sucumbirian bajo el peso de semejante acusacion; pero yo no temo, gracias á lo que he hecho por la libertad; yo soy quien ha combatido durante tres años todas las facciones en la Asamblea constituyente; yo soy quien ha combatido la corte, desdenando sus presentes, despreciando los obsequios del partido mas seductor que despues se habia elevado para oprimir la libertad!»

Muchas voces, cansadas de este vago panegirico de sí mismo interrumpieron á Robespierre, diciéndole que entrase en la cuestion. Tallien reclamó la atencion para

el diputado de París. Robespierre, que ya no hallaba el favor y el respeto de que gozaba en los Jacobinos, se detuvo un momento en su discurso, é imploró el silencio de la generosidad de sus acusadores, recordando de nuevo sus servicios á la revolución.

«Pero, ahí es, continuó, donde comenzaron mis crímenes; porque un hombre que luchó tan largo tiempo contra todos los partidos con un valor fuerte é inflexible, sin proporcionarse ningún partido á sí mismo, debía ser objeto del odio y de las persecuciones de todos los ambiciosos y de todos los intrigantes. Cuando quieren principiar un sistema de opresion, su primer pensamiento debe ser separar este hombre. Sin duda que otros ciudadanos han defendido mejor que yo los derechos del pueblo; pero yo soy el que puede gloriarse de tener mas enemigos y haber sufrido mas persecuciones.»

—¡Robespierre! gritaron por todas partes, ¡dinos sencillamente si has aspirado á la dictadura ó al triunvirato! Robespierre se indigna de los estrechos límites que prescriben á su defensa. La Convencion murmura, y con su poca atencion manifiesta su cansancio.—Abrevia, abrevia, gritan á Robespierre de todos los bancos.—No abreviaré, replica, os recuerdo vuestra dignidad; invoco la justicia de la mayoría de la Convencion contra ciertos miembros que son mis enemigos...

«Aquí hay unidad de patriotismo y no es por odio por lo que se te interrumpe, le responde Cambon.» Ducós pide que en interés de los mismos acusadores se oiga al acusado con atencion.

XXI.

Robespierre continúa en medio de las risas y de los sarcamos: «Que aquellos que me responden con riso-

tadas y con murmullos se constituyan en tribunal, y pronuncien mi sentencia; ¡ese será el día mas glorioso de mi vida! ¡Ah! ¡si yo hubiese sido hombre capaz de unirme á uno de esos partidos, si yo hubiese transigido con mi conciencia, no sufriria ni estos insoltos ni estas persecuciones! París es la arena donde yo he sostenido esos combates contra mis enemigos y contra los enemigos del pueblo: no es, por consiguiente en París, en donde se puede desnaturalizar mi conducta, porque aquí tiene al pueblo por testigo. Pero no sucede lo mismo en los departamentos. ¡Diputados de los departamentos, os lo pido en nombre de la causa pública; desenganáos y escuchadme con imparcialidad! Si la calumnia sin respuesta es la mas temible de las precauciones contra un ciudadano, es tambien la mas perjudicial á la patria! Me han acusado de haber tenido conferencias con la reina, con la Lamballe; me han hecho responsable de las frases irreflexivas de un hombre patriota exagerado (Marat) que pedía que la nacion se confiase á hombres, cuya incorruptibilidad se hubiese probado durante tres años! Despues de la apertura de la Convencion, y aun antes, se renuevan estas acusaciones. Se quiere perder en la opinion pública á los ciudadanos que han jurado inmolar á todos los partidos. Se sospecha que aspiramos á la dictadura, y nosotros sospechamos del pensamiento de hacer de la república francesa un conjunto de repúblicas federativas, que serian sin cesar la presa de los furors civiles ó de nuestros enemigos. Vamos al fondo de estas sospechas. ¡Que no se contenten con calumniar, que se acuse, y se firmen acusaciones contra mí!»

XXII.

El impaciente Barbaroux se levanta con la impetuosidad de la juventud. «Barbaroux, de Marsella, se

presenta, dice mirando á Robespierre cara á cara, para firmar la denuncia... Estábamos en París acabábamos de derribar el trono con los marseleses, se nos buscaba por todos los partidos, como árbitros del poder, y nos condujeron á casa de Robespierre. Allí nos designaron este hombre, como el ciudadano mas virtuoso, el único digno de gobernar la república. Respondimos, que los marseleses jamás bajarían la frente ante un dictador. (Aplausos). He ahí lo que yo firmaré, y que yo desafío á Robespierre que desmienta. ¡Y se atreven á decirnos que el proyecto de dictadura no existe! ¡Y una municipalidad desorganizadora se atreve á lanzar mandamientos de prision contra un ministro, contra Roland que pertenece enteramente á la república! ¡Y esta municipalidad se coliga por correspondencias y por comisionados con todas las demas municipalidades de la república! ¡Y no se quiere que todos los ciudadanos de todos los departamentos se reúnan para proteger la independencia de la representacion nacional! ¡Ciudadanos! se reunirán y os formarán una muralla con sus cuerpos. Marsella previno vuestros decretos, y ya está en movimiento; sus hijos marchan; si deben ser vencidos, si nosotros debemos ser bloqueados aquí por nuestros enemigos, declarad de antemano que nuestros suplentes deben reunirse en una ciudad designada, y nosotros moriremos aquí. En cuanto á la acusacion que hice contra Robespierre, declaro que yo estimaba á Robespierre, que le queria; que reconozca su falta y retire mi acusacion; pero que no hable de calumnia! Si él ha servido á la libertad con sus escritos, nosotros la hemos defendido con nuestros brazos. ¡Ciudadanos! cuando llegue el momento del peligro, entonces juzgareis! veremos si los forjadores de noticias sabrán morir con nosotros.»

Esta despreciadora alusion á Robespierre y Marat, fué acogida con estrepitosos aplausos.

Cambon de Montpellier, alma recta y fogosa, que se

lanzaba con toda la energia de sus convicciones al lado donde veía la justicia, sostuvo á Barbaroux. Señaló los escándalos de usurpacion de poder que se habia permitido la municipalidad de Paris. «Se nos quiere dar el régimen municipio de Roma! esclamó. Yo digo que los diputados del Mediodia quieren la unidad republicana.» Este grito de patriotismo, fué repetido como la voz de orden de la nacion, en todos los puntos del salon. «La unidad, la queremos todos, todos, todos.»

Panis, el amigo de Robespierre, quiso replicar á Barbaroux. Refirió que sus entrevistas con los gefes marseleses no habian tenido otro objeto que el de preparar el sitio de las Tullerías. «Presidente, dijo á Petion, vos estabais entonces en el Ayuntamiento. Os acordareis que yo dije algunos dias antes del 10 de agosto: Es necesario purgar el palacio de los conjurados que hay dentro; no tenemos otro medio de salvarnos que una santa insurreccion. No quisisteis creermé. Me respondisteis que el partido aristocrático estaba abatido y que nada habia que temer de él. Me separé de vos y formamos un comité secreto. Un jóven marseles, lleno de patriotismo, vino á pedirnos cartuchos, y nosotros no podiamos dárselos sin vuestra firma, que no nos atrevimos á pedirlos porque teniais demasiada confianza. Se puso el jóven entonces la pistola en la garganta, y dijo: Me suicido si no me dais los medios de defender mi patria. Aquel jóven nos hizo llorar, y firmamos. Por lo que hace á Barbaroux, juro que jamás le he hablado de dictadura. ¿Cuáles son sus testigos?—Yo, responde Rebecqui.—Vos sois el amigo de Barbaroux, y yo os recuso. Por lo que hace á las operaciones del comité, estoy pronto á justificarlas.—Por qué razon, le pregunta Brissot indignado, habeis dado un decreto de arresto contra un diputado? ¿No era para hacerle inmolar con los prisioneros de la Abadía?—Os hemos salvado y nos calumniais, replica Panis. Se recuerdan bastante las terribles circunstancias en que nos hallába-

mos. Nos veíamos rodeados de ciudadanos irritados con las traiciones de la corte, y nos gritaban: ahí teneis un aristócrata que se pone en salvo, es preciso detenerle ó vosotros tambien sois traidores. Por ejemplo, muchos buenos ciudadanos vinieron á decirnos que Brissot marchaba para Londres con pruebas escritas de sus maquinaciones. Yo no creia aquella inculpacion; pero la afirmaban honrados ciudadanos, que el mismo Brissot reconocia como tales. Envié á su casa comisionados con el encargo de pedirle fraternalmente franquease sus papeles. Sí, nosotros hemos ilegalmente salvado la patria.»

XXIII.

Marat pide á su vez ser oido: el nombre, el aspecto y la voz de Marat suscitaron un murmullo de disgusto, y los gritos de: abajo de la tribuna, cierran por algun tiempo la voz del amigo del pueblo. Lacroix reclama el silencio hasta para Marat. La curiosidad mas bien que la justicia le obtiene de la Asamblea.

«Tengo en esta Asamblea, empieza diciendo Marat, un gran número de enemigos personales: «Todos, todos!» grita la Convencion en masa levantándose de sus bancos. Tengo en esta Asamblea un gran número de enemigos, continúa Marat; yo les ruego me respeten, que no silben y amenacen á un hombre que se ha sacrificado por la patria y por su propia salvacion, que me escuchen un momento en silencio, pues no abusaré de su paciencia. Hoy gracias á la mano oculta que arrojó entre nosotros un fantasma para intimidar á las almas débiles, para dividir los ciudadanos, para despolarizar la diputacion de Paris, y para acusarla de que aspira al tribunal. Tal inculpacion no puede tener ninguna verosimilitud sino aplicándose á mí; pues bien, declaro que mis

colegas, en particular Robespierre y Danton, desaprobaban constantemente la idea de un tribunal, de un triunvirato y de una dictadura.

«Si alguno es culpable de haber propalado esa idea en el público, soy yo! Llamo sobre mi la venganza de la nacion; pero antes de hacer caer sobre mi cabeza el oprobio ó la cuchilla, escuchadme.

«En medio de las maquinaciones y de las traiciones en que la patria se hallaba envuelta sin cesar, á la vista de los atroces complots de una corte pérfida, á la vista de los manejos secretos de los traidores encerrados en el mismo seno de la Asamblea legislativa, ¿me achacareis como un crimen el haber propuesto el único medio que creia capaz de contenernos en el borde del abismo siempre abierto? Cuando las autoridades constituidas servian solo para encadenar la libertad, para proteger los complots, para degollar á los patriotas con el arma de la ley, ¿me achacareis como un crimen haber llamado contra los traidores el hacha vengadora del pueblo? No; si me lo imputáseis como un crimen, el pueblo os desmentiria, porque obedeciendo á mi voz conoció que el medio que yo proponia era el único que podia salvar la patria; y convertido en dictador él mismo, ha sabido desembarazarse tan solo de los traidores. Yo mismo me estremeci de los movimientos impetuosos y desordenados del pueblo, cuando los vi prolongarse, y para que estos movimientos no fuesen eternamente vanos y ciegos, pedi que el pueblo nombrase un honrado ciudadano, prudente, justo y firme, conocido por su ferviente amor á la libertad, para que dirigiese sus actos y sirviesen para la salvacion pública. Si el pueblo hubiese podido conocer la rectitud de esta medida y adoptarla al dia siguiente de la toma de la Bastilla, hubiera hecho caer á mi voz quinientas cabezas de maquinadores, y hoy todo estaria tranquilo; los traidores habrian temblado, y la libertad y la justicia estarian establecidas en el imperio. Esta es la

razon por que muchas veces he propuesto dar la autoridad momentánea á un hombre prudente y fuerte, con la denominacion de tribuno del pueblo; de dictador: el nombre poco importa; pero la prueba de que yo queria encadenarle á la patria, es que proponia que se le pusiese un grillete al pie y que sólo tuviese autoridad para hacer caer cabezas criminales. Tal es mi opinion: no me avergüenzo de ella, y he puesto allí mi nombre. Si aun no sois capaces de comprenderme, tanto peor para vosotros; los tumultos aun no han concluido; cien mil patriotas han sido degollados ya, porque no se ha oído mi voz, y aun lo serán otros cien mil: si el pueblo desmaya, la anarquía no tendrá fin. Me acusan de miras ambiciosas, vedme y juzgadme. Y señaló con el dedo el pañuelo sucio que cubria su enferma cabeza, y sacudió las solapas rolas de su chaqueta sobre su pecho desnudo.

«Si hubiese querido, continuó, poner un precio á mi silencio; si hubiese querido algún destino, hubiera podido ser el objeto de los favores de la corte. Veamos, ¿cuál ha sido mi vida? Me encerré voluntariamente en calabozos subterráneos, me condené á la miseria y á todos los peligros; el puñal de veinte mil asesinos estaba suspendido sobre mi, y yo predicaba la verdad con la cabeza puesta en el tajo!...

«Solo os pido en este momento que abrais los ojos. ¿No veis un complot para sembrar la discordia entre nosotros y distraer á la Asamblea de los grandes objetos que deben ocuparla? ¿Que aquellos que han hecho revivir hoy el fantasma de la dictadura se reunan á mi, y que marchen con los verdaderos patriotas á tomar las grandes y únicas medidas capaces de asegurar la felicidad del pueblo, por la que yo sacrificaré todos los dias de mi vida.»

XXIV.

Seguió á este discurso un silencio pavoroso. Marat, superior aquel dia en audacia á Danton, y sobre todo á Robespierre, habia dominado á sus dos rivales y admirado á la Convencion. Solo contra todos, se atrevió á hablar, como un tribuno que se entrega á los puñales de una asamblea de patriotas, seguro de que el pueblo está á la puerta para defenderle ó para vengarle. Sus palabras destilaban la sangre del 2 de setiembre, y pedia un verdugo nacional por toda institucion. El crimen en su boca tenia tal magnitud, el furor en su alma se asemejaba tanto á la sangre fria de un hombre de Estado, que era peligroso y cobarde dejar una Asamblea, en su principio, flotante entre el horror y la admiracion, y necesario arrancarla una protesta unánime contra aquel teorico del asesinato. El pueblo hubiera creído ó que se temía ó que se admiraba á Marat. Vergniaud disimuló su horror, y subió, con la cabeza inclinada, los escalones de la tribuna.

XXV.

«Si hay alguna desgracia para un representante del pueblo, dice con voz débil, es sin duda la de verse obligado á reemplazar en esta tribuna á un hombre con tantos decretos de prision, que aun no ha purgado!—De ello me vanaglorio, exclamó Marat.—¿Son los decretos del despotismo? dice Chabot.—¿Son los decretos con que fué honrado por haber echado á La Fayette? dice Tallien. Vergniaud continuó con frialdad. «Es una desgracia verse obligado á reemplazar en esta tribuna á un hombre contra quien se ha pronunciado un decreto de acusacion,

y que ha levantado su atrevida cabeza encima de las levestas! á un hombre, en fin, repugnante, por estar cubierto de calumnia, de hiel y de sangre...» Se oyen algunos murmullos contra las espresiones de Vergniaud, y Ducós dice: «Si hemos hecho el esfuerzo de oír á Marat, pido que se escuche á Vergniaud.» Las tribunas patean y dan voces por Marat: el presidente se ve obligado á llamar á los espectadores al respeto hácia la representacion nacional. Vergniaud lee la circular de la municipalidad á los departamentos para incitar á que se imitasen los degüellos de las cárceles. Recuerda que la municipalidad, por conducto de Robespierre, denunció un complot tramado, segun él, por Ducós, Vergniaud, Brissot, Guadet, Lasource, Condorcet, y cuyo objeto era entregar la Francia al duque de Brunswick. «Robespierre, prosigue, de quien hasta entonces nada habia yo dicho que no probase mi aprecio hácia él.—Eso es falso, grita Sergent.—Como yo hablo sin encono, prosiguió Vergniaud, me felicito con una negativa que me probará que tambien Robespierre ha podido ser calumniado; pero es cierto que en este escrito se llaman los puñales sobre la Asamblea. ¿Qué diré de la invitacion formal que se hace en él al asesinato?... El buen ciudadano tiende un velo sobre estos desórdenes parciales, y trata de hacer desaparecer cuanto le es posible las manchas que podrian ajar la historia de una revolucion tan memorable. Pero que hombres encargados por sus empleos de hablar al pueblo de sus deberes y de hacer respetar la ley, prediquen el asesinato y hagan su apologia, es llegar á un grado de perversidad que no se puede concebir sino en un tiempo en que toda especie de moral estuviese desterrada de la tierra!»

Boileau, amigo de los girondinos, sucede á Vergniaud, y lee en la Convencion algunas frases del periódico de Marat que incitan al deguello de los diputados: «¡Oh pueblo, nada esperes de esta Asamblea! Cincuenta

años de anarquia te aguardan, y solo saldrás de ella con un dictador, verdadero patriota y hombre de Estado.» Estallan gritos de furor contra Marat y muchas voces piden que se le conduzca á la Abadía. Marat, arrostra aquella tempestad con bravura, «Se piden decretos contra mí,» dice; «el pueblo los anonadó al enviarme aquí. De las sentencias que se alegan contra mí, me glorío y me envanezco con ellas; las merecí por haber quitado la máscara á los traidores y á los conspiradores. He vivido diez y ocho meses bajo la cuchilla de La Fayette. Si los subterráneos donde he habitado no me hubiesen ocultado á su furor, me hubiera hecho perecer, y el mas celoso defensor del pueblo no existiria ya! Las líneas que se acaban de leer contra mí, se han escrito hace diez dias cuando yo estaba indignado al ver se elegia para la Convencion esa faccion de la Gironda, que quiere proscribirme hoy.» El mismo lee una página de su diario de la mañana en que habla con mas moderacion y decencia. «Lo veis, añade, ¿de qué depende la vida de los mas probados patriotas? Si por descuido de mi impresor no hubiese parecido esta mañana en estas páginas mi justificacion, me hubiérais entregado á la cuchilla de los tiranos. Este furor ¿es digno de hombres libres?.... Pero yo nada temo en el mundo.» Al decir estas palabras saca del pecho una pistola, y aplicando la boca del cañon sobre su frente. «Declaro, dice, que si se da contra mí el decreto de acusacion, me levanto la tapa de los sesos al pie de esta tribuna...» Despues, con voz mas tierna y como agobiado por la ingratitude de sus enemigos, continúa: «Ved el fruto de tres años de encierro y de angustias sufridas por salvar mi patria. Ved el fruto de mis vigiliás, de mis trabajos, de mi miseria, de mis sufrimientos y de mis proscripciones...! Pues bien, yo quedaré entre vosotros para arrostrar vuestro furor.»

Apenas acaba de decir estas palabras, cuando una multitud de diputados entre los que se distinguen Cam-

bon, Goupilleau, Rebecqui y Barbaroux se acercan á la tribuna con ademanes amenazadores. ¡A la guillotina, á la guillotina! gritan por todas partes con furor. Marat cruza los brazos sobre el pecho y mira con ojo impasible la sala que temblaba bajo sus pies. Se ve en la impasibilidad de su exaltacion que se complace con el papel de mártir del pueblo, y que la tribuna es el pedestal en que quiere se le contemple como la victima de la revolucion.

Le habien retirar á fuerza de voces, y fuese por piedad, ó por cansancio, la Asamblea olvida á Marat, vota la indivisibilidad de la república y se separa. Al dia siguiente Marat triunfó en su periódico de la debilidad de sus enemigos. «Dejo al lector, decia, que se entregue á sus reflexiones sobre la maldad de la faccion Guadet-Brissot. Me compadezco de algunos de sus acólitos, y los perdono, porque los han estraviado. En cuanto á los gefes Condoreet, Lasource, Brissot y Vergniaud los creo incapaces de arrepentirse, y los perseguiré hasta la muerte: han jurado que yo pereceria el 25 de este mes por la cuchilla de la tiranía ó por el puñal de los asesinos; que lo separ los amigos de la patria. Si yo muero bajo los golpes del puñal de los asesinos, saben á quién deben atribuir el crimen y de quién se deben vengar!» Las tribunas de la Convencion, llenas de lo que habia de mas violento en las secciones, sostenian á Marat con la vista y con el gesto. Queriendo un amigo de Brissot salir de la sala antes de concluirse la sesion, el oficial de guardia se lo impidió. «Libraos de que os vea esa turba, le dijo, está por Marat. Acabo de atravesarla: está fermentando. Si se da el decreto de acusacion contra el Amigo del Pueblo, caerán algunas cabezas esta noche.»

Tal fué la primera demostracion de los girondinos. Mal preparada y peor sostenida por los principales oradores, limitado en su plan, indecisa y abortada en su resultado, no acreditó su imperio. Robespierre salió de ella mas popular; Danton mas importante, y Marat mas impune. Lanzando todo lo odioso de la anarquía sobre Marat, los girondinos habian tratado de deshonorar la anarquía, pero habian hecho engrandecerse á Marat; este hombre se alababa de su odio y se ilustraba con sus golpes, convirtiéndose en el idolo del pueblo, porque se presentaba á él como su mártir. Además, la compasion se unia á su popularidad. El papel de este hombre reclamaba una ojeada.

Marat no tenia patria. Nació en la aldea de Baudry, cerca de Neufchatel, de padres oscuros, en aquella Suiza cosmopolitana, cuyos hijos van á buscar fortuna por el mundo, y abandonó joven y para siempre sus montañas. Anduvo errante hasta la edad de cuarenta años en Inglaterra, en Escocia y en Francia. Impulsado y rechazado por aquella vaga inquietud que es el primer genio de los ambiciosos; maestro, literato, médico, filósofo y político, habia removido todas las ideas y todas las profesiones en que se puede encontrar la fortuna ó la gloria; pero solo halló la indigencia y el bufido. Voltaire no se habia desdenado de burlarse de su filosofía. El célebre profesor Charles habia pulverizado su física. Marat irritado respondió á la critica con la injuria. Tuvo un duelo con Charles. La legislacion criminal llamó despues su atencion, y este apóstol de la muerte en masa, concluyó que debia abolirse la pena de muerte. Sin talento para espresar sus ideas, sin decencia para sus relaciones con los hombres, la sociedad no se le ha-

hía abierto. Su orgullo herido y ofensor cerraba los corazones que su situación, sus trabajos y su mérito, hubieran interesado en su favor. Apurado por la necesidad se vió reducido á vender él mismo en las calles de París un específico de su composición. Sus hábitos de charlatan habian hecho trivial su lenguaje, acostumbrádele á vestir mal, y envilecido sus costumbres; pero habia aprendido á conocer, á adular y á conmover el populacho.

Sin embargo, enconada y herida su fibra, le hizo amar y compadecer aquel pueblo que sufría y que era despreciado como él. Habia contraído con las masas el parentesco de la miseria y de la opresión, y juró venganzas, vengándose á sí mismo. Quería volver la sociedad como se vuelve la tierra con el arado, poniendo á la sombra lo que estaba al sol, y al sol lo que estaba á la sombra. No pensaba en una revolución sino en una reforma general de todas las situaciones y de todos los principios falsificados por el desorden social, y restablecerlos violentamente y á toda costa, segun el plan de la naturaleza. Filosofía, resentimiento, equidad, venganza, amor del pueblo, odio á los hombres, ambición y adhesión, asesinato y martirio, todo se confundía en su sistema. Era la utopia del trastorno, iluminado de lo alto por la luz de la filantropía, y abajo por el resplandor del incendio social.

XXVII.

Fermentaba ya este sistema hacia años en su alma, y la revolución vino á animarle. Marat habia llegado entonces al empleo infimo y humillante para su genio, de médico de las caballerizas del conde de Artois. Arrastrado desde los primeros dias de 89 por el movimiento po-

pular, se lanzó en él para acelerarlo; vendió hasta la cama para pagar al impresor sus primeras hojas volantes. Cambió tres veces el título de su periódico, pero nunca su espíritu. Era el rugido del pueblo redactado todas las noches con letras de sangre, y pidiendo todas las mañanas las cabezas de los traidores y conspiradores.

Parecia salir aquella voz del fondo de la sociedad en fermentación. Nadie conocía al que la profería. Marat era un ser ideal para el pueblo, cubriendo un misterio su existencia. Hemos visto que hasta madama Roland la ignoraba y preguntaba á Danton si habia efectivamente un hombre llamado Marat. El misterio, los subterráneos, los calabozos de donde salían aquellos papeles, añadían un prestigio á los escritos, al nombre y á la vida de Marat. El pueblo se enternecia por los peligros, las fugas, los tenebrosos asilos, los sufrimientos y los andrajos que cubrían á aquel que parecía sufrirlo todo por defender su causa. Marat solo salía de un escondite para entrar en otro; perseguido en 1790 por La Fayette, le cubrió Danton con su protección y le ocultó en casa de la señorita de Fleury, actriz del teatro francés. Teniendo sospechas en este asilo se retiró á Versalles en casa de Bassal, cura de la parroquia de San Luis, y despues su colega en la Convención. Aquellos hermanos de la nueva religion, se visitaban y se socorrian unos á otros por los girondinos La source y Guadet; durante la Asamblea legislativa, le recogió en su bodega el carnicero Legendre. Los sótanos del Convento de los Franciscanos le ocultaron despues á él y á sus prensas hasta el 10 de agosto que salió elevado en triunfo para entrar bajo el patrocinio de Danton en la municipalidad, y combinar allí los degüellos de setiembre. Estraño hasta entonces á todos los partidos, pero temido de todos, los jacobinos, á petición de Chabot y Tschereau, le recomendaron á los electores de París. El terror de su nombre influyó tanto que fué elegido.

Vivía entonces en una pequeña casa en una calle inmediata á los Franciscanos, con una muger que se había unido á sus desgracias. Esta muger aun jóven, manifestaba en su palidez y su falta de carnes las señales de las miserias que sufría con él y por él. Era la muger de su impresor, á quien Marat había seducido, y hecho separar de su marido. Sacrificada por él, se veía obligada á pasar una vida errante y tenebrosa, y á sufrir la ignominia de aquel hombre. Querida, cómplice y criada de Marat, había aceptado todas las servidumbres para sufrir ó para morir con él. Marat no se comunicaba con la vida exterior, sino por medio de esta muger y del regente de la imprenta de su diario; privado de sueño y de aire, no renovando nunca su alma con la conversacion de sus semejantes, trabajando diez y ocho horas diarias, sus pensamientos encendidos por la tension de espíritu y por la soledad, habían llegado á ser una verdadera obsesion. En la antigüedad hubieran dicho que estaba poseido por el espíritu de esterminacion: su lógica violenta y terrible, siempre venia á parar al asesinato; todos sus principios pedían sangre, y su sociedad no podia fundarse sino sobre cadáveres y sobre las ruinas de todo lo que existía. Perseguía su ideal á través de la sangre, siendo para él el único crimen detenerse ante un crimen.

Su corazón, sin embargo, no estaba siempre bastante endurecido para que no se debilitase bajo el peso de su teoría. Tuvo ráfagas de virtud y sorpresas de enternecimiento. Dos rasgos, por mucho tiempo desconocidos en la historia, prueban que algunas veces se hallaba en él el hombre bajo la figura del insensato. Mientras los degüellos de las cárceles, que él había inspirado y dirigido, uno de los libertadores de Cazotte, despues de haber conducido al padre y á la hija á su casa, vino con temor á contar á Marat su debilidad, y Marat lloró al escuchar aquella relacion. «Has hecho bien, dijo al asesino admirado. El padre merecía la vida por tener tal hija; pero en

cuanto á los suizos que habeis perdonado, habeis hecho mal, debiais haber inmolado hasta el ultimo.» El resentimiento contra su primera patria, en donde había sufrido la miseria y la oscuridad, solo podia extinguirse en la sangre de sus compatriotas.

XXVIII.

Pocos dias antes de aquellos asesinatos, una jóven de una belleza y de una inocencia sin mancha, supo por los rumores que circulaban en las cárceles que los presos iban á ser degollados. Su padre, empleado en las Tullerías antes del 10 de agosto, estaba encerrado en la Abadía; esta jóven no tenía madre, y su desesperada ternura la llevaba de puerta en puerta para obtener la vida de su padre. Pero ninguna se le abría. Manuel, Danton y Pannis rehusaron verla. A cada instante la parecia oír sonar el toque del degüello, y se sacrificó como Judith, no por su ciudad, sino por salvar á su padre; haciendo en su alma el holocausto de su virtud. El nombre del amigo del pueblo se presentó á su imaginacion, encontró una muger que conocía á Marat, y la dió una carta para él. Esta carta, en la que le ofrecía entregarse á él por precio de la vida de su padre llegó á manos del amigo del pueblo. La mensajera le pintó la juventud, los encantos y la pureza de la que le escribía, y Marat abrió la carta con una equívoca sonrisa. «Decid á esa muchacha, que esté esta noche sola en el terraplen de la orilla del rio. El hombre que se la acercará sin hablarla, y la cogerá el brazo será Marat; que le siga guardando silencio.» La jóven obedeció, Marat fué, y llevó tras sí á la desconocida muda y temblando á la estremidad de los Campos Eliseos, entró en un bodegon, pidió un cuarto solo y una lijera comida. Mientras la preparaban, Marat se acercó

y cogió la mano á la jóven que no se atrevia á abrir los ojos; al fin cayó á sus pies derramando un torrente de lágrimas. «¿Me tenéis miedo, la dijo Marat, con una voz conmovida, os causo horror y consentis en entregáros á mí?— Yo acepto todo lo que pueda salvar á mi padre, tartamudeó la víctima. — Bien, levantaos, dijo Marat tranquilizándola, este sacrificio me basta: he querido ver hasta donde llegaba el amor filial; seria un cobarde si abusase de tanta decision, y no quiero manchar lo que admiro: mañana se os volverá vuestro padre...» Volvió á coger el brazo de la jóven y la condujo hasta la puerta de su casa.

XXIX.

El exterior de Marat revelaba su alma. Pequeño, flaco y de mucho hueso, su cuerpo parecia incendiado por un fuego interior. Tenia la cara marcada con manchas de bilis y sangre. Sus ojos, aunque salientes y llenos de insolencia, parecían sufrir con la claridad del dia. Su boca muy hendida, como para lanzar la injuria, tenia el gesto habitual del desden. Conocia la mala opinion que todos tenian de él, y parecia que la desafiaba: llevaba la cabeza erguida y un poco inclinada á la izquierda, como en el reto. El conjunto de su cara, vista de lejos y recibiendo la luz de arriba, toma brillo y fuerza, pero en desorden. Todas sus facciones eran divergentes como el pensamiento; era lo contrario de la cara de Robespierre, convergente y concentrada como un sistema: la una indicaba meditacion constante; la otra explosion continua. Al revés de Robespierre, que afectaba la limpieza y la elegancia, Marat afectaba trivialidad y desaseo en su traje. Zapatos sin hebillas y suelas con clavos, un pantalon de tela ordinaria, manchado de barro, la chaqueta corta de

los artesanos, la camisa abierta descubriendo el pecho, y dejando á la vista los músculos del cuello: las manos gruesas, el puño cerrado, el pelo grasiento y enredado siempre por sus dedos; Marat queria que su persona fuese la imágen viva de su sistema social.

XXX.

Tal era el hombre que los girondinos habian hábilmente escogido para ajar en él á la faccion de la municipalidad, que les era contraria. Atacado por ellos, abandonado por Danton, y negado por Robespierre, Marat acababa de escapárseles solo por la energia de su actitud y por la franqueza de su lenguaje. Conocieron que era necesario volver á emprender el combate, llevar á cabo la victoria ó inclinar la cabeza delante del triunvirato. Era el momento en que la Convencion debia de nombrar nuevos ministros ó conservar el ministerio del 10 de agosto, Roland, Danton, y Servan, presentaban su dimision, á menos que una invitacion formal y explicita de la nueva Asamblea no les diese nueva fuerza legitimando su autoridad.

Se abrió la discusion sobre este punto. Buzot, órgano de Roland, pidió á la Convencion que relevase de su cargo á Servan, ministro de la Guerra, por causa de su enfermedad. «Yo suplicaria á Danton permaneciese en su puesto, si él no hubiese declarado tres veces que queria retirarse. Tenemos el derecho de invitarle, pero no el de obligarle. En cuanto á Roland, es una politica bien estraña no querer hacer justicia, no dire á los grandes hombres, sino á los hombres virtuosos que han merecido confianza. Se nos dice: no nos faltan hombres virtuosos y capaces. Estraño á este pais de virtudes y de intrigas, pregunto á mis colegas, ¿dónde están? A pesar de las

murmuraciones, las calumnias y las amenazas, me envanece con decirlo, Roland es mi amigo: le tengo por hombre de bien, y todos los departamentos piensan como yo. Si Roland queda, es un sacrificio que hace á la causa pública, porque de ese modo renuncia al honor de sentarse entre vosotros como diputado; sino queda, pierde la estimacion de los hombres de bien. La nacion no conoce vuestros odios y dice á los hombres honrados: continuad sirviéndome y tendreis siempre mi aprecio.—Pido, dice Philippeaux, que se estienda la invitacion de Danton.—Y yo declaro, responde Danton, que me niego á esa invitacion, porque creo que no es digna de la Convencion.—Y yo, replica Barrere, me opongo á todo paso que dé la Convencion para retener á los ministros; seria contrario á la magestad y á la libertad del pueblo. Recordad las palabras de Mirabeau: *No pongais en balanza jamás un hombre y la patria.* Yo rindo homenaje á las virtudes y el patriotismo de Roland; pero no se puede ser libre mucho tiempo en un pais en que se eleva con las adulaciones á un ciudadano sobre los demas.—Yo, añade Cambon, no puedo oír que se aplauda á un hombre sin temblar.—Danton se levantó de nuevo, impaciente con una discusion que ella sola era un homenaje al nombre de Roland. «Nadie, dice con fingida deferencia, hace á Roland mas justicia que yo; pero si le haceis una invitacion, hacedla tambien á su muger, porque todo el mundo sabe que Roland no estaba solo en su departamento: yo estaba solo en el mio.» A estas palabras se oyen en los bancos de los jacobinos carcajadas malévolas contra madama Roland, los susurros de la mayoría ahogan y critican á Danton lo inconsiderado de su alusion, y él se irrita con aquellos murmullos. «Pues se me obliga á decir claro mi pensamiento, recordaré que hubo un momento en que de tal modo estubo destruida la confianza, que ya no habia ministros, y que el mismo Roland tuvo intencion de salir de Paris.—Conozco ese he-

cho, responde Louvet, fué cuando se entapizaban las calles con carteles repugnantes, con las mas atroces calumnias. (Muchas voces: Era Marat). Temiendo por la causa pública, y temiendo por el mismo Roland, fui á hablarle de su peligro y me contestó: *Si me amenaza la muerte, debo aguardarla, ese será el último crimen de la faccion:* por consiguiente Roland podia haber perdido alguna confianza; pero habia conservado todo su valor.» Valazé sostiene á Louvet y defiende á Roland. «Se os ha citado á Aristides; si los atenienses sentenciaron al ostracismo á este hombre justo, espieron su injusticia volviéndole á llamar: si Roma desterró á Camilo, éste fué vengado volviendo á su patria. Los nombres de Roland y de Servan son sagrados para mí. (Se aplaude esta manifestacion de amistad). ¿Qué le importa á la patria, continúa Lasource, que Roland tenga una muger inteligente que le inspire sus resoluciones, ó que estas resoluciones vengan de él mismo? (Aplausos). Este mezquino medio no es digno de los talentos de Danton (nuevos y mas numerosos aplausos). Yo no diré, como Danton, que es la muger de Roland quien gobierna, pues esto seria acusar á Roland de ineptia. En cuanto á la falta de energia, diré que Roland respondió con valor á los malvados anuncios en que se trataba de ajar la virtud de un hombre íntegro. ¿Cesó alguna vez de predicar el orden y las leyes? ¿Cesó nunca de quitar la máscara á los agitadores? (Aplausos). ¿Debese, sin embargo, invitarle á que continúe de ministro? No. ¡Desgraciadas las naciones reconocidas! lo digo con Tácito: ¡el reconocimiento hizo la desgracia de las naciones, porque él es quien hizo los reyes! (Nuevos aplausos).»

Esta oportuna intervencion de un amigo de Roland ciudió la cuestion, sin resolverla, y dejó á los girondinos los honores de la magnanimidad. Escribió al dia siguiente á la Convencion una de estas cartas leidas en sesion pública, y que indirectamente le daban la palabra

en la Convencion y la influencia del talento de su muger en la opinion. Estas cartas á las autoridades constituidas, á los departamentos y á la Convencion, eran los discursos de madama Roland: rivalizaba de este modo con Vergniaud, luchaba contra Robespierre y anonadaba á Marat. Se conocia el genio, se ignoraba el sexo y combatia disfrazada en la guerra de los partidos.—«La Convencion «decia Roland en su carta» ha demostrado su prudencia, no queriendo conceder á un hombre la importancia que parecia dar á su nombre la invitacion solemne de que permaneciese en el ministerio; pero su deliberacion me honra y ha pronunciado su deseo bien claramente. Este deseo me basta, me abre la carrera y me lanzo á ella con valor. Permanezco en el ministerio porque hay peligros que arrostrar, y los arrostro sin temer ninguno, desde el momento que se trata de salvar mi patria... me consagro hasta la muerte. Bien sé las tormentas que se forman, hombres ardientes, y quizá estraviados, toman sus pasiones por virtudes, y creyendo que solo ellos pueden servir bien á la libertad, siembran la desconfianza contra todas las autoridades que ellos no han creado, hablan de traicion, provocan las sediciones, afilan los puñales y meditan las proscripciones. Se forman un derecho de su audacia y una muralla del terror que tratan de inspirar; arrastrarian á la destruccion un imperio bastante desgraciado para no tener ciudadanos capaces de quitarle la máscara y de contenerlos. ¡Cuán culpable no seria el hombre superior por su fuerza ó sus talentos en esta horda insensata, que quisiese hacerla servir á sus ambiciosos designios! ¡Que tan pronto con la apariencia de una indolencia magnánima, escosase sus injusticias, tan pronto atenuase sus escosos!... Tal ha sido la marcha de los usurpadores desde Sylla hasta Rienzi... Se os han denunciado proyectos de dictadura y de triunvirato: ¡han existido! Se me ha acusado de falta de valor, y yo preguntaré, ¿cuál fué el valor, en los días

lúgubres que siguieron al 2 de setiembre, de parte de aquellos que protegian los asesinos?»

Estas alusiones directas á la municipalidad de Paris, á Danton y á Robespierre, eran una declaracion de guerra, en que la irritacion de la muger ultrajada se superponia á la sangre fria del político. De este modo rechazó á Danton indeciso á las filas de los enemigos de los girondinos, y Danton se hizo irreconciliable. Aun se trató de conmovertle y atraerle al partido, que era mas analogo á su naturaleza de hombre de estado. Prestóse á ello por un momento, porque la anarquia prolongada le disgustaba, y fingió mas deferencia por Robespierre que la que en realidad tenia, confesando claramente lo mucho que le disgustaba Marat. Apreciaba á Roland y habia admirado á su muger; la elocuencia de Vergniaud le entusiasmaba; su alma era demasiado fuerte para conocer la envidia; su corazon conservaba mal el odio, y su alianza con los girondinos era fácil, y hubiese armado las teorías de Vergniaud de la fuerza de ejecucion que faltaba á este orador platónico. La Gironda solo tenia cabezas, Danton hubiese sido su brazo; él se inclinaba hacia estos hombres, y amaba la revolucion como un liberto que no quiere volver á caer en la servidumbre.

XXXI.

Anhelaba tambien Dumouriez esta reconciliacion de Danton y los girondinos, porque daba á la Francia un gobierno, cuya espada hubiera sido él. Reunió á su mesa á Danton y á los principales gefes de la Gironda; se habló de imponer silencio á los resentimientos, se habló de no remover la sangre de setiembre, de la que solo podian salir exhalaciones mortales para la republica; de relegar á Robespierre y á Marat á la impotente idolatria de las facciones; de llamar á Paris una fuerza departamental

en la Convencion y la influencia del talento de su muger en la opinion. Estas cartas á las autoridades constituidas, á los departamentos y á la Convencion, eran los discursos de madama Roland: rivalizaba de este modo con Vergniaud, luchaba contra Robespierre y anonadaba á Marat. Se conocia el genio, se ignoraba el sexo y combatia disfrazada en la guerra de los partidos.—«La Convencion «decia Roland en su carta» ha demostrado su prudencia, no queriendo conceder á un hombre la importancia que parecia dar á su nombre la invitacion solemne de que permaneciese en el ministerio; pero su deliberacion me honra y ha pronunciado su deseo bien claramente. Este deseo me basta, me abre la carrera y me lanzo á ella con valor. Permanezco en el ministerio porque hay peligros que arrostrar, y los arrostro sin temer ninguno, desde el momento que se trata de salvar mi patria... me consagro hasta la muerte. Bien sé las tormentas que se forman, hombres ardientes, y quizá estraviados, toman sus pasiones por virtudes, y creyendo que solo ellos pueden servir bien á la libertad, siembran la desconfianza contra todas las autoridades que ellos no han creado, hablan de traicion, provocan las sediciones, afilan los puñales y meditan las proscripciones. Se forman un derecho de su audacia y una muralla del terror que tratan de inspirar; arrastrarian á la destruccion un imperio bastante desgraciado para no tener ciudadanos capaces de quitarle la máscara y de contenerlos. ¡Cuán culpable no seria el hombre superior por su fuerza ó sus talentos en esta horda insensata, que quisiese hacerla servir á sus ambiciosos designios! ¡Que tan pronto con la apariencia de una indolencia magnánima, escosase sus injusticias, tan pronto atenuase sus escosos!... Tal ha sido la marcha de los usurpadores desde Sylla hasta Rienzi... Se os han denunciado proyectos de dictadura y de triunvirato: ¡han existido! Se me ha acusado de falta de valor, y yo preguntaré, ¿cuál fué el valor, en los días

lúgubres que siguieron al 2 de setiembre, de parte de aquellos que protegian los asesinos?»

Estas alusiones directas á la municipalidad de Paris, á Danton y á Robespierre, eran una declaracion de guerra, en que la irritacion de la muger ultrajada se superponia á la sangre fria del político. De este modo rechazó á Danton indeciso á las filas de los enemigos de los girondinos, y Danton se hizo irreconciliable. Aun se trató de conmooverle y atraerle al partido, que era mas analogo á su naturaleza de hombre de estado. Prestóse á ello por un momento, porque la anarquia prolongada le disgustaba, y fingió mas deferencia por Robespierre que la que en realidad tenia, confesando claramente lo mucho que le disgustaba Marat. Apreciaba á Roland y habia admirado á su muger; la elocuencia de Vergniaud le entusiasmaba; su alma era demasiado fuerte para conocer la envidia; su corazon conservaba mal el odio, y su alianza con los girondinos era fácil, y hubiese armado las teorías de Vergniaud de la fuerza de ejecucion que faltaba á este orador platónico. La Gironda solo tenia cabezas, Danton hubiese sido su brazo; él se inclinaba hacia estos hombres, y amaba la revolucion como un liberto que no quiere volver á caer en la servidumbre.

XXXI.

Anhelaba tambien Dumouriez esta reconciliacion de Danton y los girondinos, porque daba á la Francia un gobierno, cuya espada hubiera sido él. Reunió á su mesa á Danton y á los principales gefes de la Gironda; se habló de imponer silencio á los resentimientos, se habló de no remover la sangre de setiembre, de la que solo podian salir exhalaciones mortales para la república; de relegar á Robespierre y á Marat á la impotente idolatria de las facciones; de llamar á Paris una fuerza departamental

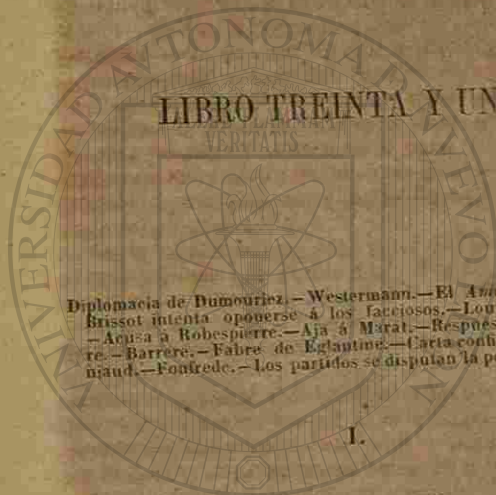
imponente; de intimidar á los jacobinos y de sujetar la municipalidad al yugo de la ley. En París, los comités de la Convención dominados por los amigos de Roland y de Danton; en las fronteras, Dumouriez asegurando el ejército á la Convención, y alucinando la opinion con el brillo de nuevas victorias, debían salvar á la nación fuera, y consolidar el gobierno dentro. Este plan desarrollado por Dumouriez y adoptado por la mayoría de los convidados, sedujo todos los ánimos. Pelion se adhería á él; Sieyes, Condorcet, Gensonné y Brissot conocían que era necesario. Vergniaud, mas político y mas hombre de Estado que lo que dejaba sospechar la indolencia de su carácter, consentía en poner un sello sobre sus labios, y en sacrificar la indignacion de su alma á las necesidades de la patria. Muchas veces, durante aquella noche, parecía estar cimentada la alianza.

Peró Buzot, Guadet, Barbaroux, Ducós, Fonfrede y Rebecqui, cuyo republicanismó tenia toda la pureza de una idea sin tacha, se prestaban con una repugnancia visible á las concesiones que fácilmente les hacían aceptar la solidaridad de los asesinatos de setiembre. «Todo, excepto la impunidad para los asesinos y sus cómplices,» dijo Guadet al retirarse. Danton irritado, pero dominando su cólera, se dirigió á él y trató de atraerle á miras mas conciliadoras.

«Nuestra division, dijo cogiéndole la mano, es la perdición de la república; las facciones nos devorarán á los unos despues de los otros, si no acabamos con ellas desde el primer momento; moriremos todos, y vosotros los primeros! —No es perdonando el crimen como se obtiene el perdon de los malvados, respondió secamente Guadet; una república pura ó la muerte; este es el combate que nosotros vamos á empezar.» Danton soltó con tristeza la mano de Guadet, y le dijo con voz profética: «Guadet, no sabeis hacer á la patria el sacrificio de vuestros resentimientos; no sabeis perdonar, y sereis victima de

vuestra obstinacion: vamos cada uno adonde el flujo de la revolucion nos impela; podíamos dominarla unidos; desunidos, ella misma nos dominará. ¡Adios!» Rompióse la conferencia: Danton fué rechazado hácia Robespierre, y la direccion de la Convencion entregada al azar.

Danton, no obstante, que preveía la anarquía y temía á Robespierre, hizo solo con Dumouriez una alianza ofensiva y defensiva contra los enemigos comunes. Una ojeada bastó al vencedor de Valmy para juzgar á los girondinos. «Son romanos fuera de su país, dijo á Westermann, su confidente. La república como ellos la entienden, no es mas que la novela de una muger de talento. Se alegran con buenas palabras, mientras el pueblo se embriagará con sangre. Aquí solo hay un hombre, que es Danton.» Desde aquel día Dumouriez y Danton concertaron en secreto todos sus pensamientos: estos dos hombres unidos en adelante, tuvieron todavía una segunda entrevista con los girondinos en casa de madama Roland. Hubiera podido decirse que el instinto de su porvenir les advertía de los peligros de su rompimiento y trataba de unirlos aun. Madama Roland cubrió de seducciones y encantos el abismo que separaba los dos partidos. Vergniaud tendió su mano generosa y pura á Danton arrepentido. Louvet inmoló á Robespierre y á Marat con sus sarcasmos á la risa amarga de sus amigos y al desprecio de su rival. Dumouriez contó su guerra, y prometió para la primavera dar la Bélgica á la república, si esta quería tan solo vivir hasta entonces. Los corazones parecían esplayarse, y el entusiasmo de la patria trasportó un momento los ánimos á una region inaccesible á la division de las facciones. Pero cada vez que se volvía al terreno de la realidad y á la cuestion del día, se encontraba la sangre de setiembre. Danton la espiaba con su embarazo. Los girondinos le acusaban con su horror. Evitóse tratar de ella y se separaron con sentimiento, pero se separaron para siempre.



LIBRO TREINTA Y UNO.

Diplomacia de Dumouriez. — Westermann. — El Amigo del pueblo. — Brissot intenta oponerse á los facciosos. — Loyal. — Su retrato. — Anusa á Robespierre. — Aja á Marat. — Respuesta de Robespierre. — Barrère. — Fabre de Eglantine. — Carta confidencial de Vergniaud. — Fouché. — Los partidos se disputan la popularidad.

I.

Aquel era el momento en que Dumouriez saboreaba el triunfo en París, y en que todos los partidos se disputaban el honor de arrastrar hacia sí, al salvador de la república. Dumouriez con la gracia marcial de su esterior, de su carácter y de su talento, se prestaba á todos y no se entregaba á ninguno. Dejaba esperar á cada uno de los gefes de la facción, que su espada se inclinara de su lado, interesábalos así en su gloria. Y se aseguró, por su ascendiente en los consejos, los hombres, las armas, las municiones, los subsidios y la confianza de que tenía necesidad para preparar sus conquistas. El tacto diplomático que había adquirido tratando antes con las facciones de los confederados en Po-

lonia, le hizo fácil el manejo de las facciones revolucionarias en París. Su genio jugaba con las intrigas, y el hilo de su ambición mezclado en todas sin perderse en ninguna, le daba una probabilidad en la trama de todos los partidos. Solo Marat le perseguía con sus amenazas y con sus acusaciones anticipadas. Su instinto revelaba en Dumouriez un traidor antes que la traición.

Por su parte Dumouriez despreciaba á Marat; pero éste desafiaba el favor público de que Dumouriez estaba rodeado, y se adhería como los insultadores pagados de Roma, á los pasos del triunfador. El general había hecho desarmar y castigar un batallón republicano por haber degollado los emigrados, prisioneros de guerra, en Rhetel. Un tal Palloy, arquitecto, era teniente coronel de este batallón, y había tomado parte en los escosos de los soldados. Deslituido por Beurnonville, lugar teniente y amigo de Dumouriez, Palloy viniera á quejarse á París.

Era este un hombre que en todo ponía su nombre para hacerle sonar. Había hecho una industria del entusiasmo, demoliendo la Bastilla, y vendiendo las piezas de aquella fortaleza á los patriotas como reliquias y despojos del despotismo. Era amigo de Marat, el cual se encargó de su causa, é hizo nombrar por los jacobinos una comisión de averiguación, compuesta de Benabolle, gritador de los clubs, de Montaut, aristócrata de sangre, que rescataba su nacimiento por su exaltación demagógica, y de él mismo para examinar aquel negocio, reprender á Dumouriez y vengar á Palloy.

El general habiendo rehusado recibirlos, Marat y sus dos colegas hostigaron á Dumouriez, hasta en medio de una fiesta triunfal que madama Simons-Candeille, amiga de Vergniaud y de los girondinos, daba al vencedor de Valmy. Marat interrumpiendo bruscamente la fiesta, en el momento que la música y el baile entusiasmaban á todos los convidados, entre los que se ha-

llaba Danton, se acercó á Dumouriez y le interpeló con el tono de un juez que pregunta á un acusado, sobre los excesos del poder que se le atribuían, respecto de patriotas probados. Dumouriez no se dignó responder, pero dirigiendo una mirada de curiosidad y de desprecio sobre la persona y traje de Marat, le dijo con un acento y sonrisa de insolencia militar: «Ah! ¿sois vos el que se llama Marat? nada tengo que deciros,» y volvió la espalda. Marat se retiró lleno de rabia, en medio de las risas y de los cuchicheos de sus enemigos. Al día siguiente se vengaba en el diario de la república, que redactaba entonces.

«No es humillante para los legisladores, escribia, ir á buscar á casa de las cortesanas al generalísimo de la república, y hallarle allí rodeado de ayudantes de campo dignos de él? Uno, Westermann, capaz de cualquier crimen, con tal que se le pague; el otro Saint-Georges, espadachin honorario del duque de Orleans.» Louvet y Gorsas le contestaron en el mismo tono en los diarios girondinos, *el Centinela*, y *el Correo de los Departamentos*. «Como está probado que la nacion te mira como reptil venenoso, como un maniático sanguinario, le dijo irónicamente Gorsas, continúa amotinando el pueblo contra la Convencion; continúa diciendo, que es necesario que los diputados sean apedreados y las leyes hechas á golpes: continúa pidiendo que las tribunas se acerquen mas al centro del salon, para que el pueblo tenga á los representantes mas cerca. Cuando los diputados, á escepcion de diez ó doce de tus satélites, sean inmolados, tu pueblo irá á casa de los ministros que tú no hayas escogido, sobre todo á la de Roland que se negó á darte los fondos de la república, para pagar y distribuir tus venenos; á casa de todos los periodistas, á la de todos los moderados que no han aplaudido los asesinatos de 2 y 3 de setiembre. De este modo París se gobernará por todo lo que en él hay de impuro. ¡Qué alegría, para ti, Marat, ver

correr la sangre por las calles! ¡qué delicioso espectáculo verlas cubiertas de cadáveres, de miembros esparcidos y de entrañas palpitantes aun! Y ¡qué gozo para tu alma bañarte en la sangre caliente de tus enemigos, y colorear las páginas de tus diarios con la relacion de esas gloriosas expediciones! ¡Puñales, puñales, mi amigo Marat! ¡Pero las teas! ¡las teas tambien! Me parece que descuidaste demasiado este último medio del crimen. Es necesario que la sangre se mezcle con las cenizas. *El fuego de alegría de la matanza, es el incendio.* ¡Este era el parecer de Masaniello, y este debe ser el tuyo!»

II.

Mientras que los escritores girondinos subvencionados por Roland é inspirados por su muger, de este modo hollaban el nombre de Marat con el sangriento ridiculo de sus propias teorías, los soldados de Dumouriez que daban la guarnicion á París, y sobre todo la caballería, tomaban partido por su general, é insultaban al feroz demagogo en todas partes donde le encontraban. Colgaron su efigie en el Palacio Real, y una banda de marseleses y de dragones, acuartelados en la Escuela militar, desfilaron juntos por la calle de los Franciscanos y se detuvieron debajo de las ventanas del *Amigo del pueblo*, pidiendo su cabeza y las de los diputados de París, y amenazando poner fuego á su casa. Marat temblando, se refugió de nuevo en su subterráneo.

Un día que se determinó á salir, escoltado por algunos hombres del pueblo, que fijaban sus anuncios en las esquinas, le encontró Westermann en el Puente Nuevo. Westermann, hombre violento, indignado por los ultrages que Marat le prodigaba todos los dias en sus periódicos, cogió al amigo del pueblo por el brazo y le dió unos

cuantos sablazos de plano sobre las espaldas. El pueblo, á quien el uniforme alucina y la audacia intimida, dejó cobardemente martirizar á su tribuno. La accion de Westermann alentó los sarcasmos de Louvet. «Pueblo, escribió al dia siguiente este jóven periodista, en el gabinete de Roland, pueblo, voy á referirte un apólogo extraño, pero que te hará palpar la demencia de tu amigo Marat. Suponiendo que un pelo de mi barba tuviese la facultad de hablar y me dijese: corta tu brazo derecho porque ha defendido tu vida, corta tu brazo izquierdo porque ha llevado el pan á tu boca; corta tu cabeza porque ha dirigido tus miembros; corta tus piernas porque ha llevado tu cuerpo. Dime ahora, pueblo soberano, sioo seria mejor que yo hubiese guardado mis brazos, mis piernas y mi cabeza y cortar solo mi barba que me daba tan absurdos consejos. Marat es el pelo de la barba de la república y dice: matad los generales que hacen salir los enemigos de la república; matad la Coovencion, que dirige el imperio; matad á los ministros que hacen marchar al gobierno, matadlo todo ¡menos á mí! El miserable sabe bien que solo puede ser grande quedando solo.»

No sin fundamento, Marat por su parte acusó á los girondinos de que fomentaban los motines en Paris, para hallar en estos mismos, la ocasion de una reaccion contra la municipalidad. Un destacamento de emigrados prisioneros de guerra, atravesó en efecto á Paris á medio dia, precedido de un trompeta tocando marcha y escoltado solo por algunos soldados, como para provocar la emociion y la venganza de los arrabales. Mas de veinte mil hombres de tropa de linea ó de federados de los departamentos, fueron reunidos bajo diferentes pretestos en Paris, ó en el campamento inmediato. Los enganches patrióticos continuaron en la ciudad, y purgaron la capital de mas de diez mil proletarios, licenciados de la seccion, que marchaban para la frontera. La municipalidad dió cuenta no de la sangre vertida sino de los pri-

sioneros y de los despojos que habia acumulado en las cárceles y en sus depósitos, desde el 10 de agosto. Además de las victimas de aquel dia, y de los ocho ó diez mil detenidos que los asesinos de soliembre habian inmolado en las cárceles, mil y quinientos prisioneros nuevos por crimen de contra-revolucion, habian sido sentados en los registros de las diferentes cárceles de Paris. De este número la municipalidad sola habia decretado el arresto arbitrario de cerca de cuatrocientos. Las cárceles de los departamentos no eran suficientes para contener los presos, y todas las ciudades convertian antiguos monasterios en cárceles.

Se reorganizó la municipalidad de Paris, y las elecciones para nombrar un alcalde atestiguaron la inmensa mayoría del partido del orden en las secciones; cuando no las intimidaban los agitadores que la dominaban. Pétion, representante del partido moderado y amigo de Roland, obtuvo catorce mil votos; Antonelle, Billaud-Varennes, Marat y Robespierre, candidatos de los jacobinos, no tuvieron mas que un insignificante número de sufragios. Pétion, sin embargo, declaró en una carta á sus conciudadanos, que llamado á la Convencion nacional, creia deber obedecer á la nacion, y que no queria acumular dos cargos incompatibles.

Expulsado de los Jacobinos, Brissot atacó la sociedad madre de Paris, en una alocucion á todos los de Francia. Su epigrafe, tomado de Salustio, recordaba los tiempos mas desesperados de Roma: «*¿Quiénes son los que quieren sujetar la república? Hombres de sangre y de rapiña; lo que es union entre los buenos ciudadanos, es faccion entre los perversos.*» — «La intriga», decia Brissot, me hizo borrar de la lista de los jacobinos de Paris; voy á quitarles la máscara, y diré lo que son, y lo que meditan. Caerá esta supersticion por la sociedad madre, de la que disponen algunos malvados para apoderarse de la Francia. ¿Quereis conocer esos desorganizadores? Leed á

Marat, escuchad á Robespierre, Collot-d'Herbois y Chabot en la tribuna de los Jacobinos; ved los anuncios que manchau las esquinas de París; ojead los registros de proscripción del comité de vigilancia de la municipalidad; removed los cadáveres del 2 de setiembre; recordad las predicaciones de los apóstoles del asesinato en los departamentos. ¡Y se me acusa porque yo tengo fe en este partido! acusad, pues, á la Convencion que los juzga, á la Francia entera que los detesta, á la Europa que deplora ver manchada por ellos la mas santa de las revoluciones. ¿Me llaman faccioso? yo pertenezco á aquella faccion que queria la república, y que fué durante mucho tiempo compuesta solo de Petion, de Buzot, y de mí. He ahí la faccion de Brissot, la faccion de la Gironda, la faccion nacional de los que quieren el orden y la seguridad de las personas!.... No conocéis á aquellos que calumniais por pertenecer á una faccion. Guadet tiene el alma demasiado activa; Vergniaud lleva demasiado adelante esa indiferencia del genio, que se fia á sus fuerzas y que marcha sola. Ducós tiene demasiado talento y es demasiado probo! Gensonné piensa bastante profundamente por sí mismo, para sostener su parecer á un gefe! ¡Me acusan de haber calumniado el 2 de setiembre! Decid mas bien que el 2 de setiembre ha calumniado la revolucion del 10 de agosto, con la que querriais confundirle. El uno es el mas bello dia, el otro el mas execrable de nuestros fastos: pero la verdad alumbrará este dia!.... ¡Todos los satélites de Sylva no murieron en su lecho! y ¿dónde estaban el 10 de agosto nuestros calumniadores? Marat suplicaba á Barbaroux que le condujese á Marsella; Robespierre queria separar de su casa el comité de insurreccion que habia en la de Autoine, por temor de ser acusado de complicidad con los conspiradores de la república. Los otros se ocultaban de las balas, mientras aquella tímida faccion de la Gironda triunfaba por ellos. Esos Merlin, esos Chabot, ¿dónde estaban en-

tonces? Ese Collot, que llamaba á los reyes soles radiantes de gloria ¿dónde estaba? Solo les falló valor para subir al tribunal el 2 de setiembre sobre los cadáveres de Roland, de Guadet, de Vergniaud y sobre el mio. ¡Me acusan de federalismo! Escuchad: en el tiempo en que Robespierre, que no era republicano, se defendia en sus discursos del 14 de julio de 1791, de las sospechas de republicanismo, yo confesaba la república, la república unitaria, y yo me burlaba del sueño insensato que tratase de hacer en Francia ochenta y tres repúblicas confederadas. Acabar de vencer, derribar los tronos, instruir los pueblos en conquistar y en conservar su libertad, ved nuestra obra: la Europa tiene la vista fija en la Convencion. La impunidad del 2 de setiembre ha separado la Europa de nuestros principios: que se levante, que se presente á los ojos de la Francia, el malvado que puede decir: Yo he mandado esos asesinatos, yo he rumulado con mis manos treinta ó cuarenta de esas víctimas: que se levante, y si la tierra no se abre para tragar tal monstruo, si la Francia le recompensase en lugar de esterminable, ¡seria preciso huir al fin del universo y pedir al cielo anona lase hasta el recuerdo de nuestra revolucion! Me equivoco, seria necesario ir á Marsella, porque Marsella ha borrado el horror del 2 de setiembre. Cincuenta y tres individuos detenidos allí por el pueblo, han sido juzgados por el tribunal popular, y absueltos; el pueblo no ha asesinado; el mismo eje cule su sentencia; abrió las cárceles, abrazó á los desgraciados que gemian en ellas, y los ha conducido á sus casas. Ved ahí los verdaderos republicanos!.... Los calumniadores ¿guardaran ahora silencio?

III.

Arrastrado Brissot hasta el 10 de agosto por la lógica de sus principios republicanos, presentaba despues de la

conquista de la república, una fuerza de resistencia á las facciones igual á la fuerza de impulsión que habia comunicado hasta entonces á la opinion de los hombres libres. La ambicion de que le habian censado durante dos años, se desvaneció á los ojos de las personas imparciales. Su proselitismo no era el de un ambicioso, era el de un apóstol; no afectaba ni la influencia ni el imperio, dedicándose solo á moderar y regularizar la victoria. Tan filósofo como político no creia en la libertad sin honradez, y queria dar por base á la república, la moral y la justicia. Estrano al poder, puras sus manos de toda sangre y de todo despojo, tan pobre despues de tres años de revolución, como el día que habia empezado á combatir por aquella causa, vivia desde hacia cinco años en un cuarto piso, casi desamueblado en medio de sus libros y de las cunas de sus hijos. Todo en este asilo todo mantenía la mediania, casi la indigenera. Despues de las tormentas del día y de las fatigas del trabajo que le daba su periódica, volvía á pié por la noche á ver á su muger y á sus hermanos niños que vivian en una pobre casa de Saint-Cloud. Los alimentaba con su trabajo, como un obrero del pensamiento. Sin aquella elocuencia exterior que se enciende con el fuego de las discusiones y que brota en gestos y en acentos, dejaba la tribuna á Vergniaud, habiéndose él creado una tribuna con su periódico, en el que luchaba todas las mañanas con Camilo, Robespierre y Marat. Sus artículos eran discursos, y se ofrecia voluntariamente al odio y á los puñales de los jacobinos; ya habia hecho el sacrificio de su vida y se inmolaba á la pureza de la república. Merecia la injuria del apodo de *hombre de Estado* que le daban sus enemigos. Era hombre de Estado, en efecto, por lo profundo de sus pensamientos, por el conocimiento de la historia, por la estension del plan y por la energia de la voluntad; si hubiese tenido la palabra de Vergniaud la espada de Dumouriez, hubiera podido dar un go-

bierno á la república al día siguiente de su advenimiento.

La naturaleza le habia creado para agitar ideas mejor que hombres. Su cuerpo pequeño y delgado, su rostro meditabundo y grave, la palidez y el ascetismo de sus facciones, la severidad melancolica de su fisonomia no le permitian difundir fuera la llama antigua que ardia dentro. En la Convencion tenia mas influencia que accion; inspiraba y no agitaba, y tenia necesidad del silencio y de la soledad de su gabinete para entusiasmarse. Su pensamiento era como el fuego de esas lámparas que solo brillan entre paredes, porque las rafragas del aire libre las hacen vacilar y apagarse; pero volvía á encontrar toda su intrepidez en el recogimiento, donde Vergniaud y Gensonné concurrían todas las noches á ilustrarse con su genio.

IV.

Tal era la irritacion entre los partidos y los hombres cuando Brisot, Vergniaud, Condorcet y sus amigos, decidieron á Roland á que llevase á la Convencion su informe sobre el estado de París. En ella se ofrecia abiertamente el combate á las facciones, y fué leído en la sesion del 29 de octubre. Escuchado favorablemente por la mayoría, intimidó á Marat, á Robespierre y hasta Danton, inspirando confianza á los girondinos. Los federados de los departamentos se presentaron al día siguiente en la barra; y pidieron que la Asamblea reprimiese á los agitadores de París, ó hiciese prevalecer el gobierno nacional sobre la usurpacion de algunos malvados; y despues se diseminaron por los lugares públicos pidiendo á grandes gritos las cabezas de Marat, de Robespierre y de Danton. Legendre denunció aquellos

atentados de los amigos de la Gironda, en la sesión del 3 de noviembre: Beutabolle refirió que la víspera pasando seiscientos dragones sabre en mano por el baluarte, habían amenazado á los ciudadanos y gritado: *Nada de proceso al rey, sino la cabeza de Robespierre.*

Bazire en los jacobinos denunció al partido Brissot, como únicamente ocupado en asegurarse el mando: Robespierre el joven delató á Roland por haber hecho imprimir á cuenta del Estado la acusacion de Louvet contra su hermano, y por haberla hecho distribuir en los departamentos. «Ciudadanos, dice Saint-Just, no se que golpe se prepara; todo está en fermentacion en París; en el momento en que se trata de juzgar al rey y de perder á Robespierre, es cuando se llaman tantas tropas á la capital. La influencia de los ministros es tal, que desde que aparecen en la Convencion, sus deseos se convierten en leyes: se proponen decretos de acusacion contra los representantes del pueblo, y Barbaroux propone juzgar al pueblo soberano. ¿Qué gobierno es el que quiere plantar el árbol de la libertad sobre los cadalsos! ¡Denunciemos á la nacion todos estos traidores!»

V.

Robespierre entretanto, hacia ya algunos dias que nose presentaba ni en la Convencion ni en los Jacobinos, humillado por la superioridad de Marat y de Danton, en la primera lucha que tuvo que sostener con ellos contra los girondinos, esperaba, retirado, el momento de volver á grandearse la estimacion del pueblo y la admiracion de las tribunas; una caída oratoria le era mucho mas sensible que una caída de poder. Sus enemigos no tardaron en proporcionarle la ocasion de volver á colocarse en el punto en que él queria presentarse al pueblo.

«Pido la palabra para acusar á Robespierre, dijo inopinadamente el temerario Louvet.—Y yo tambien me presento de nuevo para acusarle, continuó Barbaroux.» Notábase en su impaciencia que la acusacion estaba pronta y que solo espíaban un momento favorable. «Escuchad á mis acusadores, respondió Robespierre con frialdad.» Louvet y Barbaroux ya se disputaban la tribuna, cuando Danton se abalanzó para interponerse por última vez.—«Es ya tiempo que conozcamos, dijo Danton, es tiempo que sepamos de quien somos colegas; es tiempo de que los nuestros sepan lo que deben pensar de nosotros. En la Asamblea existen gérmenes de desconfianza mútua, y es necesario que cese. Si entre nosotros hay un culpable, es preciso que se le castigue. Yo declaro á la Convencion, á la nacion entera, que no quiero al individuo Marat; hice la esperiencia de su caracter, y no solo es acerbo y volcánico, sino insociable. Despues de este parecer, seame permitido decir, que yo tambien estoy sin partido y sin faccion; si alguno puede probarme que yo pertenezco á una faccion, que me confunda al momento: si por el contrario es verdad, que mi pensamiento es mio, estoy firmemente decidido á morir antes que ser la causa de un trastorno en la republica, que se me conceda enunciarle todo entero sobre nuestra situacion actual.

«Sin duda es muy bueno que un sentimiento de humanidad haga deplorar al ministro del Interior las desgracias irreparables de una grande revolucion. ¿Pero se hizo estallar nunca un tronco, sin que sus fragmentos hiriesen algunos ciudadanos? se hizo nunca una revolucion completa, sin que esta vasta demolicion del orden de cosas existentes haya sido funesta á alguno? ¿deben imputarse á la ciudad de París los desastres que, no lo niego, fueron quizá el efecto de las venganzas particulares; pero que es mas probable fuesen la consecuencia de aquella conmocion general, de aquella fiebre nacional, cuyos milagros admirará la posteridad? el ministro Roland ha edi-

do á un resentimiento, que yo respeto, sin duda; pero su amor apasionado al orden y á las leyes, le hizo ver bajo la apariencia de facción y complot de Estado, lo que solo es la reunión de pequeñas y miserables intrigas, cuyo objeto excede los medios. Penetraos de esta verdad, no puede existir facción en una república. ¿Y dónde están esos hombres que se nos presentan como conjurados y como pretendientes á la dictadura y al triunvirato? ¿Que se los nombre! Yo declaro que aquellos que habian de la facción de Robespierre, son para mí todos hombres prevenidos ó malos ciudadanos!

VI.

Habian sido acogidas las primeras palabras de Danton con un favor que la franqueza de su actitud y la varonil energía de su palabra, inspiraban en torno suyo. Negando á Marat, daba una prenda de reconciliación con los girondinos. Sus últimas palabras espiraron en medio de los murmullos. Danton cubria á Robespierre á quien se deseaba herir. Buzot pidió desdeñosamente que Robespierre se dirigiese á los tribunales, si se creia calumniado por Roland. Robespierre le interrumpió y se lanzó á la tribuna. «Pido, dice Robespierre, que un individuo no ejerza aquí el despotismo de la palabra, que en otras partes.» Robespierre insistió en vano, un joven de veinte y ocho á veinte y nueve años, de pequeña estatura, y de formas femeniles, facciones delicadas, cabellos rubios, ojos azules, color pálido, frente serena, espresion melancólica, pero cuya tristeza en lugar de parecerse al abatimiento, recordaba la meditación que precede á las fuertes resoluciones, se presentó en la tribuna. Tenia en la mano izquierda un rollo de papeles, y la derecha apoyada sobre el mármol, parecía estar pronta al combate:

su segura mirada se paseaba sobre los bancos de la Montaña; aguardaba solo el silencio. Este jóven era Louvet.

VII.

Louvet era uno de esos hombres, cuyo destino político solo se compone de un día; pero este día les conquista la posteridad, porque une á su nombre el recuerdo de un talento sublime y de un sublime valor. El orador y el héroe se confunden algunas veces en un solo acto y en un solo momento. Louvet era natural de París, hijo de una de estas familias de la clase media colocadas en los límites de la aristocracia y del pueblo, que amaba el orden, como las fortunas arraigadas, que detestaba las superioridades sociales, como el que asciendo detesta al superior. Desdeñando el tráfico de su padre, el jóven buscó en las letras el nivel de su talento. Habia escrito un libro célebre entonces (Fables) manual de libertinage elegante. Este libro calcado sobre la sociedad corrompida del tiempo, era el ideal de una sociedad que se rie de sí misma, y que solo se admira de sus vicios.

Este escándalo habia formado la reputacion de Louvet; solo su talento habia tomado parte en aquella obra; su corazon guardó el germen de la virtud, alimentando un fiel y ardiente amor. Casi adolescente habia amado y sido amado con igual pasión; pero esta inclinacion mútua de dos corazones, habia sido contrariada por ambas familias; y la muger que él amaba, fué desposada con otro. Los dos amantes dejaron de verse, pero no de adorarse.

Lodoiska, tal era el nombre que él la daba, habiendo recobrado su libertad, se habia reunido á su amante. Tenia por las letras, por la libertad y por la gloria, el

mismo entusiasmo que Louvet, le acompañaba en sus estudios, y solo tenían un alma y un genio para los dos. El amor no era únicamente para ellos una felicidad; era una inspiración. Vivían ocultos en un pequeño retiro, en los lindes de los grandes bosques reales que rodean á Paris. Lodoiska era madama Roland, mas tierna y mas feliz: la imaginación tenía menos lugar en su vida que el sentimiento: lo que ella adoraba en la revolución, era antes de todo la fortuna y la celebridad de Louvet: su amor entraba siempre en sus opiniones, se entusiasmaba con los libros de filosofía y de republicanismó, antes de que hubiese llegado la hora de ocuparse de ello. Tan pronto como hubo libertad de imprenta, y se abrió la sala de los amigos de la Constitución, Louvet dejaba por el día su retiro, donde volvía todas las noches y se mezclaba al movimiento de los partidos. Cambió la pluma licenciosa que había escrito las *Accusuras de Fables* por la pluma publicista y por la tribuna de los jacobinos. Mirabeau, licencioso como él, amó y animó aquel joven. Robespierre que no comprendía la libertad sin las buenas costumbres, vió con sentimiento aquel escritor de tocador hablar de virtud, despues de haber popularizado el vicio: quería que se espulsase de la república toda aquella juventud mas infecta que perfumada de literatura y de ateísmo: desde el tiempo de la Asamblea constituyente, el diputado de Arras había tratado de la separación de Louvet de los jacobinos.

En tiempo de la Asamblea legislativa Louvet se había afiliado en el partido de Brissot contra Robespierre. Lanthenas, amigo y comensal de madama Roland, le había proporcionado la intimidad de esta muger. «Oh Roland, Roland, decía él mas tarde; cuántas virtudes han asesinado en tí; cuántas virtudes, cuántos encantos y cuánto genio han inmolado en tu esposa, mas grande y varonil que tú!» Estas palabras de Louvet manifiestan la impresion que había hecho en él madama Roland. Esta no

pinta con menos gracia la inclinación que tenía por Louvet. «Louvet, dice, podría algunas veces, como Philopemen pagar el tributo de su exterior. Pequeño, delgado, corto de vista, descuidado en el vestido, no se parece en nada al vulgo, que no nota al primer golpe de vista la nobleza de su frente, el fuego que se enciende en sus ojos, y lo impresionable de sus facciones, al espresar una grande verdad ó un bello sentimiento. Es imposible reunir mas inteligencia, mas sencillez y abandono. Valiente como un leon y dulce como un niño, puede hacer temblar á Catilina en la tribuna, manejar el buril de la historia ó difundir la ternura de su alma sobre la vida de una muger amada.»

No tardó mucho tiempo en unir una amistad firme y varonil estas almas una á otra. Louvet descubrió en madama Roland el misterio de su amor y la hizo conocer á Lodoiska; y las dos mugeres se comprendieron por la política y por el amor; se vieron poco y furtivamente, porque la querida de Louvet ocultaba su vida en la oscuridad. La casta y respetada esposa del ministro no podia confesar la intimidad con una muger que el amor solo unía á Louvet.

VIII.

Louvet escribió para Roland el *Continela*, periódico de los girondinos, en el que el mas ardiente republicanismó se asociaba al culto del orden y de la humanidad. El 10 de agosto había salvado algunas victimas, y el 2 de setiembre había ablandado á los verdugos. Elegido para la Convencion, dejó su retiro y habitaba una modesta casa en la calle San Honorato, cerca del salon de los jacobinos. Adicto por convicción y amistad á las opiniones de la Gironda, formaba con Barbaroux, Bu-

zol, Rebecqui, Salles, Lasource, Ducós, Fonfréde, Raubaut de Saint-Entienne, Lanthenas y algunos otros, la vanguardia de aquel partido de la juventud de los departamentos, impaciente por purificar la republica. Vergniaud, Petion, Condorcet, Sieyès y Brissot se esforzaban en vano para moderar aquellos jóvenes. El alma de madama Roland ardía en ellos, y toda su táctica era que su partido empeñase á su pesar una lucha decisiva, pareciéndoles el contemporizar, tan impolítico como cobarde. Louvet se ofreció para el primer golpe. El discurso que llevaba consigo desde ya hacia muchos dias, habia sido concertado en comun en el conciliábulo de madama Roland, que habia encendido los sentimientos y dictado las palabras: Louvet era solo la voz. Este discurso era menos el de un hombre, que la explosión de odio de un partido entero.

IX.

Mirando Robespierre á Louvet, afectó el desden y triunfó interiormente al ver que ningun orador, célebre ya, habia querido encargarse del acta de acusacion contra él. Esta consideracion de Vergniaud, de Geoussé y de Guadet se descubria en su actitud á inspiraba confianza á Robespierre. Louvet despreciaba hasta el descontento de su mismo partido, porque sentía en pos de él la mano de madama Roland, que le impulsaba á la lucha. Restablecido el silencio habló así:

«Una gran conspiracion amenazaba pesar sobre la Francia, y habia demasiado tiempo pesado sobre la ciudad de París. Llegásteis, y la Asamblea legislativa fue desconocida, envilecida y hollada: hoy se quiere envilecer la Convencion nacional y se predica abiertamente la insurreccion contra ella. Es tiempo de saber si existe una

faccion de siete ó ocho miembros de esta Asamblea, ó si son los seiscientos treinta miembros que la componen una faccion: es necesario que de esta insolente lucha salgais vencedores ó envilecidos; es necesario para dar cuenta á la Francia de las razones que os hacen conservar en vuestro seno ese hombre, sobre quien la opinion pública se desarrolla con horror, ó que por un decreto solemne reconozcáis su inocencia, ó que le espulseis de aqui; es necesario que toméis medidas contra esa municipalidad desorganizadora que prolonga una autoridad usurpada. En vano prodigareis medidas parciales, sino atacais el mal en los hombres, que son los autores. Yo voy á denunciar sus complots, y tendré á todo París por testigo. Podria desde luego admirarme de que Danton, á quien nadie atacaba, se haya lanzado aqui para declarar que era invulnerable, y para negar á Marat, de quien se ha servido como de un instrumento y de un cómplice en la gran conjuracion que yo denuncio. (Murmillos). —Danton: yo pido que se permita á Louvet tocar el mal y poner el dedo en la llaga.» Louvet continúa: «Si, Danton, voy á tocarle; pero no se grita anticipadamente.

«En el mes de enero último fué cuando se vió en los jacobinos suceder á las discusiones profundas y brillantes que nos habian honrado ante la Europa, aquellos miserables debates que poco faltó para que nos perdesen, y cuando se empezó á calumniar á la Asamblea legislativa. Se vió un hombre, que quería siempre hablar, hablar sin cesar, hablar exclusivamente, no para ilustrar á los jacobinos, sino para sembrar entre ellos la division, y sobre todo, para que le oyesen algunos centenares de espectadores, cuyos aplausos se queria obtener á todo precio. Confidentes de este hombre se revelaban para presentar tal ó tal miembro de la Asamblea á las sospechas, á la animadversion de los espectadores crédulos, y para ofrecer á su admiracion un hombre de quien hacian el mas fastuoso elogio, á menos que no le hiciese el

mismo. Entonces fué cuando se vieron intrigantes subalternos declarar, que Robespierre era el unico hombre virtuoso en Francia, y que solo se debía confiar la salvacion de la patria á aquel hombre, que prodigaba las más bajas adulaciones á aquellos centenares de ciudadanos fanatizados, á quienes él llamaba pueblo; es la táctica de todos los usurpadores desde César hasta Cromwell, desde Syla hasta Masaniello. Nosotros, entretanto, fieles á la legalidad, avanzabamos bien resueltos á que no se sustituyese á la patria la idolatria de un hombre. Dos dias despues del 10 de agosto, yo estaba en el consejo general provisorio, entra un hombre, y al verle háy un gran movimiento; era el mismo, era Robespierre. Viene á sentarse en medio de nosotros; me equivoco, va á sentarse en el asiento preferente de la mesa. Estupefacto me pregunto á mí mismo, no creyendo á mis ojos, ¿Qué! ¡Robespierre! el incorruptible Robespierre, que en los dias de peligro habia dejado el puesto en que los ciudadanos le habian colocado, que despues se habia comprometido formalmente veinte veces á no aceptar ningun cargo público: Robespierre ocupa de repente un puesto en el consejo general de la municipalidad! Desde entonces comprendí que aquel consejo estaba destinado á reinar.

«Vosotros lo sabéis, Robespierre, se atribuye el honor del día 10 de agosto; la revolucion del 10 de agosto es la obra de todos; pertenece á los arrabales, que se han levantado en masa, á los valientes federados, que en aquel tiempo ciertos hombres no habian querido recibir en Paris, pertenece á los valientes diputados, que aquí mismo, en medio del ruido de las descargas de artillería, votaron el decreto de suspension de Luis XVI; pertenece á los generosos guerreros de Brest, y á la intrepidez de los hijos de la altiva Marsella. Pero el 2 de setiembre... ¡conjurados bárbaros! os pertenece á vosotros y solo á vosotros. (Movimientos de horror).

«Sealaban ellos mismos; ellos mismos con un desprecio feroz solo nos designan como los patriotas del 10 de agosto, reservándose el título de patriotas del 2 de setiembre. ¡Ah! que les quede esa distincion digna, en efecto, de la especie de valor que les es propia; que les quede para nuestra justificacion durable y para su eterno oprobio. El pueblo de Paris sabe combatir, pero no asesinar: todo él estaba en las Tullerías en el magnifico 10 de agosto; es falso que se le viese en las cárceles en el horrible 2 de setiembre. ¿Cuántos asesinos habia en las cárceles? no llegaban á descientos. ¿Cuántos espectadores fuera? ni aun el doble. Preguntad á Pelion, él mismo os lo confesará ¿por qué no se ha evitado? ¡Porque Roland hablaba en vano! ¡porque Danton, ministro de Justicia, no hablaba!... ¡porque Santerre, comandante de las secciones, esperaba!... ¡porque los oficiales municipales con sus fajas presidian, aquellas ejecuciones!... ¡porque la Asamblea legislativa estaba dominada, y un insolente demagogu venia á su barra á decirle los decretos de la municipalidad, y amenazarla con hacer tocar á rebato si no obedecia.» Billaud-Varennes se levanta y trata de protestar. Un estremecimiento general de indignacion se difundió contra él en la Asamblea; un gran número de miembros señalan con el dedo á Robespierre; Cambon se hace notar por la cólera de su actitud; tiende su brazo hácia la Montaña, y grita: «¡Miserables, ved el decreto de muerte del dictador!—; Robespierre á la barra, encáusese á Robespierre!» gritan por todas partes voces acusadoras. El presidente modera aquella impaciencia. Louvet continúa: acusa á Robespierre de todos los crímenes de la municipalidad; y luego, mirando á Danton: «Entonces fué, dice, cuando se fijaron aquellos carteles en que se designaban como traidores todos los ministros, escepto uno solo, uno solo, y siempre el mismo. Y ¿puedes tú, Danton, justificarte de esta escepcion ante la posteridad? Entonces fué cuando se vió con espanto aparecer á la luz

del día un hombre único hasta ahora en los fastos del crimen (miran á Marat); y no creais apaciguarnos negando hoy este hijo perdido del asesinato. ¿Cómo hubiera él salido de su sepulcro, si vosotros no le hubieseis sacado? ¿Cómo le hubierais recompensado, si él no os hubiera servido? ¿Cómo le presentasteis bajo vuestros auspicios á aquella Asamblea electoral, en que me hicisteis insultar por haber tenido el valor de pedir la palabra contra Marat? ¡Dios! ¡le he nombrado! (Movimiento de horror). Si los guardias de corps de Robespierre, esos hombres armados de sables y de palos, que le acompañaban por todas partes, me insultaron al salir de la Asamblea electoral, y me anunciaron que antes de mucho tiempo me harían pagar cara la audacia de combatir al hombre que Robespierre protegía. Y ¿por qué camino marchaban los conjurados de concierto á la ejecución premeditada de su plan de dominación? ¿Por el terror! ¡Ann necesitaban asesinatos para que fuese completo, y para separar los generosos ciudadanos mas unidos á la libertad que á la vida. Se hicieron circular listas de proscripción firmadas por complacencia y á la ventura por montañeses estraviados. Se codiciaba la sangre y se repartían en esperanza los despojos de las víctimas. Durante cuarenta y ocho horas la consternacion fué general; treinta mil familias están allí que pueden atestiguarlo. Cuando vi tantas atrocidades liberticidas me pregunté, si en el día 10 de agosto habia soñado nuestra victoria, ó si Brunswick y sus columnas contrarrevolucionarias estaban ya dentro de nuestros muros. ¡No! pero eran furiosos conjurados que querían cimentar con sangre su naciente autoridad. Los bárbaros necesitaban aun, decían, veinte y ocho mil cabezas. Recuerdo á Sylva, que principió por herir á los ciudadanos desarmados, pero que bien pronto hizo pasear por delante de la tribuna de las arengas y en el foro, las cabezas de los mas ilustres ciudadanos. Asi avanzaban hacia su objeto aquellos malvados, en el camino del poder supre-

mo; pero donde los aguardaban algunos hombres de resolución, que los mas habíamos jurado por Bruto, y no les hubieran dejado la dictadura de un día... (Aplausos unánimes). — ¿Quién los detuvo entrelanto? Algunos patriotas intrépidos. ¿Quién los combatió? Petion. Roland fué quien prodigo, denunciándolos ante la Francia, mas valor que hubiera necesitado para denunciar un rey perjuro... ¡Robespierre! ¿yo te acuso de haber calumniado sin descanso á los mas puros patriotas! Te acuso de haber difundido estas calumnias en la primera semana de setiembre, es decir, en los días en que las calumnias eran puñaladas. Te acuso de haber, cuanto en tu poder estaba, envilecido y proscrito á los representantes de la nacion, su carácter y su autoridad. Te acuso de haberte presentado siempre tú mismo, como un objeto de idolatria, de haber sufrido que delante de tí se te designase como el único hombre virtuoso en Francia, que pudiese salvar al pueblo, y de haberlo dicho tú mismo. Te acuso de haber caminado directamente al poder supremo.»

X.

Todas las miradas, todos los gestos se dirigen hacia Robespierre, como otros tantos testigos mudos de la acusacion que el orador fulmina contra él. Robespierre, pálido y agitado, las facciones contraídas por la cólera, se ve abandonado de sus colegas, y siente en torno suyo aquella atmósfera, donde pesa la reprobacion de una grande Asamblea. Pero en el fondo de su fisonomia se entrevee el gozo secreto de que le juzguen digno de una acusacion de dictadura, que en cualesquiera términos que se hiciese era una prueba del poder de su nombre, y una indicacion nominal á la atencion del pueblo. Louvet suspende un momento su discurso, como para dejar caer to-

do su peso sobre el acusado y sobre el pensamiento de los jueces. Continúa volviéndose con una expresión de desprecio, al lado de Marat. «Pero en medio de vosotros hay otro hombre, que no mancharé mi lengua nombrandole; un hombre a quien no tengo necesidad de acusar, porque él mismo no ha temido decirnos que, en su opinión, es aun necesario hacer caer doscientas sesenta mil cabezas... ¡Y este hombre está en medio de vosotros! La Francia se avergüenza de ello, y la Europa se admira de vuestra prolongada debilidad. Pido que espidáis contra Marat un decreto de acusación.»

XI.

Bajó de la tribuna Louvet en medio de los aplausos: unos celebraban su elocuencia, otros su valor, aquellos por odio á Robespierre y estos por odio á Marat; parecia que el alma del orador habia pasado á la Asamblea. Hasta las tribunas, por lo regular vendidas á la municipalidad y disciplinadas al gesto de Robespierre, quedaron consternadas con el eco de aquella voz, y creian ver en la Convencion, puesta en pie, á la Francia levantarse en masa contra la tiranía de París, y arrancar el poder sangriento de manos de los dueños del ayuntamiento. Robespierre, instruido por una primera derrota de la insuficiencia de una palabra improvisada contra una acusación meditada y pulida de antemano, pidió que se le concediesen algunos dias para preparar su defensa. La Asamblea accedió con una indulgencia harto semejante al desprecio.

Al dia siguiente Barbaroux agravó y detalló los complots de Robespierre.

Temblaron por su idolo los jacobinos y las secciones; el pueblo se paseaba todas las noches despues de estos

discursos alrededor de la casa de Robespierre, y en los barrios se circuló la noticia de que habia sido asesinado. No se le habia visto ni en los Jacobinos ni en la Convencion despues de la denuncia de Louvet, á la que debia responder el lunes 3 de noviembre. Las tribunas de la Convencion, sitiadas desde el amanecer por los grupos de los dos partidos, estaban divididas en dos campos, que preludiaban el combate de las palabras con los gestos y las amenazas. Por fin, el presidente llamó á Robespierre á la tribuna, donde subió mas pálido que nunca. Esperando se restableciese el silencio, sus dedos convulsivos herian la tribuna, como el músico que distraído juguetea con las teclas de un piano. Ningun gesto, ninguna afectuosa sonrisa le animaba en la Asamblea: todas las miradas eran hostiles, todas las bocas desdeñosas, todos los corazones estaban cerrados. Principió con una voz chillona, en la que se conocia el temblor de la cólera, ahogado por la decencia de la sangre fría.

XII.

«¿De qué soy acusado, ciudadanos? dijo despues de haber hecho un corto llamamiento á la justicia de sus colegas. De haber conspirado para llegar á la dictadura, al tribunado ó al triunvirato. Se convendrá en que si semejante proyecto fuese criminal, seria aun mas atrevido; porque para ejecutarle era necesario por de pronto derribar el trono, anonadar la legislacion, y sobre todo impedir la formacion de una Convencion nacional. Pero entonces ¿cómo he sido el primero en mis discursos y en mis escritos que apelé á una Convencion nacional como el único remedio á los males de la patria? Para llegar á la dictadura era necesario por de pronto ser dueño de París y sujetar los departamentos; ¿dónde están mis te-

soros? ¿dónde mis ejércitos? ¿dónde los grandes destinos de que estoy provisto? Todo esto está en manos de mis acusadores. Para que su acusacion pudiese adquirir el menor carácter de verosimilitud, sería necesario demostrar antes de todo que yo estaba completamente loco. Y si estaba loco, quedaría aun por explicar por qué hombres sensatos pudieran haberse tomado el trabajo de componer tan bellos discursos, tan bellos anuncios, y desplegar tantos esfuerzos para presentarme á la Convencion nacional como el más peligroso de todos los conspiradores. Vamos á los hechos. ¿Qué me reprochan? ¿la amistad de Marat? podría hacer mi profesion de fé sobre Marat, sin decirlo ni más bien ni más mal que lo que yo pienso de él; pero no sé hacer traicion á mi pensamiento por adular la opinion reinante. He tenido en 1792 una sola conversacion con Marat; le reprendí una exageracion y una violencia que perjudicaban á la causa que él podía servir; declaró al separarse que no habia hallado en mí *ni las miras ni la audacia de un hombre de Estado*. Estas palabras responden á las calumnias de los que quieren confundirme con ese hombre.

¿No me hice bastantes enemigos con mis combates por la libertad, que aun es preciso imputarme escesos que siempre he evitado, y opiniones que no he cesado de condenar? Pero he hablado, dicen, sin descanso con los jacobinos, y he ejercido una influencia esclusiva sobre aquel partido. Desde el 10 de agosto no subí diez veces á la tribuna de los jacobinos; antes de ese dia trabajé con ellos, en preparar la santa insurreccion contra la tiranía y la traicion de la corte y de La Fayette; pero los jacobinos entonces eran la Francia revolucionaria! y vosotros que me acusais estabais con La Fayette. Los jacobinos no seguian vuestros consejos, y vosotros quisierais hacer servir la Convencion nacional, para vengar las desgracias de vuestro amor propio. La Fayette tambien pedía decretos contra los jacobinos, ¿quereis, como él, di-

vidir el pueblo en dos pueblos; el uno adulado, y el otro insultado é intimidado, los hombres honrados, los sans-coulottes ó la canalla? Pero ¿yo he aceptado el título de empleado municipal?—Respondo, por de pronto, que abdiqué desde el mes de enero de 1791 el empleo lucrativo, y de ningun modo peligroso, de acusador público. —¿Entré en la sala como dueño? Es decir, que al entrar fui á hacer justificar mis poderes en la mesa.

«Hasta el 40 de agosto no fui nombrado; estoy muy lejos de pretender arrebatár el honor del combate y de la victoria, á aquellos que estaban en la municipalidad antes que yo, en aquella noche terrible, que armaron á los ciudadanos, dirigieron los movimientos, descorcentaron la traicion, arrestaron á Mandat, que llevaba órdenes péfidas de la corte. Dicen que habia intrigantes en el consejo general; ¿quién lo sabe mejor que yo? Están en el número de mis enemigos. ¿Se achacan á este cuerpo arrestos arbitrarios? Cuando el consul de Roma ahogó la conspiracion de Catilina, Clodio le acusó de haber violado las leyes. He visto aqui tales ciudadanos, que no son Clodios; pero que algun tiempo antes del dia 40 de agosto, habian tenido la prudencia de refugiarse fuera de Paris, y que denuncian, despues que ella ha triunfado por ellos, á la municipalidad. —¿Actos ilegales? ¿Se salva la patria con el código criminal en la mano? ¿por qué no nos criticais tambien el haber roto las plumas mercenarias, cuyo oficio era propagar la impostura y ultrajar la libertad? ¿Por qué no nos acusais tambien de haber relegado los conspiradores fuera de Paris, y de haber desarmado á nuestros enemigos? Todo esto era sin duda ilegal; sí, ilegal como la caída de la Bastilla; ilegal como la caída del trono; ilegal como la libertad!

«Ciudadanos! ¿quereis una revolucion sin revolucion? ¿Cuál es ese espíritu de persecucion que quiere revisar, por decirlo así, la que ha roto vuestras cadenas? y ¿quién puede despues del golpe, señalar el punto preciso don-

de debían romperse las olas de la insurrección popular? ¿qué pueblo á tal precio podría nunca sacudir el despotismo? Los hombres del 10 de agosto, no podrían decir á sus acusadores: si nos negais, negad también la victoria: tomad de nuevo vuestro yugo, vuestras leyes y vuestro antiguo trono; resituidnos con la sangre que hemos derramado, el precio de nuestros sacrificios y de nuestros combates...

«Con respecto á los días 2 y 3 de setiembre, aquellos que han dicho que yo había tenido la menor parte en tales acontecimientos, son hombres ó bien crédulos ó bien perversos. Abandono su alma á los remordimientos, si los remordimientos pueden suponer una alma. ¡En aquella época yo había dejado de sentarme en la municipalidad, y estaba encerrado en mi casa!... Robespierre explica, sin justificar aquellos horrores, la conexión del 10 de agosto y del 2 de setiembre, y la imposibilidad que tenía el ayuntamiento de prevenir las consecuencias de la agitación general. «Se asegura que un inocente ha perecido! ¡uno solo! ¡es sin duda demasiado! ¡Ciudadanos, llorad esta equivocación cruel! nosotros ya la hemos llorado mucho tiempo; ¡era un buen ciudadano, uno de nuestros amigos! Llorad también las víctimas culpables reservadas á las venganzas de las leyes, y que cayeron bajo los golpes de la justicia popular. Pero que vuestro dolor tenga un término como todas las cosas humanas; guardemos algunas lágrimas para calamidades que enternecen más. ¡Llorad cien mil patriotas inmolados por la tiranía; llorad nuestros ciudadanos espirando bajo sus abrasados techos, y los hijos de los ciudadanos degollados en la cuna ó en los brazos de sus madres! ¿No tenéis también hermanos, hijos y esposas que vengar? ¡La familia de los legisladores franceses, es la patria, es el género humano entero, menos los tiranos y sus cómplices!... La sensibilidad que gime casi exclusivamente por los enemigos de la libertad, me es sospechosa. Cesad de agitar ba-

jo mis ojos el manto sangriento del tirano, ó creeré que quereis volver á poner á Roma en sus cadenas. ¡Calumniadores eternos! ¿quereis vengar el despotismo? ¿quereis ajar la cuna de la república?

«Sepultemos, dice Robespierre concluyendo, esos despreciables manejos en un olvido eterno. Por mi parte, no tomaré ninguna resolución que me sea personal. Renuncio á la justa venganza con que tendría el derecho de perseguir á mis calumniadores. No quiero mas venganza que el restablecimiento de la paz y de la libertad. ¡Ciudadanos! recorred con paso firme y rápido vuestra soberbia carrera, y pueda yo, á espensas de mi vida y hasta de mi reputación, concurrir con vosotros á la gloria y á la dicha de nuestra patria común!»

XIII.

Robespierre apenas acabó de hablar, cuando Louvet y Barbaroux, impacientes por los aplausos que la Asamblea y los espectadores prodigaban al orador y al discurso, se lanzaron á la tribuna para contestar; pero la Convención ya había votado la impresión del discurso. Lo inútil de las acusaciones, la moderación de las conclusiones de Robespierre, la necesidad de extinguir, si era posible, un fuego que amenazaba incendiar la opinión pública, todo apuraba á la Convención para que terminase el debate. A los ojos de Vergniaud, de Petion, de Brissot, de Condorcet, de Genoué y de Guadet, los más prudentes de los girondinos, su enemigo había salido de la contienda demasiado grande, y les repugnaba engrandecerle más.

Vió Marat su propia victoria en la de Robespierre, á pesar de las dulcificadas denegaciones de que habían sido objeto sus opiniones. Danton triunfó en su interior,

viendo justificar la dictadura de la municipalidad, y cubrir los crímenes de setiembre con la bandera de la salvación pública. Robespierre había disculpado á Danton, y el partido indeciso de la Convencion, en cuyo centro estaba Barrère, temió tener que desdecirse, alegrándose de humillar á los girondinos, sin tener que declarar inocentes á sus enemigos. A todos les convenia el silencio, excepto á los acusadores.

XIV.

Mas indignado Barbaroux con la obstinada negativa de la palabra, que se opone á sus súplicas y á las de Louvet, deja su asiento y baja á la barra con objeto de tener la palabra como ciudadano, ya que se le niega como diputado: «Me oiréis, esclamó, golpeando con ambas manos la baranda, como para hacer violencia á la Convencion, me oiréis. Si no me ois ¿seré reputado calumniador? Pues bien, yo grabaré mi denuncia sobre el mármol»

Los murmullos, los sacarnos y las risotadas de las tribunas, no dejan oír á Barbaroux. Se le acusa de envilecer el carácter de representante del pueblo, despojándose de él para acusar individualmente á un enemigo. Barrère, uno de estos hombres que observan mucho tiempo la fortuna, con objeto de no pronunciarse á la ventura, y que nunca se comprometen bastante para ser arrastrados en la caída del partido mismo que han adoptado, se levantó para pedir la palabra. Joven, de formas elegantes, alto, de gesto desembarazado, con un estilo fluido, se veía en sus facciones aquella mezcla de reserva y de atrevimiento que caracteriza los Sejans cubriendo todo el esterior de la inspiracion, todo el cálculo del egoismo. Estos hombres son los sabuesos de los gran-

des ambiciosos; pero antes de entregarse á ellos, quieren hacer conocer su importancia con objeto de que se les aprecie mas. Tal era Barrère: carácter propio de la comedia elevada, lanzado por una equivocacion del destino en la tragedia.

XV

Barrère habia nacido en Tarbes, de una familia respetable; abogado en Tolosa, literato en Paris, adornando su nombre plebeyo con el nombre de Vieuzac, habia traído del fondo de su provincia aquel nombre, aquellas maneras y aquel lenguaje, que abrian los salones y que eran entonces una especie de candidatura natural á toda clase de fortuna. Madama de Genlis le acogió é introdujo en la familiaridad del duque de Orleans, y este príncipe, con objeto de atraerle á su casa, le confió la tutela de una jóven inglesa sumamente bella, que pasaba por su hija natural. Madama de Genlis cuidaba á aquella pupila, como una madre: esta jóven se llamaba Pamela. Barrère era agraciado y elocuente, pareciéndose su filosofía sentimental una parodia de Bernardino de Saint-Pierre: el colorido pastoral de las montañas, donde habia nacido, se reflejaba en sus escritos. Los salones, los teatros y las academias, afectaban entonces aquella desidia, que era como la languidez de la agonía de aquella moribunda sociedad, que creia rejuvenecerse haciéndose pueril; puerilidad de la vejez, Barrère, Robespierre, Coathon, Marat y Saint-Just, todas estas almas tan acres habian principiado por ser empalagosos.

Bailly, Mirabeau y el duque de Orleans fueron los patronos de Barrère, á fin de que le nombrasen para la Asamblea nacional, donde desempeñó con asiduidad y talento, un papel mas literato que político; habia sem-

brado sus numerosas relaciones de máximas filosóficas; redactado despues *La Aurora (Point du jour)* y sido uno de los primeros que pidieron la república cuando vieron titubear al trono. En el día 10 de agosto, enviado con Gregoire á esperar al rey en el jardin de Tullerías, llevó en sus brazos con cariño al jóven Delfin. Nombrado para la Convencion, parecian debian unirle á los girondinos sus opiniones republicanas, sus estudios, sus relaciones, su origen meridional y su talento mas florido que popular; y efectivamente se inclinaba á su lado en los primeros dias; creia en su genio y admiraba su elocuencia, conocia la dignidad de su espíritu y le agradaba la moderacion de su sistema. Pero habia visto la fuerza del pueblo el 10 de agosto y el 2 de setiembre, y la mirada del leon le habia fascinado. Temia á Marat, Danton le admiraba, y desconfiaba de Robespierre. La estrella de estos tres hombres podia sufrir muchos cambios, y no queria ofrecerse como victima á su venganza, si llegaban á triunfar.

Se habia colocado á igual distancia de los dos partidos, en el centro que se llamaba la llanura: alternativamente mediador ó auxiliar, segun los hombres, el dia y la mayoría. Esta llanura, compuesta de hombres prudentes ó medianos, que callaban por prudencia ó por mediocridad, tenia necesidad de un orador, y Barrère se ofreció á serlo. Se levantaba por primera vez y se hallaba en su actitud y en sus palabras, toda la incertidumbre equivoca de las almas que tomaban prestada su voz.

«Ciudadanos, dice Barrère, al ver bajar á la barra á Barbaroux, uno de nuestros colegas, no puedo menos de oponerme á que se le oiga. ¿Quiere ser peticionario? En este caso olvida que debe juzgar como diputado las peticiones que formulase como ciudadano. ¿Quiere ser acusador? No en la barra, sino aquí ó adelante de los tribunales debe explicarse. ¿Qué significan todas estas acusaciones de dictadura ó de triumvirato? No demos impor-

tancia á hombres que la opinion pública sabrá colocar en su lugar. No hagamos pedestales á pigmeos. ¡Crudadanos! si existiese en la república un hombre nacido con el genio de César ó con la audacia de Cromwell, un hombre que con el talento de Sylla, tuviese sus peligrosos medios, seria temible y yo me presentaria á acusarle ante vosotros. Si existiese aquí un legislador de un gran genio ó de una vasta ambicion, preguntaria lo primero de todo si tiene un ejército á sus órdenes ó un tesoro público á su disposicion, un gran partido en el senado ó en la república; pero hombres de un dia, pequeños empresarios de revoluciones, politicos que jamás entrarán en el dominio de la historia, no han nacido para ocupar el tiempo precioso que debemos á la nacion (aplausos y propone la orden del dia como por desprecio).—Guardad vuestra orden del dia, responde Robespierre con sequedad, si debe contener un preámbulo injurioso contra mí.» La Convencion vota la indiferencia y la neutralidad entre los acusadores y el acusado. «Perezcan los ambiciosos y con ellos nuestras sospechas y nuestras desconfianzas,» esclama Rabaud-Saint-Etienne.

XVI.

Disfundióse la noticia del triunfo de Robespierre, como una alegría pública entre la multitud que se agolpaba en los alrededores de Tullerías para complacer ó vengar á su tribuno, cuya presencia en aquella noche en los Jacobinos atrajo un gentio inmenso que empezó á palmo-tear al entrar en la sala. «Que hable Robespierre, dice Merlin, es el único que puede dar cuenta de lo que ha hecho hoy.—Conozco á Robespierre, responde un miembro del club, y estoy seguro de que callará: hoy es el dia mas bello que ha visto nacer la libertad; pues es

brado sus numerosas relaciones de máximas filosóficas; redactado despues *La Aurora (Point du jour)* y sido uno de los primeros que pidieron la república cuando vieron titubear al trono. En el día 10 de agosto, enviado con Gregoire á esperar al rey en el jardin de Tullerías, llevó en sus brazos con cariño al jóven Delfin. Nombrado para la Convencion, parecian debian unirle á los girondinos sus opiniones republicanas, sus estudios, sus relaciones, su origen meridional y su talento mas florido que popular; y efectivamente se inclinaba á su lado en los primeros dias; creia en su genio y admiraba su elocuencia, conocia la dignidad de su espíritu y le agradaba la moderacion de su sistema. Pero habia visto la fuerza del pueblo el 10 de agosto y el 2 de setiembre, y la mirada del leon le habia fascinado. Temia á Marat, Danton le admiraba, y desconfiaba de Robespierre. La estrella de estos tres hombres podia sufrir muchos cambios, y no queria ofrecerse como victima á su venganza, si llegaban á triunfar.

Se habia colocado á igual distancia de los dos partidos, en el centro que se llamaba la llanura: alternativamente mediador ó auxiliar, segun los hombres, el dia y la mayoría. Esta llanura, compuesta de hombres prudentes ó medianos, que callaban por prudencia ó por mediocridad, tenia necesidad de un orador, y Barrère se ofreció á serlo. Se levantaba por primera vez y se hallaba en su actitud y en sus palabras, toda la incertidumbre equivoca de las almas que tomaban prestada su voz.

«Ciudadanos, dice Barrère, al ver bajar á la barra á Barbaroux, uno de nuestros colegas, no puedo menos de oponerme á que se le oiga. ¿Quiere ser peticionario? En este caso olvida que debe juzgar como diputado las peticiones que formulase como ciudadano. ¿Quiere ser acusador? No en la barra, sino aquí ó adelante de los tribunales debe explicarse. ¿Qué significan todas estas acusaciones de dictadura ó de triumvirato? No demos impor-

tancia á hombres que la opinion pública sabrá colocar en su lugar. No hagamos pedestales á pigmeos. ¡Crudadanos! si existiese en la república un hombre nacido con el genio de César ó con la audacia de Cromwell, un hombre que con el talento de Sylla, tuviese sus peligrosos medios, seria temible y yo me presentaria á acusarle ante vosotros. Si existiese aquí un legislador de un gran genio ó de una vasta ambicion, preguntaria lo primero de todo si tiene un ejército á sus órdenes ó un tesoro público á su disposicion, un gran partido en el senado ó en la república; pero hombres de un dia, pequeños empresarios de revoluciones, politicos que jamás entrarán en el dominio de la historia, no han nacido para ocupar el tiempo precioso que debemos á la nacion (aplausos y propone la orden del dia como por desprecio).—Guardad vuestra orden del dia, responde Robespierre con sequedad, si debe contener un preámbulo injurioso contra mí.» La Convencion vota la indiferencia y la neutralidad entre los acusadores y el acusado. «Perezcan los ambiciosos y con ellos nuestras sospechas y nuestras desconfianzas,» esclama Rabaud-Saint-Etienne.

XVI.

Disfundióse la noticia del triunfo de Robespierre, como una alegría pública entre la multitud que se agolpaba en los alrededores de Tullerías para complacer ó vengar á su tribuno, cuya presencia en aquella noche en los Jacobinos atrajo un gentio inmenso que empezó á palmo-tear al entrar en la sala. «Que hable Robespierre, dice Merlin, es el único que puede dar cuenta de lo que ha hecho hoy.—Conozco á Robespierre, responde un miembro del club, y estoy seguro de que callará: hoy es el dia mas bello que ha visto nacer la libertad; pues es

el día en que Robespierre acusado y perseguido como un faccioso, triunfa; su varonil é ingenua elocuencia ha confundido á sus enemigos, porque la verdad guía su pluma y su corazón. Barbaroux se ha refugiado en la barra; el reptil no podía soportar las miradas del águila.»

Manuel pide leer el discurso que había preparado para defender á Robespierre. «Robespierre no es mi amigo, dice en su discurso; casi nunca le he hablado, y le he combatido en el momento de su mayor poder; pero ha salido virgen de la Asamblea constituyente. Sentado siempre al lado de Petion, estos dos hombres eran los generales de la libertad: Robespierre puede decirnos lo que dijo un romano:—Se me ataca en mis discursos, ¡tan inocente soy en mis acciones!—Robespierre nunca ha querido ser nada: está puro de esos días de setiembre, en que el pueblo, perverso como los reyes, quiso también hacer su Saint-Barthelemy. ¿Quién lo sabe mejor que yo? Elevado sobre montones de cadáveres prediqué el respeto á la ley.»

Collot de Herbois justifica los asesinatos; Barrère los excusa. Admirado ya del entusiasmo popular que excita Robespierre, desdeñado por él aquella mañana, dice: «Ciudadanos, y yo también en el discurso que había preparado acerca de Robespierre, emitía una opinión tan política y revolucionaria como la de Collot de Herbois. Este día, decía yo, presenta un crimen á los ojos del hombre vulgar, á los del hombre de Estado tiene dos efectos: hace desaparecer los conspiradores que la ley no podía alcanzar, y anonada los fuldenses, los realistas y la aristocracia.» Este arrepentimiento de Barrère no fué bien acogido, y no encontró aquel día la popularidad que iba á buscar hasta en la sangre derramada por otras manos.

Fabre de Eglantine acusó á los girondinos de querer que la Convencion nacional fuese á celebrar sus sesiones fuera de Paris. «He visto en el jardín del ministerio de Negocios Estrangeros al ministro Roland, pálido, abati-

do y con la cabeza apoyada en un árbol, pedir con grandes instancias que se trasladase la Convencion á Tours ó á Blois. He visto estos mismos hombres que se encarnizan hoy contra el 2 de setiembre, ir á casa de Danton y manifestar su alegría al oír hacer la relacion de aquellas muertes. Uno de entre ellos (indica á Brissot, enemigo del libelista Morande), aun deseaba que Morande fuese inmolado. Solo Danton mostró en aquellos días una gran energia de carácter, y él solo no perdió la esperanza de que se salvase la patria; hiriendo con el pie el suelo, hizo brotar miles de soldados.»

Fabre de Eglantine llevó la adulacion hasta insultar á madama Roland, ante cuyas aras quemaba incienso la víspera.

Fabre, secretario de Danton, menos su amigo que su cortesano, había nacido en las faldas del Pirineo, como Barrère. Cómico en su principio, amigo de dar gusto en la sociedad, su disposicion para tocar varios instrumentos, su genio que se complacia en agradar, sus versos cómicos y su locuacidad de calavera, hacian que le buscasen los hombres amigos de divertirse. Dos comedias que fueron aplaudidas, consagraron su reputacion de escritor: la amistad de Danton, de la Croix y de los agitadores subalternos de la municipalidad, había aumentado su fortuna y ensanchado su ambicion; pobre antes de los asesinatos de setiembre, tuvo despues de estos días casa, carruages y cortesanos. Abrigado siempre detrás de los hombres fuertes, manifestaba mas el gusto por los grandes crímenes que el valor para cometerlos; el miedo le impulsaba al menos tanto como la ambicion; Danton se servia de él, y Robespierre le despreciaba.

Petion, que no había podido hablar en la Convencion y que no queria hablar en los Jacobinos, hizo imprimir

al día siguiente el discurso que había preparado, menos para acusar que para juzgar á Robespierre. Vilipendiaba en él á Marat; reprendía la municipalidad y rechazaba con horror la sangre de seliembre sobre los asesinos. «En cuanto á Robespierre, decía, su carácter esplica su papel; receloso, desconfiado, viendo complots y abismos en todas partes, su temperamento bilioso y su imaginacion atrabiliaria le hacen ver con el colorido del crimen todos los objetos. No creyendo mas que en él, no hablando sino de si mismo, convencido siempre de que se conspira contra él, ambicioso sobre todo del favor del pueblo y hambriento de aplausos; esta debilidad de su alma por ser popular, ha hecho creer que aspiraba á la dictadura; cuando no aspira mas que al amor esclavo y celoso del pueblo ¡el pueblo es toda su ambicion!»

Este verdadero retrato de Robespierre era tambien el verdadero retrato de Petion. Habia entonces entre los dos partidos de la Montaña y de la Gironda mas sospechas que conflictos reales, y los amigos comunes que querian reunirlos eran los confidentes de sus mútuas acusaciones.

Garat acababa de ser nombrado ministro del Interior, despues que Danton había dejado de serlo de la Justicia; era un escritor nacido tambien en los Pirineos, revolucionario por filosofia y literato de profesion, uno de estos hombres á quienes las circunstancias arrastran á lo contrario que su imaginacion. Demasiado tímido para resistir con los girondinos, demasiado escrupuloso para obrar con los montañeses, trataba de introducirse, tolerado, amado y desdennado por ambos partidos.

«Hé recordado con asombro, muchas veces, dice en sus *Memorias*, dos conversaciones que en el espacio de dos ó tres días he tenido con Salles y con Robespierre. Los había conocido á ambos en la Asamblea constituyente, y los creia sincera é igualmente decididos por la revolucion: no tenia la menor duda sobre su probidad;

pero si hubiera tenido que dudar de la de uno de ellos, del último que hubiese sospechado hubiera sido de Robespierre. Salles tenia una imaginacion inquieta, agitada por la fiebre de la revolucion. En la charla confusa, insignificante y vaga de Robespierre, cuando hablaba de inspiracion, creia percibir los gérmenes de un talento que podia crecer. Violentaba con paciencia su lengua para amoldarla á las formas de la antigüedad y de J. J. Rousseau: la lectura continua de esos filósofos debia penetrar en su espíritu y mejorarle. Ambos hombres tenian el temperamento atrabiliario de donde en todos los siglos han salido las tempestades populares. Creo que Robespierre tiene religion; pero nunca hombre alguno que sabe escribir frases elegantes y persuasivas, tuvo un talento mas falso. Un dia que yo le suplicaba reflexionase sobre algunas ideas que le someta, me respondió:—No tengo necesidad de reflexionar, pues, siempre me atengo á mis primeras impresiones: todos esos diputados de la Gironda, Brissot, Louvet, Barbaroux, son contrarrevolucionarios y conspiradores.—Y ¿dónde conspiran? le pregunté.—En todas partes, me contestó, en París, en Francia, en toda Europa! La Gironda ha formado desde hace ya mucho tiempo, el proyecto de separarse de la Francia, para volver á la Guyena y á unirse á la Inglaterra. Gensonné dice claramente á todo el que le quiere oír, que no son aqui representantes, sino plenipotenciarios de la Gironda: Brissot conspira en su diario, que es una llamada á la guerra civil, ha ido á Londres y se sabe á qué: Clavière, su amigo, ha conspirado toda su vida: Roland está en correspondencia con el traidor Montesquieu. Trabajan juntos para abrir la Saboya y la Francia á los piemonteses. Servan solo ha sido nombrado general del ejército de los Pirineos, para entregar la llave de la frontera á los españoles: Dumouriez amenaza mas á París que á la Bélgica y á la Holanda. Ese charlatan de heroísmo, á quien yo queria hacer arrestar, to-

dos los días come con los girondinos. ¡Ah! estoy bien cansado de la revolución. Estoy enferma, nunca la patria estuvo en mayor peligro, y dudo que pueda salvarse. — ¿No teneis ninguna duda sobre lo que acabais de decir? le pregunté. — Ninguna, me respondió Robespierre...

XVIII.

«Me retiré consternado y asustado, prosigue Garat, y encuentro a Salles, que salía de la Convencion. «Y qué, le dije, ¿no hay ningún medio de prevenir estas divisiones mortales para la patria? — Lo espero, me dijo, yo quitaré bien pronto la máscara que cubre los proyectos de todos estos malvados. Conozco sus planes y sé que sus complots principiaron antes de la revolución; el duque de Orleans es el jefe oculto de esa banda de perversos; Duclot es quien ha urdido sus tramas; La Fayette su cómplice, y quien fingiendo proscribirle, envió al duque de Orleans a Inglaterra, para anudar la intriga con Pitt; Mirabeau tenía parte en estos manejos, y recibía dinero del rey para ocultar sus relaciones con el duque de Orleans, y recibía mas de éste para servirle; necesitaban haber hecho entrar a los jacobinos en sus complots, pero no se atrevieron y se dirigieron a los franciscanos; fueron siempre el semillero de los conspiradores. Danton los amolda a la política, Marat los domestica para los crímenes: negocian con la Europa y tienen relaciones con todas las cortes: tengo pruebas de ello. Han sumergido un trono en sangre, y quieren hacer salir de una nueva sangre un nuevo trono: saben que el lado de la Convencion donde están todas las virtudes es tambien el lado donde están todos los republicanos: nos acusan de realismo, para desencadenar con este pretexto contra nosotros el furor de la multitud. Todo el lado derecho

debe ser degollado y el duque de Orleans subirá al trono: Marat, Robespierre y Danton le asesinarán; ahí ahí los triumviros. Danton, el mas hábil y el mas malvado de los tres, se deshará de sus colegas y dominará solo, primero como dictador y bien pronto como rey...»

«Yo estaba estupefacto al ver la credulidad de semejante hombre. «¿En efecto, se piensan tales cosas entre vuestros amigos?» dije a Salles. «Todos ó casi todos, respondió. Condorcet aun duda, Sieyès se esplana poco, Roland vé la verdad; todos conocen que es indispensable evitar estos crímenes y estas desgracias.» Yo traté de disuadir a Salles. El odio y el miedo ofuscaban a los dos partidos.

XIX.

Vergniaud solo, mas tranquilo, porque era mas fuerte, conservaba la sangre fria de la imparcialidad, en medio de las prevenciones y de los odios. Escribia en aquel tiempo a sus amigos de Burdeos estas líneas de serena melancolía, restituídas por primera vez a la historia, que pintan el estado de la patria por el de su alma. «En las circunstancias difíciles en que me hallo, mi corazón tiene necesidad de esplayarse con vosotros. Algunos hombres que se alababan de haber hecho solos el 10 de agosto, creyeron tener el derecho de conducirse como si hubiesen conquistado la Francia y París; yo no quise humillarme ante aquellos ridiculos despotas, y me llamaron aristócrata. Previ que si la existencia de la municipalidad revolucionaria se prolongaba, el movimiento revolucionario se prolongaría tambien, y conduciría a los mas horribles desórdenes. Me llamarán aristócrata, y vosotros conocéis los deplorables acontecimientos del 2 de setiembre. Los despojos de los emigrados y de las iglesias eran

presa de las mas escandalosas rapiñas, yo las denuncié y se me llamó aristócrata. El 17 de setiembre se renovaron los asesinatos; yo tuve la fortuna de hacer que se diese un decreto que ponía la vida de los detenidos bajo la responsabilidad de la Asamblea, y me llamaron aristócrata. Mis amigos y yo nos ocupábamos noche y día en las comisiones de los medios de reprimir la anarquía y de hacer salir los prusianos del territorio, y nos amenazaban noche y día con el puñal de los asesinos. Se abrió la Convención y era fácil preveer que si guardaba en su seno á los hombres de setiembre, seria agitada con continuas borrascas: lo anuncié, pero mi denuncia no produjo ningun efecto...

«Jamás me produjeron la menor emocion los miserables clamores que se levantaron contra mí; sin embargo, me dije á mi mismo, quizá estos hombres que acusan sin cesar la pretendida faccion de la Gironda, que desde el 10 de agosto provocan los puñales contra nosotros, son solo atormentados por la ambicion de presentarse siempre en la tribuna: quizá ellos tendrán el talento y la dicha de servir allí la causa pública mejor que nosotros; no impidamos por orgullo el bien que ellos pueden hacer. ¡Ah! ¿deseamos nosotros otra cosa mas que salvar nuestra desgraciada patria? Entonces yo me consagro al silencio y me limito á los trabajos de los comités: otra razon me hace guardar el silencio, en el choque de las pasiones personales, ¿quién puede responder que será siempre dueño de las pasiones de su alma? Tarde ó temprano se paga tributo á la debilidad humana, y nosotros debemos cuenta á la república de todos nuestros estravios. Pues bien ¿qué hacen esos eternos difamadores? Redoblan su furor para calumniar en la Convención, en los ejércitos y en todos los puestos importantes á los hombres que han sido útiles á la república. Acusan á todos de intrigas, para que de ese modo la atencion general se separe de los complots que ellos mismos fraguan; el que

no aplaude los asesinatos, para ellos es un aristócrata, el que los aplaude es virtuoso. Nos apremian para que pronunciemos por aclamacion sobre la suerte de Luis XVI, sin formulas, sin pruebas y sin juicio: hacen circular infames libelos contra la Convencion y ridiculos panegiricos del duque de Orleans. Escitan en las secciones nuevas insurrecciones como la del 10 de agosto y preconizan leyes agrarias. Los matadores del 2 de setiembre, asociados con sacerdotes que se dicen patriotas, meditan y propagan listas de proscripcion: hablan claramente de buscarse un gefe y un dueño á la república. El celo de semejantes hombres para pedir la muerte de Luis XVI, me parece, lo confieso, muy sospechoso: quieren con la precipitacion de un juicio, que se pareciera á sus violencias, hacernos legalizar los asesinatos de la Abadía.

«Raras veces os escribo, perdonadme. Con frecuencia mi cabeza está llena de penosas ideas y mi corazon de dolorosos sentimientos: apenas me queda muchas veces bastante fuerza moral para cumplir con mi deber. Vuestro juicio es mi consuelo: libre, ya lo sabéis, de toda clase de ambicion; no teniendo pretensiones de riqueza ni de fama, solo me ocupa un deseo, que es el de poder un dia gozar con vosotros en el retiro del triunfo de la patria y de la libertad.»

Esta carta respiraba la gravedad, la tristeza y el desinterés de los pensamientos de Vergmiand. Boyer-Fonfrede y Ducós, sus dos jóvenes amigos dilataban sus almas en confidencias semejantes que tenían con sus amigos de Burdeos. «El departamento de la Gironda, escribia entonces Ducós, debe mucho al celo y á la actividad de este excelente jóven (Fonfrede, su cuñado y amigo). Si

continúa, como espero, marchando con paso firme por el mismo camino, toda la república le deberá grandes obligaciones. — Por qué, amigo mío, me llamas silencioso? Si tu reconveccion es porque me separo de la tribuna, te responderé, que cuando se tiene poco respeto por su propia razon y mucho amor á la causa pública, se quiere mas trabajar, hablar y servir, que presentarse. He tratado de prestar algunos servicios, nunca de obtener aclamaciones; he satisfecho poco mi amor propio; pero he contentado algunas veces mi conciencia. Además mi salud, débil siempre desde el mes de setiembre, no me ha dejado el uso de mis facultades, no diré oratorias, sino discurtidoras; y tú sabes que los pulmones de Duchesne son mas poderosos en una Asamblea, que la misma razon con una voz chillona y aguda.»

XXI.

Foufrefe escribía por aquel entonces á su padre: «Estamos rodeados de traidores y sitiados por intrigas. Siéyes, Brissot y Condorcet, nuestros amigos, son las únicas cabezas de Francia capaces de darnos una buena Constitución; conocéis el talento, el patriotismo y la probidad de Vergniaud, yo le veo de cerca, y os aseguro que es la gloria de la Convención; es tan inaccesible á toda seducción, como á todo temor: solo le conozco un defecto, que es un poco de apatía en el carácter, y alguna propension á desanimarse. Guadet, hombre de gran talento y de un sublime valor, se immortalizó el 10 de agosto; su vida responde bien á las calumnias que le han proligado; Grangeneuve es el patriotismo en persona: su cabeza se enciende demasiado pronto; pero alumbra ardiendo: Gensonné es un hombre que tiene recursos, dis-

cute bien, tuvo algun tiempo la pasion de gobernar; pero esta pasion se ha estinguido en él.»

Brissot, por último, aliado por sus jóvenes amigos entre los patriotas del Mediodía, se quejaba á ellos en estos renglones hallados entre los papeles de la Gironda. «Los enenigos de la libertad me llenan de amargura: sostengo día y noche un penoso combate contra los hombres que han jurado la pérdida de la república: nuestras convulsiones no han llegado á su término; la faccion de la anarquia toma consistencia, y ahora nos será difícil vencerla. Lo he dicho desde el origen de esta Convencion; es la tercera revolucion que tenemos que hacer, la revolucion de la anarquia. Amigos míos, perseverad: conocisteis que solo el orden y la ley pueden garantir la libertad. En medio de las tormentas que nos rodean aqui, y que agitan la ciudad en que os escribo, es un dulce consuelo para mí contemplar la tranquilidad de que gozais. Es la apologia mas elocuente del sistema de república, que deshonran las disensiones y el despotismo de Paris.»

XXII.

Vergniaud, Ducós, Foufrefe, Grangeneuve, Condorcet y Siéyes, hablaban todas las noches de la situacion de la república, en casa de una muger notable por su talento y por su republicanismo, á quien los diputados de la Gironda habian sido recomendados por su banquero de Bardeos. Casada con un hombre rico, habitaba el barrio de la Chaussée d'Antin, no lejos de la casa en que Mirabeau habia muerto, despues de haber intentado, como los girondinos, moderar y constituir la revolucion; pero el metal en fusion no toma las formas sino al irse enfriando, y la revolucion aun hervia. Parecia que aquellos hombres ignoraban que les quedaban demasiados

esfuerzos que hacer fuera, para que la sobrescitacion de sus fuerzas no prolongase sus convulsiones. En aquella reunion Condorcet era sentencioso; Vergniaud elocuente, con aquella elocuencia tranquila y filosófica que cae de lo alto sobre las tempestades, como si la palabra pudiese calmarlas juzgandolas; Fonfrede y Ducós, ardientes, temerarios y graciosos, como la inesperienza y la juventud; Sieyes profundo, conciso, luminoso, nutrido de lo mejor de los historiadores antiguos, lanzando del fondo de su taciturnidad habitual rayos de prevision que iluminaban el porvenir. «Hombre de una intuicion soberana, cuando Sieyes hablaba, nos dice la muger que presidia aquellas conversaciones, me parecia que una inteligencia superior se levantaba en mi alma, y me hacia comprender lo que me parecia incomprendible antes que él hubiese hablado.» Los girondinos escuchaban á Sieyes con respeto: el prestigio de la Asamblea constituyente y de la amistad de Mirabeau le rodeaba á sus ojos: le aconsejaba las mas varoniles empresas; inflexible como un principio, no contaba por nada las dificultades del dia, los obstáculos ni los peligros que sus planes suscitarian. Abstraído como un oráculo, promulgaba sus axiomas, y desdenaba discutirlos: purificar los comités legislativos y de la Convencion, espulsar los demagogos, anonadar á Robespierre, seducir ó abatir á Danton, reprimir á la municipalidad, concentrar veinte mil hombres, escogidos en los departamentos para rodear la Convencion y sujetar al pueblo, arriesgar un dia contra los arrabales, apoderarse de la casa de la ciudad, aquella bastilla del despotismo popular, concentrar el poder en un directorio republicano, lanzar á Dumouriez en Bélgica, y á Custine en Alemania; hacer temblar todos los tronos, todas las teocracias y todas las aristocracias del continente por su existencia; negociar secretamente con la Prusia y la Inglaterra; salvar á Luis XVI y su familia, guardarlos en rehenes hasta la paz, y condenarlos des-

pues á un ostracismo eterno; tales eran los planes con que Sieyes adulaba é inflamaba á los girondinos.

Tras estos planes republicanos y en la sombra de sus últimos pensamientos ó de sus reticencias, se ocultaba quizá un trono constitucional y el advenimiento de una dinastia revolucionaria; pero estaba muy lejos de dejarlo entreveer á los girondinos. Sieyes, que habia sido el alma de la Asamblea constituyente de la que Mirabeau era la palabra, esperaba volver á tomar su ascendiente sobre las opiniones y sobre los negocios por medio de Vergniaud.

«Este Sieyes es el topo de la revolucion, decia Robespierre incomodado; el abate Sieyes no se presenta; pero no cesa de trabajar en los subterráneos de la Asamblea; todo lo dirige y todo lo embrolla, levanta la tierra y desaparece; crea las facciones, las pone en movimiento, las impulsa unas contra otras y él se conserva separado para aprovecharse despues, si le son favorables las circunstancias.

Condorcet, Brissot y Vergniaud no tenian preocupaciones contra la monarquia, y el disgusto que causaban las convulsiones populares principiaba á inclinar sus amigos, hacia la concentracion de la autoridad publica. Pero solo el nombre de trono era una injusticia en los oídos de los hombres del 10 de agosto, y el odio fanático á los reyes era casi toda la politica de los jóvenes diputados de la Gironda. Para ellos el grito de la necesidad, era la república ó la muerte.

XXIII.

Fonfrede, hijo de un negociante de Burdeos y él negociante tambien, tenia solo veinte y siete años. Habia pasado su juventud en Holanda, donde habia respirado la

antigua tradición republicana de aquellas provincias unidas, donde la riqueza y la libertad han nacido la una de la otra. Fonfrede, después de volver á Francia, se había casado con una joven hermana de Ducós, servía de nudo á aquellos dos amigos y á aquellos dos hermanos; vivían, amaban y pensaban juntos: ricos y establecidos en París, daban hospitalidad á Vergniaud. Su entusiasmo revolucionario les llevaba mucho mas lejos que á él: Vergniaud permitía á su republicanismo las lágrimas por la suerte de los reyes y de los emigrados. Fonfrede y Ducós tenían la exaltación de jóvenes jacobinos.

Los otros girondinos, Petion, Buzot, Louvet, Salles, Lassource, Reberqui, Lanthenas, Lanjuinais, Valazé, Durand de Maillane, Feraud, Valady, el abate Fauchet, Kervelegan, y Gorsas, se reunían mas habitualmente en casa de madama Roland. No tan ardientes como Fonfrede, Ducós y Grangeneuve, menos prudentes que Vergniaud, arreglaban sus actos por el interés de su partido, mas que por la emoción de su alma. Triunfar de los jacobinos disputándoles á todo precio la popularidad; quitar á Danton y á Robespierre los pretextos de que se valían para acusar á los moderados de realismo; ahogar á Marat en la sangre de seliembre removida sin cesar para sublevar la indignación de la Convención; crear y guardar en su poder una fuerza armada y un poder ejecutivo; introducir en masa á sus amigos en los comités, y unir la mayoría á sus intereses, por hilos que la mano de Roland haría mover, era todo su plan. Sin duda que los intereses de la patria entraban mucho en sus pensamientos; pero confundían fácilmente la ambición de su partido con el interés de la república; tal es el peligro de las reuniones de este género, republicanas ó parlamentarias; el de cambiar en el alma de los mejores ciudadanos el patriotismo en facción, y el de reducir el imperio á las proporciones de una opinión. Por el contrario, una parte del poder de Robespierre consistía, en que se comunicaba sin

cesar con la multitud en la sala de los Jacobinos, mientras que los girondinos se encerraban en su propia atmósfera. La única ventaja de las reuniones en casa de Roland, era la de disciplinar al partido girondino, imprimir el mismo espíritu á sus periódicos, y dirigir con una mano invisible los sufragios de la Convención sobre los nombres de sus amigos para los comités. Con esta táctica gobernaban los comités por los jacobinos; pero Robespierre gobernaba el espíritu público; ambos lados conocían que la victoria quedaría al partido mas popular, por consiguiente era la popularidad lo que se disputaba. Ambos partidos la baseaban por todas partes.

XXIV.

Los jacobinos, en este momento creían encontrarla en el Temple. Aquel de los dos partidos, segun ellos, que declarase por sus actos el odio mas irreconciliable al trono, y que sirviese mejor al resentimiento y á la venganza de la nacion entregándole la cabeza del rey, adquiriria un título tal á la confianza y daría una prenda tal á la república, que la nacion y la república se le entregarian. El precio de la cabeza de Luis XVI era la dictura; la ambición no regatea y el miedo aun menos. Luego aquel de los dos partidos que rehusase dar esta prenda á la república, descubriría con solo este hecho su inclinacion á la superstición por el trono, y esta duda se reputaria como complicidad. Confesar compasión por un rey, era lo mismo que declararse hostil á la república, y la patria no quería ni eneárgicos ni amigos dudosos: rehusarla su venganza era desconocerla; por consiguiente la rivalidad de los partidos se cifraba en una cabeza, debiendo quedar el imperio al mas implacable. Los dos partidos iban á luchar delante de la república, para ver quien la

sacrificaría mas pronto y mas completamente su mayor víctima; siniestra reunion de circunstancias en que el ideal humano está, por decirlo así, fuera de su lugar, y en que el terror y el resentimiento trastornan de tal modo el alma de un pueblo, que en vez de cifrar su fuerza en la generosidad, la pasión pública ve su cólera y su seguridad en la inmolacion.

XXV.

Ningun odio personal tenia Robespierre contra el rey; aun conservaba alguna esperanza en las virtudes de aquel príncipe, cuando su advenimiento al trono prometia un reinado á la filosofía, y Danton hubiera deseado salvar á Luis XVI. Las misteriosas relaciones de este hombre con la reina y con madama Isabel; las promesas que las habia hecho de velar por sus días en medio de sus enemigos, la piedad por aquel príncipe, cuyo único crimen era haber nacido en una época de revolucion, con escaso genio para comprenderla, demasiado clemente para combatirla y demasiado débil para dirigirla: la ternura por sus hijos, que hallaban al nacer un crimen en su nombre y una prision en su cuna; y el secreto orgullo de salvar una familia coronada: el pensamiento político de guardar aquellos grandes rehenes, y de hacer de su vida y de su libertad un objeto de negociacion con las potencias estrangeras, todo inclinaba á Danton á ser moderado, y no lo ocultaba á sus amigos intimos. — «Las naciones se salvan, pero no se vengan; dijo un dia á un grupo de franciscanos que le criticaban porque no insistia sobre el proceso de Luis XVI: yo soy revolucionario, pero no una bestia feroz; no deseo la sangre de los reyes vencidos, dirigios á Marat:» y hasta para Marat era indiferente el juicio de Luis XVI. No pedia

en sus periódicos se juzgase al rey sino para arrojar un guante mas á los girondinos, y para mostrarse mas político que Robespierre y mas implacable que Danton.

Ya en este estado era imposible á los girondinos eludir la cuestion. Proponer á la Convencion la amnistia pura y sencilla de Luis XVI, era presentarse á los ojos del pueblo irritado, como traidores que solo perdonan al tirano para restituirle bien pronto la tiranía. Su partido se dividia en dos opiniones sobre esta cuestion. Vergniaud, Roland, Lanjuinais, Brissot, Sieyes, Condorcet, Pelion y Fauchet, tenian una repugnancia invencible á levantar el cadalso de un rey, á la entrada de la república. La equidad, la justicia, las fórmulas del juicio, la magnanimidad, y la generosidad protestaban en su corazón: no desconocian, como hombres ya experimentados en las exigencias de las revoluciones, que esta concesion de la sangre de Luis XVI no haria mas que traer tras sí la necesidad de otras, y que una república nacida en el combate del 10 de agosto, inaugurada con la sangre de setiembre, y sancionada á sangre fria con un suplicio, no prometia mas que el terror en la nacion y solo imprimiria la repulsion fuera. Se inclinaban á disputar á la nacion el derecho de juzgar al rey, reconociéndola al mismo tiempo el de vencerle y ponerle preso. A sus ojos habia en Luis XVI un vencido, pero no un acusado; en el pueblo un vencedor, mas no un juez, y en el suplicio una venganza, mas no una necesidad.

XXVI.

La otra opinion, aunque participando del horror de la sangre, y confesando la inutilidad de aquella muerte despues del combate, miraba á Luis XVI como un criminal de lesa nacion, á quien ésta tenia el derecho de cas-

figar para venganza del pueblo y para ejemplo de los reyes. Foufrade, Ducos, Valazá y algunos otros espíritus rígidos, á quienes fascinaba el ejemplo de los tiranos antiguos inmolados para cimentar la libertad de los pueblos, y á quienes el espectáculo de las vicisitudes humanas y el enternecimiento por las víctimas aun no había conmovido, opinaban en este sentido. Luis XVI va á dejar su cabeza sobre el cadalso; escribia en este tiempo Foufrade á sus hermanos de Burdeos. Este acontecimiento, muy sencillo en sí mismo, mirado por cada uno de nosotros bajo diferentes aspectos, es esperado tambien de diverso modo por cada uno. Un resto de supersticion mezclado á yo no sé que inquietud sobre el porvenir, hace que le teman algunas almas escrupulosas, pero el mayor número lo desea y la libertad y la igualdad lo mandan tanto como la justicia universal. El sacrificio es grande. ¡Condenar un hombre á la muerte! mi corazón se conmueve y gime; pero el deber habla y hago callar á mi corazón. La pena es justa, muy justa; no quiero más garantía de ello que la seguridad de mi conciencia; algunos miembros de la Asamblea creen que seria útil se sobreeseyese hasta la paz; esto seria una medida á medias, y no valdria nada; nos perdemos si nos asustamos de nuestro valor. En el momento en que los potentados de Europa se ligan contra nosotros, les ofreceremos el espectáculo de un rey ajusticiado.

Nosotros queremos dirigir la revolucion de miedo que nos envuelva, añadian los girondinos de este partido, y para dirigir una revolucion es necesario estar á la cabeza de la pasion que la impulsa; esta es la de la libertad; la libertad quiere vengarse y defenderse, y el pueblo no estará seguro de ser libre sino cuando ha ya pasado sobre el cadáver de un rey; la víctima es culpable, no hay ningún crimen en inmolarla. Los jacobinos, los franciscanos, la municipalidad, el partido patriota de la Convencion, los clubs, los periódicos y las peticiones de

los departamentos, nos mandan juzguemos al enemigo de la nacion. Si resistimos á esta voz del pueblo, nos desconocera y se entregará en masa á Robespierre, Danton y Marat, y nuestra compasion será nuestro crimen: el cadalso del rey será el trono de su fision, y nosotros pereceremos sin salvar la cabeza de Luis XVI; dejaremos el imperio á los malvados, y nuestro fatal escrupulo habrá perdido la revolucion; guardemos nuestra sensibilidad para nuestras mugeres y nuestros hijos en la vida privada, llevando solo á los negocios públicos la inflexibilidad de los hombres de Estado: algunas veces se salvaron los imperios con una gota de sangre; jamás con las lágrimas.

XXVII.

Se prolongaron mucho tiempo estas dudas entre las dos facciones de la Gironda, cuya unidad amenazaban romper; pero Sieyes las concilió. Hombre sin odio y sin amor, solo miraba los negocios con la razon, repugnándole tanto como á Vergniaud se juzgase á un rey á quien ya la victoria habia juzgado, y no reconocia en la Convencion ni el derecho ni la imparcialidad necesaria para un juicio. Solo veia en inmolár á Luis XVI uno de esos actos de cólera nacional que mas tarde hacen avergonzarse á los pueblos que los miran á sangre fria, y que salpican con manchas de sangre la cuna de su libertad. Sieyes esperaba que la reflexion y la justicia conducirian durante el tiempo de un largo proceso el sentimiento público á la opinion del ostracismo, unico juicio y suplicio de los poderes caidos; pero Sieyes, que tenia la sangre fria de la inteligencia, no tenia la intrepidez del alma. La política y la timidez le impelían tomar partidos absolutos, y se reservaba siempre la posibilidad de transigir con el miedo, y de sufrir la necesidad de las cir-

cunstancias: sus opiniones eran mas bien avisos que resoluciones; aconsejó, pues, á los girondinos, sus amigos, que prorogasen la dificultad con términos medios que dejasen á cada uno su libertad de opinion sobre el juicio del rey, y que volviessen á enviar al pueblo el fallo definitivo y en última apelacion. De este modo los girondinos conservarían el crédito necesario para su influencia en la Convencion; hablarían y votarían individualmente cada uno segun la exaltacion de su patriotismo ó la magnanimidad de su moderacion, sin que la opinion de ninguno de los miembros del partido pudiese caracterizar la opinion del partido mismo. Las opiniones en el juicio serían individuales; pero una vez dado el fallo, todos estarían de acuerdo en pedir que este fallo fuese revisado por el pueblo soberano, y de este modo pondrían á cubierto su responsabilidad. Esto fué lo que se llamó apelacion al pueblo. El juicio fué resuelto con la reserva de esta medida, que tranquilizaba la conciencia de los unos, ponía al abrigo la popularidad de los otros, y concedía á las circunstancias, no la cabeza, sino el ejercicio del rey. Concedido el proceso por el imperio de un resentimiento nacional, que tres meses no habian podido calmar, y bajo la amenaza de los ejércitos estrangeros, que impulsaba al pueblo á medidas desesperadas, era fácil preveer que ningun partido podría salvar la victima.

XXVIII.

Ni Robespierre, ni Danton, ni Marat, ni los girondinos tenían sed de la sangre de Luis XVI, ni creían en la utilidad política de su suplicio; aisladamente, cada uno de estos hombres y cada uno de estos partidos hubiese libertado al rey; pero cara á cara y luchando para ver cuál era mas patriota y mas republicano entre ellos, es-

los partidos y estos hombres levantaban el guante que se arrojaban mutuamente. Todos hubieran preferido no hubiese tenido lugar tal reto; pero una vez hecho, el que retrocediese era perdido, y dejaba, no solo su popularidad, sino su vida en manos del otro; iban á herirse ó defenderse á través del cuerpo del rey. No era ninguna faccion, ninguna opinion, ningun hombre quien inmolaba al rey, sino el antagonismo de todas estas opiniones y de todas estas facciones; su proceso venia á ser el campo de batalla de los partidos; su cabeza no era el despojo, sino el signo aparente y cruel del patriotismo; ninguno quería dejar este signo á sus adversarios, y en esta lucha el rey debía caer bajo las manos de todos.

Una vez adoptado este partido, los girondinos, y Roland sobre todo, quisieron apresurarse á quitar este pretexto de turbulencia y division en la república. Dueños del comité de legislacion, hicieron que se encargase primero á Valaze, y despues á Mailhé el relato en la Convencion de los *crímenes* y despues el juicio del rey. Querían quitar á Robespierre la iniciativa de la acusacion é imprimir un carácter judicial al proceso del rey, para que la lentitud y la solemnidad de las fórmulas diesen tiempo á la sangre fría y la justicia y al cambio de la opinion en favor de la clemencia.

Hizo Velazé esta primera relacion, largo catálogo de los *crímenes* de Luis XVI, Danton se levantó despues de la lectura de esta relacion, y pidió su impresion y el estudio profundo de todos los autos y de todas las opiniones que tuviesen conexión con aquella grande causa. La oculta intencion de eludir la discusion con los trámites de la instruccion, se manifestaba á las claras en las palabras de Danton. «En semejante materia, decia, es necesario no ahorrar los gastos de impresion. Toda opinion que pareciese sensata, aun solo contuviese una buena idea, debe publicarse. La disertacion del relator sobre la inviolabilidad no está completa, y habrá muchas ideas

que añadir á ella; fácil será probar que los pueblos también son inviolables, que no hay contrato sin reciprocidad, y que es evidente que el ex-rey ha querido violar, vender y perder la nación francesa y justicia eterna.

Petion y Barbaroux hicieron igualmente proposiciones contemporizadoras, al mismo tiempo que cubrían como Danton, su secreta humanidad, con imprecaciones contra la conducta del rey.

XXIX.

La impaciencia real ó fingida con respecto al juicio de Luis XVI, agitaba igualmente las secciones, los periódicos, los jacobinos y los franciscanos, oradores errantes, levantaban tribunas portátiles en medio de los jardines públicos, é irritaban á la multitud para que pidiesen venganza y sangre. El pueblo, dejando su trabajo antes de concluirse el día, discurría siguiendo la voz de aquellos agitadores y la inspiración de sus anuncios, desde la puerta de la Convención á la de los Jacobinos y Franciscanos, tomando cada vez mas partido por Robespierre, y pidiendo á grandes gritos la prueba de los traidores en el juicio del rey. La municipalidad daba pábulo á estas agitaciones, y por santo á las secciones, la traición de Roland y de la Gironda. La insurrección permanente estaba suspendida sobre la Convención.

Ya el rumor público acusaba á los Girondinos de tener hambriento á París, negándose á establecer el *maximum* del precio de las subsistencias en beneficio del pueblo, ya de desorganizar los ejércitos, y de amortiguar el entusiasmo patriótico en la nación, en la Saboya, en el condado de Niza, en la Bélgica y en la Alemania, ya en fin, de transigir con los realistas, y de perdonar

perdonando al rey, la víctima del pueblo y el holocausto de la patria. Marat arrojaba todos los días sobre aquellos gérmenes de odio, la centella de su palabra. Sus periódicos estallaban todas las mañanas, como aquellos gritos de insurrección que salen por intervalos de una multitud amotinada, eran el eco creciente y multiplicado del furor de la nación. Danton al mismo tiempo que se mantenía sobre la reserva, en silencio y un poco separado de ambos partidos, conservaba cierto ascendiente con los franciscanos, é inteligencias cimentadas en una terrible complicidad con los gefes del ayuntamiento. Robespierre, gloriándose de ser el solo una facción, se conservaba inmóvil en sus principios y en su desinterés y sin aspirar á nada en apariencia, esperaba que todo viniese á parar á él. Todos los días, en efecto, después de la prematura acusación de Louvet, algunos miembros indecisos de la Convención se separaban del partido de Roland y de Brissot, y venían á afiliarse con el hombre de los principios, éstos por miedo, aquellos por estimación, y el mayor número por aquel poder de traición que ejercen, independientemente de su carácter y de sus talentos personales, los hombres que comprenden mejor los dogmas de una revolución, que se unen á ella con mas fe, y que los profesan con mas perseverancia é intrepidez, á través de todas las circunstancias, de todas las fortunas y de todos los partidos. Así, de un lado Marat, Danton y Robespierre, los jacobinos, los franciscanos y el pueblo de París; del otro, Roland, Petion, Brissot, Vergniaud, los diputados girondinos, los federados de los departamentos, los marseleses de Barbaroux, y la clase media de París, se formaban en dos facciones que iban á despedazarse disputándose la república. Tal era el aspecto de la Convención.

Peró no era solo la ambicion de gobernar la republica, lo que creaba estas dos grandes facciones. Estas divisiones tenían su origen en la diferencia de los dogmas revolucionarios que profesaba cada uno de los dos partidos, y en la diferente política, que esta diversidad de dogmas inspiraba á sus gefes. Los girondinos solo eran democratas de circunstancias; Robespierre y los montañeses eran democratas por principios. Los primeros no aspiraban, como la asamblea constituyente y Mirabeau, mas que á derribar las antiguas aristocracias de la iglesia, de la nobleza y de la corte, para reemplazarlas con las aristocracias mas modernas de la inteligencia, de las letras y de la fortuna. El trastorno social provocado por los girondinos, se detenía en las primeras clases de la sociedad, suprimiendo un trono, una iglesia y una nobleza en la cumbre del Estado, querian conservar todo lo demas. Satisfecho su genio y su orgullo, pretendian detener la revolucion, colocar el limite de la democracia detras de ellos, y dejar subsistir mas abajo todas las desigualdades y todas las injusticias, sobre las que ellos solos se habrian elevado por el movimiento que les habrian dado.

No ocultaban su predileccion hácia la forma de gobierno inglés ó por instituciones senatoriales, que constituirian, si no la magestad del hombre, al menos la supremacia de una clase. Los mas avanzados de estos hombres dejaban ver sus tendencias americanas y federativas, que dividiendo la republica en grupos distintos é independientes, permitiesen á las influencias y á las familias de las provincias, llegar á ser oligarquias de departamento.

Sin descender hasta la turbulenta demagogia de

Marat, la política de Robespierre abrazaba en sus planes de emancipacion y de organizacion á todo el pueblo. Todos los hombres ciudadanos, todos los ciudadanos soberanos y ejerciendo segun las formas determinadas por la Constitucion, su parte igual de soberania; perfectas la justicia y la igualdad, fundadas en los derechos de la naturaleza, y distribuyendo por partes iguales, entre todas las condiciones y todos los individuos los beneficios y las cargas de la asociacion comun; los frutos hereditarios del trabajo conservados en la propiedad, base de la familia; pero la ley de sucesiones y la equidad del Estado imponiendo sin cesar al rico las cargas mas pesadas, aliviando al pobre con los socorros mas abundantes sin cesar y tendiendo de este modo continuamente á nivelar las fortunas á ejemplo de los derechos y de las castas niveladas: una religion civica que encerrase en su simbolo, y espresase en su culto sencillo los dogmas racionales, las fórmulas morales, y las aspiraciones piadosas, que hacen creer, esperar y obrar á la humanidad: en tres palabras, un pueblo, un magistrado, y un Dios; la ley divina espresada y practicada, cuanto fuese posible en la ley social: he aqui el ideal de la política de Robespierre.

Era, como lo hemos dicho, la política de J. J. Rousseau; y remontándose mas se encuentra el germen en el cristianismo; ideal divino, al que se faltó mil veces por la imperfeccion de los instrumentos y de las instituciones; que intentaron realizarle; ahogado mil veces en la sangre de los mártires de la perfeccion social; pero que sin embargo, atraviesa todas las decepciones, todas las tiranias, todas las épocas, todos los sueños, y que la humanidad vuelve continuamente á ver brillar delante de ella, si no como un puerto, á lo menos como un fin.

Una política tal debia fascinar al pueblo: esta doctrina tenía cómplices en todas las injusticias, en todas las desigualdades, en todos los sufrimientos de las cla-

ses desheredadas de la fortuna y del poder, y en todas las esperanzas generales de los hombres. Esta doble complicidad de todo lo que sufre de presente y de todo lo que aspiraba al porvenir, era la fuerza de Robespierre. El pueblo en los girondinos solo veía ambiciosos, y en Robespierre un libertador.

XXXI.

Pero los miembros de la municipalidad y de los franciscanos, tenían otro motivo para aborrecer y derribar á los girondinos: dueños de Paris desde el 10 de agosto, no querían ceder el mando á la Convención; el instinto de la revolución les decía que era necesario dar una dictadura á la Francia, manejar á todos sus resortes á la vez y comunicar á los departamentos, miembros lejanos y frios de la república, este calor y fiebre que se concentra siempre en ciertos momentos, en la cabeza de las naciones. Paris solo, centro y foco de las ideas revolucionarias desde hacia medio siglo, tenía bastante ardor, pasión, fanatismo y autoridad sobre el resto de la república, para hacerse imitar ú obedecer, y para ejercer sobre los diputados indecisos ó dispersos de los departamentos, una presión de voluntad, de terror y algunas veces de insurrección, que hiciese de ellos, á su pesar, los instrumentos de la desesperada energía de los principios. Los franciscanos, la municipalidad y Danton, acordes en esto con ellos, despreciaban en los girondinos aquella moderación de espíritu y escrúpulos de legalidad, propios, según ellos, para enervarlo todo en un momento en que todo debía estar tirante y violento como las circunstancias. Aborrecía, sobre todo, en aquellos hombres de provincia, este espíritu de aislamiento y este esfuerzo del centro á las estremidades que tendían á poner cada departamento

al nivel de Paris, y á no dejar á la capital ni mas derechos ni mas acción, que al último pueblo del Norte ó del Mediodía. —¿Qué nos importan vuestras leyes y vuestras teorías, decía brutalmente Danton á Gensonné, cuando la única ley es triunfar, cuando la única teoría para la nación es la de vivir? Salvémonos primero y discutiremos despues; la Francia en este momento no está en Lila, ni en Marsella, ni en Lyon, ni en Burdeos, está toda donde se piensa, donde se obra y donde se combate por ella. No hay departamentos, intereses separados, ni geografía; no hay mas que un pueblo, ni debe de haber mas que una república. ¿Es en Lyon donde se ha tomado la Bastilla? ¿Es en Marsella donde se ha hecho el 20 de junio? ¿Es en Burdeos donde se hizo el 10 de agosto? En todas partes donde hay necesidad de salvarla, allí está la Francia, allí está la nación, una, entera, indivisible. ¿Qué habláis de la tiranía de Paris? Es la tiranía que ejerce la cabeza sobre los miembros, es decir, es la tiranía de la vida sobre la muerte. Sois hombres de desmembración, nos acusáis de sujetar los departamentos y nosotros os acusamos de decapitar la república. ¿Cuál de nosotros es mas culpable? Quereis hacer pedazos la libertad para que sea débil y vulnerable en todos los miembros: nosotros queremos declarar la libertad indivisible como la nación, para que sea inatacable en su cabeza. ¿Cuál de nosotros es mas hombre de Estado? Sin duda lo era Danton.

gunos seres espítorios, algunas familias, algunas almas, en quienes se personifica la desgracia común, y en quienes por un deplorable privilegio del infortunio, los odios de las dos causas encarnizadas, los golpes que se dirigen, los terrores ó furios que se envían una á otra, las facciones que las desgarran, las calamidades, la sangre, y las lágrimas de todo un imperio, vienen, por decirlo así, á concentrarse, estallar, desgarrarse, llorar, verter sangre, sufrir y morir en un solo corazón! Es el punto en que las revoluciones más necesarias y las más santas se convierten en angustias, en tormentos y en suplicios para las víctimas que personifican las instituciones inmoladas. Entonces es también cuando la opinión emudece, cuando la teoría deja de ser implacable, y cuando la historia misma, olvidando un momento su parcialidad por la causa de los pueblos, no tiene otra causa, otra gloria ni otro deber más que la piedad; porque la historia también, intérprete del corazón humano, tiene lágrimas; pero estas lágrimas la enternecen, y no la ciegan.

III.

Hemos dejado á Luis XVI en el umbral del Temple, donde le había conducido Petion, sin que el rey pudiese saber todavía, si entraba allí como suspenso del trono ó como prisionero. Esta incertidumbre duró algunos días.

El Temple era una antigua y sombría fortaleza edificada por el orden monástico de los templarios, en tiempo en que estas teocracias sacerdotales y militares, uniendo la revolución contra los príncipes, á la tiranía contra los pueblos, se construían castillos para monasterios, y marchaban al dominio con la doble fuerza de la cruz y de la espada. Después de su caída, su fortificada

LIBRO TREINTA Y DOS.

Luis XVI y la familia real en el Temple.—Descripción del Temple.—Maoel.—Tison y su mujer.—El zapatero Simon y su ayudante Rocher.—El rey separado de su familia.—Clery.—Foulan.

I.

En tanto que la república, al nacer, despedazada en lo interior por las facciones y amenazada en lo exterior por la coalición de los tronos, enviaba sus batallones á todas las fronteras, se agitaba en París, no sabiendo contra quien dirigir su furor; pedía á grandes gritos una cabeza, como para sacrificarla al genio irritado del pueblo: el rey y su familia encerrados en el Temple, oían confusamente desde el fondo de su prisión, el rumor de estas convulsiones. De día en día se acercaban más y los amenazaban de más cerca.

II.

En estos grandes choques de ideas y de acontecimientos que producen las revoluciones, hay siempre al-

mansion habia quedado en pie como un resto de otro tiempo descuidado por el nuevo. El castillo del Temple estaba situado cerca del arrabal de San Antonio, no lejos de la Bastilla, y comprendia con las casas anejas á él, su palacio, sus torres y sus jardines, un vasto espacio de soledad y de silencio en el centro de un barrio bullicioso de Paris. Los edificios eran el Priorato ó palacio de la orden, cuyas habitaciones servian de hospederia pasagera al conde de Artois, cuando este principe venia de Versalles á Paris. Este palacio arruinado tenia habitaciones amuebladas á la antigua, con camas y ropa para el principe y su comitiva; solo vivian en él un portero y su familia. Habia un jardín que le rodeaba, inculto y vacío como el palacio; á algunos pasos de aquella residencia se elevaba el torreón ó castillo del Temple, fortificado en otro tiempo. Su masa tosca y negra se levantaba formando un solo cuerpo desde el suelo hacia el cielo; dos torres cuadradas, la una mas grande y la otra mas pequeña unidas la una á la otra, como un manojo de paredes, teniendo cada una en sus flancos otras torrecillas aisladas y que en lo antiguo habian estado coronadas de almenas, formaban el grupo principal de aquella construccion. Habia arimados á él algunos edificios bajos y mas modernos, que desapareciendo con su sombra servian solo para hacer que su altura se notase mas. Este torreón y aquella torre estaban, contruidos con anchas piedras de silleria labradas en Paris, cuyas escoriaciones y grietas jaspeaban las murallas de manchas amarillentas y lividas sobre el fondo negro, como las que imprimen la lluvia y el humo á los monumentos del Norte de la Francia.

La torre principal, casi tan elevada como las torres de una catedral, no tenia menos de sesenta pies desde la base al remate, encerrando entre sus cuatro muros un espacio de treinta pies cuadrados. Un enorme pilar de piedra ocupaba el centro de la torre, y subia hasta la agu-

ja del edificio. Este pilar ensanchándose y ramificándose en todos los pisos, iba á apoyar sus arcos en los muros exteriores, y formaba cuatro bóvedas sucesivas, que sostenian otras tantas salas de armas. Cada una de estas salas comunicaba á unos gabinetitos mas estrechos abiertos en las torrecillas: los muros del edificio, tenian nueve pies de espesor; los huecos de las pocas ventanas que le daban luz, muy anchas en la sala, iban en disminucion hasta el marco de piedra, dejando solo penetrar en el interior un poco de aire y una luz lejana, y haciendo aun mas sombrías estas habitaciones, gruesas rejas de hierro. Dos puertas forradas la una con madera de encina muy gruesa, y guarnecida de clavos de cabeza ancha en forma de diamante, y la otra con planchas de hierro reforzada con barras del mismo metal, separaban cada sala de la escalera por donde se subia á ellas. Esta escalera en espiral iba hasta la plataforma del edificio.

Para llegar hasta el terrado, era necesario abrir siete postigos sucesivos ó siete puertas sólidas, cerradas con llave y cerrojo, y en cada una de ellas habia un centinela y un llavero. En lo alto del torreón habia una galeria exterior en la que se podian dar diez pasos por cada frente; el menor viento zumbaba allí como un huracan, y el ruido de Paris subia debilitandose. Desde allí podia dirigirse la vista sin hallar obstáculo por encima de los tejados bajos del arrabal de San Antonio, ó de la calle del Temple á la cúpula del panteón á las torres de la catedral, á los tejados de los pabellones de las Tullerías, ó á las verdes colinas de Issy ó de Choisy-le-Roi, que baja con sus caseríos, sus parques y sus praderas hacia la orilla del Sena.

La segunda torre estaba contigua á la principal, y tenia tambien dos torrecillas en cada uno de sus flancos, era igualmente cuadrada y estaba dividida en cuatro pisos; pero entre estos edificios contiguos no existia ninguna comunicacion interior, teniendo cada uno su escalera

separada. Sobre la torre pequeña como sobre el torreón, había un terrado en lugar de techo. El primer piso se componía de una antesala, un comedor y una biblioteca de libros viejos reunidos por los antiguos priores del Temple, ó sirviendo de depósito á los desperdicios de las bibliotecas del conde de Artois. Los pisos segundo, tercero y cuarto, ofrecían á la vista la misma disposición de piezas, las mismas paredes desnudas y los mismos destrozados muebles. Allí el viento silbaba, la lluvia caía á través de los vidrios rotos, y las golondrinas volaban con toda libertad: allí no había ni camas, ni mesas, ni sillones, ni cortinas; una ó dos tarimas para los ayudantes del portero, algunas sillas cayéndose la paja y algunos vasos de barro en una cocina abandonada, formaban todo el ajuar. Dos puertas bajas y de arco cuyas molduras de piedra de sillería imitaban un haz de columnas coronadas con el escudo roto del Temple, daban entrada á los vestíbulos de esas dos torres.

Anchas calles empedradas rodeaban el monumento, separadas entre sí por barreras de tablas; el jardín estaba lleno de una espesa vegetación de yerbas inútiles y de montones de piedras y escombros de demoliciones. Una muralla alta y sombría como las paredes de un claustro entristecía aquel recinto, encerrándole por todas partes. Este muro solo se abría al extremo de una larga calle sin árboles que daba á la antigua calle del Temple. Tales eran el aspecto exterior y la disposición interior de aquella residencia, donde los habitantes de las Tullerías, de Versalles y de Fontainebleau llegaban á la caída de la tarde. Estas desiertas salas no esperaban huéspedes desde que los templarios las habían dejado para ir á la hoguera de Jacobo Molay. Estas torres piramidales, vacías, frías y silenciosas por tantos siglos, parecían menos á una habitación que á los salones de una pirámide en el sepulcro de un Faraon del Occidente.

IV.

Al llegar al Temple, el rey fué puesto por Petión bajo la vigilancia de los municipales y de la guardia de Santerre. El procurador síndico del ayuntamiento, Manuel, hombre susceptible de enternecimientos como de exaltación revelacionaria, acompañó al rey. Se veía en su actitud, que ya la piedad se había apoderado de él, y que su respeto interior por la grandeza caída luchaba en él contra la austeridad oficial de su lenguaje. Su frente baja y lo sonrosado de su cara, descubrían la secreta vergüenza que le causaba encerrar aquel rey, aquella reina, aquellos niños y aquella princesa en una mansión tan diferente del palacio que acababan de dejar. Una cierta duda daba incertidumbre al papel de Santerre, de Manuel y de los municipales encargados de instalar la familia real en el Temple, instalación que parecía á una ejecución; los magistrados del pueblo estaban tan turbados como los cautivos, y los artilleros de las secciones que habían servido de escolta al coche del rey y en quienes los recuerdos del 10 de agosto, la embriaguez del triunfo, los gritos y ademanes del pueblo, durante el tránsito, habían hecho perder toda clase de respeto, querían encerrar al rey en la torre pequeña y al resto de la familia real en el palacio. Petión atrajo estos hombres á la humanidad, y toda la familia fué colocada unida en el palacio. Los porteros la recibieron silenciosos y tristes, é hicieron con un celo apresurado todos los preparativos para una larga permanencia.

No dudaba el rey que esta fuese la residencia que la nación le destinaba hasta el desenlace de su destino. No encontraba allí sin esa especie de alegría interior, que hace encontrar al hombre agitado por el movimiento y fatigado por la incertidumbre una dicha en la inmovili-

dad, sobre el escollo mismo donde se ha destrozado; y si no creía en la seguridad, creía al menos en la paz de aquella mansión; se apresuró a tomar posesión de ella, y a conformar por el pensamiento los hábitos de su vida. Midió con la vista los jardines para los paseos de sus hijos y para el ejercicio diario que su fuerte naturaleza y sus gustos de cazador le imponían á el mismo, como una necesidad. Mandó que le abriesen las habitaciones; examinó la ropa blanca y los muebles; escogió las piezas; señaló la cámara para la reina, la suya, la de los niños, la de su hermana, la de la princesa de Lamballe y la de las personas que su ternura ó su fidelidad les ligaban á él hasta en aquel asilo.

V.

Se sirvió la cena á la familia real, y el conio con una apariencia visible de tranquilidad de ánimo y de serenidad; Manuel y los municipales asistieron en pie. Habiéndose dormido el delfín en las rodillas de su madre, mandó el rey llevarle; se disponían á acostar el niño cuando una orden del ayuntamiento provocada no por Manuel y Petion sino por una denuncia de los artilleros que estaban de guardia, llegó á Manuel, y turbó aquella primera alegría de su cautiverio: era la orden para que evacuasen inmediatamente el palacio, y se encerrase desde la primera noche á la familia real en la torre pequeña del Temple. El rey sintió este golpe quizá mas dolorosamente que había sentido su salida de las Tuilerías; es muy frecuente unirse mas á un despojo del destino, que al destino entero. Todos los preparativos para establecerse fueron interrumpidos; los artilleros y los municipales trasportaron apresuradamente algunos colchones y alguna ropa á las inhabitadas piezas de la torre

donde se establecieron cuerpos de guardia. El rey, la reina, las princesas y los niños reunidos en el salón del palacio, y juntando alrededor todos los objetos necesarios á cada uno, esperaron muchas horas en silencio que su prision estuviese pronta para recibirlos.

A la una de la madrugada vino Manuel á invitarlos á que pasasen á la torre. La noche estaba oscura, los municipales iban delante con linternas, y artilleros con el sable desenvainado formaban filas. Estas débiles luces solo alumbraban un corto espacio delante de ellos, y dejaban todo lo demás en una completa oscuridad; pero las lamparillas colocadas en las ventanas y en las cornisas de la fortaleza del Temple, hacian entrever sus altas agujas y la masa negra de las torres hacia las que se dirigian silenciosamente. El edificio, iluminado así, presentaba perfiles gigantescos y fantásticos, desconocidos al rey y á sus servidores. Habiendo preguntado un ayuda de cámara del rey en voz baja á uno del ayuntamiento, si era allí donde llevaban á su amo, le respondió: «Tu amo estaba acostumbrado á dorados techos, ahora va á ver como se aloja á los asesinos del pueblo.»

VI.

Penetraron en la torre por la puerta estrecha y oblicua de la torrecilla que encerraba la escalera de caracol: en cada piso iba quedando una parte de la familia real y los criados en la habitación que se les había destinado; madama Isabel se estableció en una cocina, donde solo habia una trima en el piso bajo; la reina y sus hijos en el segundo y el rey en el tercero. Una cama de encima sin cortinas y algunas sillas, eran los únicos muebles de aquella pieza. Las paredes no tenían papel; pero habia algunos grabados obscenos, restos del ajuar

de un lacayo del conde de Artois, clavados en los muros. El rey al entrar recorrió con la vista, sin dar la menor señal de repugnancia ó debilidad, la habitación que le destinaban; miró los grabados, los desprendió con sus manos, y dijo volviéndolos hacia la pared: «No quiero dejar semejantes objetos á la vista de mi hijo.» El cuarto de la reina y de los niños ofrecía el mismo abandono.

El rey se acostó y durmió; dos de sus criados, Hué y Chamilly, pasaron la noche sentados junto á su cama; la princesa de Lamballe, al pie del lecho de la reina, las otras mugeres de la servidumbre de la familia real en la cocina sobre colchones extendidos alrededor de la tarima, donde dormía la joven hermana del rey: algunos guardias y municipales hacian centinela de vista en todos aquellos aposentos.

Pasaron la noche en cuchicheos, la reina y las princesas, conteniendo sus lágrimas y presagiando siniestramente sobre la suerte que tal envilecimiento de su rango y de su sexo, anunciaba á los cautivos. Solo los niños tuvieron un sueño tranquilo y prolongado, como si estuviesen bajo los dorados techos de Versalles. Al otro día y los siguientes tuvieron la libertad la reina y las princesas de verse en la habitación del rey y de ir sin obstáculo á los diferentes pisos del interior de la torre. Visitaron todas las piezas, y arreglaron definitivamente el alojamiento de cada una de las personas de la familia, amigas y criados. Estrecharon mas su vida y se plegaron á los hábitos, como un prisionero encadenado se arregla sus hierros para sentir menos su peso. Les llevaron algunos muebles mas, se tendieron algunos tapices sobre la húmeda desnudez de los muros, y se armaron algunas camas. Las de la reina y el rey se tomaron de los viejos muebles del palacio del Temple, eran las de los caballeros del conde de Artois; una sola, la del rey, tenia cortinas de damasco verde rotas y desgarradas, como convenia á tan miserable alojamiento.

Después del desayuno, servido aun con cierto lujo en el comedor del primer piso, pasó el rey á la torrecilla del lado, hojeó con interés los viejos libros latinos amontonados en aquella parte de la torre por los archiveros de la orden de los templarios, volúmenes que yacian después de tanto tiempo sepultados en el polvo. Halló á Horacio, este poeta del placer indolente, olvidado allí como una ironia de aquellas grandezas destruidas, de aquellas juventudes sepultadas y de aquellas bellezas destronadas. Descubrió á Ciceron, aquella gran alma en que la serena filosofía domina las vicisitudes de la política, y en que la política y la adversidad, luchando en un genio digno de contenerlas, se presentan en espectáculo y en lecciones á las almas que tienen que ejercitarse con la fortuna. En fin, desenterró algunos libros religiosos, que su piedad, reviviendo con la desgracia se hizo recibir como un don del cielo: viejos breviarios que contenian en los versículos de sus salmos, distribuidos para todos los dias del año, todos los gemidos de la tierra. «Una Imitación de Cristo» este vaso de dolor del cristiano, donde todas las lágrimas se cambian con la resignacion, en tranquilidad del alma y en goces anticipados de inmortalidad. El rey llevó estos libros á su gabinete de estudio, hueco tomado en la torrecilla al lado de su cuarto. Quería alimentarse él mismo y servirse de ellos para ejercitar la memoria y la inteligencia de su hijo con el estudio de la lengua latina.

VII.

Se reunieron las princesas en la habitación de la reina en el segundo piso, debajo del cuarto del rey. La reina hizo armar su cama y la de su hijo en la sala, que ocupaba el centro de la torre; madama Isabel, su sobri-

na y la princesa de Lamballe se establecieron en una pieza mas pequeña y mas oscura que servia por el dia de paso á los municipales, á los guardias y á los hombres de servicio de todo aquel piso, para ir á otras piezas destinadas á los mas viles usos. Las cocinas del piso bajo quedaron vacías, como el cuarto piso de la torre. En otra cocina colocada en el tercer piso y contigua al cuarto del rey, se pusieron las camas de sus dos criados Mrs. Hué y Chamilly.

Permitieron á la familia real dar un paseo de una hora en el jardin bajo una sombría calle de viejos castaños de Indias. La comida se sirvió á las dos. Santerre y dos de sus ayudantes de campo asistieron á ella sin respeto. Las horas que separan el medio dia de la noche las pasaron en hablar, leer, viendo jugar, y haciendo rezar á los niños, desahogos tiernos de familia para los cautivos. A las nueve se sirvió la cena en el cuarto del rey, para que el ruido de esta última comida no turbase el sueño de los niños que descansaban ya en el cuarto de la reina. Después de cenar y de las tiernas despedidas entre el rey, la reina y su hermana, las princesas volvieron á bajar: y el rey entrando en su gabinete de lectura, se encerró para reflexionar, leer y orar hasta media noche.

VIII.

De este modo pasó el primer dia de cautiverio: la presencia y los consuelos de la princesa de Lamballe; la asiduidad, el cariño de la duquesa de Tourzel y de su hija Paulina, el afecto probado de los criados, que voluntariamente se habían encerrado con sus amos, creyéndose felices con hacer aquellos sacrificios, el culto piadoso de madama Isabel por su hermano, la novedad de la desgracia, las diversiones, las tristes sonrisas que proporciona-

ron muchas veces á los prisioneros el arreglo de sus cuartos y el trastorno de sus costumbres en aquella triste mansión; el cansancio de los pasados tumultos, el creer mas segura su vida en aquella fortaleza, el ver cumplido así providencialmente el voto manifestado por la reina á Danton cuando le dijo: «Es preciso encerrarnos por tres meses en una torre:» la aproximacion cierta de los extranjeros, el ignorar los triunfos de Dumouriez, el ver tanto cariño, tanta compasion y tantos votos como les seguian desde el fondo de la nacion á sus calabozos, la esperanza vaga, pero confiada de un cambio posible en las disposiciones del pueblo, difundieron algunos encantos sobre su tiempo y alguna dulzura sobre su tristeza. Mientras que el infortunio tiene testigos que le contemplan, confiancias que le escuchan, y amistades que participan de él, pueden tener hasta alegrías. Aquella familia, aquellas amigas, aquellos criados encerrados juntos dentro de aquellos muros, se daban reciprocamente algun consuelo.

IX.

A fin de distraerse algo los prisioneros, fueron al dia siguiente á visitar las salas mas grandes de la torre del Temple, donde les habia anunciado Santerre, se les preparaba su habitacion definitiva. Manuel, Santerre y una numerosa escolta de municipales les acompañaron en aquella visita á su futura prision, y despues á los jardines. Al atravesar las filas de los municipales y los grupos de los guardias nacionales que se hallaban en el camino, el rey y la reina oyeron susurros amenazantes contra la presencia de la princesa de Lamballe, de madama Tourzel y las damas de servicio que se les dejaba como una sombra del trono, «que no se podia tolerar despues de los crímenes de la corte, y que parecia hacerse un ultraje al

pueblo conservando una apariencia de superstición hácia la soberanía.»

Estos rumores, que al momento llegaron á oídos de la municipalidad, fueron causa de que se diese un decreto que mandaba espulsar todas aquellas personas; pero la humanidad de Manuel suspendió algunos días la ejecución de aquella crueldad, esperando que podría hacer revocar aquella orden que iba á despedazar tantos corazones; pero en la noche del 19 al 20 de agosto, durante el primer sueño de los prisioneros, un inusitado ruido despertó con sobresalto á la familia real. Los municipales entraron en los cuartos del rey y de la reina, y les leyeron un decreto mas imperativo, que mandaba la espulsión inmediata de todos los individuos que no perteneciesen á la familia real, sin exceptuar las damas de servicio y los dos criados adictos á su persona. Esta orden notificada á tal hora, con términos y gestos que hacian mayor su crueldad, llenó á todos los detenidos de estupor y de consternación. Hué y Chamilly precipitándose medio vestidos en el cuarto de su amo, se tenían cogidas las manos, y permanecieron en pie delante de la cama del rey, manifestando con esta actitud el horror que les causaba separarse. «Tened cuidado, les dijo un empleado municipal, la guillotina está permanente, y hiere de muerte á los criados de los reyes.»

Madama Tourzel, aya del delfín, llevó el niño dormido sobre la cama de la desconsolada reina. La señorita Paulina de Tourzel estaba abrazada á la jóven princesa real, á quien la edad y la amistad la unian como á una hermana. Madama de Navarre, dama de honor de madama Isabel, y las tres damas de servicio de la reina, las princesas, los niños, madamas Saint-Brice, Thibault y Bazire, lloraban amargamente á los pies de su señora. María Antonieta y la princesa de Lamballe, abrazadas una con otra, suspiraban de dolor, y solo la violencia pudo separarlas. Los municipales llevaron á madama de

Lamballe, que se habia desvanecido, junto á la escalera, fuera de aquellos muros, donde dejaba á su reina y amiga. El rey no pudo reconciliar el sueño; madama Isabel y la jóven princesa real pasaron el resto de la noche llorando en el cuarto de la reina, quien solo desde aquel día se creyó cautiva, pues acababan de arrebatárle la amistad.

X.

Para sustituir á aquellas damas, á aquellos criados, y á aquellos amigos, necesidad de los corazones como de las costumbres, los comisarios de la municipalidad instalaron en la torre un hombre y una muger llamados Tison. Eran los únicos encargados del servicio de los prisioneros. Tison, viejo melancólico, era un antiguo empleado en las puertas de París, hombre acostumbrado por su oficio á la sospecha, á inquirir y á ser brusco con todo el mundo; esta grosería cambiaba todos sus servicios en injurias.

Su muger, mas jóven y menos insensible, fluctuaba entre su enternecimiento por las desgracias de la reina y el temor de que este no se atribuyese como un crimen á su marido. Pasaba sin cesar de la complacencia á la traición, y de verter lágrimas sobre las rodillas de la reina, á ir á delatar á su ama. Su corazón era bueno, pero el ver á la reina de Francia sujeta á su capricho exaltaba y turbaba sus ideas. Esta lucha de la sensibilidad y del terror en un espíritu débil concluyeron por trastornar la razon de aquella muger, y esta demencia fué la que dió lugar á que se impulsasen á María Antonieta crímenes contra la naturaleza, que solo eran los delirios de aquella desgraciada.

Un zapatero llamado Simon, encargado en la municipalidad de la revision de los trabajos, era el único de

los municipales que nunca fue relevado del servicio del Temple. Este hombre daba las órdenes á todos los criados, carceleros y llaveros. Obrero que se avergonzaba del trabajo, y que deseaba representar un papel, aunque fuese el mas abyecto, intrigaba para que le hiciesen carcelero, y lo ejercia como verdugo; tenia por ayudante un antiguo sillero llamado Rocher.

XI.

Rocher era uno de esos hombres para quienes el infortunio es un juguete, y que se complacen en ladrar á las victimas, como los perros á los andrajos. Se le habia escogido por su estatura, por su siniestra apariencia, y por la ferocidad de sus facciones: era el mismo que habia forzado el cuarto del rey el 20 de junio, y levantado la mano para pegarle. Repugnante en su rostro, de mirada insolente, de gesto grosero, obsceno en su lenguaje, llevando una gorra de pelo y una larga barba, con una voz ronca y sepulcral, oliendo continuamente á tabaco y á vino, rodeándole siempre la nube formada por el humo de la pipa, que jamas separaba de la boca, hacian de él la personificación visible del calabozo. Arrastraba un gran sable sobre las baldosas y los pasos de la escalera de piedra, y llevaba colgando de la cintura un enorme manojo de llaves, cuyo ruido, que él aumentaba á proposito, el estruendo de los cerrojos que no cesaba de abrir y cerrar, le complacian como complace á otros el ruido de las armas. Parecia que aquel sonido que hacia resonar su importancia, hacia tambien resonar la cautividad mas pesada en los oidos de los prisioneros. Cuando la familia real salia para dar su paseo á medio dia, Rocher, fingiendo escoger entre su manojo de llaves y ensayar en vano las cerraduras, hacia esperar al rey y á las prince-

zas mucho tiempo en pie detrás de él, y apenas abria la pueria del primer postigo bajaba precipitadamente la escalera dando codazos al rey y á la reina, é iba á colocarse de centinela en la última puerta. Puesto allí de pie, y obstruyendo la salida, examinaba los rostros y lanzaba nubes de humo de su pipa á los de la reina, de madama Isabel y de la princesa real, mirando á cada bocanada si habian comprendido la intencion de su insulto, y si los testigos de su bajeza le recompensaban de ella con sus sonrisas de inteligencia. El aplauso de estos ultrajes le animaba á que los renovase diariamente. Los guardias nacionales que estaban de servicio tenian cuidado de reunirse siempre que salia el rey para gozar de aquel suplício de la dignidad real, entregada al desprecio de un llavero. Aquellos á quienes esta bajeza incomodaba concentraban en su alma la indignacion que hubiese parecido un crimen á sus compañeros. Los mas crueles ó los mas curiosos hacian que les trajesen sillas del cuerpo de guardia, y se sentaban con el sombrero puesto cuando el rey pasaba, estrechando con afectacion el camino para que el monarca caido contemplase de mas cerca su irreverencia y su degradacion. Carcajadas, cuchicheos, epitetos groseros ú obscenos circulaban por las filas al pasar el rey y las princesas; los que no se atrevian á pronunciar aquellas injurias las escribian con las puntas de las bayonetas en las paredes del vestibulo y de las escaleras. A cada paso se leian alusiones ofensivas á la corupcion del rey, á los pretendidos desórdenes de la reina, amenazas de muerte á los niños, «lobeznos que era preciso ahogar antes que ellos pudiesen devorar al pueblo.»

Durante el paseo, los artilleros dejando sus piezas, y los trabajadores sus herramientas, se renian lo mas cerca posible de los prisioneros, y bailaban en corro, cantando coplas revolucionarias y canciones obscenas, que la inocencia de los niños no comprendia.

Estos momentos de comunicacion con el cielo y la naturaleza, que la piedad de las leyes mas severas concede á los mayores criminales, se habia trasformado de este modo en momentos de humillacion y de torturas para los cautivos. El rey y la reina hubieran podido librarse de ellos, permaneciendo encerrados en su habitacion; pero sus niños hubieran sufrido con esta reclusion ó inmovilidad: á su edad necesitaban respiracion y movimiento; sus padres pagaban voluntariamente al precio de sus ultrajes el poco aire, sol y ejercicio necesario á sus tiernas vidas.

Precedían en sus paseos á la familia real, y la vigilaban de cerca mientras estaban fuera, Santerre y los seis guardias municipales de servicio en el Temple: los numerosos centinelas por delante de los que era preciso pasar, hacían el saludo militar al comandante de la fuerza armada de Paris, y echaban armas al hombro á los municipales; bajaban los fusiles, volviendo las culatas hácia arriba, en señal de desprecio, cuando se aproximaba el rey.

La familia real, no podia pasear en el jardin, sino hasta la mitad de una calle de castaños de Indias: las demoliciones, las construcciones y los trabajadores obstruían la otra mitad. Este corto y estrecho espacio recorrido lentamente por el rey, su esposa y su hermana, servia para que corriesen y jugasen la jóven princesa y su hermano. El rey aparentaba recrearse con aquellas diversiones: para animarlos, jugaba al tejo y á la pelota con el delfin; y ponía al último de la calle el premio de la carrera. Entretanto, la reina y su hermana hablaban en voz baja, ó se esforzaban para distraer á los niños, para

que no oyesen las canciones escandalosas, que los perseguían hasta debajo de la sombra de los árboles.

Cierto dia, mientras duraba este paseo, hablando la reina con Clery de la inutilidad de los esfuerzos que la corte habia intentado, para ablandar ó corromper los republicanos, y sobre todo á Petion, Danton y Lacroix, le confió para que él pudiese atestiguarlo algún dia, un acto de adhesion, por el que parecia profundamente conmovido su corazon.

En los momentos de una de aquellas crisis desesperadas, en que Luis XVI agotados sus recursos, buscaba su última esperanza de salvacion en la adhesion desinteresada y en el bolsillo de algunos amigos, el Comendador de Esfourmel, descendiente de uno de aquellos cruzados que habian subido los primeros en el asalto de Jerusalem, era procurador general de la órden de Malta en Paris. Supo la pobreza del rey, y realizó en pocas horas una suma de quinientos mil francos, y la hizo llevar á Luis XVI. El rey la aceptó, empleándola en pagar algunos dias mas los intermediarios que le respondian del pueblo, que le engañaron. Esta deuda de reconocimiento pesaba sobre el corazon del rey y de la reina en la prision del Temple; se echaban en cara con frecuencia el haber aceptado tantos sacrificios inútiles, y arrastrar en su catastrofe la fortuna de los amigos de su casa. Algunas veces tambien, y sobre todo en un principio, las princesas tenían, durante aquellos paseos, dulces inteligencias con los de afuera, porque los verdugos no podían interceptar las miradas. Desde los pisos altos de las casas que rodeaban el cercado del Temple, se dirigian muchos ojos sobre aquel jardin, aquellas casas habitadas por familias pobres, no ofrecian á la municipalidad ningun pretexto de sospecha ni de violencia. Aquel pueblo de mercaderes, de obreros y de revendedores no podia ser acusado de complicidad con la tirania, ni de tramas contra la igualdad: y así no se habian atrevido á prohibir el

que se abriesen aquellas ventanas. Tan pronto como se supo en París la hora en que salía el rey á paseo, la curiosidad, la piedad, y la fidelidad las llenaron de numerosos espectadores, cuyas facciones no se podían reconocer á tan larga distancia; pero cuya actitud y gestos manifestaban la tierna curiosidad y la compasion. La familia real dirigia furtivas miradas á sus desconocidos amigos; la reina, por corresponder silenciosamente á los deseos de aquellas visitas, separaba con toda intencion de su rostro el velo, se detenía para hablar con el rey, cuando miraban los mas curiosos, ó dirigia los pasos y los juegos del jóven Delfin, como por casualidad, del lado en que podia ser mejor vista la agraciada figura del niño. Entonces se inclinaban algunas frentes, algunas manos acercándose una á otra, hacian el mudo ademán del aplauso. Algunas flores caian, como por casualidad de los jardincillos, colocados sobre los tejados de los pobres, y algunos escritos en caractéres grandes se desarrollaban en una ó dos boharillitas, donde se leía una palabra tierna, un presagio feliz, una esperanza ó un respeto.

Repetidos gestos, pero mas inteligibles respondian de abajo. Una ó dos veces el rey y las princesas creyeron haber reconocido entre aquellas caras las facciones de amigos adictos, antiguos ministros, señoras de alto rango unidas á la corte, y cuya existencia era incierta para ellos. Esta misteriosa inteligencia, establecida así entre la cárcel y la parte fiel de la nacion era tan dulce para los cautivos, que les hizo arrostrar para gozar todos los dias de ella la lluvia, el frio, el sol, y los mas intolerables insultos de los artilleros que daban la guardia. El hilo de su existencia proscripita les parecia así anudarse con el alma de sus antiguos súbditos: creían estar en comunicacion con aquellos corazones, y el aire exterior impregnado de adhesion por ellos les llevaba de fuera al menos aquella piedad que se les negaba dentro. Subian á la plataforma y se asomaban muchas veces á la ventana de la torre:

formaban intimidades á gran distancia, y amistades anónimas; la reina y su hermana se decían una á otra. «Tal casa nos es adicta, tal piso es nuestro, tal cuarto es realista, tal balcon es amigo.»

XIII.

Mas si alguna alegría recibian de afuera, tambien les llegaban la tristeza y el terror con el estruendo del ruido de la ciudad. Habian oído hasta al pie de la torre los aullidos de los asesinos de setiembre, queriendo forzar las consignas, cortar la cabeza de la reina ó al menos tender á sus pies el cuerpo mutilado de la condesa de Lamballe.

El 21 de setiembre á las cuatro de la tarde, habiéndose dormido el rey despues de comer al lado de las princesas, que callaban por no interrumpir su sueño, vino un guardia municipal, llamado Lubin, acompañado de una escolta de gendarmeria á caballo y de una tumultuosa oleada de pueblo, á proclamar al pie de la torre la abolicion del trono y el establecimiento de la república. Las princesas no quisieron despertar al rey y le contaron despues lo que habian oído. «Mi reinado, dijo á la reina con una triste sonrisa, pasó como un sueño; ¡pero no fué un sueño feliz! ¡Dios me le habia impuesto, el pueblo me descarga de él, que sea feliz la Francia y yo no me quejare! Aquella misma noche vino Manuel á visitar los prisioneros, y dijo al rey. ¿Sabeis que los principios democráticos triunfan, que el pueblo ha abolido el trono y adoptado el gobierno republicano? Lo oí decir, replicó el rey con una serena indiferencia, ó hice votos porque la república sea favorable al pueblo; yo jamas me coloqué entre su dicha y él.»

El rey llevaba aun su espada, este cetro del noble en

Francia y las insignias de las órdenes de caballería de que era el jefe, se veían todavía sobre su fraso. «Sabreis también, continuó Manuel, que la nación ha suprimido estos juguetes; debieran haberos dicho que los quitaseis; habiendo entrado en la clase de los demás ciudadanos debéis ser tratado como ellos; en cuanto á lo demás, pedid á la nación lo que os sea necesario, y os lo concederá.—Gracias, dijo el rey, nada necesito.» y continuó leyendo con tranquilidad.

XIV.

Para evitar toda pena inútil y toda degradación violenta de la dignidad personal del rey, Manuel y los comisarios se retiraron haciendo una señal al ayuda de cámara para que los siguiese. Encargaron á aquel fiel servidor, quitase las insignias de la casaca del rey, cuando le desnudase por la noche, y enviase á la Convención aquellos despojos del trono y blasones de la nobleza; pero el mismo rey dió á Clery la orden de hacerlo; solo se negó á separarse de aquellas insignias, que había recibido en la cuna con su vida y que le parecía pertenecer más á su persona que al trono. Las hizo encerrar en una caja y las guardó, sea como un recuerdo sea como una esperanza. El fogoso Hebert tan famoso después con el nombre de Pere Duchesne, miembro entonces de la municipalidad, pidió estar de servicio aquel día para gozar de aquella rara burla de la suerte, y para contemplar en las facciones del rey, el suplicio moral del trono degradado. Hebert escudriñaba con la vista, y con una sonrisa cruel la fisonomía del rey; pero la calma del hombre, que manifestaban las facciones del soberano caído desconcertó la curiosidad de Hebert. El rey no quiso dar á sus enemigos el placer de que sorprendiesen en su rostro

ni una pequeña emoción: aparentó leer tranquilamente la historia de la decadencia del imperio romano, de Montesquieu, mientras se cumplía su propia historia y se leía su catástrofe, atendiendo más á los reveses de otro que á los suyos. El rey fué grande en su indiferencia; la reina sublime en su altivez le pareció más humillante llorar su grandeza que haber caído de ella: la caída de su carácter la hubiera envilecido más que la de su rango; y ninguna debilidad regocijó á los espectadores de aquella ejecución. Habiendo sonado las trompetas en los patios, después de la instalación de la república, el rey se puso un poco á la ventana como para ver la apariencia del nuevo gobierno: la multitud lo vió y las imprecaciones, las sarcasmos, las injurias, resonaron como último adiós á la monarquía del seno de aquel gentío. Los gendarmes agitando sus sables y dando los gritos de viva la república, hicieron al rey la señal imperiosa de que se retirase. Luis XVI cerró la ventana. Así se separaron el pueblo y el rey después de tantos siglos de monarquía.

XV.

Habia señalado la Convención la cantidad de quinientos mil francos para los gastos relativos al establecimiento y á la manutención de la familia real en su prisión. La municipalidad por medio de comisiones sucesivas, había empleado la mayor parte de este subsidio alimenticio en construcciones de seguridad y en estrechar más la cautividad. Lo que debía servir para consolar la existencia de los prisioneros, sirvió para agravar sus hierros y para pago de sus carceleros. El rey no tenía á su disposición ninguna suma para vestir á la reina, á su hermana y á sus hijos, para recompensar los servicios que tenía que pedir fuera, ó para proporcionar á su

familia en los muebles y en las ocupaciones de la cárcel, aquellos alivios que la fortuna privada de los detenidos, deja penetrar hasta en los calabozos de los criminales. Habiendo salido inopinadamente de las Tullerías, sin mas vestidos que los que tenían puestos en la mañana del 10 de agosto: saqueados sus guarda-ropas, sus trages y sus gavetas, llevados desde allí al Temple, sin mas ropa blanca que la que había enviado al Picadero la embajadora de Inglaterra, y la que algunos de sus servidores habían prestado á la familia real: los prisioneros á la entrada de un riguroso invierno presentaban la apariencia de una verdadera desnudez. La reina y madama Isabel, pasaban los días como pobres obreras recosiendo las camisas del rey y de los hijos, y remendando sus vestidos de verano.

En el momento en que los negociadores prusianos habían exigido de Dumouriez, para difrazar su retirada, una relación secreta sobre lo que pasaba en el Temple y de los respetuosos consuelos propios para disimular la prisión á los ojos de la Europa, Manuel y Petion, á instancias de Westermann, fueron al Temple y cumplieron con sus miramientos las órdenes de Dumouriez. Ni uno ni otro de estos dos magistrados superiores del ayuntamiento tenían la vergonzosa necesidad de venganza y de crueldad que los municipales, contra el que había sido su rey. La elevación de las ideas da dignidad á los resentimientos y decencia al odio. Petion y Manuel, hombres de ideas republicanas, veían en Luis XVI un principio que debía proscribirse; pero un hombre á quien debía perdonarse; en la reina, en las princesas y el en delfín, mugeres y niños, víctimas de una vicisitud de las cosas humanas, que el pueblo debía compadecer y sostener mas bien que pulverizar en su caída. Tuvieron una conversación secreta con el rey, en la que al propio tiempo que confesaban ser republicanos, no negaban ni su interés por sus desgracias, ni la esperanza de ver sus días

preservados una vez que se apaciguasen los temores públicos despues de la victoria y de la paz. Luis XVI, y hasta la reina, recordando el terror de setiembre; pareciendo comprender que su vida estaba mas en manos del pueblo que en las del ejército de los reyes coaligados; unieron sus votos á los de los republicanos humanos y moderados para que se efectuase pronto la evacuación del territorio. El rey pidió que Petion hiciese darle algun dinero para sus necesidades personales y las de su familia y Petion le envió cien lises (nueve mil seiscientos reales), limosna del republicano, al soberano sumido en la indigencia. Se formó una lista de todos los objetos necesarios á la familia real, tanto de ropa blanca, como de muebles, vestidos, leña, alimentos, libros, etc. y todo fué enviado con abundancia por cuenta de la municipalidad y por medio de sus comisionados, no con proporción á las necesidades de una familia, sino á la generosidad de la nación y á los respetos debidos á la grandeza caída. La república ejerció con lujo en este momento su ostracismo.

XVI.

Mas como Petion y Manuel solo eran los magistrados oficiales de la municipalidad, dulcificaban sus órdenes al ejecutarlas, pero no las inspiraban, y el espíritu de represalias, de venganza y de sospecha y de baja persecución de los demagogos legos, prevalecía en las comisiones. Todos los días venían nuevos delatores á popularizarse en el consejo del ayuntamiento con denuncias contra los prisioneros del Temple. El consejo general escogía los comisarios delegados por él para vigilar á Luis XVI entre los mas prevenidos y los mas encarnizados. Los hombres que tenían alguna generosidad renunciaban

aquellas odiosas funciones, que debían por consiguiente recaer en corazones abyectos y en manos implacables. Aquellos carceleros se escedían unos á otros en las medidas de rigor y de vejamen, necesarias segun ellos, para evitar la evasión de los cautivos y sus correspondencias con el extranjero. A pesar de que con frecuencia estas medidas repugnaban al buen sentido y á la humanidad del consejo general, ninguno se atrevía á contrariarlas de miedo de que se le acusase de unidad ó de complicidad con los realistas y lo que individualmente repugnaba á cada uno, era votado por todos. Cuando el terror está suspendido sobre una época, no pesa menos sobre el cuerpo que le inspira que sobre la nación que le sufre.

La administracion y régimen interiores del Temple, se veían por lo tanto entregados á un corto número de hombres, la hez del consejo de la municipalidad, casi todos artesanos sin educacion, sin magnanimidad y sin pudor, gozando con orgullo de la arbitrariedad que la fortuna les daba sobre un rey caído mas abajo que ellos, y creyendo haber salvado la patria cada vez que le arrancaban una lágrima.

XVII.

Hacia fines de setiembre, en el momento en que el rey iba á salir del cuarto de la reina despues de cenar, para subir al suyo, entraron con aparato en la torre seis oficiales municipales: leyeron al rey un decreto del ayuntamiento que mandaba trasladarle á la gran torre y separarle completamente del resto de su familia. La reina, madama Isabel, la princesa real y el joven delfin, estrechando al rey en sus brazos y cubriendo sus manos de besos y de lágrimas, trataron en vano de conmovér á

los municipales, y de obtener aquel último consuelo de los infortunados, el de sufrir juntos. Los municipales Simon y hasta Rocher, aunque enternecidos, no se atrevieron á modificar la inflexibilidad de la orden. Se registraron los muebles con la mas esquisita inquisicion, las camas y los vestidos de los prisioneros; se les quitaron todos los medios de poder tener correspondencia con los de afuera, papel, tinteros, plumas y lápices, haciendo cesar las lecciones que el principe real principiaba á recibir de sus padres, y condenando al heredero de un trono á la ignorancia del arte de escribir, de la que se avergüenzan los últimos hijos del pueblo.

Luego que arrancaron al rey de los brazos y en medio de los gritos de su familia, fué conducido á la habitacion, apenas concluida, que se le habia destinado en la torre principal, donde aun trabajaban los obreros. Una cama y una silla en medio de la cal, de los escombros, de las tablas y de ladrillos componian todo el ajuar. El rey se acostó completamente vestido, y pasó las horas contando los pasos de las centinelas que se relevaban á su puerta, y en enjugar las primeras lágrimas que la prision habia arrancado á su firmeza. Clery, su ayuda de cámara pasó la noche sobre una silla en el hueco de una ventana, aguardando con impaciencia que amaneciese para saber si le permitirian ir á prestar á las princesas los servicios, á que estaban acostumbradas: él era quien peinaba al delfin y arreglaba los largos cabellos de la reina y de madama Isabel, despues de su cautiverio.

Pidió permiso para ir á prestar este servicio, y el comisario de la municipalidad, Veron, le respondió brutalemente. «Ya no tendreis mas comunicacion con las prisioneras, ni vuestro amo debe volver á ver á sus hijos.»

Habiendo dirigido el rey algunas sentidas observaciones á los comisarios sobre una barbarie que ultrajaba la naturaleza, que heria cinco corazones por castigar uno solo, y que daba á seres vivos el tormento de una sepa-

racion mas cruel que la muerte, los comisarios no se dignaron responderle, le volvieron la espalda, como hombres que no oían y á quienes incomodan las súplicas.

XVIII.

Un pedazo de pan que no bastaba para el alimento de dos personas, y una botella de agua en la que habian echado el jugo de un limon, fué todo el desayuno que llevaron al rey aquel día; el principe se adelantó hácia su criado, partió el pan y le dió la mitad. «Se olvidaron que todavía somos dos, le dijo el rey; pero yo no lo olvidó; tomad esto, yo tengo bastante con lo restante.» Cléry lo rehusaba; pero el rey insistió, y el criado tomó al fin la mitad del pan de su amo; las lágrimas regaban los pedazos que llevaba á la boca; el rey le vió llorar y no pudo menos de hacer otro tanto. Así comieron, llorando y mirándose, sin decirse nada, el pan de las lágrimas y de la igualdad.

Suplicó de nuevo el rey á un municipal le diese noticias de su muger y de sus hijos, y le proporcionase algunos libros para aliviar el cansancio de espíritu causado por su aislamiento. Luis XVI indicó algunos volúmenes de historia y de filosofía religiosa; este municipal, mas humano que los otros, consultó á sus colegas y los ganó para poder cumplir aquella comision cerca de la reina. Esta princesa habia pasado la noche lamentándose en su cuarto, entre los brazos de su cuñada y de su hija: la palidez de sus labios, las marcas de las lágrimas que habian corrido por sus mejillas, su espesa cabellera donde se veían venas blancas de cabellos muertos, como despojos de su juventud, la inmovilidad de sus ojos secos, la obstinacion con que se habia negado á tocar los alimentos de su desayuno, jurando que se iba á dejar

morir de hambre si insistían en tenerla separada del rey, conmovieron é intimidaron á los municipales, porque pesaba sobre ellos la responsabilidad de la vida de los prisioneros. La misma municipalidad les pediría cuenta de una victima arrebatada por una muerte voluntaria al juicio y al cadalso del pueblo. La naturaleza hablaba tambien en su corazon, ese lenguaje de las lágrimas que se hace obedecer de los mas endurecidos. Las princesas, de rodillas delante de aquellos hombres, suplicaban se les permitiese estar reunidas con el rey, al menos algunos momentos del día y á las horas de comer. Los ademanes, los gritos del alma, las lágrimas que caian de sus ojos sobre el pavimento prestaban su omnipotencia á aquellas súplicas: «Pues bien, que coman juntos hoy, dijo un oficial municipal, y para mañana el ayuntamiento decidirá.» Al oír estas palabras, los gritos de dolor de las princesas y de los niños se cambiaron en voces de alegría y en bendiciones. La reina, que tenia á los niños en brazos, los hizo ponerse de rodillas, y se puso ella tambien, para dar gracias al cielo. Los municipales se miraron unos á otros con los ojos húmedos, y el mismo Simon dijo enjugándose los suyos: «Creo que estos diábolos de mugeres serían capaces de hacerme llorar.» Despues volviéndose hácia la reina, y como avergonzado de su debilidad, la dijo: «No llorábais así cuando el 10 de agosto hacíais asesinar al pueblo.—¡Ah! respondió la reina, el pueblo está bien equivocado acerca de nuestros sentimientos.»

Aquellos hombres gozaron un momento del espectáculo de su clemencia. Los prisioneros volvieron á verse á la hora de comer, y conocieron mas que nunca lo necesarios que la desgracia los hacia unos á otros.

La sensibilidad del rey se desarrollaba en los infortunios; el alma de la reina se santificaba en la adversidad; todas las virtudes de madama Isabel se convertian en piedad activa por su hermano y por su cuñada: la razon de los niños se enternecía en los calabozos regados constantemente por las lágrimas de sus padres. Un dia de cautiverio les enseñaba mas de la vida que un año de corte; el infortunio apresura la madurez de sus victimas: aquella familia sufría, y gozaba de todos como un solo corazón. La municipalidad no reclamó contra la reunion de los prisioneros, motivada por el temor de que la reina se suicidase, y desde aquel dia fueron conducidos tres veces á la gran torre para comer con el rey, pero los municipales presentes á aquellas entrevistas, interceptaban la dulzura de ellas, oponiéndose á toda confianza íntima de los prisioneros entre sí. Les estaba severamente prohibido hablar bajo ó en lenguas extranjeras, debiendo hablar alto y en francés.

Madama Isabel se olvidó una vez de aquella prohibicion, y dijo algunas palabras en voz baja á su hermano, por lo que un municipal la reprendió con violencia. «Los secretos de los tiranos, le dijo aquel hombre, son conspiraciones contra el pueblo; hablad alto ó callaos, la nacion debe saberlo todo.»

Estas dos prisiones para una sola familia aumentaban las dificultades de la vigilancia y las sospechas de los carceleros; pero aumentaban tambien las facilidades para que los servidores del rey pudiesen engañar las consignas de la cárcel. Clery, á quien sus opiniones revolucionarias habian hecho que Petion le escogiese entre los ayudados de cámara del rey como un hombre mas adicto á la nacion que á su amo, habia dejado enfriar su patrio-

tismo con las tiernas reconversiones de madama Isabel y con el espectáculo de aquellos despedazados corazones, donde leía tantos sufrimientos y tantas aceptaciónes. Su pasión por la libertad le remordia desde que se convertía en suplicios para la familia de su rey, y no tenía mas opiniones que su cariño. Habia conseguido entablar algunas relaciones fuera, y tres empleados de las cocinas del rey en las Tullerías, llamados Turgy, Marchand y Chetien, que aparentando patriotismo habian conseguido se les admitiese en las cocinas del Temple para prestar allí á sus antiguos amos todos los buenos servicios del cautiverio, secundaban á Clery. Este, familiarizándose con los municipales de guardia, y sirviéndoles en cuanto podía las noches que pasaban en el Temple, descubria algunas veces entre ellos muestras de interés por la familia real. Hacía, tan pronto por medio de ellos, tan pronto por medio de su mujer, admitida una vez por semana á verle en el postigo, pasar billetes de madama Isabel y de la reina á las personas que las princesas le designaban y que podían escribir por haber sustraído un lápiz á la inquisicion de los comisarios, escribiendo estas raras confidencias de sus corazones en las hojas en blanco de sus devocionarios. Sus esquelas eran ajenas á todo complot, limitándose solo á dar á sus antiguos amigos noticias de su situacion, é informarse de la suerte de las personas á quienes habian querido.

A pesar de su belleza, madama Isabel nunca habia permitido á su corazón otro sentimiento que el de la amistad. Pero la amistad en su alma era una pasión, y participaba del ardor y de la constancia del amor. El objeto de este tierno afecto de la princesa, era la marquesa de Raigecourt, señora de Causan, que habia sido una de sus damas de honor en el tiempo de su prosperidad. Esta joven dotada con las gracias de la corte, con el valor de la adversidad, y cuyo talento á la vez sensato, jovial é instruido de la antigüedad, recordaba

los días de Luis XIV, había sido educada con la princesa. La vida había unido sus corazones y su suerte desde la infancia. Casada, por los beneficios de madama Isabel, con un noble de las primeras familias de la Lorena, la marquesa de Raigecourt se había visto obligada á ir á unirse con su marido, que estaba emigrado; la misma madama Isabel lo había exigido por creerlo necesario, hallándose en un estado de embarazo muy adelantado, temiendo que las desgracias previstas por ella desde los primeros trastornos de la monarquía no recayesen sobre otros corazones. Las dos amigas se escribían diariamente, y sus cartas manifestaban el cariño de hermanas á través de las tristes aprensiones del tiempo. Esta correspondencia, único consuelo de madama Isabel, duró hasta el día 10 de agosto; las últimas palabras de la princesa á su amiga hasta manifestaban, en aquel último momento, esperanzas de salvación que las horas siguientes habian cruelmente engañado.

Clery consiguió hacer llegar á la marquesa de Raigecourt, uno ó dos suspiros de la prisiou; luego el silencio de la tumba se interpuso entre aquellas dos almas, y precedió qu año al cadalso.

La reina recibió y logró hacer pasar por el mismo medio algunas raras comunicaciones: todas frases de doble sentido; pero en las que se encerraban volúmenes de angustias y de ternura: aquellas palabras solo podian traducirse por ojos acostumbrados á leer en el corazón de donde habian salido.

Clery pudo asimismo informar algunas veces al rey del estado de las cosas públicas, haciéndole leer los diarios introducidos en el postigo con astucia, y transmitiéndole al oído los hechos del día al tiempo de acostarse ó levantarse. Cuando faltaron estos medios á la familia real, venian vendedores de papeles públicos de confianza, y pagados por los amigos de afuera, por la noche cuando mas silencio reinaba en las calles, á

vociferar arrimado á los muros del Temple los principales acontecimientos del día. El rey, advertido por Clery, abria la ventana y cogia algunas palabras sueltas de los decretos de la Convencion, de las victorias y de las derrotas de los ejércitos, las sentencias y ejecuciones de sus antiguos ministros, y los decretos ó las esperanzas de su destino.

No era absoluta, sin embargo, esta privacion de los papeles públicos. Muchas veces los municipales, con una cruel intencion, los dejaban como por casualidad sobre la piedra de la chimenea cuando escitaban á que se matase al rey: y cuando leian estos periódicos llegaban hasta el interior de la habitacion sus amenazas y sus imprecaciones. El principe leyó un día la peticion de un artillero que suplicaba á la Convencion le diese la cabeza del tirano para cargar con ella su cañon, y lanzarla al enemigo. «¿Cuál es, dijo tristemente el rey al leer esta peticion, el mas desgraciado, yo ó el pueblo á quien se engaña así?»

XX.

Las princesas y los niños fueron al cabo reunidos con el rey en la torre principal: el segundo y el tercer piso de aquel monumento, dividido cada uno en cuatro piezas por tabiques de madera, fueron destinados á la familia real y á las personas encargadas del servicio ó de la vigilancia. El cuarto del rey tenia una cama con cortinas, un sillón, cuatro sillas, una mesa y un espejo encima de la chimenea. El techo era de tela, la ventana guarnecida con una alambreira, y oscurecida por trozos de encina colocados en figura de embudo, que impedian mirar á los jardines y á la ciudad y que solo dejaban ver el cielo. El papel pintado del cuarto del rey, como

para martirizar dos veces al prisionero, representaba el interior de una cárcel, con carceleros, cadenas, grillos y todo el horrible aspecto de los calabozos. La odiosa imaginación del arquitecto Palloy había añadido con périda malicia los tormentos de la vista á los de la realidad.

La habitación de la reina colocada sobre la del rey, estaba dispuesta con igual escasez de luz, de aire y de espacio: María Antonieta dormía en el mismo cuarto que su hija; María Isabel en uno muy oscuro; al lado el carcelero Tison y su muger en un retrete contiguo, y los municipales en la primera pieza, que servía de antecámara. Las princesas se veían obligadas á atravesar esta pieza para pasar las unas al cuarto de las otras, en medio de las miradas y los cuchicheos de sus guardianes. Dos postigos, rodeados de centinelas y de llaveros, se encontraban entre el cuarto de la reina y el del rey, subiendo la escalera. El cuarto piso estaba inhabitado, y la plataforma que había encima del cuarto del rey estaba dispuesta para servir de deshojo; pero de miedo de que se les viese desde las casas de París, ó que su vista se alegrase con el horizonte de la ciudad, se habían construido altos tabiques de tablas para escatimar hasta el cielo á las miradas de los prisioneros.

XXI.

Tal era definitivamente el alojamiento de la familia real. Tuvo esta, sin embargo, una satisfacción en verse instalada en él por estar reunidos todos sus miembros dentro de los mismos muros; mas esta corta alegría se combió en lágrimas aquella misma noche por un decreto de la municipalidad, que mandaba quitar al delfín á su madre, y alojarle en el cuarto del rey. En vano el cora-

zon de la reina prorumpió en súplicas y llanto: la municipalidad no quiso «que la madre alimentase mas tiempo al niño con el odio á la revolución.» Entregaron el niño á su padre, mientras llegaba el día de entregarlo á Simon. A pesar de todo, la reina y las princesas conservaron la libertad de ver al delfín todos los días en el cuarto del rey á las horas de comer, y á las de paseo en presencia de los comisarios. Pareció dulcificarse su vida, y reposar su dolor, como para poder respirar en aquel alojamiento. Los cautivos tomaron allí sus costumbres regulares, que recordaban el cláustro de los reyes prisioneros de la primera raza.

Solo sobrevivía al rey en Luis XVI, el padre de familia. Las princesas olvidaban que habían sido reina, hermana ó hija de reyes, para recordar solamente que eran muger, hermana ó hija de un marido, de un hermano, ó de un padre cautivo. Sus corazones se limitaban enteramente á los deberes, á las tristezas, y á las alegrías de familia: esta dinastía no era mas que el interior de unos prisioneros.

Se levantaba el rey al rayar el día, y rezaba un largo rato de rodillas al pie de su cama. Despues se acercaba á la ventana ó á la llama de su chimenea en el invierno, y leía con recogimiento los salmos en el *Breviario*, colección de súplicas y de cánticos indicados para cada día del año á los fieles por la liturgia católica. De este modo suplía á la costumbre que tenían las reyes de asistir todas las mañanas al sacrificio del altar en su palacio. La municipalidad le había negado la presencia de un sacerdote y las ceremonias de su fé. Piadoso, pero sin superstición y sin debilidad, Luis XVI se dirigía á Dios sin ser intermediario de otro hombre, y se complacía tan solo en servirse para sus rezos de las palabras y de las formas consagradas por la religion de su familia y de su trono: la reina y su hermana hacían lo mismo. Se las sorprendía muchas veces con las manos juntas,

sus libros de devocion mojados de lágrimas, rezando cerca de su cama: familia como precipitada de su altura, de rodillas por el golpe de su desesperacion, y la otra como prosternada naturalmente al pie de su Dios, cuya mano reconocia y besaba en todas partes. Despues de su rezo, el rey leia en la torrecilla, tan pronto obras latinas, tan pronto á Montesquieu, tan pronto á Buffon, tan pronto historia, tan pronto relaciones de viages alrededor del mundo. Aquellas páginas parecian ocupar completamente su imaginacion, ya porque fuese para él un medio de evitar la importunidad de los comisarios siempre presentes, ya porque buscase efectivamente en la naturaleza, en la política, en las costumbres de los pueblos y en su historia, distraccion á sus penas, instruccion para su rango ó analogias con su situacion. A las nueve bajaba la familia para desayunarse con él. El rey besaba en la frente á su esposa, á su hermana, y á sus hijos; despues de almorzar, como las princesas no tenian damas de tocador, hacian que Clery las peinase en el cuarto del rey. Esté, mientras tanto daba á su hijo primeras lecciones de gramática, de historia, de geografía, de latinidad, evitando con cuidado en estas, todo lo que podia recordar al niño habia nacido en un rango superior al de los ciudadanos, y proporcionándole solo los conocimientos aplicables al destino del último de sus súbditos. Hubiérase podido decir que el padre se apresuraba á aprovecharse de la adversidad y del alejamiento de las cortes, para educar á su hijo, no como príncipe, sino como hombre, y para formarle un alma que se adaptase á todas las fortunas.

XXII.

El niño, precoz como los frutos de un árbol dañado, parecia exceder por su inteligencia y su espíritu á la en-

señanza del pensamiento y á la delicadeza de la sensibilidad. Su memoria lo retenia todo, y su sensibilidad le hacia comprenderlo todo. Las conmociones que tantos acontecimientos siniestros habian impreso en su imaginacion y en su corazon, aquellas lágrimas que continuamente sorprendia en los ojos de su madre y de su hermana de mas edad que él, aquellas escenas trágicas de que habia sido testigo estando en brazos de su aya, aquellas fugas de Versalles y de las Tullerías, aquella esposicion de tres dias en medio de las armas, de las amenazas y de los cadáveres en la tribuna de la Asamblea legislativa, aquella prision, aquellos carceleros, aquellas degradaciones de su padre, aquella reclusion de todos los instantes con los seres cuyas penas veia, sin comprenderlas todas, aquella obligacion de vigilar sus gestos y hasta sus lágrimas delante de los enemigos que los espiaban, le habia juiciado como por instinto en la situacion de sus padres y en la suya; hasta sus juegos eran graves, sus sonrisas tristes se aprovechaba de los momentos de inatencion de los carceleros para decir en voz baja algunas palabras á su madre y á su tia: era el cómplice diestro de aquellas piadosas astucias, que las victimas inventan para ocultarse á la vista y á las denuncias de los que las vigilan. Temia agravar sus penas, y gozaba al ver la menor alegría sobre su frente. Evitaba con un tacto superior á sus años, recordarles en la conversacion las dolorosas circunstancias de su vida, ó los felices tiempos de su esplendor, como si hubiese adivinado que la memoria de los dias felices sirve de amargura en las desgracias.

Cierto dia que creyó reconocer á uno de los comisarios de la municipalidad en el cuarto de su padre, el comisario se le acercó y le preguntó, si recordaba haberle visto y en que circunstancias. El niño hizo un signo afirmativo con la cabeza; pero rehusó obstinadamente responder. Habiéndole llevado su hermana á un rincón apar-

tado del cuarto, le pregunto por qué se negaba á decir cuando habia visto á aquel comisario, y el delin la contestó al oído: «En el viage de Varennes; no he querido decirlo alto de miedo de recordárselo á la reina, y de hacer llorar á nuestros padres.»

Cuando veia en la antesala de su padre un comisario mas respetuoso con los prisioneros y menos odioso á la reina que sus colegas, se apresuraba á salir al encuentro de su madre cuando bajaba al cuarto del rey para anunciarla palmoteando, que iban á tener un buen dia. La vista de aquel niño enternecía casi todos los odios: la soberania bajo la figura de un niño inocente y prisionero, no tenia mas enemigos que los brutos: los comisarios mas prevenidos, los artilleros de la guardia, los carceleros, y hasta el mismo feroz Rocher, jugaban con el delin: solo Simon le hablaba toscamente, y le miraba con ojo desconfiado y siniestro, como á un tirano oculto en un niño. Las facciones de aquel joven principe, recordaban confundíendolas, la gracia un poco afeminada de Luis XV, su abuelo, y la altivez austriaca de Maria Teresa. Los ojos de un azul de mar, la nariz aguileña con las ventanillas un poco levantadas, la boca rasgada, los labios algo encorvados, la frente ancha en la parte superior y estrecha en las sienas; los cabellos rubios separados en dos ondas en lo mas elevado de la cabeza y cayendo en rizados bucles sobre los hombros y hasta sobre los brazos, retrataban á su madre antes de los años de lágrimas. Parecia que toda la belleza de su doble estirpe florecia de nuevo en aquel último vástago.

XXIII.

Todos los dias á las doce iban á buscar á la familia real para que respirase el aire del jardin. Los prisione-

ros bajaban á él á pesar del frio del sol ó de la lluvia, y verificaban aquel paseo en medio de las miradas y de los ultrajes, como uno de los mas rigurosos deberes de su cautividad. El ejercicio violento en los patios, los juegos del niño con su hermana en el interior del aposento, la vida regular y sobria, los estudios suaves y familiares entre las rodillas de su padre, y los tiernos cuidados de aquellas tres mugeres le conservaban el ardor de vida y la fresca tez de la infancia. El aire de la cárcel le acariciaba hasta entonces tanto como el aire de los bosques de Saint-Cloud; las miradas del rey y de la reina se encontraban y se consolaban sobre aquella cabeza en donde el rigor de los hombres no impedía que la naturaleza se aumentase y embelleciese diariamente.

Rayaba ya la princesa en la edad en que la niña conoce que se hace muger y recoge en si misma su movimiento. Pensativa como su padre, altiva como su madre, piadosa como su tia, se reflejaban en su alma aquellas tres almas en medio de las que habia crecido. Su belleza esbelta y pálida como las apariciones fantásticas de la Alemania, tenia mas de ideal que de material. Unida siempre al brazo y como escondida bajo el pecho de su madre ó de su tia, parecia intimidada de la vida; sus cabellos rubios, sueltos aun sobre los hombros como los de un niño, casi la rodeaban toda; hechaba desde el fondo de aquel velo, tímidas miradas ó bajaba los ojos, imprimiendo una muda admiracion á los mas endurecidos. Los centinelas y los llaveros se apartaban para dejarla el paso, y sentian una especie de conmocion religiosa, cuando su vestido ó sus cabellos raspaban su ropa en las escaleras ó los pasadizos. Su tia completaba su educacion enseñándola la piedad, la paciencia y el perdon; pero el sentimiento de su rango innato en su alma, las humillaciones de su padre y los supplicios de su madre se grababan profundamente en cicatrices que sin cesar sangraban en su corazon, donde se

recogían, sino como resentimientos á lo menos como una eterna tristeza.

XXIV.

A las dos se retiraba la familia real para comer; pero las íntimas alegrías y los encantos familiares de que estas comidas son la señal en la casa del pobre, les eran rehusadas; ni aun el rey podía libremente entregarse á satisfacer el apetito que le daba su robusta naturaleza: muchos ojos contaban los bocados que llevaba á la boca y muchos gestos se los echaban en cara: la fuerza y la salud del hombre, eran una vergüenza mas para el rey. La reina y las princesas comían poco y despacio para dejar al rey el pretexto de satisfacer su apetito y prolongar la comida.

Después se reunía la familia y el rey jugaba con la reina á aquellos juegos de naipes, inventados para divertir la ociosidad de un rey prisionero; pero con mas frecuencia al pensativo juego del ajedrez, juego en que las piezas principales por sus nombres de *rey ó de reina* y las maniobras sobre el tablero, que tienen por objeto hacer al rey prisionero, estaban llenas de alusiones significativas, y con frecuencia siniestras, á su propia prisión. Buscaban menos en estos juegos una maquinal distracción á sus penas que una ocasión de hablar con palabras encubiertas sin despertar el inquieto espionaje de sus guardianes. A las cuatro el rey dormía un poco en un sillón, mientras que los niños, haciéndoles un gesto á la madre, cesaban en sus bulliciosos juegos, y las princesas volvían á coger su obra de costura, reinando en un mas profundo silencio en el cuarto durante el sueño de monarca. Solo se oía el pequeño crujido de la seda al frotarse las cortinas que hacían la reina y su hermana, la respiración del rey y el paso regular de los centinelas

las á la puerta de la habitación, y al pie de la torre. Podía decirse, que los perseguidores y la cárcel enmudecían, por no quitar al rey prisionero la única hora que volvía la libertad á sus pensamientos, y la ilusión de los sueños á su alma. A las seis volvía el rey á tomar las lecciones á su hijo, y se divertía con él hasta la hora de cenar; después la reina le desnudaba ella misma, le hacia rezar sus oraciones y le llevaba á la cama.

Luego que estaba acostado, se inclinaba como para besarle, y le decía al oído una corta oración, que el niño repetía muy bajo para que los comisarios no pudiesen oírla.

Esta oración, compuesta por la reina, la retuvo en su memoria y la reveló su hija: «Dios omnipotente que me habeis creado y rescatado, ¡yo os amo! Conservad los días de mi padre y de mi familia! Protegednos contra nuestros enemigos! Dad á mi madre, á mi tía y á mi hermana las fuerzas que necesitan para soportar sus trabajos!».

XXV.

Esta sencilla súplica de los labios de un niño, pidiendo la vida para su padre y la paciencia para su madre, era un crimen del que necesitaban ocultarse. Después que se dormía el niño, la reina leía en alta voz para instruir á su hija y entretener al rey y las princesas: por lo regular era algun libro de historia, que dirigía el pensamiento á las grandes catástrofes de los pueblos y de los reyes. Cuando se presentaban en la lectura con demasiada frecuencia alusiones á su propia situación, la voz de la reina se cubría, ó se sumergía en lagrimas interiores, y los prisioneros se lanzaban una mirada, como si el libro, de inteligencia con ellos, les

hubiese revelado el temor ó la esperanza oculta en el corazón de todos. El rey al fin del día subía un rato al cuarto de su esposa, la cogía la mano, y mirándola tiernamente se despedía de ella: besaba despues á su hermana y á su hija, y volvía á bajar á encerrarse en la torrecilla al lado de su cuarto, donde leía, meditaba ú oraba hasta media noche.

El cielo únicamente poseía el secreto de aquellas horas nocturnas consagradas por el príncipe al recogimiento en la soledad de su propio corazón. ¿Reflexionaria quiza sobre los actos de su reinado, sobre las faltas de su política, sobre sus alternativas de confianza escensiva en su pueblo, ó de desconfianza poco diestra contra la revolución? ¿Trataría quiza de hacer conjeturas sobre la suerte de la Francia, y sobre el porvenir de su familia despues de la crisis del momento, á la que no se hacía la ilusión de poder sobrevivir? ¿Se arrepentiría quiza de las luchas desiguales en pro y en contra de la libertad, y se reconveniría de no haber elegido heroicamente desde el primer día, entre el antiguo y el nuevo régimen, y de no haberse declarado gefe del nuevo pueblo? Porque este príncipe en el fondo había pecado mas bien por falta de comprensión que porque no amase la revolución. ¿Se reservaría quiza aquellas horas secretas para derramar libremente, delante de aquellos desiertos muros, lágrimas por su muger, por su hermana, por sus hijos, y por el mismo; aquellas lágrimas que ocultaba por el día á su sensibilidad y á la alegría de los que le vigilaban? Cuando salía de aquel gabinete para acostarse, su rostro estaba sereno, y aun algunas veces se veía en él la sonrisa; pero su inclinada frente, sus miradas melancólicas, y la marca de sus dedos impresa sobre sus mejillas, anunciaba á su ayuda de cámara, que había apoyado mucho tiempo la cabeza en sus manos, y que graves pensamientos habían ocupado su imaginación.

Esperaba siempre el rey antes de dormirse á que llegase el municipal del día siguiente que se relevaba á media noche, para saber el nombre de su nuevo vigilante, y para conocer por él, qué dulzura ó qué torpeza podía presagiar tendría al otro día su familia. Se dormía despues con tranquilidad, porque el peso de los días de infortunio no cansa menos al hombre que la fatiga de los días felices. Desde que este príncipe estaba cautivo, los defectos de su juventud habían ido desapareciendo poco á poco. La bondad un poco tosea de su carácter, se había cambiado en sensibilidad y en gracia para aquellos que le rodeaban. Parecía querer rescatar á fuerza de paciencia para sí mismo, y de tierno interés por los otros, la injusticia de que sufriesen por su causa; y ya no se conocía su displicencia de rey: todos sus defectos de carácter habían desaparecido ante su magnánima paciencia. La trágica solemnidad de su abatimiento, daba á su persona la dignidad que el trono le había rehusado; la caída le había hecho mas tierno, la cárcel le había ennoblecido y la aproximación á la muerte le consagraba. Reunía en aquel pequeño espacio, en aquel círculo de familia, y en los pocos días que le quedaban, todo lo que la naturaleza, el amor y la religion habían inspirado á su alma de ternura, de valor y de virtudes. Sus hijos le adoraban, y su hermana le admiraba; y la reina, aun mas, la dulzura y la fuerza que descubría en su corazón; pero sentía que tantas virtudes brillasen tan tarde y solo en la obscuridad de una prisión. Se reconvenía á sí misma amargamente y se lo decía á su hermana, por haberse dejado lisonjear demasiado en los días de prosperidad, y por no haber conocido bastante entonces lo que valía el amor del rey.

Al acercársele, sus mismos carceleros no reconocían en

él al hombre sensual y vulgar que la preocupación pública les había pintado. Al ver un padre tan bueno, un esposo tan tierno, un hermano tan complaciente, principiaban á no creer que semejante hombre hubiese podido contener un tirano. Hasta parecía que algunos le amaban al mismo tiempo que le perseguían, y martirizarle con respeto. Su bondad amansaba los hombres mas groseros, instrumentos pasivos de su cautividad.

Se hallaba cierto día de centinela un habitante de los barrios, vestido de paisano en la antesala del rey, y el ayuda de cámara Clery notó que aquel hombre le contemplaba con respeto y compasion. Clery se adelanta hacia él, el centinela se inclina, presenta las armas y tartamudea con temblorosa voz y como con sentimiento. «No podeis salir.—¿Creéis que yo soy el rey?» respondió Clery.—Pues qué, replicó el hombre del pueblo, ¿no sois el rey?—No sin duda, ¿nunca le habeis visto?—¡Ah! no, y yo quisiera verle en otra parte y no aquí.—Hablad bajo, voy á entrar en su cuarto, dejaré la puerta entreabierta y podreis verle: está sentado junto á la ventana con un libro en la mano» Clery advirtió á la reina de la benévola curiosidad del centinela, y la reina habló de ella al rey, que interrumpió su lectura y se paseó con bondad muchas veces de un cuarto al otro, afectando pasar cerca del centinela, y dirigiéndole un signo mudo de inteligencia. «¡Oh! dijo aquel hombre á Clery cuando el rey se retiró, ¡que bueno es el rey! ¡cómo ama á sus hijos! ¡No, yo no creeré nunca que nos hizo tanto mal!» El joven colocado de centinela á lo último de los castaños, manifestaba por la benevolencia pintada en su fisonomía y por sus lágrimas, el dolor que le inspiraba la cautividad de la familia de sus reyes. Madame Isabel se acercó á aquel joven para dirigir algunas palabras frivolas á aquel amigo desconocido de su hermano, y él hizo señas á la princesa de que había un papel debajo de los escambros que cubrian aquella parte de la calle. Clery se in-

clinó para recoger aquel papel, fingiendo buscar ladrillos llanos para que el delfín jugase al tejo: los artilleros notaron el semblante del centinela, acusándole sus húmedos ojos. Se le condujo á la Abadía y de allí al tribunal revolucionario, que le hizo pagar aquellas lágrimas con su sangre.

XXXVII.

Como toda la familia cayó enferma, viéndose obligada á guardar cama sucesivamente, con motivo de la humedad de las paredes y de los primeros frios del invierno, la municipalidad autorizó, despues de muchas formalidades, á Mr. Lemonnier, primer médico del rey, para que entrase en la prision. Sus conocimientos restablecieron pronto á la reina, á madama Isabel y á los niños; pero la enfermedad del rey se prolongó mas, y hasta inspiró temores á sus guardianes. La reina y su hija no se separaban de la cabecera de su cama, teniendo que volverse ellas mismas á la suya. Clery velaba todas las noches en el cuarto de su amo, y cayó peligrosamente enfermo cuando cesó la calentura del rey, sin poderse levantar para prestarle sus servicios estando aun convaleciente, ni vestir al delfín. El rey, llenando por primera vez los deberes de una madre, levantaba, vestia y peinaba á su hijo. El niño pasaba todo el día en el cuarto oscuro y helado de Clery, dándole de beber y prestándole todos los servicios que su edad y su debilidad permiten á un niño dispensar á un enfermo. El mismo rey, levantándose por la noche y espiondo el sueño del comisario que vigilaba en la antesala, iba descalzo y en camisa á llevar un vaso de tisana á su criado. ¡Pobre Clery, le decía, cuánto quisiera velar á mi vez al pie de vuestro lecho; pero veis como nos observan; tened ánimo y con-

servaos para vuestros amigos, porque ya no tenéis señores! El criado enternecido cubría de lágrimas las manos del rey.

XXVIII.

La municipalidad mandó que se estrechase aun mas el cautiverio en el mismo recinto de la torre, y en su consecuencia hicieron subir un cantero, que abrió agujeros en el alfeizar de la puerta de la antesala del rey para colocar cerrojos. A medio día bajó el hombre para comer, y el delphin se puso á jugar con el martillo y el cincel que el obrero habia dejado junto á la puerta: vino el rey y cogió de las manos del niño los instrumentos, y recordando su antigua habilidad para las obras de cerrajería y sus inclinaciones de artesano, enseñó á su hijo como se debían coger los útiles y abrió él mismo el agujero principiado. Cuando subió el obrero y vió al rey hacer su obra con la seriedad de un hombre del oficio, no pudo mirar sin conmoverse lo que podia un cambio de fortuna. «Cuando salgais de esta torre, dijo al rey con un instinto de compasion que daba la esperanza por certidumbre, podreis decir que vos mismo habeis trabajado vuestra prision.—¡Ay! amigo mio, respondió el rey entregándole el martillo y el cincel, ¿cuándo y cómo saldré?» Cogió á su hijo por la mano y volvió á entrar en su cuarto, donde se paseó un largo rato en silencio.

XXIX.

Insensible á las privaciones que solo recaían sobre él mismo, se presentaba con frecuencia á su mente y se escapaba algunas veces de su pecho, la comparacion del

pasado esplendor en que habia visto á su esposa y á su hermana con su desnudez actual. Los aniversarios de sus felices dias, de su coronacion, de su matrimonio, del nacimiento de su hija y de su hijo, del dia de su santo, eran para él dias mareados por mayor tristeza, y con frecuencia tambien por los ultrajes. El dia de San Luis, los federados y los artilleros de guardia vinieron con una alegría cruel á danzar en corro y cantar el «esto marchará (za ira)» debajo de sus ventanas. El rey recordaba melancólicamente á la reina aquellos dias de su union y de su felicidad, y le pedia perdonase á su suerte, que los habia cambiado para ella en dias de luto. «¡Ah! madama, le decia una noche viéndola barrer el pavimento del cuarto de su hijo que estaba enfermo, ¡qué oficio para una reina de Francia! ¡Y si lo viesen en Viena! ¡Ah! ¡quién hubiese dicho que uniéndoos á mi suerte os haria descender tanto!—¿Y en nada tenéis, le dijo Maria Antonieta, la gloria de ser la mujer del mejor y del mas perseguido de los hombres? ¿tales desgracias no son las mas magestuosas de todas las grandezas?»

Otra vez vió á madama Isabel que remendaba el vestido de la reina, á quien habian quitado hasta sus agujeras, obligada á cortar con los dientes el hilo de la aguja. «¡Ay hermana! la dijo, ¡qué contraste! nada os faltaba en vuestra bonita casa de Montreuil,» aludía á una deliciosa residencia que se habia complacido en embellecer para su hermana con todo lo mas elegante de la vida rústica en tiempo de su prosperidad. Estos fueron sus únicos recuerdos de lo pasado; los evitaba como un choque del alma que podia arrancar una involuntaria esclamacion á su firmeza.

XXX.

Comenzaba la uniformidad de aquella vida á cambiarse en costumbre y en tranquilidad de espíritu. La

presencia diaria de seres amados, la ternura mútua mas conocida desde que la etiqueta de las córtes no se interponía entre los sentimientos de la naturaleza; la regularidad de los mismos actos á las mismas horas, el paso de una habitación a otra, las lecciones de los niños, sus juegos, las salidas al jardín que consolaban con frecuencia miradas comprendidas, comer juntos, las conversaciones, las lectoras, aquel silencio profundo en los muros en torno de los prisioneros, mientras que tanto ruido se hacía lejos de ellos en torno de sus nombres, algunas caras de comisarios enternecidos, algunas inteligencias furtivas con el exterior, algunos complots oscuros de evasión engrosados por la esperanza, y aquella vista continua de calabozos, acostumbraban insensiblemente á los detenidos á su adversidad, y hasta les hacían descubrir el lado consolador de la desgracia, cuando un aumento de rigor en su prision y de aspereza en sus carcereros vino á agitar de nuevo su vida interior y hacerla conjeturar sinistros acontecimientos.

Llegó á ser odiosa y ofensiva aquella vigilancia para el pador de las princesas. Se partía el pan de los prisioneros para descubrir billetes ocultos; se abrían las frutas; se rompían hasta los huesos de los melocotones, de miedo que una diestra astucia no hubiese introducido en ellos correspondencias. Despues de todas las comidas, se retiraban los cuchillos y los tenedores necesarios para trinchar los alimentos. Se media lo largo de las agujas de las princesas bajo pretesto de que podían trasformarse en armas de suicidio. Se trató de acompañar á la reina al cuarto de madama Isabel, donde iba siempre al medio día á quitarse su bata de mañana, y sitiada siempre por aquella injuriosa mirada, renunció á cambiar el vestido. Se desplegaba pieza por pieza, y se registró al rey, quitándole hasta los pequeños utensilios de tocador de oro con que rizaba su pelo y cuidaba sus dientes, viéndose obligado á dejarse crecer la barba, que siendo fuerte]

retorcida hácia dentro irritó dolorosamente su piel y le obligaba á lavarse muchas veces al día en agua fresca. Tison y su muger espíaban y contaban siempre á los comisarios los menores cuchicheos, los gestos y las miradas. Se dejaba entrar en el patio del Temple á los gritadores que pedían á grandes voces la cabeza de la reina y del rey. Rocher cantaba la Carmañola al oído del rey, y enseñaba al delin coplas irritantes contra su madre y contra él mismo; el niño las repetía incoherentemente y hacia ruborizar á su tia; aquel hombre, hablandado un momento habia vuelto á recobrar su naturaleza y bebia con el vino una nueva insolencia; la embriaguez que le hacia dormirse todas las noches, principiaba todas las mañanas de nuevo. Obligadas las princesas á atravesar su cuarto para pasar al del rey ó á la salida de él, hallaban aquel hombre siempre acostado á la hora de cenar y con frecuencia tambien á la de comer. Vomitaba imprecaciones contra ellas y las obligaba á esperar con los ojos bajos á que se vistiese. Los obreros que trabajaban en el exterior de la torre no cesaban tampoco de amenazar al rey; agitaban las herramientas encima de su cabeza, y uno de ellos levantó su hacha sobre el cuello de la reina, y la hubiera dejado caer si no hubiesen desviado el arma.

Un municipal despertó una noche al delin, tirándole con fuerza del brazo para asegurarse, decia, de la presencia del niño. La reina se precipitó entre aquel hombre y su hijo perdiendo la paciencia, y dirigió al comisario una aterrada mirada; por primera vez la reina humillada desapareció y se mostró la madre.

Una diputacion de la Convencion fué á visitar el Temple. Chabot, Dubois-Crance, Drouet y Duprat hacían parte de ella. Al ver á Drouet, el maestro de postos de Sainte Menehould, que reconociendo y haciendo arrestar al rey en Varennes, habia sido la causa primera de todas sus desgracias, la reina, madama Isabel y

Los niños se pusieron pálidos, y creyeron ver aquel genio malo que había aparecido á Bruto. la vispera de Varsalia. Chabot y Drouet se sentaron sin ningun respeto delante de las princesas, que estaban en pie; hicieron preguntas á la reina que no se dignó responder; luego preguntaron al rey si tenia que hacer alguna reclamacion. «Yo no me quejo de nada, respondió el rey; pido solo que liagan traer á mi muger y á mis hijos la ropa blanca y los vestidos, de que ya veis tienen necesidad.» Los vestidos de las princesas se caian á pedazos, viéndose obligada la reina para que el rey no fuese vestido de andrajos á echar piezas á su frac mientras dormia. Todos estos rigores y toda esta desnudez habia sido consecuencia de las órdenes cada dia mas severas de la municipalidad. Tison y su muger denunciaron la familia real á la Convencion, afirmando que los prisioneros mantenian una correspondencia con el exterior; que tenian cachicheos sospechosos con algunos comisarios; que madama Isabel, cenando una noche dejó caer un lapiz que tenia en su pañuelo, y que se habian hallado en el aposento de la reina obleas y una pluma. Con esto volvieron á empezar los registros, deshaciendo hasta las almohadas y los colchones, y sacaron al delphin que dormia de su cama para registrarla. La reina cogió al niño durante aquel tiempo en sus brazos y le calentó, pues estaba desnudo y liritando de frio.

XXXI.

Sin embargo de todo, cuando mas aumentaban el odio y la persecucion en torno de los cautivos, la emociion de su caída, y lo triste de su situacion inspiraban mas interés á algunas almas, y temeridad á algunos

adictos. La vista continua de los padecimientos, la dignidad, y quizá tambien la encantadora belleza de la reina, habian hecho traidores en la misma municipalidad. Si los grandes crimenes tientan á veces almas ardientes, los grandes sacrificios tientan tambien á corazones generosos, porque la compasion tiene su fanatismo. Arrancar de su prision, á sus perseguidores y al cadalso la familia de los reyes, y volverla por medio de una astucia heroica á la libertad, á la dicha y quizás al trono; era una tentativa que debia seducir por la magnitud misma de las dificultades y de los peligros, y encontrar imaginaciones capaces de soñarla, y de atreverse á ponerla en planta. Hallárouse en efecto.

Habia en aquel tiempo, entre los miembros de la municipalidad, un jóven llamado Toulan, natural de Tolosa, y de humilde condicion. Apasionado por los estudios literarios que ennoblecen el corazon, vino á establecerse á Paris, donde el comercio de libros de que se ocupaba, satisfacía á la vez sus gustos y sus necesidades. Sus volúmenes, hojeados sin cesar á causa de su tráfico, habian comunicado á su imaginacion la pasion de la libertad, y aquellas emanaciones novelescas que salen de los libros y embriagan el entendimiento. Habia tomado parte en la revolucion como en un sueño en accion: su ardor y su elocuencia le popularizaron en su seccion; uno de los primeros en el asalto de las Tullerías, el 10 de agosto, habia sido tambien uno de los primeros en el consejo de la municipalidad. Habiéndole notado sus colegas por su odio fogoso contra la tirania, fue por lo mismo escogido para comisario en el Temple, en donde entró con el horror del tirano y de su familia, y de donde salió desde el primer dia, con una adoracion apasionada por las victimas. La vista de Maria Antonieta sobre todo, aquella magestad aumentada por su degradacion, aquella fisonomia en que la languidez de una cautiva templaba la altivez de una reina, aquella tristeza esparcida de re-

pente como un velo sobre facciones en que brillaban aun tantas gracias, aquel último resplandor de la juventud que iba á extinguirse con la humedad de los calabozos, aquella cabeza de que tan cerca habia estado suspenda el hacha, y que le parecía ya ver cogida por los cabellos para ser presentada al pueblo por el verdugo; todo esto habia conmovido profundamente la sensibilidad de Toulan. Era una de aquellas almas que las emociones arrojan del primer golpe al extremo opuesto de su pensamiento, y que no discuten contra lo que siente su corazón. Todo lo que era bello le parecía posible; buscó é intrigo con falsas demostraciones de furor contra el rey, misiones mas frecuentes y mas árduas en la torre del Temple, y se les habian prodigado. Procuró en todas las ocasiones que la reina notase los signos mudos que la dirigia, que sin dar sospecha á sus colegas, la hiciesen conocer que tenia un amigo entre sus perseguidores; por fin lo consiguió.

Toulan, muy jóven, de pequeña estatura y delgado, tenia una de esas fisonomias delicadas y expresivas del Mediodia, en que el pensamiento habla en los ojos y en que la sensibilidad palpita en la movilidad de los músculos del rostro; su mirada era un lenguaje, y desde hacia ya tiempo la reina le habia ya comprendido. La presencia de otro comisario, unido siempre á los pasos de Toulan, le impidia explicarse mas. Consiguió seducir uno de sus colegas del consejo de la municipalidad, llamado Lepitre, y arrastrarle, por lo grande del proyecto y por el brillo de la recompensa, en un complot de evasión de la familia real.

Vió la reina los dos comisarios de servicio juntos en la prision penerse de rodillas ante ella, y ofrecerla en la oscuridad de su calabozo, un sacrificio que el lugar, el peligro y la presencia de la muerte hacian superior á todos los prodigados á su prosperidad. La reina lo aceptó y les animó, dió con su propia mano á Toulan un rizo de

sus cabellos, con esta divisa en lengua italiana: «El que teme morir no sabe amar.» Era la carta de crédito dada por ella á Toulan, para con sus amigos de fuera; poco despues añadió á ella un billete de su mano para el caballero de Jarjais, su corresponsal secreto y gefe invisible de su complot. «Podeis tener confianza, le decia, en el hombre que os hablará de mi parte; conozco sus sentimientos, que desde hace cinco meses no han variado.»

Cierto número de realistas seguros, ocultos en París y diseminados en los batallones de la guardia nacional, fué vagamente iniciado en aquel plan de evasión, que consistia en corromper á fuerza de dinero algunos comisarios de la municipalidad, encargados de la vigilancia de la prision; hacer una lista de los realistas mas decididos entre los batallones de la guardia nacional de cada seccion; tomar medidas para que estos hombres, indicados como por la casualidad, se hallasen en un dia señalado en el destacamento que diese la guardia en la torre del Temple; hacer desarmar por estos conspiradores disfrazados el resto del destacamento durante la noche, libertar la familia real y conducirla, teniendo relevos preparados, hasta Dieppe, donde una barca pescadora la esperaria y la llevaria á Inglaterra con sus principales libertadores.

Intrepido é infatigable por su celo Toulan, provisto de sumas considerables, que una firma del rey habia puesto á su disposicion en París, maduraba su plan con el mayor misterio, haciendo saber á la reina las tramas de sus partidarios: decia afuera las intenciones del rey; sondeaba con reserva á los principales gefes del partido en la Convencion y en la municipalidad; trataba de adivinar por todas partes secretas complicidades hasta en Marat, Robespierre y Danton; tanteaba la generosidad de los unos, la avaricia de los otros, y mas feliz cada dia en sus empresas y mas seguro del buen éxito, contaba

va muchos guardas de la torre y cinco miembros de la municipalidad, entre los cómplices de sus peligrosos designios. Por esta parte penetraba un rayo de luz en las sombras de la prision, y conservaba en el alma de los cautivos, sino la esperanza, á lo menos el sueño de la libertad.



LIBRO TREINTA Y TRES.

Los jacobinos obligan á los girondinos á pronunciarse en el proceso del rey. — Saint-Just. — Su retrato. — Pide la muerte del rey. — La Montaña. — Su idea. — Tomás Payne. — Carestía en París. — El clero asalariado. — El armario de hierro. — Denuncias. — El populacho al rededor del Temple. — Madame Roland en la barra. — Robespierre pide que el rey sea juzgado sin apelacion. — Vergniaud lucha por la vida del rey.

I.

Se apresuraban mientras tanto los jacobinos para arrancar á los girondinos, á la faz del pueblo, su secreto sobre la vida ó la muerte del rey. Impacientes por armarse contra ellos de la sospecha del realismo, necesitaban la discusion inmediata sobre este gran testó, para colocar á sus enemigos entre los débiles ó entre los traidores. Conocian la repugnancia que Vergniaud tenia á aquella inmolation á sangre fria, á la venganza mas que á la salvacion de la república. Sospechaban las intenciones de Brissot, de Sieyes, de Petion, de Condorcet, de Guadet y de Gensonné; ansiaban ver con claridad aquellas repugnancias y aquellos escrúpulos, para que

va muchos guardas de la torre y cinco miembros de la municipalidad, entre los cómplices de sus peligrosos designios. Por esta parte penetraba un rayo de luz en las sombras de la prision, y conservaba en el alma de los cautivos, sino la esperanza, á lo menos el sueño de la libertad.



LIBRO TREINTA Y TRES.

Los jacobinos obligan á los girondinos á pronunciarse en el proceso del rey. — Saint-Just. — Su retrato. — Pide la muerte del rey. — La Montaña. — Su idea. — Tomás Payne. — Carestía en París. — El clero asalariado. — El armario de hierro. — Denuncias. — El populacho al rededor del Temple. — Madame Roland en la barra. — Robespierre pide que el rey sea juzgado sin apelacion. — Vergniaud lucha por la vida del rey.

I.

Se apresuraban mientras tanto los jacobinos para arrancar á los girondinos, á la faz del pueblo, su secreto sobre la vida ó la muerte del rey. Impacientes por armarse contra ellos de la sospecha del realismo, necesitaban la discusion inmediata sobre este gran testó, para colocar á sus enemigos entre los débiles ó entre los traidores. Conocian la repugnancia que Vergniaud tenia á aquella inmolation á sangre fria, á la venganza mas que á la salvacion de la república. Sospechaban las intenciones de Brissot, de Sieyes, de Petion, de Condorcet, de Guadet y de Gensonné; ansiaban ver con claridad aquellas repugnancias y aquellos escrúpulos, para que

serviesen de signo de reprobacion contra los amigos de Roland. El proceso del rey iba á separar los débiles de los fuertes; el pueblo pedía aquel juicio como una satisfaccion; los partidos como un postrer combate; los ambiciosos como lo prenda del gobierno de la república puesta en sus manos.

II.

Petion pidió el primero en la Convencion que se sentase la cuestion de la inviolabilidad del rey, y que se deliberase antes de todo sobre aquel preliminar indispensable en todo juicio. ¿Puede el rey ser juzgado? Morisson pretendió que la inviolabilidad, declarada por la Constitucion de 1791, ponía á cubierto la persona del soberano contra todo juicio que no fuese el de la victoria, y que toda violencia contra su vida seria un crimen. «Si el 10 de agosto, dijo, hubiese yo encontrado á Luis XVI con el puñal en la mano, cubierto con la sangre de mis hermanos; si hubiese visto claramente aquel día que habia sido él quien dió la orden de degollar á los ciudadanos, hubiera ido á herirle yo mismo; pero desde aquel día han pasado muchos meses; está en nuestras manos, está sin armas, sin defensa y nosotros somos franceses. Esta situacion es la ley de las leyes.»

III.

Saint-Just, que desde entonces era como el pensamiento de Robespierre, á quien este hacía marchar algunos pasos delante de él, se levantó al escuchar estas palabras. Este jóven, mudo como un oráculo y senten-

cioso como un axioma, parecia haberse despojado de toda sensibilidad humana para personificar en él la fria inteligencia y el implacable impulso de la revolucion. No tenia ni miramientos ni oídos, ni corazón para nada de lo que le parecia ser un obstáculo para el establecimiento de la república universal. Reyes, tronos, sangre, mugeres, niños, pueblo y cuanto se encontrase entre aquel objeto y él, desaparecía ó debía desaparecer. Su pasion, por decirlo así, habia petrificado sus entrañas, y su lógica habia contraído la impassibilidad de un geómetra y la brutalidad de la fuerza material. El era quien en las largas é intimas conversaciones que tenia por la noche en casa de Duplay, habia combatido mas lo que llamaba debilidades del alma de Robespierre y su repugnancia á derramar la sangre del rey. Inmóvil en la tribuna, frio como una idea, con sus largos cabellos rubios flotando por ambos lados del cuello y hasta sobre sus hombros, la calma de la conviccion absoluta difundida en sus facciones casi femeninas, comparado al *San Juan del Mesías del pueblo* por sus admiradores, la Convencion le contemplaba con aquella inquieta fascinacion que ejercen ciertos seres colocados en los limites indecisos de la demencia y del genio. Unido solo á los pasos de Robespierre, se comunicaba muy poco con los demas. Abandonaba su asiento en la Convencion para aparecer como un precursor de las opiniones de su maestro. Apenas terminado su discurso, se volvía silencioso é impalpable, no como un hombre, sino como una voz.

IV.

«Os dicen, murmuró firramente Saint-Just, que el rey debe ser juzgado como ciudadano, y yo trato de probaros que debe ser juzgado como enemigo: no tene-

mos que juzgarle, tenemos que combatirlo. La lardanza mas funesta de todas las que nuestros enemigos nos aconsejan, seria la que nos hiciese contemporizar con el rey. Un dia, pueblos tan distantes de nuestras preocupaciones, como nosotros lo estamos de las preocupaciones de los vándalos, se admirarán de que un pueblo haya deliberado para saber si tenia ó no el derecho de juzgar á sus tiranos; se admirarán de que en el siglo XVIII hayamos estado mas atrasados que en tiempo de César. El tirano fué inmolado en pleno senado, sin otra formalidad que veinte y dos puñaladas, sin otra ley que la libertad de Roma; y hoy se hace con respeto el proceso de un hombre, asesino del pueblo, cogido in fraganti delicto. Los que dan alguna importancia al justo castigo de un rey, nunca harán una república, siendo entre nosotros la debilidad de caracteres un gran obstáculo para la libertad. Unos parece temen sufrir algun dia la pena de su valor, y los otros no han renunciado del todo á la monarquía; estos temen un ejemplo de virtud, que seria un lazo de responsabilidad comun y de unidad de la república. ¡Ciudadanos! si el pueblo romano, despues de seiscientos años de virtudes y de odio á los reyes, si la Inglaterra, despues de muerto Cromwell vieron renacer los reyes á pesar de su energia, ¿qué no deben temer entre nosotros los buenos ciudadanos viendo temblar el hacha en nuestras manos, y un pueblo, desde el primer dia de su libertad, respetar el recuerdo de sus cadenas? ¡Se habla de inviolabilidad! existia, quizá, esta inviolabilidad mútua de ciudadano á ciudadano; pero de pueblo á rey no hay relacion natural: el rey estaba fuera del contrato social que unia entre si á los ciudadanos; no puede estar garantido por este contrato al que él solo hacia una tiránica escepcion.

¡Y se invocan las leyes en favor del que las ha destruido todas! ¡Qué proceso, qué informacion quereis hacer de sus crímenes, que por todas partes están escritos

con la sangre del pueblo? ¿no pasó antes del combate revista de las tropas? ¿no huyó en vez de impedir se disparase sobre la nacion? ¿Pero para qué buscar crímenes? Tal alma generosa hay que dirá en otro tiempo que se debe formar causa al rey, no por los crímenes de su gobierno, sino por el solo crimen de haber sido rey, porque la magestad es un crimen toda vez que el usurpador está sujeto á ser juzgado por todos los ciudadanos. Todos los hombres han recibido de la naturaleza la secreta mision de esterminar el dominio; no se puede reinar inocentemente; todo rey es un rebelde; ¿y qué justicia podria hacerle el tribunal á quien encargáseis su juicio? ¿tendria facultad de restituírle la patria y de citar ante él, para hacerle reparacion, la voluntad general? ¡Ciudadanos! el tribunal que debe juzgar á Luis XVI es un consejo político; es el derecho de las naciones quien juzga á los reyes. No olvidéis que segun el espíritu con que juzgareis á vuestro señor, será el espíritu con que establecereis vuestra república: la teoria de vuestro juicio será la de vuestras magistraturas, y la medida de vuestra filosofia en este juicio será tambien la de vuestra libertad en vuestra constitucion. ¿Para qué hacer un llamamiento al pueblo? El derecho de los hombres contra los reyes es personal: el pueblo entero no podria obligar á un solo ciudadano á que perdonase á su tirano. Pero apresuraos, porque no hay ciudadano que no tenga sobre él el derecho que tenia Bruto sobre César; el derecho de Ankarstroem sobre Gustavo! Luis es otro Catilina. El asesino juraria, como el cónsul de Roma, que ha salvado la patria inmolándole. Habeis visto sus pérdidas designios, habeis contado su ejército; el traidor no era el rey de los franceses, sino el rey de algunos conjurados: hacia levantamiento de tropas, tenia ministros particulares, habia proscrito secretamente todos los hombres probos y de valor; es el asesino de Naney, de Courtrai, del Campo de Marte, de las Tullerias. ¡Qué enemigo estrangero nos

hizo tanto mal! ¡Y se trata de remover la piedad! ¡Bien pronto se comprará con lágrimas, como en los entierros de Roma! ¡tened cuidado con vuestros corazones! ¡pueblo! si el rey llega á ser absuelto, recuerda que ya no somos dignos de tu confianza, y no debes ver en nosotros sino traidores!»

Se apropió estas palabras la Montaña por el entusiasmo con que las aptandió. Hubiera podido decirse que una mano atrevida acababa de rasgar la nube de las leyes escritas, y de hacer aparecer la jurisdicción de la cuchilla sobre la frente de todos los reyes. Fauchet, arrojando el delirio de la Asamblea, pronunció, pero sin poder hacerse oír, enérgicas palabras sobre la inutilidad de la muerte y sobre la virtud política de la magnanimidad. «No, dijo, conservemos este hombre criminal que fué rey; que quede, como un vivo espectáculo de lo absurdo y del envilecimiento del trono, y diremos á las naciones: Veis esta especie de hombre antropófago, que jugaba con nosotros y con vosotras? Era un rey; ninguna ley interior había previsto su crimen: ha traspasado los límites de los atentados previstos en nuestro código penal: la nación se venga imponiéndole un suplicio más terrible que la muerte: le expone para siempre al universo, colocándole sobre un cadáls de ignominia.»

En una de las sesiones siguientes, Gregoire atacó la teoría de la inviolabilidad de los reyes. «Esta lición no sobrevive á la ficción constitucional que la crea,» y pidió, no la muerte, sino el juicio con todas sus consecuencias; aunque fuese la muerte y prejugó el decreto con estas terribles palabras. «¡Hay un pariente, un amigo de nuestros hermanos inmolados en nuestras fronteras, que

no tenga el derecho de traer su cadáver á los pies de Luis XVI, y decirle, «¿He aquí tu obra?» y este hombre no estará sujeto al juicio del pueblo?»

«Repruebo la pena de muerte, continuó Gregoire, y espero que este resto de barbarie desapareciera de nuestras leyes; á la sociedad la basta que el culpable no pueda hacer daño; le condenareis sin duda á la existencia, á fin de que el remordimiento y horror de sus maldades le persiga en el silencio de su cautiverio: pero ¿pueden los reyes arrepentirse? la historia que grabará sus crímenes podrá pintarle con un solo rasgo. El 10 de agosto en las Tullerías eran degollados miles de hombres; el estruendo del cañon anunciaba una espantosa carnicería, y aquí, en esta sala, el rey comía!... Al fin sus traiciones acarrearón nuestra libertad; el impulso está dado al mundo; el cansancio de los pueblos llegó á su colmo, y todos se lanzan hácia la libertad; el volcan va á hacer su explosion, de la que resultará la resurreccion política del globo. ¿Qué sucedería si en el momento en que los pueblos van á romper sus cadenas proclamáseis la impunidad de Luis XVI? La Europa dudaría de vuestra intrepidez, y los déspotas volverían á tener esperanza en aquella máxima de nuestra esclavitud, que tienen su corona de Dios y de su espada.»

En las sesiones siguientes se leveron numerosas exposiciones de los departamentos, pidiendo todos la cabeza del asesino del pueblo; parecia que la primera necesidad de la nacion, no era tanto defenderse como vengarse.

VI

Entre los miembros de la Convención nacional, tomaba asiento un extranjero. Era este, el filósofo Tomás Payne, nacido en Inglaterra, apóstol de la independencia

americana, amigo de Franklin, autor del *Buen sentido*, de *Los Derechos del hombre* y de *La Edad de la razón*, tres páginas del nuevo Evangelio, en las que había llevado las instituciones políticas y las creencias religiosas á la justicia y á la luz primitivas, teniendo su nombre una gran autoridad entre los novadores de los dos mundos: su reputacion le habia servido para naturalizarse en Francia; la nacion que entonces pensaba y combatia, no por ella sola, sino por el universo entero, reconocia por compatriotas á todos los celosos por la razon y la libertad: el patriotismo de la Francia, como el de las religiones, no consistia ni en la uniformidad de lenguaje, ni en la comunidad de las fronteras, sino en la comunidad de las ideas. Payne, unido con madama Roland, con Condorcet y Brissot, habia sido electo por la ciudad de Calais; los girondinos le consultaban y le habian introducido en el comité de legislacion. El mismo Robespierre afectaba por el radicalismo cosmopolita de Payne el respeto de un neóbita por las ideas que vienen de lejos.

El rey habia tenido muchos miramientos á Payne, cuando fué enviado á Paris para implorar los socorros de la Francia en favor de la América. Luis XVI hizo donativo de seis millones á la jóven república. Payne no tuvo ni la memoria ni el decoro que convenia á su situacion. No pudiendo producirse en francés en la tribuna, escribió é hizo leer á la Convencion una carta innoble en los términos, y cruel en la intencion: larga injuria arrojada hasta el fondo del calabozo al hombre de quien en otro tiempo habia solicitado generosa asistencia y á quien debia la salvacion de su patria adoptiva. «Considerado como individuo, ese hombre no es digno de la atencion de la república; pero como cómplice de la conspiracion contra los pueblos, debeis juzgarle, decia Payne; en cuanto á la inviolabilidad, no hay necesidad de hacer mencion de este motivo. No veais en Luis XVI, mas que un hombre de escaso talento; mal educado, como todos sus igua-

les, sujeto, dicen, á frecuentes escesos de embriaguez, y al que la Asamblea constituyente restableció imprudentemente sobre un trono para el que no era á propósito.»

La ingratitude se manifestaba en ultrages, y la filosofía se degradaba haciéndose inferior al despotismo en el lenguaje de Payne. Madama Roland y sus amigos, aplaudieron la groseria republicana de aquel acto y de aquellas espresiones. La Convencion mandó por unanimidad que se imprimiese la carta.

VII.

El duque de Orleans, á quien Hebert habia bautizado la víspera en la municipalidad con el nombre de Felipe-Igualdad y que habia aceptado este nombre para despojarle hasta de las sílabas que recordaban la raza de Borbon; subió á la tribuna despues de leida la carta de Tomás Payne. «Ciudadanos, dijo, mi hija de edad de quince años, ha ido á Inglaterra en el mes de octubre de 1791, con la ciudadana de Genlis Sillery, su aya, y dos jóvenes educadas con ella desde su niñez, de las que una es la ciudadana Enriqueta Sercey, huérfana, y la otra Palmela Seymour, naturalizada francesa desde hace muchos años. La ciudadana Sillery ha educado á todos mis hijos, y su comportamiento prueba que les ha formado desde muy temprano para las ideas republicanas. Uno de los motivos del viage de mi hija, ha sido para sustraerla á la influencia de los principios de una muger, su madre, muy apreciable sin duda; pero cuyas opiniones sobre los asuntos del día no han sido siempre conformes á las mías. Cuando razones tan poderosas detenian á mi hija en Inglaterra, mis hijos estaban en el ejército. Yo no he dejado de estar con ellos en medio de vosotros, y puedo decir que yo y mis hijos no somos los ciudadanos

que hubieran corrido menos peligro, si no hubiese triunfado la causa de la libertad. Es imposible, es absurdo, mirar el viage de mi hija como una emigración; pero para atormentar á mi padre, basta la mas pequeña duda; os suplico, pues, ciudadanos, que calareis mis inquietudes. Si, lo que no puedo creer por parecerme imposible, imponeis el rigor de la ley á mi hija, por cruel que sea este decreto para mi, los sentimientos de la naturaleza no ahogaran los deberes de ciudadano, y alejándola de la patria por obedecer á la ley, probaré de nuevo lo que aprecio el título de ciudadano, que prefiero á todo.

Acordó desdeñosamente la Asamblea, que pasase la supplica del duque de Orleans al comite de legislación. La Convencion, que no tenia necesidad de compliées, principiaba á inquietarse por contar un Borbon en su seno. Demasiado cercano al trono para poderse servir de él sin riesgo, demasiado fiel á la revolución para atreverse á acusarle, le cubria con una tolerancia que se parecia al olvido: queria eclipsarle, él queria eclipsarse á si mismo; pero su nombre era demasiado brillante y le denunciaba á la atencion de la república; era su único crimen de que su postracion ante el pueblo no podia absolverle: aquel nombre, aunque repudiado, le anonadaba. La Francia y la Europa, atentas se preguntaban como su patriotismo sufriria la terrible prueba del proceso de su patriote y de su rey; la naturaleza le rechazaba, la opinion le pedia una cabeza, y se temblaba decir quien triunfaria, si la naturaleza ó la opinion.

VIII.

París y los departamentos amenazados entonces por el hambre, se agitaban por efecto del terror pánico, aun mas que por la realidad de la carestía. El descrédito en

que habian caído los asignados, moneda de papel, ideal como la confianza, hacia encerrar el trigo, lo que produjo la violacion de los mercados y los domicilios. Todos los pueblos pequeños al rededor de París; granero de la Francia, estaban en una continua sedicion. Los comisarios de la Convencion que se enviaban sobre el terreno eran injuriados, amenazados y espulsados á la fuerza, y el pueblo les pedia pan y curas. Volvian á la Convencion á manifestar sus alarmas, sus injurias y su impotencia; «Se nos conduce á la anarquía, decia Petion; nos despedazamos con nuestras propias manos, hay causas ocultas para estos tumultos y estallan cabalmente en los departamentos mas abundantes en trigo. Conspiradores que envileceis la Convencion, decidnos ¿que quereis de nosotros? Hemos abolido todas las tiranías, hemos abolido el trono: ¿qué mas quereis?»

Estraviando las conciencias, las ideas religiosas agitaban al mismo tiempo los departamentos; las sediciones tomaban la cruz por estandarte, lo que conmovió á Danton. «Todo el mal no está en las alarmas por las subsistencias, dijo á la Convencion; se ha sembrado en la Asamblea una idea imprudente, hablándose de no dar pensiones á los clérigos: se han apoyado en las ideas filosóficas que yo respeto, porque yo no conozco otro Dios que el del universo, ni otro culto que el de la justicia y el de la libertad; pero el hombre maltratado por la fortuna busca goces ideales. Cuando ve un hombre rico entregarse á todos sus placeres, acariciar todos sus deseos, entonces cree, y esta idea le consuela, que en otra vida los goces se multiplicarán en proporecion de sus privaciones en este mundo; cuando hayais tenido durante algun tiempo empleados de moral que hayan hecho penetrar la luz en las cabañas, entonces será el tiempo de hablar al pueblo de moral y de filosofia; pero hasta entonces es bárbaro, es un crimen de lesa nacion querer quitar al pueblo los hombres en quienes espera aun hallar algunos

consuélos. Yo creo, pues, que sería útil que la Convención diese una proclama para persuadir al pueblo, que no quiere destruir nada sino perfeccionarlo todo, y que si persigue el fanatismo, es porque quiere la libertad de las opiniones religiosas; pero aun hay un objeto que exige la pronta decisión de la Asamblea, añadió Danton, más obligado que deseoso de hacer esta manifestación contra Luis XVI; el juicio del ex-rey se espera con impaciencia. El republicano, por una parte, se indigna de ver que este proceso parece interminable; por otra, el realista se agita en todos sentidos, y como aun tiene su fortuna y su orgullo, vereis quizá, con gran escándalo de la libertad, dos partidos chocar entre sí. Todo os manda que apresureis el juicio del rey.»

IX.

No queriendo dejar á Danton la primacía de su moción, Robespierre se unió á él para pedir que, «el último tirano de los franceses, el punto de unión de todos los conspiradores, la causa de todas las turbulencias de la república fuese condenado inmediatamente á la pena que merecían sus maldades.» Marat, Legendre, Jean-Bon, Saint-André, dieron el mismo grito de impaciencia y lanzaron contra el rey solo la oleada de cólera, de inquietud y de agitación que amenazaba á la república. El proceso fué la orden del día permanente de la Convención.

También era la de los Jacobinos. Aquí Chabot dirigía invectivas contra Brissot, le echaba en cara haberse alegrado secretamente de los asesinatos de setiembre, con la esperanza de que su cómplice de otros tiempos y su enemigo entonces, el libelista Morande, depositario de sus secretos, perecería bajo el hacha del pueblo. «Y tú

le alabas con tus amigos, le decía Chabot, de ser el héroe del 10 de agosto! tú, que te has ocultado en el comité, hasta el momento en que se trató de apoderarse del ministerio bajo la responsabilidad de Roland y de Claviere! ¡El héroe del 10 de agosto tú, que pocos días antes leías un discurso aplaudido por los realistas, en que te declarabas defensor del rey! ¡Los héroes del 10 de agosto tú y tus amigos! ¿Es tu amigo Vergniaud, que concluía su discurso sobre la destitución por un mensaje al rey, destinado á adormecer la nación hasta la llegada de Brunswick? ¿Es Gerónimo Petion, que había impedido la insurrección del 20 de julio, y que me reprendía el 9 de agosto porque quería tocar á somaten? ¿Es tu amigo Lassource, que pedía el 8 de agosto se despachasen los federados que vencieron el 10? ¿Es aun Vergniaud que presidiendo la Asamblea en la mañana de aquel día, juraba morir por sostener los derechos constitucionales del rey? ¿Es tu partido, en fin, que mientras el cañon del pueblo derribaba el palacio, hacia decretar que se nombraría un ayo al príncipe real? ¡Dejo á la opinion pública que juzgue entre el ex-capuchino Chabot y el antiguo espía de la policía Brissot!» La conclusion de todas estas filípicas de los jacobinos contra Roland, Brissot, Petion y Vergniaud, era el desafío que hacían á los girondinos de volverse atrás en el proceso de Luis XVI, y de negar aquella cabeza al pueblo á menos de confesarse traidores á la patria.

Robespierre en la misma sesión de los Jacobinos rechazó, como Danton lo había hecho en la Convención, el pensamiento de suprimir el sueldo que daba el Estado á los eclesiásticos. Robespierre y otros retrocedían con timidez por interés de un partido, ante la aplicación racional del dogma de la independencia de las creencias religiosas y de la emancipación absoluta de la razón de los pueblos en materia de culto por la libertad. Decían que la religión del pueblo era una mentira, y pedían que la repú-

blica pagase sacerdotes encargados de predicar y de administrar lo que ellos llamaban una mentira. Así los hombres mas firmes en la fe revolucionaria, que no retrocedían ni delante de la sangre de sus conciudadanos, ni los ejércitos de la Europa, ni de su propio cadalso, retrocedían ante el poder de un hábito nacional y dilataban la verdad en las relaciones del hombre con Dios, mas bien que suspendían su poder. ¡Cuán cercana está la debilidad de la fuerza! «Mi Dios», decía Robespierre en una carta á sus comitentes, es aquel que creó todos los hombres para ser iguales y felices; aquel que protege los oprimidos y estermina á los tiranos: mi culto es el de la humanidad; yo no quiero mas que otro alguno el poder de los clérigos; es una cadena mas para la humanidad; pero es una cadena invisible unida á los espíritus; el legislador puede ayudar la razon á libertarse de ella, pero no romperla; bajo este concepto nuestra situación me parece favorable; el imperio de la superstición está casi destruido: ya es menos el sacerdote, el objeto de la veneración, que la idea de la religion que aquel personifica á los ojos de la multitud. Ya la antorcha de la filosofía, penetrando hasta las clases mas tenebrosas, ha disipado todos los ridículos fantasmas que la ambición de los clérigos y la política de los reyes nos mandan adorar en nombre del cielo. Ya apenas quedan en los ánimos mas que aquellos dogmas eternos, que prestan un apoyo á las ideas morales, y la doctrina sublime y tierna de la caridad y de la igualdad, que el hijo de Maria enseñó en otro tiempo á sus conciudadanos. Bien pronto sin duda, el evangelio de la razon y de la libertad será el evangelio del mundo: el dogma de la divinidad está grabado en las almas y el pueblo liga este dogma al culto que ha profesado hasta ahora; atacar este culto, es atentar á la moralidad del pueblo; recordad que nuestra revolucion está basada en la justicia, y que todo lo que tiende á debilitar este sentimiento moral en el pueblo, es anti-revoluciona-

rio. Recordad con qué prudencia los mas grandes legisladores de la antigüedad, supieron manejar estos resortes ocultos del corazón humano; con qué arte sublime, teniendo consideración á la debilidad ó á las preocupaciones de sus conciudadanos, consintieron en hacer sancionar por el cielo la obra de su genio. Cualquiera que sea nuestro entusiasmo, no hemos llegado aun á los límites de la razon y de la virtud humana: pero ¿que impolitico sería arrojar nuevos gérmenes de discordia en los ánimos, haciendo creer al pueblo que atacando sus sacerdotes se atacaba al mismo culto! No digais que no se trata de abolir el culto, sino solo de no pagarlo; porque aquellos que creen en el culto creen tambien que no pagarle ó dejarle perecer es lo mismo. Por otra parte, ¿no veis que entregando los ciudadanos á la individualidad de los cultos, levantáis la señal de la discordia en cada ciudad y en cada aldea? Los unos querrán un culto, otros querrán pasar sin él, y todos vendrán á ser los unos para los otros objetos de desprecio y odio.»

X.

De este modo Danton y el mismo Robespierre, por una estraña y cobarde concesion de sus principios, querían establecer en nombre de la república, aquella uniformidad oficial de las conciencias, que ellos echaban en cara á la política de los reyes. ¡Quitaban un rey al pueblo y no se atrevían á declarar que dejarían de pagar al clero!

Esta inconsecuencia de Robespierre, ocultando su debilidad bajo un sofisma, le presentaba á los sarcasmos de sus enemigos. Carra, Gorsas y Brissot, redactores de los principales periódicos de la Gironda, se apiadaron de «su superstición» y pusieron su complacencia en ridiculo.

«Todos preguntan, decían, ¿por qué van tantas mugeres detrás de Robespierre, á su casa, á la tribuna de los Jacobinos, á los Franciscanos y á la Convencion?—Es porque la revolucion francesa es una religion, y Robespierre quiere formar una secta: hay una especie de sacerdotes, que tienen sus devotos, sus Marias, sus Magdalenas como Cristo. Todo su poder está en la ruca; Robespierre predica, Robespierre censura; es furiosa, grave, melancólico, exaltado ó frio, seguido en sus pensamientos y en su conducta; se enfurece contra los ricos y los grandes, el texto de sus sermones es el de Cristo: «Es necesario despojar todos los picaros acomodados de Jerusalem para vestir los desnudos.» El vive con poco, no conoce las necesidades físicas, no tiene mas que una sola misión, que es la de hablar siempre: crea discípulos y tiene guardias para su persona: arenga en los Jacobinos cuando quiere hacerse sectarios allí; y calla cuando su voz pudiera perjudicar á su popularidad: rehusa los empleos en que podría servir al pueblo, é intriga para obtener aquellos en que puede persuadirle: aparece cuando quiere hacer sensacion, y desaparece cuando la escena está llena por otros. Tiene todos los caractéres de un gefe de religion, y se ha creado una reputacion de santidad; habla de Dios y de la Providencia, se llama el alma de los pobres y de los oprimidos; hace que le sigan las mugeres y los débiles de espíritu. ¡Robespierre es un sacerdote y jamás será otra cosa!»

Marat por su parte, ausente de la Convencion, y metido de nuevo en su subterráneo de los Franciscanos, desde el insulto de Westermann y las amenazas de los federados, denunció desde allí al pueblo la faccion de la Gironda, como una conjuracion permanente contra la patria. «No soy yo solo, escribia, á quien ellos obligan á buscar su seguridad en una oscura cueva para ponerse al abrigo del hierro de sus asesinos; esta atroz faccion se encarniza contra Robespierre, Danton, Panis y todos

los diputados que no pueden atraer á composicion por el miedo. Hacen sus listas de proscritos bajo los auspicios de su patrono Roland. Y ¿quienes son estos enemigos publicos de todo hombre de bien? Aquellos que en la Asamblea constituyente han sacrificado á la corte los derechos y los intereses del pueblo; los Camus, los Gregoire, los Roland, los Sieyes y los Buzot: son aquellos que en la Asamblea legislativa, han conspirado con el poder ejecutivo y hecho declarar una guerra desastrosa de concierto con Narbonne, La Fayette y Dumouriez: son los que piden la desmembracion de la Francia y la traslacion de la Asamblea nacional á Ronen: hablo de los Lacroix, de los Lacroix, Fauchet, Gensonné, Vergniaud, Brissot, Kersaint, Barbaroux y Guadet, estos viles maniques convencionales de Roland: ¡y se me critica haberme sustraído á los puñales de los asesinos pagados por esos hombres, refugiándome en mi subterráneo cuando mi muerte pueda cimentar la dicha del pueblo, ya verán si palidezco!»

No tardó efectivamente en volver á aparecer escoltado por hombres del pueblo armados con sables y palos, y seguido por grupos de niños y mugeres cubiertos de andrajos. Con este acompañamiento se presentó á la puerta de la Convencion. «¡Y me acusan, escribia al dia siguiente, de predicar la muerte y el asesinato! á mí que jamás he pedido algunas gotas de sangre impura sino para preservar atroyos de sangre inocente! El puro amor de la humanidad es el que me ha hecho cubrir algunos momentos mi sensibilidad para pedir la muerte de los enemigos del género humano. ¡Corrazones sensibles y justos! á vosotros apelo contra las calumnias de esos hombres de hielo, que verian sin conmoverse, inmolar á la nacion por un puñado de malvados. En el muelle de los Teatinos, en el antiguo palacio de Labriffe, cuyo nombre se ha borrado, se reunen diariamente esos agitadores Buzot, Kersaint, Gensonné,

Vergniaud, Sieyès y Condorcet; allí forman sus proyectos. Con mas frecuencia aun estos conjurados se reúnen en casa de la Saint-Hilaire, querida de Sillery, esta casa es una de sus madrigueras habituales, donde se principia por el conciliábulo y se concluye por la orgia, porque las ninfas de la emigracion van allí para romper aquellos padres conscriptos de la Convencion. Saladin ha comido allí el 27, con muchos diputados de la trínca, tales como Buzot y Kersaint. Lassourcee ha cenado allí con sus cortesanas contra-revolucionarias y Veimerange, antiguo administrador de correos, en cuya casa de campo de Thilles, cerca de la villa de Gonesse, se reúnen una vez á la semana los gefes de esta faccion en el mismo sitio y en la misma-mesa donde se reunian hace dos años Chapelier, Dandré, Maury y Cazalès!

XI.

En la misma época, Camilo Desmoulins asociándose con Merlin de Thionville, publicó un diario para defender la causa de Robespierre con este epigrafe, que revelaba todos los dias á sus lectores el pensamiento cotidiano de los Jacobinos. *No hay victima mas agradable á los dioses que un rey inmolado.* «Yo no sé», decía Camilo Desmoulins, si Robespierre debe temblar por el feliz éxito que ha obtenido contra sus cobardes acusadores. Su segunda filípica, ese sublime discurso de Ciceron, dice Jovenal, es quien hizo asesinar aquel grande hombre. Robespierre tambien ha vencido demasiado, sus enemigos están harto anonadados para que tan felices resultados no presagien una catástrofe. No es posible haber humillado mas á sus enemigos. Louvet estaba en la argolla, Petion parecia sacrificado al triunfo de su rival. ¿Qué es la virtud si Robespierre no es su imagen? ¿qué es la

elocuencia y el talento si el discurso de Robespierre no es la obra maestra, este discurso en que he encontrado reunidas la ironía de Sócrates á la delicadeza de Pascal, con dos ó tres rasgos comparables á las mas bellas inspiraciones de Demóstenes? Robespierre, Lacroix te acusaba de haber dicho una palabra digna de condenarse; pero tal es la idea que yo tengo de tu virtud, que saqué la consecuencia de que esa palabra no era criminal; supuesto que tú la habías dicho. En cuanto á Marat, que me llama algunas veces su hijo, el parentesco no impide que algunas yo me conserve á cierta distancia de tal padre; pero Marat no es un partido; Marat vive solo. ¡Brissot, Brissot! ese sí que es un partido. Tended la vista por los comités de la Convencion. Brissot está en todas partes, Robespierre en ninguna. ¿Sabeis lo que reúnen los girondinos? ¡El odio de París! ¡el odio del pueblo! ¡aborrecen á París, porque París es la cabeza de la nacion y encierra un pueblo inmenso, que es el terror de los traidores y de los intrigantes!»

XII.

Vino inopinadamente á dar á los jacobinos nuevas armas contra los girondinos y nuevos testimonios contra Luis XVI, una de esas casualidades que la fortuna arroja en medio de los acontecimientos, para agravarlos ó desenlazarlos. Hemos visto que este príncipe, desconfiando de la seguridad de las Tullerías, algunos dias antes del mes de agosto, hizo practicar en la pared de un pasadizo oscuro, que conducia á su gabinete, un armario secreto, cubierto con una puerta de hierro, y una capa de madera: Se habia el rey servido para esta operacion del compañero de sus trabajos de manos, cuando en los dias de su ociosidad, descansaba de ser rey con-

virtiéndose en herrero. Este hombre de quien ya hemos hablado, llamado Gamain, era un cerrajero de Versailles, que había amado tiernamente á Luis XVI, y nada hubiera podido decidirle á la traicion, si la demencia ó las importunidades de su muger no hubiesen desarraigado poco á poco de su corazon, el cariño que tenia al rey; pero aquel robusto obrero fué atacado de una enfermedad de languidez casi inmediatamente despues de haber sellado la puerta de hierro; buscó con la inquietud de una imaginacion febril, como su cuerpo, jóven y vigoroso hasta entonces, habia podido de repente enervarse y enflaquecerse, como si la sombra de la muerte hubiese pasado sobre él, ó como si se hubiese tendido por toda su existencia uno de esos encantos que son las siniestras credulidades del pueblo.

Concluyó por volcanizarse su cabeza á fuerza de dar vueltas á sus ideas. Su memoria fiel ó engañada le recordó una circunstancia bien insignificante en apariencia, pero que él convirtió en sospecha. De la sospecha á la acusacion en el alma de un hombre sencillo y enfermo, no hay mas que el espacio de un sueño, y su imaginacion lo atravesó. Gamain recordó que abrumado por el cansancio y la sed mientras forjaba el hierro, el rey le habia aliviado dándole de beber con su propia mano un vaso de agua fria. Sea que el fresco del agua hubiese helado sus sentidos, sea que el principio del marasmo de aquel hombre hubiese coincidido naturalmente con aquella época de su vida, Gamain se creyó envenenado por mano de su amo y de su amigo, interesado, decia, en hacer desaparecer el único testigo del depósito oculto en los muros de su palacio.

Confió Gamain sus sospechas á su muger, que las creyó y las aumentó; luchó mucho tiempo contra aquella obsesion de su alma; pero al fin, vencido por la desesperacion de morir victima de una odiosa traicion, conmovido ademas por las crecientes sacudidas de la revolu-

cion, y temiendo que algun dia le imputasen como crimen su silencio, resolvió vengarse antes de morir, y revelar el misterio en que habia tenido parte. Fué á casa del ministro del Interior, Roland, á quien hizo su declaracion; y sea que Roland estuviese impaciente de coger nuevas piezas de conviccion contra el trono; sea que esperase hallar en aquellas confidencias de la lista civil, pruebas escritas de la corrupcion de Danton, de Marat, y hasta de Robespierre, sea mas bien que temiese entregar á la Convencion correspondencias que comprometiesen á sus mismos amigos, se apresuró como un hombre que vé su presa, y que echa la mano tan pronto como la vista sobre su secreto. Roland no pensó en la inmensa responsabilidad que atraeria sobre él un descubrimiento del que separaba todos los testigos; y no llamó para abrir aquel candado á los miembros del comité de la Convencion; mandó á Gamain subir solo con él en su coche, fué á las Tullerías, forzó la puerta de hierro, recogió los papeles que el armario contenia, y los llevó al ministerio del Interior para examinarlos antes de depositarlos en la Convencion.

Se levantó en París un grito de alegría, y un sordo murmullo rugió en la Convencion contra la temeridad del ministro al anunciar el descubrimiento de aquel manantial de acusaciones. Todos los partidos se acusaron mutuamente de antemano de algunas complicidades ocultas, cuyas pruebas contra sus gefes ocultaba el armario de hierro: todos temblaron de que Roland hubiese escatimado á su antojo aquellos testimonios de traicion, y todos, menos los girondinos, hicieron un crimen de su impaciencia y de haber sustituido la mano de un ministro al ojo de la nacion para el examen de un depósito de manejos y de traiciones contra ella. Aunque Roland llevó el mismo dia los papeles del armario de hierro á la mesa del presidente; el hecho de haber asistido solo á su descubrimiento, y de haberlos revisado antes de entre-

garlos, le hacia sospechoso de sustraccion y de parcialidad. La Convencion encargó á su comité de los Doce que le hiciese una relacion de aquellas piezas y de aquellos de sus miembros que pudiesen hallarse complicados en ellos. Entre estos papeles estaba el tratado secreto de la corte con Mirabeau, y las pruebas irrecusables de la corrupcion de aquel grande orador. La verdad salia de los muros de palacio, donde habia sido sellada, para venir á acusar su memoria en su tumba. Barrere, Merlin, Duquesnoy y Rouyer, los miembros mas eminentes de la Asamblea legislativa, y bajo cuya denominacion se comprendia Guadet, Vergniaud y Gensonné, eran, si no acusados, al menos designados por haber tenido relaciones con Luis XVI. Las correspondencias en su mayor parte, descubrian mas bien esos planes vagos que los aventureros políticos ofrecen en cambio de un poco de oro á los poderes caidos, que planes decididos y complicidades efectivas, concluyendo casi todos por pedir muchos millones al tesoro del rey, y ofreciendo á este principe nombres y conciencias, que ni siquiera sabian que se las trataba de ajustar. Barrere, Guadet, Merlin y Duquesnoy, se disculparon sin dificultad de quiméricas acusaciones. Solo habia un hombre en la Asamblea que habia negociado su palabra y su crédito con la corte; este hombre era Danton. Pero la prueba de sus relaciones con la monarquia estaba en Inglaterra, en manos de un ministro de Luis XVI. El armario de hierro nada revelaba contra él.

Para disipar las sospechas que se suscitaban contra Roland, pidió Barbaroux que Luis XVI fuese el primer acusado. Robespierre, mudo hasta entonces, tomó la pa-

labra, no como un juez toma la balanza, sino como un enemigo la espada. No reconoció entre Luis XVI y él, otra ley mas que la mortal antipatia entre el señor y el esclavo; olvidando que él no era sino un hombre obligado á consultar en sus juicios, no solo las leyes escritas, sino las no escritas de la misericordia y de la equidad; colocó frente á frente la salvacion de la república y la vida de un rey, y decidió con pleno conocimiento que la muerte del rey era indispensable al pueblo. Al menos Robespierre tuvo el mérito de separar de aquel asesinato de Estado la hipocresia de las formas del proceso. Condenó á Luis XVI como si él hubiese sido el juez supremo, y le ejecutó como si Luis XVI no hubiese sido mas que un príncipe. Esta franqueza y audacia fué lo que á tantos sedujo después; y lo que hizo olvidar á los admiradores de Robespierre que en aquel principio habia un rey, que en aquel rey habia un hombre, y que en este hombre habia la vida, la vida que la sociedad no quita á nadie por el crimen de su situacion, sino por el de su mano y de su voluntad.

«Os sacan de la cuestión, aquí no hay proceso», dijo; Luis no es acusado, vosotros no sois jueces; no teneis que dictar ninguna sentencia ni en pro ni en contra de un hombre, sino tomar una medida de salvacion pública y ejercer un acto de providencia nacional. (Se aplaude). ¿Cuál es el partido que la sana política prescribe para cimentar la república naciente? El de grabar profundamente en los corazones el desprecio del trono, y llenar de asombro á todos los partidarios del rey. Luego presentar al universo su crimen como un problema, su causa como un objeto de discusion la mas imponente, la mas religiosa que existió jamás; poner una distancia inmensurable entre el recuerdo de lo que fué y el título de ciudadano, es precisamente hallar el medio de hacerle mas peligroso para la libertad. Luis XVI fué rey, y la república esta fundada: con esta sola frase está decidida la

famosa cuestión que os ocupa. A Luis XVI se le destronó por sus crímenes, ha conspirado contra la república, ó se le condena ó la república no está absuelta. (Aplausos). Formar causa á Luis XVI es lo mismo que encausar la revolución; si puede ser juzgado, puede ser absuelto, puede ser inocente, y si es inocente ¿en qué viene á parar la revolución? Si él es inocente ¿qué somos nosotros mas que unos calumniadores? Los manifiestos de las cortes extranjeras contra nosotros son justos, su misma prision es una crueldad, los federados, el pueblo de Paris y todos los patriotas del imperio francés son culpables, y el gran proceso pendiente en el tribunal de la naturaleza desde hace tantos siglos entre el crimen y la virtud, entre la libertad y la tiranía, es decidido al fin en favor del crimen y del despotismo.

«Tened cuidado, ciudadanos, estais engañados por falsas nociones. Los movimientos magestuosos de un gran pueblo, los sublimes arranques de la virtud se presentan á nosotros como las erupciones de un volcan y como el trastorno de la sociedad política. Cuando una nación se ve obligada á recurrir al derecho de insurreccion, vuelve á entrar en el estado de la naturaleza respecto del tirano. ¿Cómo podrá éste invocar el pacto social? ¿Cuáles son las leyes que le reemplazan? Las de la naturaleza, la salvación del pueblo: el derecho de castigar al tirano y el de destronarle, es uno mismo, no tiene mas formas el uno que el otro. El proceso del tirano es la insurreccion, su juicio es la caída de su poder, y su castigo es el que exige la libertad del pueblo. Los pueblos lanzan el rayo, he ahí su decreto; no condenan á los reyes, pero los suprimen y los reducen á la nada. ¿En qué república fué litigiosa la necesidad de castigar á los reyes? ¿Fué llamado á juicio Tarquino? ¿Qué hubiera dicho Roma si los ciudadanos se hubiesen declarado sus defensores? Y ¿nosotros llamamos abogados para defender la causa de Luis XVI? Podrá llegar el dia en que tengamos que con-

cederles coronas cívicas, porque si defienden una causa pueden tener esperanza de hacerla triunfar, de otro modo, solo presentaríamos al universo una ridicula comedia de justicia. (Se aplaude). ¡Y nos atrevemos á hablar de república! ¡Ah! ¡somos tan sensibles para los opresores, que no tenemos entrañas para los oprimidos! ¿Qué república es aquella á la que sus fundadores encausau, y á la que ellos mismos suscitan adversarios para que se atrevan á atacarla en su cuna! Hace dos meses, ¿quién hubiera podido sospechar siquiera que se hablaría aquí de la inviolabilidad de los reyes? Y hoy un miembro de la Convencion nacional, el ciudadano Petion os presenta esa idea como el objeto de una deliberacion. ¡Oh crimen! ¡vergüenza! la tribuna del pueblo francés ha resonado con el panegirico de Luis XVI. Luis aun combate contra nosotros desde el fondo de su calabozo, y ¿preguntais si es culpable tratarle como enemigo? ¿Permitis que se invoque en su favor la Constitucion? Si es asi, la Constitucion os condena, porque os prohibia destronarle. ¡Id, pues, á los pies del tirano á implorar su perdon y su clemencia!...

«Pero se presenta una nueva dificultad ¿á qué pena le condenaremos? uno dice, la pena de muerte es demasiado cruel; no, dice otro, la vida es aun mas cruel, es necesario condenarlo á vivir. ¡Abogados! ¿es por compasion ó por crueldad por lo que le quereis sustraer á la pena de sus crímenes? Por mí, aborrezco la pena de muerte, y no tengo por Luis XVI ni amor ni odio, solo aborrezco sus crímenes. He pedido la abolicion de la pena de muerte en la Asamblea constituyente, y no es mi culpa si los primeros principios de la razon han parecido herregias morales y judiciales; pero vosotros que jamás pensasteis en reclamar esta abolicion del suplicio en favor de los desgraciados, cuyos delitos son individuales y perdónables ¿por qué fatalidad os acordais de vuestra humanidad para abogar por la causa del mayor de los crimi-

nales? ¿Pedís una escepcion á la pena de muerte para el único que puede legitimarla?... ¡Un rey destronado en el seno de una revolucion que aun no está cimentada! ¡Un rey, cuyo solo nombre atrae sobre la nacion la guerra estrangera! ¡Ni la prision ni el destierro pueden hacer inocente su existencia! Pronuncio con sentimiento esta verdad fatal. Mas bien debe morir Luis, que cien mil ciudadanos virtuosos. Luis debe morir porque es preciso que la patria viva.»

XIV.

Interrumpido por siniestros aplausos el discurso de Robespierre, cayó en la opinion como un peso de hierro en la balanza. La elocuencia y el atrevimiento del sofisma, admiraron é inclinaron las convicciones; se envaneceian con ser implacables como la necesidad y omnipotentes como la naturaleza; se colocó á la nacion en el lugar de la Providencia, y se creyeron autorizados á decretar en su nombre. Se engañan; el derecho de las naciones solo se compone del conjunto de todos los que cada uno de los miembros de la nacion tiene en sí mismo, y ningun hombre tiene derecho para inmolarse á otro, sino en el combate ó en el juicio. Robespierre en sus magestuosos axiomas no solo ponía al rey fuera de la ley, sino que le ponía fuera de la naturaleza, y en esta invocacion magnífica, pero errónea al derecho natural, el elocuente sofista no veía sin duda que daba á todo ciudadano la facultad de armarse de la cuchilla y herir por sí mismo, desarmado y no juzgado, del derecho de su doctrina ó de su cólera. Confundía la insurreccion con el asesinato, y el derecho de combatir con el derecho de inmolarse.

XV.

En una de las sesiones que siguieron á este discurso propuso Buzot la pena de muerte contra cualquiera que tratase de restablecer el trono, fuese bajo cualquiera forma. La alusion que hacian estas palabras al proyecto de dominio de Robespierre y de los jacobinos escitó un violento tumulto, que se apaciguó como siempre, echando sobre el rey solo el furor de todos los partidos. Buzot pidió que antes de todo se oyese al rey, aunque no fuese mas que por conocer sus cómplices. Su gesto y su sonrisa indicaban á Robespierre y á Danton.

Continuó Ruhl la lectura de su relacion sobre los papeles hallados en el armario de hierro: una de las piezas de aquella correspondencia contenia una consulta secreta del rey á los obispos de Francia, para preguntarles si podia aprovecharse de los sacramentos en las fiestas conmemoratorias de la muerte y de la resurreccion de Cristo. «Acepté, les decia, la funesta constitucion civil del clero; siempre miré esta aceptacion como forzada, firmemente resuelto, si vuelvo á adquirir mi poder, á restablecer el culto católico.» Los obispos le respondieron amonestándole severamente é interdiéndole las prácticas santas hasta que se hubiese lavado con muchas reparaciones meritorias del crimen de haber contribuido á la revolucion. Se pidió que las cenizas de Mirabeau, convencido de venalidad por aquellos mismos papeles, fuesen sacadas del Panteon. «Arrestad, si queréis, su memoria, dijo Manuel; pero no le condenéis sin oírle.» Camilo Desmoulins interpeló á Petion y le intimó declararse por qué, como alcalde de Paris, no habia asistido al cortejo fúnebre de Mirabeau. «Siempre he estado convencido, respondió Petion, de que Mirabeau reunia á sus grandes talentos una profunda inmoralidad. Creo que cuando La

Fayette engañaba al pueblo. Mirabeau tenía relaciones culpables con la corte. Creo que ha recibido de Tolon una suma de cuarenta y ocho mil libras; pero cualesquiera que sean los indicios y la persuasión en que estoy de estos hechos, no tengo pruebas. Se ha visto un plan de Mirabeau para que el rey marchase á Rouen; es cierto que iba con frecuencia á Saint-Cloud, y que había allí conferencias secretas. Por estos motivos no asistí á los honores que se hacían á su féretro.»

XVI.

Agitado el pueblo entretanto por el temor de la escasez y de la invasión, se impacientaba con la lentitud de la Asamblea, se reunía en grandes grupos á sus puertas, diciendo que ni el trigo se presentaría en los mercados, ni la victoria en las fronteras hasta que la muerte de Luis XVI hubiese espionado sus maldades y quitado la esperanza á los logreros y á los conspiradores. Grupos tumultuosos fueron á las inmediaciones del Temple, y amenazaron con forzar la prision para sacar de ella á los prisioneros, y estas agitaciones sirvieron de pretexto al partido de Robespierre para pedir el fallo sin juicio y la muerte inmediata.

La Convencion nombró veinte y un miembros para redactar las preguntas que se debían hacer á Luis XVI, y su acta de acusacion. Decidió ademas que el rey se presentaría en la barra para oír la lectura de aquella acusacion, que se le darían dos dias para responder á ella, y que al dia siguiente en que hubiese comparecido y respondido se pronunciaria sobre su suerte por llamamiento nominal de todos los miembros presentes.

Lanzándose Marat á la tribuna despues de la lectura de este decreto, denunció á Roland y á sus amigos de

causar sistemáticamente el hambre del pueblo, para de este modo hacer que cometiese escosos; y despues volviéndose inopinadamente hácia Robespierre y Saint-Just dijo: «Se trata de que los patriotas de esta Asamblea tomen medidas inconsideradas pidiendo que votemos por aclamacion la muerte del tirano; pues yo os invito á la mayor calma, es necesario pronunciar con prudencia.» (La Asamblea se admira, los diputados se dirigen unos á otros miradas que indican la duda de lo mismo que han oido). Marat, levantando mas la voz, continúa con gravedad. «¡Si, no preparemos á los enemigos de la libertad el pretexto de las calumnias atroces que harian llover sobre nosotros, si nos abandonásemos con respecto á Luis XVI al solo sentimiento de nuestra fuerza y de nuestra cólera. Para conocer los traidores, porque los hay en esta Asamblea (muchas voces: ¡nombradlos!), para conocer con certeza los traidores, os propongo un medio infalible, que es que se publique el voto de todos los diputados sobre la suerte del tirano.» (Los aplausos de las tribunas no cesan hasta que Marat vuelve á su asiento).

XVII.

Con motivo de la denuncia de un tal Aquiles Viard, aventurero que buscaba su importancia en las relaciones equívocas con todos los partidos, Chabot acusó á los girondinos, y especialmente á madama Roland, de entenderse con Narbonne, Malouet y otros constitucionales refugiados en Lóndres, para salvar al rey é intimidar á la Convencion con una reunion de diez mil republicanos moderados que no querían la muerte del tirano. Esta conspiracion imaginaria soñada por Chabot, Bazire, Merlin y algunos otros miembros exaltados del comité de vigilancia de la Convencion, ocasionó una escena de in-

Fayette engañaba al pueblo. Mirabeau tenía relaciones culpables con la corte. Creo que ha recibido de Tolon una suma de cuarenta y ocho mil libras; pero cualesquiera que sean los indicios y la persuasión en que estoy de estos hechos, no tengo pruebas. Se ha visto un plan de Mirabeau para que el rey marchase á Rouen; es cierto que iba con frecuencia á Saint-Cloud, y que había allí conferencias secretas. Por estos motivos no asistí á los honores que se hacían á su féretro.»

XVI.

Agitado el pueblo entretanto por el temor de la escasez y de la invasión, se impacientaba con la lentitud de la Asamblea, se reunía en grandes grupos á sus puertas, diciendo que ni el trigo se presentaría en los mercados, ni la victoria en las fronteras hasta que la muerte de Luis XVI hubiese espionado sus maldades y quitado la esperanza á los logreros y á los conspiradores. Grupos tumultuosos fueron á las inmediaciones del Temple, y amenazaron con forzar la prision para sacar de ella á los prisioneros, y estas agitaciones sirvieron de pretexto al partido de Robespierre para pedir el fallo sin juicio y la muerte inmediata.

La Convencion nombró veinte y un miembros para redactar las preguntas que se debían hacer á Luis XVI, y su acta de acusacion. Decidió ademas que el rey se presentaría en la barra para oír la lectura de aquella acusacion, que se le darían dos dias para responder á ella, y que al dia siguiente en que hubiese comparecido y respondido se pronunciaria sobre su suerte por llamamiento nominal de todos los miembros presentes.

Lanzándose Marat á la tribuna despues de la lectura de este decreto, denunció á Roland y á sus amigos de

causar sistemáticamente el hambre del pueblo, para de este modo hacer que cometiese escosos; y despues volviéndose inopinadamente hácia Robespierre y Saint-Just dijo: «Se trata de que los patriotas de esta Asamblea tomen medidas inconsideradas pidiendo que votemos por aclamacion la muerte del tirano; pues yo os invito á la mayor calma, es necesario pronunciar con prudencia.» (La Asamblea se admira, los diputados se dirigen unos á otros miradas que indican la duda de lo mismo que han oido). Marat, levantando mas la voz, continúa con gravedad. «¡Si, no preparemos á los enemigos de la libertad el pretexto de las calumnias atroces que harian llover sobre nosotros, si nos abandonásemos con respecto á Luis XVI al solo sentimiento de nuestra fuerza y de nuestra cólera. Para conocer los traidores, porque los hay en esta Asamblea (muchas voces: ¡nombradlos!), para conocer con certeza los traidores, os propongo un medio infalible, que es que se publique el voto de todos los diputados sobre la suerte del tirano.» (Los aplausos de las tribunas no cesan hasta que Marat vuelve á su asiento).

XVII.

Con motivo de la denuncia de un tal Aquiles Viard, aventurero que buscaba su importancia en las relaciones equívocas con todos los partidos, Chabot acusó á los girondinos, y especialmente á madama Roland, de entenderse con Narbonne, Malouet y otros constitucionales refugiados en Lóndres, para salvar al rey é intimidar á la Convencion con una reunion de diez mil republicanos moderados que no querían la muerte del tirano. Esta conspiracion imaginaria soñada por Chabot, Bazire, Merlin y algunos otros miembros exaltados del comité de vigilancia de la Convencion, ocasionó una escena de in-

vectivas entre los dos partidos, en la que las palabras, los gestos y las miradas envilecieron la dignidad de los representantes de la república al nivel del tumulto mas abyecto.

La lengua cambió desde aquel dia como las costumbres, tomó la aspereza y la trivialidad, que es la corrupción del pueblo, en vez de la blandura y la afectación, que es la de las cortes. La cólera de los partidos reunió para ultrajarse mutuamente, los términos innobles empleados por el populacho; el pugilato habia reemplazado á la espada, y el cercano cadalso se presentaba en las amenazas de los oradores. La sangre de setiembre perdía su color en las discusiones. «Son imbéciles, bribones, infames, exclamó Marat, señalando con el dedo á Grangeneuve y sus amigos.—Antes de todo, dice Grangeneuve, te pregunto: ¿qué pruebas tienes tú de mi infamia?» Las tribunas toman partido por Marat, y se levantan llenando de imprecaciones á los girondinos. «Haced mirar en el lado derecho, dice Montaud, si aun no están allí Ramond ó Cazalés.—Yo me atrevo á probar, contesta Lonyet, que Catilina está en el vuestro.—Los hombres puros no temen la luz, dice Marat.—Ni se ocultan en los subterráneos, le responde Boileau.» Se decidió que dos comisarios acompañarian á Marat á su residencia para asegurarse de que no alteraria las piezas, bases de su denuncia. Se designa para esta mision á Tallien, amigo de Marat, y á Buzot, su enemigo. «No creo, dice Buzot con un gesto y un acento de desprecio, que la Convencion tenga el derecho de mandarme ir á casa de Marat.»

DIRECCIÓN XVIII. GENERAL DE BIBLIOTECAS XIX.

Madama Roland, llamada por la Convencion para ser careada con su acusador Viard, se presenta en la barra en medio de estos tumultos y de estos mútuos ultrajes.

El aspecto de una muger jóven, bella, gefe de un partido, reuniendo en sí las seducciones de la naturaleza al prestigio del genio, avergonzada y altiva á la vez de un papel que la daba tanta importancia en la república, inspira el silencio, la decencia y la admiracion en la Asamblea. Madama Roland se esplica con la sencillez y la modestia de una acusada, segura de su inocencia, y que desdenea confundir á su acusador por otros medios que por el brillo de la verdad. Su voz conmovida y sonora tiembla en medio del atento y favorable silencio de la Asamblea. Aquella voz de muger, que por primera vez sucede á los roncós clamores de hombres irritados, y que parece dar una nota nueva á los acentos de la tribuna, añade un encanto mas á la graciosa elocuencia de sus espresiones. Viard, convencido de impudencia, calla, y los aplausos absuelven y vengan á madama Roland, que sale de la Convencion en medio de las muestras de respeto y de entusiasmo. Todos los diputados se levantan é inclinan á su paso, y ella lleva en su alma y muestra involuntariamente en su actitud, la secreta alegría de haber comparecido en medio del senado de su patria, de haber fijado un momento los ojos de la Francia, vengado á sus amigos y confundido á sus contrarios. «Ves este triunfo, decia Marat á Camilo Desmoulins, sentado cerca de él en la sala, estas tribunas que quedan frias, este pueblo que guarda silencio, son mas prudentes que nosotros.» El mismo Robespierre desprecio la ridicula conspiracion soñada por Chabot, y sonrió por última vez á la inocencia y á la belleza de madama Roland.

Los girondinos á su vez quisieron eludir el proceso del rey y desafiar á los jacobinos, proponiendo la espulsion

del territorio de todos los miembros de la casa de Borbon, y particularmente del duque de Orleans, Buzot se encargó de proponer este ostracismo. « Ciudadanos, dijo: el trono está derribado; bien pronto el tirano no existirá; pero el despotismo vive todavía, como los romanos que despues de haber echado á Tarquino, juraron no sufrir jamás reyes en su ciudad, vosotros debeis á la seguridad de la república el destierro de la familia de Luis XVI, y si pudiera hacerse alguna escepcion, sin duda que no seria en favor de la rama de Orleans. Desde el principio de la revolucion, el duque de Orleans fijó las miradas del pueblo; su busto paseado por las calles de Paris el mismo día de la insurreccion, presentaba un nuevo idolo; bien pronto fué acusado de proyectos de usurpacion, y si es verdad que no los haya concebido, al menos parece que existian y que se cubrieron con su nombre. Una fortuna inmensa, intimas relaciones con los grandes de Inglaterra, el nombre de Borbon para las potencias estrangeras, el de Igualdad para los franceses, sus hijos, cuyo juvenil y ardiente valor puede fácilmente ser seducido por la ambicion, es demasiado para que Felipe pueda existir en Francia sin alarmar la libertad. Si la ama, si la ha servido, que concluya su sacrificio y nos libre de la presencia de un descendiente de los prisioneros. Pido que Felipe, sus hijos, su muger y su hija sufran en otra parte y no en la república, la desgracia de haber nacido cerca del trono, de haber conocido sus máximas, recibido sus ejemplos, y de llevar un nombre que puede servir de bandera á los facciosos, y que no debe herir los oidos de un hombre libre. »

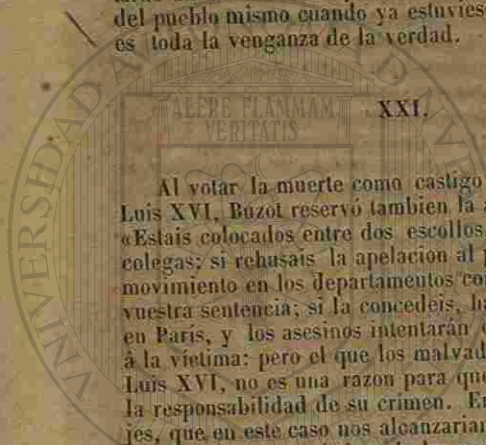
Esta proposicion apoyada por Louvet, combatida por Chabot, aceptada de nuevo por Lanjuinais, y sospechosa para Robespierre, agitó algunos días la Convencion y los Jacobinos, y se aplazó por lo concerniente al duque de Orleans, hasta despues del proceso del rey. Los girondinos al hacer esta proposicion tenian un doble objeto,

querian por un lado acreditarse en el partido violento adulando la pasion del pueblo y hasta su ingratitud, por un ostracismo mas severo y mas completo que el del rey solo; querian ademas hacer recaer sobre Robespierre. Danton y Marat, la sospecha de una connivencia secreta con el trono futuro del duque de Orleans; si estos demagogos le defienden, decian, pasarán por sus cómplices: si le abandonan tendremos en la Convencion su voto, su persona, su fortuna, y su faccion menos contra nosotros. Petion, Roland y Vergniaud parecia que abrigaban aun otro sentimiento: el de intimidar á los jacobinos sobre la suerte del duque de Orleans, y hacer de su destierro un objeto de negociacion con Robespierre, para obtener en cambio la concesion de apelar al pueblo y de la vida del rey.

XX.

Pero estas impotentes divisiones, estraviaban sin suspenderla, la pasion dominante que siempre se dirigia al Temple. Mientras que los comisarios nombrados por la Convencion llenaban cerca del rey la mision que el decreto les habia encomendado, Robert Lindet, diputado del Eure, una de estas manos, que redactan con imparcialidad y sangre fria lo que las pasiones inspiran á los cuerpos politicos, leyó una segunda acta de acusacion. Decidido el proceso, se disputaba ya sobre la medida de la *apelacion al pueblo*. Los girondinos insistian en pedir la revision del juicio, despues del proceso; los sostenian en esta opinion todos aquellos miembros de la Convencion, que sin pertenecer á ninguno de los dos partidos beligerantes, querian negar á la cruel venganza de la república una sangre que no se creian con derecho á derramar, y de la que aquella no estaba sedienta. Sus

discursos, acogidos mientras los pronunciaban por los sarcasmos y los gestos amenazadores de las tribunas, se perdían en el clamor general; pero debían hallar mas tarde un eco honroso para su nombre en la conciencia del pueblo mismo cuando ya estuviese tranquila. Esperar es toda la venganza de la verdad.



XXI.

Al votar la muerte como castigo de los crímenes de Luis XVI, Buzot reservó tambien la apelacion al pueblo. «Estais colocados entre dos escollos, lo sé, dijo á sus colegas; si rehusais la apelacion al pueblo, tendreis un movimiento en los departamentos contra la ejecucion de vuestra sentencia; si la concedéis, habrá un movimiento en París, y los asesinos intentarán degollar sin vosotros á la victima: pero el que los malvados puedan asesinar á Luis XVI, no es una razon para que nosotros aceptemos la responsabilidad de su crimen. En cuanto á los ultrajes, que en este caso nos alcanzarían, aunque yo debiese ser la primera victima de los asesinos, no me faltará valor para decir la verdad, y tendré al morir la esperanza de que mi muerte será vengada. ¡Hombres justos! dad vuestro voto en conciencia respecto á Luis, y así llenareis vuestro deber!»

En otro discurso Robespierre acusó á los girondinos que atentaban perpetuar el peligro de la patria, prolongando un proceso, que querían hacer fallar por cuarenta y ocho mil tribunales. Despues dejando la cuestion para eoger cuerpo á cuerpo á sus enemigos, y volver contra ellos la indulgencia que mostraban por el tirano, exclamó al concluir: «¡Ciudadanos! os ha dicho una grande verdad el que os dijo ayer que marchábais á la disolucion de la Asamblea por la calumnia; ¿necesitais mas pruebas que

esta discusion? ¿no es evidente que no es á Luis XVI á quien se forma causa, sino á los mas ardientes defensores de la libertad? se clama contra la tiranía de Luis XVI? No, sino contra la pretendida tiranía de un pequeño número de patriotas oprimidos. ¿Son los complots de la aristocracia los que se denuncian? No; es la llamada dictadura de no sé qué diputados del pueblo que están ahí prontos á contemporizar con la tiranía. Se quiere conservar al tirano para oponerle á los patriotas sin poder ¡perdidos! ¡disponen de toda la autoridad pública, de todos los tesoros del Estado, y nos acusan de despotismo! no hay un punto en la república donde no nos hayan infamado: agotan el tesoro público para difundir sus calumnias, violan el secreto de la correspondencia para detener toda la de los patriotas, y gritan ¡Calumnia! Sí, sin duda ciudadanos existe un proyecto de envilecer y quizá de disolver la Convencion con motivo de este proceso: existe este proyecto, no en el pueblo, no en aquellos, que como nosotros lo han sacrificado todo á la libertad, sino en una veintena de intrigantes que hacen mover estos resortes, que guardan silencio, que se abstienen de manifestar su opinion sobre el último rey, pero cuya sorda y perjudicial actividad produce todos los tumultos que nos agitan. Pero ¡consolémonos! la virtud siempre estuvo en minoría sobre la tierra. (La Montaña se levanta con entusiasmo y los aplausos de las tribunas interrumpen largo tiempo á Robespierre)... La virtud estuvo siempre en minoría sobre la tierra... y ¡sin ella estaria la tierra poblada de tiranos y esclavos! Hampden y Sidney eran de la minoría porque espiraron en un cadalso. Los Césares y los Clodios eran de la mayoría; pero Sócrates de la minoría porque bebió la cicuta: Caton, de la minoría, porque desgarró sus entrañas. Yo conozco muchos hombres aquí que servirían la libertad del modo que Hampden y Sidney (Aplausos en las tribunas). Pueblo, continua Robespierre, evitanos al menos esta especie de

desgracia, guarda tus aplausos para el día que hayamos hecho una ley útil á la humanidad; no ves que aplaudiéndonos das á nuestros enemigos pretextos de calumnia contra su causa sagrada que nosotros defendemos? ¡Ah! huye del espectáculo de nuestros debates; quédate en tus talleres; lejos de tu vista no combatiremos menos por ti; y cuando el último de tus defensores haya perecido, entonces véngale si quieres y encárgate tú mismo de hacer triunfar... tu causa ¡Ciudadanos, cualesquiera que seáis, velad en torno del Temple! ¡Detened, si es necesario, la pérfida malevolencia! ¡Confundid los complots de vuestros enemigos! ¡Fatal depósito! continuó con un gesto de desesperación, ¿no era bastante que el despotismo hubiese pesado tanto tiempo sobre la tierra? ¿Es necesario que su custodia sea para nosotros otra calamidad?»

Robespierre calló, dejando en los ánimos el último dardo que había lanzado, y la impaciencia de terminar con una muerte prontá la situación que pesaba sobre la república.

XXII.

Vergniaud, cuyo silencio había acusado bien terminantemente Robespierre, Vergniaud decimos, estaba indeciso entre el temor de producir disensiones irreconciliables, y el horror que le inspiraba el inmolar á sangre fría un rey á quien había abatido. Este orador no concedía nada á la emoción, nada á la ambición ni al miedo. Tenía en sí aquel poder de genio que se eleva hasta la imparcialidad y lo veía todo bajo el punto de vista de la posteridad. Cedió en fin á las súplicas de sus amigos, á la urgencia del próximo suplicio, al grito de su sensibilidad y pidió lo palabra; la atención pública le preparaba los ánimos, y las tribunas, aunque vendidas á Robespierre, sentían al menos una especie de emoción involuntaria

con la voz de su rival. Paris palpitaba con la impaciencia de oír á Vergniaud. Mientras este guardó silencio, se creía que grandes cosas estaban por decir.

Después de haber demostrado que el poder de la Convencion no era mas que una delegación del poder del pueblo; que si la retificación tácita de la nacion sancionaba los actos secundarios de gobierno y administración no sucedía lo mismo con los grandes actos constitucionales, para los que el pueblo se reservaba el ejercicio directo de su soberanía: después de haber probado que la condenación ó la absolución, el suplicio ó la gracia del jefe del antiguo gobierno era uno de estos actos esenciales de soberanía que la nacion no podia enagenar; en fin, después de haber hecho resaltar lo inútil de los objeciones que se oponían á las Asambleas primarias á quienes se diferiría la apelación al pueblo, el orador girondino se volvió con todo el poder de su dialéctica y de su pasión contra Robespierre.

«Os dicen que la intriga salvará al rey porque la virtud nunca tiene mayoría en la tierra. Pero Catilina fué una minoría en el senado romano, y si esta minoría insolente hubiese prevalecido, ¿qué hubiera sido de Roma, del senado y de la libertad? También en la Asamblea constituyente, Cazalés y Maury fueron una minoría, y si esta minoría mitad aristocrática, mitad sacerdotal hubiese conseguido ahogar la mayoría, no se hubiera hecho la revolución, y vosotros os arrastraríais aun á los pies de ese rey, que solo tiene de su pasada grandeza los remordimientos de haber abusado de ella. Del mismo modo los reyes que están en minoría sobre la tierra; y para encadenar los pueblos dicen, como vosotros, que la virtud está en minoría. Así en el pensamiento de aquellos que emiten esta opinión, no hay en la república nombres verdaderamente puros, verdaderamente virtuosos, ni verdaderamente adictos al pueblo, mas que ellos mismos y un centenar de sus amigos, que tendrán la generosidad

de asociarse á su gloria. De modo que para que ellos puedan fundar un gobierno digno de los principios que profesan, sería necesario desterrar del territorio francés, todas aquellas familias, cuya corrupcion es tan profunda; cambiar la Francia en un vasto desierto, y para su mas pronta regeneracion y su mayor gloria, entregarla á sus sublimes concepciones? Se creyó sería muy fácil disipar todos estos fantasmas con que se nos quiere intimidar. Para atender de antemano la fuerza de las respuestas que se preveian, se recurrió al mas vil, al mas cobarde de los medios; á la calumnia. Nos comparan á los Lameth, á los La Fayette, y á todos aquellos cortesanos del trono, que tanto hemos ayudado á derribar: nos acusan, y ciertamente no me admiro, porque hay hombres de quienes cada soplo es una impostura, como es natural á la serpiente vivir solo para destilar su veneno: nos acusan, nos denuncian como hacian el 2 de setiembre, al hierro de los asesinos; pero nosotros subemos que Tiberio Graco pereció á manos de un pueblo estraviado, á quien constantemente habia defendido. Nada hay en su suerte que nos asuste, nuestra sangre pertenece al pueblo, Derramándola por él solo nos quedará un sentimiento; el de no poder ofrecerle mas.

Se nos acusa de que intentamos encender la guerra civil en los departamentos, ó á lo menos de provocar tumultos en París, sosteniendo una opinion que desagrada á ciertos amigos de la libertad: pero ¿por qué una opinion podría escitar tumultos en París? Porque esos amigos de la libertad amenazan de muerte á los ciudadanos que tienen la desgracia de no raciocinar como ellos? ¿Nos querrán probar de este modo que la Convencion nacional es libre? Habrá desórdenes en París, y sois vosotros los que los anunciáis. ¡Admiro la sagacidad de semejante profecia! ¿No os parece, en efecto muy difícil, ciudadanos, que pueda predecir el incendio de una casa, el mismo que lleva la tea que debe abrasarla?

Si, quieren la guerra civil los hombres que miran como un principio el asesinato, y que al mismo tiempo designan como amigos de la tiranía las víctimas que su odio quiere inmolarse. Desean la guerra civil, los hombres que dirigen los puñales contra los representantes de la nacion, é invocan la insurreccion contra las leyes. Quieren la guerra civil los hombres que piden la disolucion del gobierno, el esterminio de la Convencion; aquellos que proclaman traidor á todo el que no está á la altura del pillage ó del asesinato. Os entiendo, quereis reinar; vuestra ambicion era mas modesta el día del Campo de Marte. Entonces redactábais y hacíais firmar una petición que tenia por objeto consultar al pueblo sobre la suerte del rey, traído de Varennes. Nada os era costoso entonces para reconocer la soberanía del pueblo. ¿Sería porque favorecía vuestras miras secretas y hoy las contraría? ¿No existe para vosotros mas soberanía que la de vuestras pasiones? ¡Insensatos! ¿Habeis podido figuraros que la Francia ha roto el cetro de los reyes, para inclinar la cabeza bajo un yugo tan deshonroso?...

«Yo sé que en las revoluciones debe cubrirse la estatua de la ley que protege la tiranía, que es preciso ocultar. Cuando cubráis la que consagra la soberanía del pueblo, principiareis una revolucion en provecho de sus tiranos; se necesita valor para atacar el 10 de agosto á Luis en todo su poder! ¿Se necesita tanto para enviar á Luis al suplicio vencido y desarraigado? Un soldado cimbrío entra en la prision de Mario para degollarle; asustado al ver su víctima, huye sin atreverse á herirla. Si este soldado hubiese sido miembro de un senado, ¿creéis que hubiese dudado en votar la muerte de un tirano? ¿Qué valor encontráis en hacer lo que haria el mas cobarde? (Aplausos.)

«Amo demasiado la gloria de mi pais para proponer á la Convencion se deje dominar en una ocasion tan solemne, por la consideracion de lo que podrán ó dejarán

de hacer las potencias extranjeras; sin embargo, á fuerza de oír decir que nosotros obrábamos en este juicio como poder político, creí que no sería contrario ni á vuestra dignidad, ni á la razón hablar un momento de política. Sea que Luis XVI viva ó muera, es posible que la Inglaterra y la España se declaren nuestros enemigos; pero si la sentencia de Luis XVI no es la causa de esta declaración de guerra, es cierto á lo menos, que su muerte será el pretexto. Creo que venceréis estos nuevos enemigos, así me lo garantizan el valor de nuestros soldados y la justicia de nuestra causa. ¿Mas qué reconocimiento os deberá la patria por haber hecho correr innecesariamente arroyos de sangre sobre el continente y sobre los mares, y por haber ejercido en su nombre un acto de venganza, que ha venido á ser la causa de tantas calamidades? Os atreveríais á ensalzar ante el país vuestras victorias, porque yo alejo de mi pensamiento los desastres y los reveses; pero por el curso de los acontecimientos aun más prósperos, serán vanas por sus resultados; temed que la Francia en medio de sus triunfos, no se parezca á aquellos monumentos famosos que en el Egipto han vencido al tiempo. El extranjero al pasar se admira de su grandeza; pero ¿si penetra en ellos qué encontrará? Cenizas inanimadas y el silencio del sepulcro: ¿ciudadanos; aquel que entre nosotros cediese á temores personales sería un cobarde, pero los temores por la patria houran el corazón: os he espuesto una parte de los míos, aun tengo otros y voy á decíroslos.

«Cuando Cromwell quiso preparar la disolución del partido, con cuyo apoyo habia derribado el trono y hecho subir sobre el cadáso á Carlos I., presentó al parlamento á quien quería arruinar, proposiciones insidiosas sabía bien debían conmover la nación; pero tuvo cuidado de hacerlas apoyar por aplausos pagados y por gritos. El parlamento cedió; bien pronto la fermentacion se hizo general, y Cromwell rompió sin esfuerzo el instrumen-

to de que se habia servido para llegar al supremo poder.

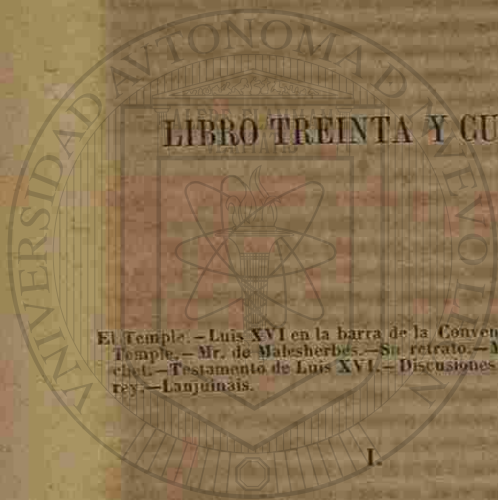
«No oís todos los dias en este recinto y fuera de él gritar á algunos hombres furiosos: Si el pan está caro la causa está en el Temple; si el numerario escasea, si nuestros ejércitos están mal provistos, la causa está en el Temple; si tenemos que sufrir diariamente el espectáculo del desorden y de la miseria pública, la causa está en el Temple.—Los que hablan de tal modo saben bien que la carestia del pan, la falta de la circulacion de subsistencias, la desaparicion del dinero, la dilapidacion en los recursos de nuestros ejércitos, la desnudez del pueblo y de nuestros soldados, tienen otras causas. ¿Cuáles son sus proyectos? ¿Quién me garantiza que esos hombres no gritarán despues de la muerte de Luis aun con mayor violencia: Si el pan está caro, si el numerario escasea, si nuestros ejércitos están mal provistos, si las calamidades de la guerra se han aumentado por haberla declarado la Inglaterra y la España, la causa está en la Convencion que ha provocado estas medidas, condenando precipitadamente á Luis XVI? ¿Quién me garantiza que en esta nueva tempestad, en la que se verán volver á salir de sus madrigueras los asesinos del 2 de setiembre, no se os presentará todo cubierto de sangre y como un libertador, ese defensor, ese gefe que se dice haberse hecho necesario? ¡Un gefe! ¡ah! si tal fuese su audacia, no aparecerían sino para ser en el momento heridos de mil golpes; pero ¿á qué horrores no quedaria entregado Paris? Paris, cuyo valor heroico contra los reyes admirará la posteridad, y no concebirá nunca la ignominiosa sojecion á un puñado de bandidos, escoria de la especie humana, que se agita en su seno y le destrózan en todos sentidos con los movimientos convulsivos de su ambicion y de su furor. ¿Quién podria habitar una ciudad, donde reinasen la desolacion y la muerte! Y vosotros, laboriosos ciudadanos, cuyo trabajo constituye toda vuestra riqueza,

y para quienes los medios de trabajo se destruirían, ¿qué sería de vosotros? ¿Cuáles vuestros recursos? ¿qué manos llevarian socorros á vuestras familias desoladas? ¿Iráis á buscar esos falsos amigos, esos pérfidos aduladores que os habrían precipitado en el abismo? ¡Ah! antes bien huid de ellos, temed su respuesta; voy á deciroslo:—Marchad á las canteras á disputar á la tierra algunos pedazos sangrientos de las victimas que hemos degollado. ¿O queréis sangre? Tomadla, vedla aquí: sangre y cadáveres, no tenemos otro alimento que daros.—Temblais, ciudadanos, ¡oh patria mia! ¡pido acta á mi vez, para salvarte de esta crisis deplorable!

«Pero no; jamás lucirán sobre nosotros esos dias de luto; son cobardes estos asesinos, son cobardes nuestros pequeños Mariós. Conocen bien, que si se atreviesen á intentar una ejecución de sus complots contra la seguridad de la Convención, París saldría al fin de su apatía; que todos los departamentos se reunirían á Paris para hacerles espíar las maldades con que ya han manchado demasiado la mas memorable de las revoluciones. Lo saben y su cobardía salvará la república de su encono; estoy seguro al menos, que la libertad no está en su poder; que teñida de sangre, pero victoriosa, hallaría un imperio é invencibles defensores en los departamentos. Pero la ruina de París, la division en gobiernos federalivos, que sería el resultado de ello, todos estos desórdenes mas probables que las guerras civiles con que nos amenazan, ¿no merecen ser colocados en la balanza en que pesais la vida de Luis? En todo caso declaro, cualquiera que sea el decreto dado por la Convención, que miraré como traidor á la patria al que no se someta á él. Que si en efecto la opinión de consultar al pueblo vence, y los sediciosos levantándose contra este triunfo de la soberanía nacional, se ponen en estado de rebelion: he ahí vuestro puesto, he ahí el campo donde esperareis sin temor á vuestros enemigos.»

Este discurso pareció por un momento que había arrojado á la Convención la vida de Luis XVI.

Faucher, Condorcet, Pelion y Brissot, separaron con la misma generosidad al hombre del rey, la venganza de la victoria, é hicieron resonar á su vez acentos dignos de la libertad. Pero al dia siguiente de estas arengas, la libertad no oia mas que sus terrores y sus resentimientos. Los mas sublimes discursos no resonaban sino en la conciencia de algunos hombres tranquilos. La muchedumbre ahogaba la voz de la razon. Volvamos al Temple.



LIBRO TREINTA Y CUATRO.

El Temple. — Luis XVI en la barra de la Convención. — Su vuelta al Temple. — Mr. de Malsherbes. — Su retrato. — Mrs. Deszeze y Tranchet. — Testamento de Luis XVI. — Discusiones sobre el juicio del rey. — Lanjuinais.

I.

El rey se acostumbraba á su cautiverio. Su alma, formada para el reposo y el silencio, se recogía al abrigo de aquellos muros, se fortificaba con la meditacion, se libertaba con las oraciones, y se consolaba desahogándose á todas horas con los únicos seres á quienes siempre habia amado, en aquel pequeño círculo de adictos que el calabozo estrechaba en torno suyo. Olvidando fácilmente las grandezas cuyo peso le habia anonadado, Luis XVI solo tenía un deseo; el de ser olvidado en aquella torre hasta que la invasion estrangera ó la calma devuelta al pueblo por las victorias de la república ó las inconstantes vicisitudes de una revolucion, le reintegrasen, no en

el trono, sino en la oscuridad de un destierro mas dulce, restituyéndole la libertad de su familia. El haberse suavizado su prision, el acento de compasion y la fisonomia menos severa de sus guardianes, le hacian entrever desde hacia algun tiempo una dulce esperanza. Creia reconocer en aquellos sintomas que la cólera se apaciguaba fuera, y era asi, en efecto, por la satisfaccion cuya realidad veia próxima. No merecia la pena de ser aborrecida una victima que tan pronto iba á ser inmolada.

II.

El dia 11 de diciembre, mientras almorzaba la familia real, se oyó un ruido inusitado en las inmediaciones del Temple. Los tambores tocando llamada, el relincho de los caballos, los pasos de numerosos batallones marchando sobre el empedrado del patio, admiraron y conmovieron á los prisioneros. Preguntaron varias veces á los comisarios que asistian á la comida, mas no obtuvieron respuesta alguna. Por último, anunciaron al rey que el alcalde de París y el procurador de la municipalidad vendrian aquella mañana á buscarle para conducirlo á la barra de la Convención, con objeto de que sufriese allí un interrogatorio, y que aquellas tropas eran su acompañamiento. Se le notificó al mismo tiempo la orden para que subiese á su habitacion y se separase de nuevo de su hijo, debiendo tambien en adelante estar privado de toda comunicacion con su familia hasta el dia de su sentencia.

Aun cuando los prisioneros erejan que aquella separacion solo seria momentánea, no por eso se verificó sin derramar muchas lágrimas. Se llevó la cama del niño al cuarto de la madre; el rey se enterneció al abrazar á su familia, y volviéndose conmovido hacia los comisa-

rios, les dijo: «Pues qué, señores, me quitareis mi hijo, un niño de siete años! —La municipalidad ha juzgado, respondió uno de los comisarios, que debiendo vos estar incomunicado todo el tiempo que dure vuestro proceso, era necesario que vuestro hijo estuviese conlinoado también, sea con vos, sea con su madre, y ha impuesto la privación á aquel á quien su sexo y su valor hacían suponer más fuerte y más capaz de soportarle.»

Guardó silencio el rey y se paseó largo rato en su cuarto, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada; despues se sentó en una silla cerca de la cama, donde permaneció silencioso con la frente apoyada en sus manos durante las dos horas que tardaron en llegar los de la municipalidad. Informado secretamente por la actividad de Toulan, de las borrascosas discusiones que habia habido en la Convencion, respecto de él, Luis XVI repasaba su reinado en la memoria y se preparaba á responder ante sus jueces y ante la posteridad.

A medio día, Chambon, poco antes nombrado alcalde de París, y Chaumette, nuevo procurador sindico de la municipalidad, entraron en el cuarto del rey acompañados de Santerre, de un grupo de oficiales de la guardia nacional y de municipales adornados con sus fajas tricolores. Chambon, sucesor de Bailly y de Petion, era un médico entendido y humano, á quien el aprecio público, mas que el favor revolucionario, habia hecho que la capital le eligiese para la primera magistratura de París. Moderado en su opinion, como un corazón bueno y acostumbrado por su profesion á la conmiseracion para todos los sufrimientos de la humanidad; ejecutor forzado de una orden que repugnaba á su sensibilidad, se leía en su fisonomia y en su mirada el enternecimiento del hombre á través de la impasibilidad del magistrado. El rey no conocia á esta nueva autoridad, y la examinaba con aquella inquietud que trata de adivinar el lenguaje y los sentimientos en el esterior, y la actitud del hom-

bre de quien depende una parte de nuestro destino.

Chaumette, hijo de un zapatero del Mediodía, que habia sido sucesivamente grumete, seminarista, escribiente en casa de un procurador, fraile novicio, periodista en París y orador en los clubs, era uno de esos aventureros de ideas y de condicion, á quienes la fortuna y su inquietud natural conmueven desde los dos extremos del orden social hasta que los han llevado á la cumbre para derribarlos y arrojarlos desde lo mas alto. Su estraviada fisonomia, baja é insolente á la vez, llevaba el sello de todas las situaciones que habia atravesado antes de llegar á la segunda magistratura de París. No tenia el pudor de la fuerza ante la debilidad. Se veía en sus facciones, se oía en su acento que estaba orgulloso con aquel violento trastorno de las situaciones de que Chambon se avergonzaba; y que triunfaba interiormente, pensando en el humilde estado de su padre, al humillar el trono ante su tienda, y al hablar como señor á un rey caido.

III.

Antes de notificar al rey por el secretario de la municipalidad, Colombeau, el decreto que llamaba á «Luis» á la barra, Chambon le habló con la dignidad triste y el conmovido acento, propio de un magistrado que habla en nombre del pueblo, pero que dirige la voz á un príncipe destronado. Colombeau leyó el decreto en alta voz. La Convencion, para borrar todos los títulos monárquicos y para llamar al rey como á un simple individuo, con el solo nombre primitivo de su familia, le apellidaba Luis Capeto. El rey mostró sentir mas esta degradacion del nombre de su estirpe, que la de los otros títulos, é hizo un movimiento de indignacion al oirlo. «Señores, respondió; Capeto no es mi nombre, es el de uno de mis

antepasados: hubiera deseado que se me dejase á mi hijo, al menos, durante el tiempo que pasé esperándoos; pero este tratamiento no es mas que una continuacion de los que sufro aquí desde hace cuatro meses: voy á seguirlos, no por obedecer á la Convencion, sino porque mis enemigos tienen en su mano la fuerza.» Pidió á Clery una levita oscura que se puso encima del frac, tomó el sombrero y siguió al alcalde, que fué siempre delante de él, hasta que al llegar á la puerta de la torre subió en el coche de éste, que llevando los vidrios bajos permitian ver el interior. El carruaje marchó lentamente por los patios, y su ruido sobre el empedrado hizo saber á la reina y á las princesas la salida del rey; pero los pedazos de encima interpuestos entre la ventana y el pie de la torre, las impedían ver el acompañamiento. Seguíente, sin embargo, con el oído y el corazón. Permanecieron de rodillas delante de la ventana todo el tiempo que duró la ausencia del rey, con las manos juntas, la frente sobre la piedra, pidiendo para él el valor, la sangre fría y la presencia de alma de que tanta necesidad tenía en medio de sus enemigos.

IV.

Se asemejaba París aquel día á un campamento; el aspecto de las bayonetas y de los cañones lo comprimía todo, hasta la curiosidad. Parecía estar suspenso el movimiento de la vida. Se habían doblado todas las guardias, y á cada hora se pasaba lista para asegurarse de la presencia de los guardias nacionales. Un piquete de doscientas bayonetas, vigilaba en el patio de cada una de las cuarenta y ocho secciones, y una reserva con cañones estaba acampada en las Tullerías; numerosas pa-

trullas daban el *¡quién vive?* en todas las plazas y las calles.

La escolta que se reunió por la mañana en el Temple, era un ejército completo con infantería, caballería y artillería. A la cabeza marchaba un escuadrón de gendarmes nacional, y detrás tres piezas de artillería con sus cajas de municiones; seguía el coche del rey flanqueado por una doble columna de infantería, que marchaba entre las casas y las ruedas. Un regimiento de caballería de línea formaba la retaguardia, seguida aun de otras tres piezas de artillería. Todos los soldados que componían aquel día la fuerza armada de París, habían sido escogidos y designados por la municipalidad después de haber tomado informes de sus gefes. La infantería llevaba diez y seis cartuchos por plaza; los batallones y escuadrones, prontos á hacer fuego, iban á tal distancia los unos de los otros, que á la menor alarma tenían el espacio necesario para formarse en batalla. Los ciudadanos ociosos eran separados brutalmente del tránsito, enviándolos á sus trabajos; las calles de árboles que forman los boulevares, las puertas y las ventanas de las casas estaban llenas de gente cuyas miradas buscaban al rey, y éste tambien miraba á la multitud, sea que sus ojos, privados mucho tiempo de la vista de hombres reunidos, sintiesen un goce maquinal en volver á presenciar aquel movimiento y aquella vida; sea que buscase en la fisonomía de aquel pueblo alguna señal de interés ó de enterecimiento. Su rostro, alterado por tantos meses de sufrimiento y de reclusion, heria al pueblo sin conmovérlo. La sombra del Temple habia impreso en su semblante, aquella palidez que parece el reflejo de los calabozos. Su barba, que se habia visto obligado á dejar crecer desde que se le quitaron todos los instrumentos cortantes de su tocador, erizaba la parte inferior de su rostro; sus mejillas y sus labios, cubiertos de pelos rubios, ásperos y retorcidos, quitaban

á su boca toda espresion y hasta toda melancolía. Su vista baja vagaba indecisa e incierta sobre la multitud, como una mirada que busca en vano una frente amiga para fijarse. Su precoz corpulencia, adelgazada por el fuego de sus inquietudes y de sus vigiliat, se habia disminuido. Sus vestidos, demasiado anchos, parecían prendas prestadas, colocadas por la caridad pública sobre el cuerpo de un miserable. Todo su aspecto parecía calculado por el odio ó combinado por la casualidad, para presentar á las miradas del pueblo algo de tosco y de repugnante mas bien que de triste y fiero. Era el espectro del trono conducido al suplicio, vestido de modo que hiciese olvidar su sello y su recuerdo en la multitud.

V.

Seguió la comitiva por el Boulevard, la calle de las Capuchinas y la plaza de Vendôme, para llegar á la Convencion. Un profundo silencio reinaba entre la multitud pareciendo que cada uno recogia su emocion y su respiracion en el pecho; se conocia que pasaba sobre la Francia una grande hora del destino. El rey parecia mas impasible que el pueblo; miraba y reconocia los barrios, las calles y los monumentos, y se los decia en alta voz al alcalde. Al pasar por delante las puertas de San Dionisio y San Martin, preguntó cuál de los dos arcos de triunfo debia ser derribado por orden de la Convencion.

Al llegar al patio de los Fuldenses, Santerre se apeó, y de pie en la puertecilla puso la mano en el antebrazo del prisionero, y le condujo á la barra de la Convencion. «Ciudadanos de las tribunas, dijo el presidente; Luis está en la barra; vais á dar una grande leccion á los reyes; un grande y útil ejemplo á las naciones.

Acordaos del silencio que acompañó á Luis cuando se le trajo de Varennes; silencio precursor del juicio de los reyes por los pueblos.»

El rey se sentó frente á la presidencia, en el mismo recinto donde habia jurado la Constitucion; se leyó el acta de acusacion, que era la dilatada enumeracion de todas las faltas de que las facciones de la revolucion habian sucesivamente inculcado á la corona, comprendiendo en ellas sus propios actos desde los dias 5 y 6 de octubre en Versalles, hasta el dia 10 de agosto. Todas las tentativas de resistencia del rey al movimiento que precipitaba la monarquia, se llamaban conspiraciones, y traiciones todas sus debilidades. Era mas bien el acta de acusacion de su carácter y de las circunstancias, que la de sus crímenes; nada habia culpable mas que su naturaleza; pero el tiempo, demasiado pesado para todos, lo hacia recaer todo sobre él, que pagaba por el trono, por la aristocracia, por el sacerdocio, por la emigracion, por La Fayette, por los girondinos y aun por los mismos jacobinos. Era el hombre emisario de los tiempos antiguos, destinado á sufrir por las iniquidades de todos.

A medida que se desarrollaba ante sus ojos aquel cuadro de las faltas de su reinado, y se removia la sangre del Campo de Marte, del 20 de junio y del 10 de agosto, para que la responsabilidad cayese sobre él solo, algunos de los conspiradores de aquellos dias, diseminados entre sus jueces, como Petion, Barbaroux, Louvet, Carra, Marat, Danton y Legendre, no podían menos de ruborizarse y bajar los ojos. Su conciencia les decia interiormente que era vergonzoso declarar autor de aquellos atentados al mismo que habia sido su víctima, y sin embargo, se jactaban en alta voz algunos dias antes de haber urdido aquellas conspiraciones contra el trono; pero el sentimiento del derecho es tan fuerte entre los hombres, que aun cuando le violan, le aparentan con hipocresia, y los conspiradores mas acérrimos, no conten-

los con obtener la victoria, quieren tener de su parte la legalidad.

VI.

Escuchó el rey aquella lectura, en la actitud de una impasible atención. Solo en dos ó tres puntos en que la acusación traspasaba los límites de la injusticia y de la verosimilitud, y en que se echaba en cara la efusión de sangre del pueblo, tan religiosamente evitada por él durante todo su reinado, no pudo menos de manifestar, con una amarga sonrisa y un movimiento involuntario de hombros, la contenida indignación que le agitaba. Se conocía que todo lo esperaba, excepto la acusación de haber sido un príncipe sanguinario. Levantó los ojos al cielo y tomó á Dios por testigo contra los hombres.

VII.

Presidiendo en este día la Convención Barrere, reasumió cada uno de los textos razonados de la acusación, procedió al interrogatorio del rey. Valazé, uno de los secretarios de la Asamblea, se aproximó á la barra, y fue presentado á la vista del acusado todos los documentos que tenían relación con el asunto. El presidente preguntaba al rey si los reconocía, y así se le presentaron todos los papeles concernientes á la traición de Mirabeau y de La Fayette, hallados en el armario de hierro, donde los había colocado él mismo; su carta confidencial á los obispos para desdecirse de la aceptación de la constitución civil del clero; otras cartas acusadoras firmadas por él ó escritas todas de su propio puño; y en fin, notas secretas

de Mr. de Laporte, intendente de su tesoro particular, que probaban el empleo de sumas considerables para romper á los jacobinos, las tribunas de la Asamblea y los arrabales.

Tenia Luis XVI dos modos igualmente nobles de defenderse: el primero, era negarse á toda respuesta, y cubrirse con la inviolabilidad del rey ó con la resignación del vencido; el segundo, confesar de plano los esfuerzos que habia hecho y debido hacer para moderar á los grandes gefes del partido de la revolución y afiliarlos al lado del trono amenazado, que su sangre, su rango y su juramento á la Constitución le obligan defender, puesto que el trono por sí mismo hacia parte de aquella Constitución. Lo podia tanto mas el rey, cuanto que ninguno de los documentos hallados en el armario de hierro, probaba directamente un arreglo con las potencias estrangeras contra la Francia; pero no halló en su presencia de ánimo ni uno ni otro de estos dos sistemas de respuesta, que si no hubiesen salvado su vida, hubiesen al menos preservado su dignidad. En lugar de responder como rey por el silencio, ó como hombre de Estado por la confesion atrevida y razonada de sus actos, respondió como un acusado que disputa la confesion de los hechos. Negó las notas, las cartas, los actos; y hasta negó el armario de hierro, que sellado por él mismo, se habia abierto para revelar sus secretos. La angustia de su alma no le dejó el tiempo de deliberar sobre lo que de él exigia su magestad; quizá la primera negativa le condujo á negarlo todo, para no ser convencido de disimulo, ó mas bien para no comprometer á sus adictos con sus confesiones. Quiso sin duda tambien reservar á sus defensores la entera libertad de sus palabras, y en fin, pensó en su esposa, en su hermana y en sus hijos, quizá mas de lo que en tal momento convenia, y de este modo empañó el brillo á su defensa. Desde aquel día, ya no fué un rey que luchaba con el pueblo, sino un acusado que disputaba con sus jueces,

y que dejaba interviniesen los abogados entre la magestad del trono y la del cadalso.

VIII.

Después del interrogatorio, Santerre volvió á coger al rey por el brazo y le condujo al salón de descanso de la Convencion, acompañándole Chambon y Chaumette. Lo largo de la sesión y la agitación de espíritu habían agotado las fuerzas del acusado; se caía de inanición, y Chaumette le preguntó si quería tomar algun alimento, pero el rey lo rehusó. Un momento después, vencido por la naturaleza y viendo á un granadero de la escolta ofrecer al procurador de la municipalidad medio pan, Luis XVI, se aproximó á Chaumette, y le pidió en voz baja un pedazo de aquel pan. «Pedid en voz alta lo que queráis, le dijo Chaumette, como si temiese hacerse sospechoso hasta por su piedad.—Os pido un poco de vuestro pan, repitió el rey levantando la voz.—Tomad partido, le dice Chaumette; es un desayuno propio de un espartano; si tuviese algunas raíces os daría la mitad.»

Avisaron que estaba allí el carruaje; el rey entró en él aun con su pedazo de pan en la mano, del que solo comió la corteza. Incomodándole la miga y creyendo que si lo tiraba por la ventanilla, podría tomarse esa acción por una señal, ó que habia ocultado algun billete en aquel pan, se lo dió á Colombeau, sustituto de la municipalidad, que iba sentado al vidrio en el carruaje, y Colombeau tiró el pan á la calle. «¡Ah! dijo el rey, es mal hecho tirar así el pan en un tiempo en que está tan escaso.—Y ¿cómo sabéis que está escaso?» le preguntó Chaumette.—Porque el que yo como huele á polvo.—Mi abuela, repitió Chaumette con jovial familiaridad,

me decía cuando era niño: «no tires nunca una miga de pan, porque no seréis capaz de hacer producir otro tanto.—Monsieur Chaumette, dijo el rey sonriendo, vuestra abuela tenía un buen sentido, el pan viene de Dios.» La conversacion continuó así serena y casi alegre durante la vuelta.

El rey contaba y nombraba todas las calles. «¡Ah! esta es la calle de Orleans, exclamó al atravesarla.—Decid la calle de la Igualdad, replicó bruscamente Chaumette.—Sí, sí, dijo el rey... porque...» No concluyó y quedó por un momento triste y silencioso.

Al poco rato Chaumette, que no habia tomado nada desde por la mañana se sintió mal en el carruaje. El rey prestó algun auxilio á su acusador. «Sin duda, le dijo, os incomoda el movimiento del coche; ¿habéis experimentado alguna vez el balance de un barco?—Sí, respondió Chaumette, hice la guerra á las órdenes del almirante Lamotte-Piquet.—¡Ah! dijo el rey era un bravo hombre Lamotte-Piquet. Mientras continuaba así la conversacion en el interior del coche, los mozos del mercado de granos y los carboneros formados en batallones, cantaban en torno de él, las estrofas mas terribles de la Marsellesa.

Tirans ¡g'una sang impur abreuve nos sillons!

Desaforadas voces de ¡Viva la revolucion! salian de entre la multitud al acercarse el acompañamiento, prolongándose por toda la linea hasta la Bastilla, formando solo un grito desde las Tullerías al Temple. El rey aparentaba no oír aquellos augurios de muerte; al entrar en el patio de la fortaleza, levantó los ojos y miró tristemente por largo tiempo los muros de la torre y las ventanas de la habitacion de la reina, como si su mirada interceptada por las tablas y las rejas, hubiese podido comunicar sus pensamientos á aquellos á quienes amaba. El alcalde le condujo de nuevo á su cuarto, y le leyó el último decreto

de la Convencion que mandaba su separacion y el aislamiento absoluto de su familia; el rey, suplicó al alcalde hiérase revocar una órden tan cruel, y obtuvo que al menos informásen á la reina de su vuelta, concediendo Chambon todo lo que de él dependia. El ayuda de cámara de Clery, que dejaba al rey, tuvo una última comunicacion con las princesas, y las esplicó los pormenores que su amo le habia contado sobre su interrogatorio. Clery aseguró á la reina de la intervencion de los gabinetes estrangeros para salvar al rey; dejó entrever que la pena se limitaria á la deportacion á España, por ser pais que no habia declarado la guerra á la Francia. ¿Han hablado de la reina? preguntó con ansiedad madama Isabel. Clery contestó que no se la habia nombrado en el acta de acusacion. ¡Ah! respondió la princesa como aliviada del peso de una grande inquietud; quizá miran al rey como una víctima necesaria á su seguridad; pero ¡la reina! pero ¡estos pobres niños! de qué obstáculo pueden servir estas vidas á su ambicion?... En esta entrevista contra las órdenes de la municipalidad, Clery convino con las princesas en las relaciones furtivas que la generosa complicidad de un guarda, llamado Turgy, proporcionaria á los prisioneros. Vestidos, muebles y la ropa blanca, pedidos ó enviados de un piso á otro, fueron las cifras secretas de aquella correspondencia, por medio de las cuales el rey conocia el estado del alma y del cuerpo de las princesas y de los niños; y ellas por su parte sabian los principales actos del proceso del rey. El príncipe despues de tomadas estas precauciones, que consolaron un poco su corazon, cenó y se acostó; pero sin cesar un instante de volver la vista hácia el sitio de donde habian quitado la cama de su hijo, y pidiendo á los comisarios que se le trajesen.

Entretanto, Petion y Treilhard apenas el rey habia salido de la Convencion consiguieron que se le permitiese, como á todo acusado, escoger dos defensores. En vano Marat, Duhem, Billaut-Varemes y Charles protestaron con sus clamores contra el derecho de la defensa, pidiendo atrevidamente una escepcion á la humanidad contra el tirano rebelde á la nacion. En vano exclamó Thuriot: «Es necesario que el tirano suba al cadalso.» La Convencion se habia sublevado casi unánimemente contra aquella impaciencia de verdugo, y habia conservado la dignidad de juez. Cuatro de sus miembros, Cambacéres, Thuriot, Dupont de Bigorre y Dubois de Crancé, fueron encargados de llevar al Temple el decreto que permitia al rey escoger un consejo de defensa. La ley autorizaba al acusado á formarle de dos defensores.

Elegió el rey los dos abogados más célebres de Paris, Mrs. Tronchet y Target. El mismo día á los comisarios la direccion de la casa de campo que habitaba Tronchet y dijo ignoraba la residencia de Target. Pronunciados éstos nombres en la sesion de la Convencion el mismo día, el ministro de la Justicia, Garat, fué encargado de notificar á los dos defensores, la elección que el rey habia hecho de ellos para aquel último ministerio de la adhesion y de la salvacion.

Tronchet, abogado acostumbrado á las luchas políticas por las tormentas de la Asamblea constituyente, de que habia sido un miembro activo, aceptó sin duda la mision gloriosa que le encomendaba el corazon de un proscrito.

Target, dotado de voz sonora pero de alma pusilánime, temió el peligro de aparecer complice hasta del último pensamiento de un moribundo. Escribió á la Con-

veucion una carta inspirada por la crueldad y cobardia, en la que separaba de sí, con un miedo visible, un cargo que sus principios, decía, no le permitian aceptar. Esta debilidad, lejos de popularizar á Target, le atrajo casi el desprecio de todos los partidos.

Diversos nombres se ofrecieron para reemplazar á Target: el rey escogió á Descze, abogado de Burdeos establecido en Paris. Este jóven debió á aquella eleccion, de que era digno, porque se gloríaba de ella, la celebridad de una larga vida, la primera magistratura de la justicia bajo otro reinado y la ilustracion de su nombre perpetuada en su familia.

Peró estos dos hombres no eran mas que los abogados del rey, y este tenia necesidad de un amigo. Para consuelo de sus últimos dias y gloria del corazon humano, halló este amigo.

En una soledad cerca de Paris, habia entonces un anciano llamado Lamoignon, nombre ilustre y consular en las altas magistraturas de la antigua monarquia. Los Lamoignon eran de aquellas antiguas familias parlamentarias que se elevaban de siglo en siglo hasta los primeros destinos del reino, por continuados servicios prestados á la nacion, y no por los favores de corte ó por los caprichos de los reyes. Asi es que estas familias conservaban en sus opiniones y en sus costumbres, algo de popular, que las hacian secretamente queridas á la nacion, y parecerse mas bien á las grandes familias patricias de las repúblicas, que á las familias militares ó salidas de la nada en las monarquias. El débil resto de la libertad que las costumbres dejaban subsistir en la antigua monarquia, reposaba enteramente sobre aquella familia. Sotos estos

magistrados recordaban de tiempo en tiempo á los reyes por medio de respetuosos representaciones, que aun habia una oposicion pública, la oposicion hereditaria del pais.

Este anciano, de edad de setenta y cuatro años, llamado Malesherbes, habia sido dos veces ministro de Luis XVI. Sus ministerios, de corta duracion, fueron pagados con la ingrátitud y el destierro, no por el rey sino por el odio del clero, de la aristocracia y de las cortes. Liberal y filósofo, Malesherbes era uno de esos precursorres que se adelantan en un régimen de arbitrariedad y de abusos á la aplicacion de las reglas de justicia y de razon, que las ideas llaman, pero que las cosas se resisten. Si hombres semejantes se hallasen siempre á la cabeza de los gobiernos, apenas habria necesidad de leyes; ellos mismos son leyes, porque son la luz, la justicia y la virtud de su tiempo.

Malesherbes, discípulo de J. J. Rousseau y amigo de Turgot, el primero que habia introducido la filosofía en la administracion, se habia hecho amar de los filósofos del siglo XVIII, favoreciendo como director general de impresas, la introduccion en Francia de la *Enciclopedia*, este arsenal de nuevas ideas. Bajo una legislacion de tinieblas legales y de censura, Malesherbes habia descubierto atrevidamente los abusos remanentes, declarándose el cómplice de la luz. La Iglesia y la aristocracia no le perdonaron; y era uno de aquellos hombres á quienes mas se acusaba de haber atacado la religion y el poder, creyendo haber combatido la supersticion y la tiranía. El fondo de su corazon era republicano en efecto pero sus costumbres y sus sentimientos aun eran monárquicos. Ejemplo vivó de aquella contradiccion interior que existe en estos hombres nacidos, por decirlo asi, en las fronteras de las revoluciones, cuyas ideas son de un tiempo y sus costumbres pertenecen á otro. El republicanismo de Malesherbes era á la República del mo-

mento, lo que la idea filosófica del sabio es á los movimientos tumultuosos de un pueblo. Su teoría tenía y se indignaba ante la práctica. No negaba las doctrinas de su vida; pero se cubría el rostro para no contemplar sus excesos, y las desgracias del rey le arrancaban lágrimas amargas: este príncipe había sido la esperanza y algunas veces la ilusión de Malesherbes. Testigo y confidente de sus votos por la dicha del pueblo y por la reforma de la monarquía, Malesherbes había creído ver en el joven rey, uno de estos soberanos reformadores que abdicar por sí mismos el despotismo; que presentan su fuerza á las revoluciones para cumplirlas y moderarlas, y que legitiman el trono por los beneficios que proceden del alma de un rey benéfico. Malesherbes, ministro corto tiempo, había dejado de serlo sin perder su adhesión al rey: conocía que la influencia de la corte, le había arrancado su discípulo; pero había dejado un amigo secreto en su señor. Del fondo de su destierro le había seguido con los ojos, desde los Estados generales hasta el calabozo del Temple. Una correspondencia secreta, pero á largos intervalos, había llevado á Luis XVI los recuerdos, los votos y las conmiseraciones de su antiguo servidor. Al saber la noticia del proceso del rey, Malesherbes abandonó su retiro campestre y escribió á la Convención. El presidente Barrère leyó su carta á la Asamblea.

«Ciudadano presidente, decía Malesherbes; no sé si la Convención dará á Luis XVI un consejo para defenderle, y si le dejará á su elección. En este caso desco que Luis XVI sepa, que si me elige para este cargo, estoy pronto. No os pido deis parte á la Convención de mi deseo, porque estoy muy lejos de creerme un personaje tan importante para que se ocupe de mí; pero he sido llamado dos veces al consejo de aquel que fué mi señor, en tiempos en que este puesto era ambicionado por todo el mundo. Le debo el mismo servicio

cuando se presenta un cargo que muchos creen peligroso: si supiese un medio de hacerle conocer mis disposiciones, no me hubiera tomado la libertad de dirigirme á vos. He pensado, que en el lugar que ocupáis, tendríais mas medios que otro alguno para comunicale este aviso.»

Toda la Convención al oír el nombre de Malesherbes sintió la conmoción eléctrica que imprime á las reuniones el nombre de un ciudadano virtuoso, y la emoción que experimenta la muchedumbre al ver un acto de valor y de virtud. Hasta el odio reconoció los santos derechos de la amistad en la súplica de Mr. de Malesherbes, y se accedió á ella. Algunos miembros protestaron contra el sistema de lentitud, que las formalidades del proceso iban á perpetuar entre el culpable y el cadalso. «Se quiere con estas dilaciones prolongar el negocio durante un mes» dijo Thuriot. Los reyes, esclama Legendre, no dilatais sus venganzas contra los pueblos, y ¡vosotros dilatareis la justicia de un pueblo contra el rey! Preciso es derribar el busto de Bruto, continuó Billaud-Varennes, mostrando con el gesto la estatua de aquel romano, por que no titubé como nosotros en vengar á un pueblo de un tirano!»

XI.

Introducido aquel mismo día en la torre donde gemía su señor, Malesherbes se vió precisado á aguardar en el último postigo; los comisarios de la municipalidad encargados de impedir la introducción furtiva de toda arma que pudiese sustraer al rey por el suicidio al cadalso, le detuvieron largo rato en aquella pieza. El nombre y aspecto del anciano inspiraron algún respeto á los guardianes, y él mismo se registró delante de ellos, no

llevando mas sobre si que algunos documentos diplomáticos, y el diario de las sesiones de la Convencion. Dorat-Cubières, miembro de la municipalidad, hombre mas vano que cruel, jactancioso de libertad, escritor de tocador, fuera de su lugar en las tragedias de la revolucion estaba de servicio en la antesala del rey. Dorat Cubieres conocia á Mr. de Malesherbes, y respetaba en él un filósofo que Voltaire, su maestro, habia señalado con frecuencia al reconocimiento de los sábios. Hizo acercar al anciano á la chimenea y le habló familiarmente. «Malesherbes, le dijo, sois el amigo de Luís XVI, ¿cómo podeis traerle diarios en donde verá toda la indignacion que el pueblo manifiesta contra él?—El rey, respondió Malesherbes, no es un hombre como cualquiera: tiene un alma fuerte, y una fé que le hace superior á todo.—Vos sois un hombre honrado, le contesta Cubieres, pero si no lo fuérais podriais prestarle una arma, veneno, y aconsejarle una muerte voluntaria.» La fisonomia de Mr. de Malesherbes manifestó, al oír estas palabras, una reticencia que parecia indicar en él el pensamiento de una de estas muertes antiguas, que arrebatan el hombre á la fortuna, y que le hacen, en el colmo de su desgracia, su propio juez y su libertador; despues como volviendo sobre si de su pensamiento dijo: «Si el rey profesase la religion de los filósofos; si fuese un Cantón ó un Bruto, podria, suicidarse; pero es piadoso y cristiano; sabe que su religion le prohibe atentar contra su vida, no se dará la muerte.» Estos dos hombres se lanzaron algunas miradas de inteligencia; y callaron como si reflexionasen interiormente cual de las dos doctrinas era la mas enérgica y mas santa: si aquella que permite libertarse de la suerte, ó la que manda sufrir su destino aceptándola.

Se abrió al fin la puerta del aposento del rey, y Malesherbes, con un paso indeciso se adelantó hacia su señor. Luís XVI estaba sentado junto á una mesita, teniendo en la mano y leyendo con atencion un tomo de *Tácito*, eso

evangelio romano de las grandes muertes. El rey al ver á su antiguo ministro, dejó el libro, se levantó y dirigió con los brazos abiertos y los ojos llenos de lágrimas hacia el anciano. ¡Aht le dijo abrazándole, ¿dónde me encontráis? ¿y dónde me ha conducido mi pasión por el bienestar de este pueblo, que tanto hemos amado los dos! ¿Dónde venis á verme! Ese cariño espone vuestra vida y no salvará la mia!

Cubriéndose las manos de lágrimas, Malesherbes manifestó al rey el placer que sentia en consagrarle lo que le quedaba de vida, y en mostrarle en su prision un amor siempre sospechoso en el palacio. Trató de volver al prisionero la esperanza en la justicia de sus jueces, y en la piedad de un pueblo cansado de perseguirle. «No, respondió el rey, estoy seguro de que me quitarán la vida, porque tienen el poder y la voluntad de hacerlo: pero no importa, ocupémonos de mi proceso, como si su fallo debiese serme favorable, y en efecto será, pues dejaré una memoria sin mancha.»

Entraba todos los días en el Temple con Malesherbes, Tronchet y Deséze, quienes preparaban los elementos de la defensa. El rey recorria con ellos los textos de acusacion, y las diferentes circunstancias de su reinado que en su pensamiento la refutaban, y pasaba muchas horas haciendo á sus defensores la relacion de su vida pública. Tronchet y Deséze venian á las cinco y salian á las nueve, Malesherbes venia siempre antes, y era introducido todas las mañanas en el cuarto del rey. Blevaba al príncipe los papeles públicos, y los leia con él y preparaba el trabajo de la noche.

El alma del rey se enternecia y dilataba con libertad; en estas conversaciones particulares, el cariño de Malesherbes cambiaba algunas veces aquellos desahogos en esperanzas, y siempre en consuelos. La aspereza de los comisionados de la municipalidad, suspendia con frecuencia aquellas conversaciones, exigiendo que la puerta del

rey estuviese abierta para poder oírlas. El rey y el anciano se retiraban entonces al interior de la torre, y cerrando la puerta evitaban la odiosa inquisición de aquellos hombres, que buscaban crimen entre el odio de la víctima y la boca del consolador.

Por la noche, después que se retiraban Mrs. de Mallesherbes, Tronchet y Deséze, el rey leía los discursos, pronunciando en pro o en contra de él en la Convención. Podía creerse por la imparcialidad de sus observaciones, que leía la historia de un reinado lejano. «¿Cómo podeis leer con sangre fría esas invectivas? le preguntó un día Clery. — Aprendo hasta dónde puede llegar la maldad de los hombres, respondió el rey; porque no creía que los pudiese haber tan malos:» sin decir más se durmió.

Un ovillo de hilo, en el que había envuelto un papel, donde con picaduras de aguja se trazaban letras, servía á las princesas para estar en correspondencia con el cautivo. Turgy, que servía á la mesa en el cuarto del rey, y en el de la reina, ocultaba el ovillo en un armario del comedor. Allí hallaba Clery y volvía á colocarlo en su lugar, el ovillo que contenía la respuesta del rey. De este modo, las mismas esperanzas y los mismos temores deslizándose á través de los muros, palpitaban á la vez en los dos pisos y confundían en un mismo pensamiento las almas de los prisioneros.

Después la reina dejaba caer un bramante, á cuyo extremo había un billete, sobre el cobertizo en forma de embudo que guardaba la ventana del rey, y colocada directamente debajo de la suya, y volvía á recogerle cargado con las confidencias y ternuras para su muger y su hermana.

Desde que estaba aislado, el rey no había querido bajar al jardín á tomar el aire. «No puedo resolverme á salir solo, decía; me agradaba el paseo cuando disfrutaba de él con mi muger y mis hijos.» El 19 de diciembre,

dijo á la hora de almorzar, á Clery, delante de los cuatro municipales de guardia. «Hace catorce años madrugásteis mas que hoy.» Una triste sonrisa reveló á Clery el sentido de aquellas palabras. El criado enternecido calló por economizar la sensibilidad de un padre. «Es el día, continuó el rey, en que nació mi hija; ¡hoy día de su cumpleaños, estoy privado de verla! y mojó el pan con sus lágrimas. Los municipales mudos y enternecidos, parecía respetaban aquel recuerdo de días felices, que atravesaba la prision como para hacerla mas sombría.

XII.

El día siguiente, Luis se encerró solo en su gabinete y escribió mucho tiempo. Fué su testamento, último adiós á la esperanza: desde entonces solo esperó en la inmortalidad. Legaba en paz todo lo que podía en favor de su alma; su ternura á su familia; su reconocimiento á sus criados, y su perdón á sus enemigos. Después apareció mas tranquilo; había firmado como cristiano la última página de su destino.

«Yo, decía en términos testuales, pero mas estensos, esta confesion póstuma en que el hombre parece hablar de otra vida: yo, Luis XVI de este nombre, rey de Francia, encerrado desde hace cuatro meses con mi familia en la torre del Temple en París, por aquellos que eran mis súbditos, y privado de toda comunicacion desde hace once días aun con mi familia; implicado además en un proceso, cuyo resultado es imposible preveer á causa de las pasiones de los hombres; teniendo solo á Dios por testigo de mis pensamientos y á quien poder dirigirme, declaró aquí en su presencia, mi última voluntad y mis sentimientos. Dejo mi alma á Dios mi criador, y le ruego la reciba en su misericordia; muero en

«la fe de la Iglesia y en la obediencia de espíritu á sus «decisiones; suplico á Dios perdone todos mis pecados; «che tratado de reconocerlos escrupulosamente, de detes- «tarlos y humillarme delante de él. Ruego á todos aque- «llos á quienes haya podido haber ofendido involuntaria- «mente, (porque no recuerdo haber hecho á sabiendas «ofensa alguna á nadie); me perdonen el mal que crean «pueda haberles ocasionado. — Ruego á todos aquellos «que tienen caridad, unan sus súplicas á las mías — «Perdono de todo corazón, á los que se hayan declarado «mis enemigos sin haberles dado ningun motivo, y pido «á Dios les perdone lo mismo que á aquellos, que por un «ceelo falso ó mal entendido, me causaron mucho mal.... «Recomiendo á Dios mi esposa y mis hijos, mi hermana, «mis tias, mis hermanos, y todos aquellos que me están «unidos por los lazos de la sangre ó de cualquiera otro «modo. Suplico á Dios particularmente dirija sus ojos mi- «sericordiosos á mi esposa, mis hijos y hermana, que des- «de hace tanto tiempo sufren conmigo; que los sostenga «con su gracia si me pierden, en tanto que permanezcan «en este mundo perecedero.

«Recomiendo mis hijos á mi esposa, porque jamas he «dudado de su ternura por ellos; y sobre todo que no les «haga mirar las grandezas de este mundo si están desti- «nados á probarlas, sino como bienes peligrosos y pasa- «geros, y que vuelvan sus ojos hacia la única gloria so- «lida y durable de la eternidad. Ruego á mi hermana «continúe dispensando su ternura á mis hijos, y ocupando «el lugar de madre, si tuviesen la desgracia de perder la «verdadera. — Suplico á mi esposa me perdone todos los «males que sufre por mi, y los disgustos que pude ha- «berla dado durante nuestra unión; como puede estar se- «gura que no llevo ningun resentimiento contra ella, si «creyese tener alguna cosa que echarse en cara.

«Recomiendo mucho á mis hijos, despues de lo que «deben á Dios, que es antes que todo, permanezcan siem-

«pre unidos entre sí, sumisos y obedientes á su madre, «reconocidas á todos los cuidados que les ha prodigado «en memoria mia; les ruego miren á mi hermana como «una segunda madre.

«Recomiendo á mi hijo, si tuviese la desgracia de «llegar á ser rey, piense que se debe todo á la felicidad «de sus conciudadanos; olvide todo odio y resentimiento, «y particularmente lo que tiene relacion con las desgra- «cias y disgustos que yo esperimento. Que recuerde que «no puede hacer la dicha del pueblo sino reinando segun «las leyes; pero al mismo tiempo que un rey no puede «hacerlas respetar y el bien que desea su corazón, sino «mientras tiene la autoridad necesaria; y que de otro «modo, siendo contrariado en sus actos y no inspirando «respeto, es mas dañoso que útil.... que piense he con- «traído una deuda sagrada con los hijos de aquellos que «han perecido por mi y con los que son desgraciados por «mi causa... le recomiendo á Mrs. Hue y Chamilly, «cuyo cariño hizo se encerrasen conmigo en esta triste «mansión; le recomiendo tambien á Clerý, que me ha «cuidado cuanto ha podido desde que está conmigo, y «como me acompañó hasta el fin, suplico á la municipa- «lidad le entregue mis vestidos, mis libros, mi reloj, mi «bolsillo y los otros muebles que me quitaron y fueron «depositados en su consejo.... perdono á mis guardianes «los malos tratamientos y las incomodidades que han «creído deber proporcionarme.... he hallado entre ellos «algunas almas sensibles y tiernas.... gocen en su cora- «zon de la tranquilidad que debe proporcionarles su pro- «ceder. Suplico á Mrs. de Malesherbes, Tronchet y De- «séze, reciban aqui todo mi agradecimiento y la expresion «de mi sensibilidad, por todas las atenciones y todos los «trabajos que se han tomado por mi.

«Concluyo declarando en presencia de Dios, y pron- «to á parecer ante él, que no creo haber cometido ningun «uno de los crímenes que me han atribuido....

«Hecho por duplicado en la torre del Temple, el...
de enero de 1793.—Luis.»

XIII.

De este modo, aquella alma, abriéndose en su último exámen al día escrutador de la inmortalidad, nada leía en sus mas secretos pensamientos sino intencion recta y perdón. El hombre y el cristiano se hallan sin mancha; todo el crimen, ó mas bien toda la desgracia estaba en su situación. Este papel sellado por la ternura, bañado con sus lágrimas y bien pronto con su sangre, era el irrecusable testimonio que su conciencia misma llevaba ante Dios. ¿Qué pueblo no hubiese adorado á este hombre, sino hubiese sido un rey? pero ¿qué pueblo á sangre fría no hubiese absuelto á un rey que perdonaba y amaba tanto? Este testamento, el acto mas grande de la vida de Luis XVI, porque fué el de su alma sola, juzgaba mas infaliblemente su vida y su reinado, que el fallo inflexible pronunciado bien pronto por hombres irritados. Descubriéndose así él mismo al porvenir, Luis acusaba involuntariamente la dureza de los tiempos que iban á condenarle al suplicio. Creía haber perdonado, y por la misma sublimidad de su dulzura, se había vengado para siempre.

XIV.

Aquel mismo día vivieron sus defensores á presentarle el plan completo de su defensa. Malosherbes y el mismo rey habían suministrado los documentos de hecho, y Tronchet los argumentos de derecho: Deséze había redactado la defensa, y la leyó. La peroracion se dirigia al al-

ma del pueblo, y se esforzaba por conmovet á los jueces con el cuadro patético de las vicisitudes de la familia real. Este apóstrofe á la nacion, hizo llorar á Malosherbes y Tronchet; y el mismo rey estaba conmovido con la piedad que su defensor queria inspirar á sus enemigos; sin embargo, su altivez se avergonzó al implorar de ellos otra justicia que la de su conciencia. «Es necesario quitar esta introducción, dijo Luis á Deséze, no quiero enternecer á mis acusadores.» Deséze resistió; pero la dignidad de su muerte pertenece al moribundo, y el defensor cedió, y cuando se retiró con Tronchet, y el rey se quedó solo con Malosherbes, y parecia poseído de un pensamiento secreto. «Tengo un gran pesar añadido á tantos otros, dijo á su amigo, Deséze y Tronchet nada me deben, me dan su tiempo, su trabajo, y quizá su vida; ¿cómo pagar este servicio? Nada tengo, y aunque les hiciese un legado, no se lo pagarían; además, no son los bienes de fortuna los que pagan deudas de esta clase.—Señor, dijo Malosherbes, su conciencia y la posteridad se encargarán de su recompensa, pero podeis desde ahora concederles una, que apreciarán mas que vuestros mayores favores cuando erais feliz y poderoso.—¿Cuál? preguntó el rey.—Señor, abrazadlos.» Al día siguiente, cuando Deséze y Tronchet entraron en el cuarto del prisionero para acompañarle á la Convencion, éste, silencioso se acercó á ellos, abrió sus brazos y los tuvo estrechados largo rato; el acusado y los defensores no se hablaron porque los sollozos se lo impedían, pero el rey se sintió aliviado; daba todo cuanto tenia, que era un abrazo contra su corazón. Deséze y Tronchet se creyeron pagados, habían recibido cuanto ambicionaban: el salario de lágrimas de un desgraciado, abandonado de todos sus súbditos, y el reconocimiento de un moribundo.

Santerre, Chambon y Chaumette, vinieron algunos instantes después á buscar al rey y á conducirlo por segunda vez á la Convencion con el mismo aparato de fuerzas. La Convencion le hizo esperar cerca de una hora como á un cliente ordinario, en la antesala de sus deliberaciones. El exterior del rey era mas decente, su traje menos raído que en su primer interrogatorio; y su rostro manifestaba menos que vivía en un calabozo. Sus amigos le habian aconsejado no se afeitase, á fin de que la crueldad de sus carceleros escrita en su rostro, escitase á la vista la indignacion y el interés del pueblo. El rey rechazó con desden este medio teatral de conmover en su favor cifrando su derecho á la compasion en su alma y no en sus vestidos. Los comisarios, á instancias suyas, consintieron en dar unas tijeras á Clery para que cortase la barba á su amo. Su fisonomia estaba tranquila y sus ojos serenos. Mas á propósito para resignarse que para combatir con la suerte; la proximidad de la última desgracia engrandecia á Luis XVI.

Se paseó con una actitud de indiferencia entre sus dos defensores, en medio de los grupos de diputados curiosos que salian de la sala para mirarle. Hablaba sin calor y sin turbacion con Malesherbes, y habiéndose éste servido al responderle del título de magestad, mas respetuosa á medida que la fortuna era mas insolente, le comprendió Treilhar, y colocándose entre el rey y Malesherbes, dijo al antiguo ministro.—«¿Quién os da la peligrosa audacia de pronouciar aquí títulos proscriptos por la nacion?—El desprecio de la vida,» respondió desdeñosamente Malesherbes, y continuó la conversacion.

Luego que hubo hecho entrar al rey acompañado de sus defensores, la Convencion escuchó con religioso silencio el discurso de Deséze. Se veia en la actitud de la Montaña que no habia mas agitacion, porque ya no habia duda, teniendo los jueces la paciencia de la certidumbre, y daban una hora á aquel rey, á quien en su pensamiento ya habian quitado una vida. Deséze habló con dignidad, pero sin elocuencia; conservó la sangre fria de la razon ante el ardor de una pasion pública: su defensa al nivel de sus deberes de defensor, solo en algunas frases se elevó al de las circunstancias, discutió cuando era necesario herir, olvidando que hay otra conviccion para un pueblo mas que sus emociones: que la temeridad de las palabras, es en ciertos casos la soberana prudencia, y que no hay en los momentos supremos mas que una elocuencia desesperada que pueda salvar, al mismo tiempo que se arriesga á perderlo todo.

Fué una de las fatalidades inherentes á la vida de Luis XVI, no haber encontrado para disputar y para reconvenir por su vida al pueblo, una de esas voces que elevan la piedad á la altura del infortunio y hacen resonar de siglo en siglo las caidas de los tronos, las catástrofes de los imperios y el golpe del hacha que corta las cabezas de los reyes, con palabras tan altas, tan grandes y solemnes como los mismos acontecimientos. Si un Bossuet, un Mirabeau, un Vergniaud, se hubiesen hallado en el lugar de Deséze, Luis XVI no hubiera sido defendido con mas celo, mas prudencia y lógica; pero su palabra enteramente política y no judicial, hubiese resonado como una venganza sobre la cabeza de los jueces, y como un remordimiento sobre el corazon del pueblo; y si ante el tribunal no hubiese sido fallada favorablemente

la causa, hubiera sido ilustrada para siempre ante la posteridad. En las causas que no son de un día, es una falta hablar al tiempo; es necesario hablar al porvenir, porque él es el verdadero juez, y esto lo olvidaron demasiado Luis XVI y sus defensores. A pesar de todo, quedó de aquella defensa una palabra sublime, que reasumía en una acusación directa toda la situación: «Busco entre vosotros jueces y solo veo acusadores.»

XVII.

El rey que había escuchado su propia defensa con un interés que parecía más lícito por su defensor que por él mismo, se levantó cuando Desèze concluyó de hablar. «Acaban de esponeros, dijo, mis medios de defensa y yo no los renovaré. Al hablaros, quizá por última vez, os declaro que mi conciencia nada me remuerde, y que mis defensores os han dicho la verdad. Jamás temi que mi conducta fuese examinada públicamente; pero mi corazón está destrozado al hallar en el acta de acusación, que se me imputa haber querido se derramase la sangre del pueblo, y sobre todo que se me atribuyan las desgracias del 10 de agosto. Confieso que las multiplicadas pruebas que había dado en todos tiempos de mi amor al pueblo, me parecían haberme puesto fuera del alcance de toda inculpación, cuando me hubiese espuesto yo mismo por economizar una gota de sangre de ese pueblo.» Salí concluidas estas palabras.

«Que se le juzgue en el acto.» pidió Bazire. «El llamamiento nominal, al momento.» esclama Buhem. Ya es tiempo de que la nación sepa, si tiene razón en querer ser libre, ó si este deseo es un crimen.—Y yo, continúa Lanjuinais, pido que nos atengamos al decreto por el que nos hemos constituido jueces de Luis XVI; mi

respuesta á la proposición que se os hizo, es que Luis XVI sea juzgado; si, es decir, que la ley sea aplicada á su proceso; que las formas saludables y protectoras reservadas á todo ciudadano, le sean concedidas como á cualquiera otro; pero que sea juzgado por la Convención nacional; que lo sea por los conspiradores que se han declarado ellos mismos en esta tribuna, los autores de la jornada del 10 de agosto.—A la Abadía, gritan muchos, en la Montaña.—Os declarais demasiado abiertamente partidarios de la tiranía, dice Thuriot.—Es un realista, ha hecho el proceso del 10 de agosto, gritan al mismo tiempo Duhem, Legendre, Billaud y Duquenois.—Bien pronto va á trasformarnos en acusados y al rey en juez observa irónicamente Julien.—Yo, digo, prosigue Lanjuinais, que vosotros los conspiradores declarados del 10 de agosto, seriais á la vez los enemigos, los acusadores, el jurado de acusación, el jurado de juicio y los jueces...—Hacedle callar! es la guerra civil quien habla! pido se le acuse con las pruebas en la mano! dice Choudieu.—Me escuchareis, continúa Lanjuinais.—No, no, bajad á la barra, á la barra de los acusados, gritan mil voces á la vez.—A la abadía, á la Abadía, responden los tribunales. Se restablece el silencio.

«No he acriminado, dice friamente Lanjuinais, la conspiración de 10 de agosto; digo que hay conspiraciones santas contra la tiranía; se que ese Bruto cuya imagen veo, fué uno de esos ilustres y santos conspiradores; pero continúo mi razonamiento y digo no podeis ser jueces del hombre desarmado, de quien vosotros mismos os habeis declarado enemigos mortales y personales; no podeis ser jueces habiendo todos ó casi todos declarado de antemano vuestra opinión, y algunos con una ferocidad escandalosa. (Se oyen coléricos murmullos en algunos bancos). Hay una ley natural, imprescriptible, positiva, que quiere que á todo acusado se le juzgue bajo la protección de su país; por consiguiente, si es verdad que

la causa, hubiera sido ilustrada para siempre ante la posteridad. En las causas que no son de un día, es una falta hablar al tiempo; es necesario hablar al porvenir, porque él es el verdadero juez, y esto lo olvidaron demasiado Luis XVI y sus defensores. A pesar de todo, quedó de aquella defensa una palabra sublime, que reasumía en una acusación directa toda la situación: «Busco entre vosotros jueces y solo veo acusadores.»

XVII.

El rey que había escuchado su propia defensa con un interés que parecía más lícito por su defensor que por él mismo, se levantó cuando Desèze concluyó de hablar. «Acaban de esponeros, dijo, mis medios de defensa y yo no los renovaré. Al hablaros, quizá por última vez, os declaro que mi conciencia nada me remuerde, y que mis defensores os han dicho la verdad. Jamás temi que mi conducta fuese examinada públicamente; pero mi corazón está destrozado al hallar en el acta de acusación, que se me imputa haber querido se derramase la sangre del pueblo, y sobre todo que se me atribuyan las desgracias del 10 de agosto. Confieso que las multiplicadas pruebas que había dado en todos tiempos de mi amor al pueblo, me parecían haberme puesto fuera del alcance de toda inculpación, cuando me hubiese espuesto yo mismo por economizar una gota de sangre de ese pueblo.» Salí concluidas estas palabras.

«Que se le juzgue en el acto.» pidió Bazire. — «El llamamiento nominal, al momento.» esclama Buhem. Ya es tiempo de que la nación sepa, si tiene razón en querer ser libre, ó si este deseo es un crimen. — Y yo, continúa Lanjuinais, pido que nos atengamos al decreto por el que nos hemos constituido jueces de Luis XVI; mi

respuesta á la proposición que se os hizo, es que Luis XVI sea juzgado; si, es decir, que la ley sea aplicada á su proceso; que las formas saludables y protectoras reservadas á todo ciudadano, le sean concedidas como á cualquiera otro; pero que sea juzgado por la Convención nacional; que lo sea por los conspiradores que se han declarado ellos mismos en esta tribuna, los autores de la jornada del 10 de agosto. — A la Abadía, gritan muchos, en la Montaña. — Os declarais demasiado abiertamente partidarios de la tiranía, dice Thuriot. — Es un realista, ha hecho el proceso del 10 de agosto, gritan al mismo tiempo Duhem, Legendre, Billaud y Duquenois. — Bien pronto va á trasformarnos en acusados y al rey en juez observa irónicamente Julien. — Yo, digo, prosigue Lanjuinais, que vosotros los conspiradores declarados del 10 de agosto, seriais á la vez los enemigos, los acusadores, el jurado de acusación, el jurado de juicio y los jueces... — Hacedle callar! es la guerra civil quien habla! pido se le acuse con las pruebas en la mano! dice Choudieu. — Me escuchareis, continúa Lanjuinais. — No, no, bajad á la barra, á la barra de los acusados, gritan mil voces á la vez. — A la abadía, á la Abadía, responden los tribunales. Se restablece el silencio.

«No he acriminado, dice friamente Lanjuinais, la conspiración de 10 de agosto; digo que hay conspiraciones santas contra la tiranía; se que ese Bruto cuya imagen veo, fué uno de esos ilustres y santos conspiradores; pero continúo mi razonamiento y digo no podeis ser jueces del hombre desarmado, de quien vosotros mismos os habeis declarado enemigos mortales y personales; no podeis ser jueces habiendo todos ó casi todos declarado de antemano vuestra opinión, y algunos con una ferocidad escandalosa. (Se oyen coléricos murmullos en algunos bancos). Hay una ley natural, imprescriptible, positiva, que quiere que á todo acusado se le juzgue bajo la protección de su país; por consiguiente, si es verdad que

nosotros no podemos permanecer jueces; si es verdad que muchos otros y yo queremos más morir que condenar á muerte, violando la justicia, al más abominable de los tiranos. (Se oye una voz.) Luego ¿quiereis más la salvación del tirano que la del pueblo?—Lanjuinais busca con la vista al interruptor como para darle gracias por la red que le tiende. Oigo hablar de la salvación del pueblo, prosigue, esa es la feliz transición que yo necesitaba. Se os llama á discutir ideas políticas y no ideas judiciales; he tenido, pues, razón en decirlos, que no debíais sentaros aquí como jueces sino como legisladores. ¿Quiere la política que la Convención se deshoneste? ¿Quiere la política que la Convención ceda á la borrascosa volubilidad de la opinión pública? Ciertamente que en la opinión pública no hay más que un paso del odio y del encono al amor y la piedad, y yo os digo también, ¡pensad en la salvación del pueblo! La salvación del pueblo quiere que os abstengáis de un juicio que producirá horribles calamidades para la nación; de un juicio que servirá á vuestros enemigos en las terribles conspiraciones que traman contra vosotros. Lanjuinais baja en medio de los murmullos.

«Se os pregunta, responde Amar, quienes serán los jueces. Se os dice: todos sois partes interesadas. Pero ¿no os dirán también que el pueblo francés es parte interesada, porque sobre él cayeron los golpes del tirano? ¿A quién será necesario apelar? A los planetas sin duda.—No, á una Asamblea de reyes, añade Legendre con una risotada que resonó en las tribunas. «Juzguemos sin levantar mano, repite Duhem; cuando los austriacos bombardaban á Lila, en nombre del tirano, no descansaban.—Casen esas declaraciones, replica Kersaint; nosotros somos sus jueces y no sus verdugos.» Algunos miembros fatigados ó indecisos, piden se prórroge la discusión para otra sesión; el presidente lo pone á votación y la mayoría lo aprueba; ochenta diputados de la Montaña pasan de

sus bancos hácia la tribuna y amenazan al presidente y Julien se apodera de aquella en medio de los aplausos de la Montaña. «Quieren disolvernó», dice Julien sostenido por las señas que le hace Robespierre con la cabeza, y por los gestos de Legendre y de Saint-Just. «Si, pero sois vosotros,» le grita Louvet.—¿Se quiere disolver la república, continúa Julien, atacando la Convención en su base! pero nosotros, los amigos del pueblo, hemos jurado morir por la república y por él. (La Montaña aplaude.) Habito las alturas, continúa señalando con la mano á los bancos elevados del lado izquierdo; ellas serán las Termópilas del pueblo...—Si, si, todos nosotros moriremos allí, responden en masa levantándose y tendiendo la mano hácia Julien, los diputados de la Montaña. Julien acusa al presidente de parcialidad y connivencia con Malesherbes; el presidente se justifica y se restablece el orden. Quinette presenta un proyecto de decreto que arregla el modo de juzgar al rey; Camilo Desmoulins y Robespierre piden combatir este proyecto.

Couthon hace que le conduzcan á la tribuna. «Ciudadanos, dice, Capeto está acusado de grandes crímenes y en mi conciencia convieto. Una vez acusado es preciso que se le juzgue, porque es de eterna justicia que todo culpable sea condenado. ¿Por quién será juzgado? Por vosotros, porque la nación os ha constituido en gran tribunal del Estado; no habeis podido crear jueces, pero vosotros lo sois por la suprema voluntad del pueblo.» Salles quiere hablar en el sentido de Lanjuinais; pero el tumulto aboga su voz. Declaro, esclama Salles, que se nos obliga á deliberar con el cuchillo á la garganta.

Petion rechazado tres veces por las vociferaciones de la Montaña y por los apóstrofes de Marat, que se lanza para separarle de la tribuna, consigue hacerse oír á las primeras palabras que pronuncia, le dice Duhem, «nosotros no queremos opiniones á lo Petion.—No tenemos necesidad de lecciones, añade Legendre.—Abajo el rey Ge-

rónimo Petion, » gritan aquellas mismas tribunas que cuatro meses antes proclamaban á Petion el rey del pueblo.

Barbaroux, Serres, Rebecqui, Duperré y todos los diputados jóvenes, amigos de Roland, se dirigen hácia los bancos de la Montaña, de donde salen los apóstrofes contra Petion; y se cruzan los gestos, las amenazas y las invectivas: ¡apelamos al pueblo! ¡nosotros apelamos á los departamentos! ¡cobardes! ¡ladrones! ¡asesinos! ¡realistas! Las palabras no bastan á la esplosion de la cólera, las actitudes suplen á las palabras. El presidente se cubre en señal del conflicto de la Asamblea: la Convencion se admira y renace el silencio.

XVIII.

«¡Ciudadanos! continúa Petion, ¿se tratan así los grandes intereses de un imperio? ¿Así por diferencias de opinion entre nosotros nos motejamos mutuamente de enemigos de la libertad y de realistas? ¿No hemos jurado todos que no volveriamos á tener rey? ¿Quién será capaz de faltar á sus juramentos? ¿quién querría ser rey? nosotros no queremos.—¡No, no, nadie! jamás, esclama levantándose toda la Convencion. El duque de Orleans en medio de un grupo de diputados de la Montaña, prolonga mas tiempo que sus colegas este juramento de odio al trono, y agita en el aire su sombrero para asociarse con mas evidencia al entusiasmo que repudia á los reyes.

«Pero, continúa Petion, no se trata aquí ni de deliberar sobre el trono abolido, ni sobre la suerte del rey, porque Luis Capeto no lo es, se trata de deliberar sobre la suerte de un hombre. Vosotros os habeis constituido sus jueces, y es necesario que podais juzgar con plena conviccion de los hechos: los verdaderos amigos de la libertad y de la justicia, son aquellos que quieren examinar

antes de juzgar. Muchos miembros desean, como Lanjuinais, que se dé cuenta del decreto en que se dijo á Luis XVI sería juzgado; otros quieren se decida de su suerte simplemente, como medida política. Yo soy de la primera opinion; pero no se debe prejuzgar ninguna. Pido que la resolucion presentada por Couthon se sostenga, pero reservando la cuestion suscitada en el curso de la sesion.» Volviendo á adquirir su sangre fria la Convencion, con la atrevida y aun imponente palabra de Petion, votó la proposicion de Couthon y las reservas de aquel que dejaban horas, eventualidades y reflexiones entre el decreto del pueblo y la vida del rey.

XIX.

Mientras estas agitaciones descubrian en la sala la angustia y la irresolucion de los jueces: el rey, de vuelta al cuarto de los inspectores de la Convencion, se echó en los brazos de Deséze; le cogió las manos; enjugó con su pañuelo la frente de su defensor, y calentó él mismo la camisa destinada á reemplazar la que el sudor de cinco horas de tribuna habia empapado sobre el cuerpo de Deséze. En estos cuidados familiares, que realizaban su situacion y su rango, parecia que el rey se habia olvidado de que se trataba de su propia vida en la sala inmediata; se oian los continuos murmullos y las voces que llegaban del recinto de la Convencion, pero sin poder distinguir las palabras ni prejuzgar los resultados de la deliberacion. La atencion con que habia sido escuchado Deséze; la tranquilidad de las bisonomías y disposiciones mas favorables de la opinion pública que se notaban desde hacia algunos dias en los teatros y lugares públicos, daban alguna esperanza á Luis XVI. La rapidez con que le llevaron aquella vez al Temple, evitando pasar por

los barrios populosos, hizo creer al rey que sus amigos vigilaban. Al día siguiente, un comisario llamado Vicent, que solo trataba al ejercer sus funciones de buscar medios de dulcificar la suerte de los prisioneros, se encargó de llevar secretamente á la reina un ejemplar impreso de la defensa de Deséze.

Cuando el rey volvió á entrar en el Temple, viendo que nada tenía que ofrecer, se quitó el corbatín y se le dió á su abogado.

El 1.º de enero al despertar, Clery, con motivo de la entrada de año, le ofreció en voz baja los votos que hacia por el fin de sus desgracias. El rey los recibió con ternura, y levantó los ojos al cielo recordando aquellos días en que los mismos homenajes murmurados aquel día en voz baja por el único compañero de su calabozo, le eran tributados por todo un pueblo en las galerías de su palacio. Se levantó, rezó al parecer con mas fervor que de ordinario, y suplicó á un municipal fuese á informarse de la salud de su hija que estaba enferma, y á decir á la reina y á su hermana los interceptados deseos de un prisionero. Hasta el 16 de enero nada cambió en las costumbres diarias del rey, sino el que Mr. de Malesherbes se presentó inútilmente á la puerta de la torre. El viejo en sus diferentes tentativas para ver al rey, iba acompañado de un joven realista, á quien una generosa atracción hacia la desgracia arrastró desde sus primeros años, y que fué despues, en mejores dias, el ministro y consejero austero de la monarquía de los Borbones, que él queria reconciliar con la libertad. Este joven se llamaba Hyde de Neuville: daba el brazo á Mr. de Malesherbes, y sostenia sus trémulos pasos cuando el venerable defensor de Luis XVI iba al temple ó á la Convención.

El príncipe pasaba su tiempo leyendo la historia de Inglaterra, y particularmente el tomo que contenia el juicio y la muerte de Carlos I, como si tratase de consolar-se, hallando sobre el trono un segundo ejemplo de sus

infortunios y como si hubiese querido ejercitarse para la muerte y modelar sus últimos momentos sobre los de un rey decapitado.

XX.

Durante aquellos dias en que nada de lo que pasaba fuera penetró en la prision, los dos partidos que se disputaban la Convención, continuaron destrozándose entre sí por disputarse su vida. Saint-Just volvió á tomár la palabra el 27 de diciembre, y refutó con axiomas breves y cortantes como el hacha, la defensa pronunciada la víspera. Reasumió su discurso en estas palabras: «Si el rey es inocente, el pueblo es culpable. Habeis proclamado la ley marcial contra los tiranos del mundo, y iperdonariáis al vuestro! La revolucion no principia sino cuando el tirano concluye.» Barbaroux habló sin concluir, y manifestó con una reticencia, tan contraria á la energia de su carácter, el primer sintoma de la fluctuacion de animo de los girondinos.

Lequinio contestó á Barbaroux: «Si yo pudiese, dijo, con esta mano asesinar de un solo golpe á todos los tiranos, le daría al momento.» Resonaron prolongados aplausos en la sala, y habiendo amenazado el presidente con llamar la fuerza para restablecer el orden, prorumpió en descompasadas voces toda la Asamblea. Vergniaud se quejó de aquellos tumultos que presentaban la república naciente bajo la horrorosa forma de la anarquía: pidió que el nombre de los diputados censurados se enviase á los departamentos. «Nosotros no somos la Convención de Paris, dijo Bazot, sino la Convención de la Francia y de los departamentos.»

En la sesion del 17 el ministro de Negocios estrangeros, Lebrun, comunicó notas de la corte de España. El

embajador de esta potencia intercedia por la vida de Luis XVI., y prometia á ese precio alejar las tropas que la España tenia reunidas en las fronteras de los Pirineos. «Lejos de nosotros toda influencia estrangera», respondió Thuriot.—No tratamos con los reyes, sino con los pueblos, añadió Charles; declaramos que en lo sucesivo ninguno de nuestros agentes tratará con ninguna testa coronada antes que haya reconocido la republica.»

La orden del dia respondió desdeñosamente á las tentativas del embajador de España.

Se continuó la discusion sobre el juicio del rey: Brissot y Buzot sostuvieron la apelacion al pueblo. Carra, aunque girondino, la combatió, y Gensonné en un discurso directo apostrofó estensamente á Robespierre.

«Hay, decis, un partido que quiere quitar la Convencion de Paris y hacer degollar á los ciudadanos por los ciudadanos. ¡Tranquilizaos, Robespierre! No seréis degollado, y hasta creo que no haréis degollar á nadie. La ingenuidad con que reproducís sin cesar aquella dulce invocacion, me hace temer solo que este no sea el más grande de vuestros sentimientos. Es demasiado cierto que el amor de la libertad tiene tambien su hipocresia y sus hipócritas; se les reconoce en el odio que tienen á las luces y á la filosofia, y en su destreza para halagar las preocupaciones y las pasiones del pueblo, y ya es tiempo de senatar esta faccion á toda la nacion. Ella es la que reina en los jacobinos de Paris, y sus principales gefes se sientan entre nosotros. ¿Qué quieren? ¿Cuál es su objeto? ¿Qué extraño gobierno se proponen dar á la Francia? ¿No dicen que ningun republicano quedará en el territorio francés, si no se envia á Luis al suplicio, y que será necesario entonces nombrar un defensor á la republica? Pues qué ¿no formáis una faccion y vosotros mismos os designais con el nombre de diputados de la Montaña, como si hubiéseis escogido esta denominacion para recordarnos aquel tirano de Asia, que solo es conocido

en la historia por la horda de asesinos que llevaba tras de sí, y por la obediencia fanática á las órdenes sangui-narias de su gefe? ¿No os ha dicho Robespierre con la mayor inocencia que el pueblo debía ser menos celoso de ejercer por sí mismo sus derechos soberanos, que de confiarlos á hombres que hagan buen uso de ellos? ¡Siempre ha empezado de tal manera la apologia del despotismo!... Es necesario que el juicio de Luis no pase á los ojos de la Europa por la obra de aquella faccion. ¡El pueblo solo debe salvar al pueblo.»

XXI.

Una acusacion de antigua complicidad con la corte, dirigida contra Vergniaud, Guadet, Brissot y Gensonné, respondió al dia siguiente á la invectiva de este último. Una carta de estos cuatro diputados, dirigida antes del 10 de agosto al pintor del rey, Boze, carta en la que daban consejos al principe, atestiguaba que el republicanismo habia tenido para ellos sus dudas y sus complacencias, y que la Constitucion de 1791, si no bastaba á sus principios, hubiera sido suficiente para su ambicion con tal que hubiesen sido los directores de ella. Esta correspondencia, por lo demas muy constitucional, no tenia otro crimen. Guadet, Gensonné y Vergniaud se sinceraron de ella con facilidad, ayudados de su elocuencia ordinaria y de una mayoría que aun les pertenecía. Sin embargo, esta acusacion que recayó inopinadamente sobre ellos por parte de los amigos de Robespierre, y las sospechas que dejó en el ánimo del pueblo, hicieron conocer la necesidad de responder á aquellas sospechas con actos irrecusables de odio á la monarquía, y de firmarse á ellos mismos los títulos de republicanos, con algunas gotas de sangre de un rey. Desde aquel dia principiaron á deli-

berar entre el sacrificio de la vida de Luis y su propia abdicacion. Un partido que vivia por el aura del favor del pueblo, no podia perderle sin morir; quiso vivir, y era necesario que el rey muriese.

XXII.

Camilo Desmoulins, que mezclaba siempre la ironía á la muerte, y que nunca hallaba la sangre de las víctimas bastante amarga, á menos que no fuese realzada con un sarcasmo, combatió la apelacion al pueblo con un discurso que no pudo oirse, pero que se hizo imprimir. He aquí el proyecto de decreto que resumia este discurso. «Se levantará un cadalso en la plaza del Carrusel á donde se conducirá á Luis con un cartel con estas palabras escritas delante: *traidor y perjuro á la nacion, y detrás rey*. La Convencion decreta ademas que el panteon fúnebre que tienen los reyes en San Dionisio, sea donde se entierren en adelante los ladrones, los asesinos y los traidores.»

Merlin de Thionville, Hausmann y Rewel, comisarios de la Convencion en los ejércitos, escribieron tambien desde las fronteras. «Estamos rodeados de heridos y de muertos» en nombre de Luis Capeto degüellan los tiranos á nuestros hermanos, y sabemos que Luis Capeto vive todavía.» Cambaceres pidió la apelacion al pueblo, y Danton presentó un modo de deliberar que sujetaba á discusion cuanto hasta entonces habia sido decretado: de este modo creia Danton ocultar la secreta intencion de salvar al rey, favorecido por la confusion que aquellas cuestiones multiplicadas harian nacer. «Es cosa bien aflictiva, observó Couthon, ver el desórden que se ocasiona á la Asamblea. Hace tres horas que estamos perdiendo tiempo por un rey. ¿Somos republicanos? No, ¿somos

viles esclavos!» En fin, á propuesta de Fonfrede, la Convencion decretó la votacion nominal sobre cada una de las tres cuestiones sucesivamente sentadas; la primera: ¿Luis es culpable? la segunda: ¿La decision de la Convencion se someterá á la ratificacion del pueblo? la tercera: ¿Cuál será la pena?

Sobre la primera cuestion, esceptuando á Lalande de la Meurthe, Baraillon de la Creuse, Lafont de la Corrèze, Lhomond del Calvados, Enrique Larivière, Isarn Valady, Noël de los Vosgos, Morison de la Vendée, Wandelin-court del Alto Marne, y Rouzet del Alto Garonne, que se recusaron alegando su incompetencia y la incompatibilidad de las funciones de legisladores y de jueces, todos, es decir, seiscientos ochenta y tres miembros respondieron: Si, Luis es culpable.

XXIII.

En la cuestion de la apelacion al pueblo, doscientos ochenta y uno votaron por ella, cuatrocientos veinte y tres en contra de todo recurso á la nacion. En el número de los primeros se notaban: Rebecqui, Barbaroux, Duprat, Durand de Maillane, Duperré, Fauchet, Chambon, Buzot, Petion, Brissot, Vergniaud, Guadet, Gensonné, Grangeneuve, Lanjuinais, Louvet, Salles, Hardy, Mollevault, Valazé, Manuel, Dusaulx, Bertucat de Saon-et-Loire, y Sillery, el amigo del duque de Orleans, que principiaba á separarse de los jacobinos y de aquel príncipe, y á inclinarse hácia las doctrinas y el cadalso de los girondinos.

Entre los segundos: todos los miembros de la Montaña, y algunos del partido girondino, en quienes la juventud, el ardor y la embriaguez revolucionaria ahogaban todo escrúpulo. El resultado de esta prueba conster-

nó á los hombres resueltos de aquel partido y decidió á los dudosos.

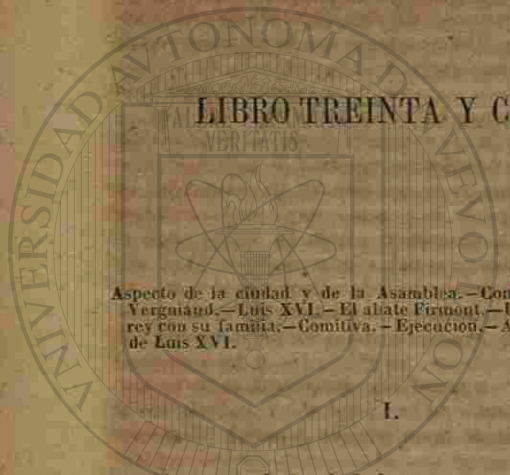
Danton, mudo y observador hasta entonces, aprovechó desde el día siguiente 16, la primera ocasión de acentuar enérgicamente la impaciencia de la sangre que no tenía en el alma; pero la fingía para conservarse al nivel de sí mismo.

Se deliberaba sobre una orden para cerrar los teatros, espedita por el consejo ejecutivo. «Os lo confesaré, ciudadanos, dijo Danton levantándose y tomando la actitud del hombre de setiembre, creía que debíamos ocuparnos de otros objetos mas bien que de la comedia.— Se trata de la libertad, responden algunos.— Si, se trata de la libertad, replica Danton, se trata de la tragedia que debéis representar á las naciones, se trata de hacer caer bajo el hacha de los reyes, la cabeza de un tirano. Pido que fallemos sin levantar la sesión, sobre la suerte de Luis.»

Se votó la proposición de Danton; y habiendo propuesto Lanjuinais despues, que se votase la pena por las dos terceras partes y no por mayoría absoluta, Danton volvió á tomar la palabra como un hombre impaciente de que se concluyera una situación que le agobia. «Se pretende, dice, que es tal la importancia de esa cuestión, que no bastan para decidirla las formas ordinarias de toda Asamblea deliberante. Yo pregunto, ¿cuándo por una simple mayoría se ha pronunciado sobre la suerte de una nación entera? ¿cuándo ni siquiera se ha pensado en suscitar esta cuestión cuando se trató de abolir el trono, se quiere decidir sobre la suerte de un individuo, de un conspirador con formas mas escrupulosas y solemnes? Nosotros sentenciamos como representantes por derecho de soberanía. Y os pregunto ¿no habeis votado por mayoría absoluta la república y la guerra? Y pregunto, si la sangre que se vierte en medio de los combates, ¿no corre definitivamente? ¿los cómplices de Luis XVI no

han sufrido inmediatamente la pena sin ningún recurso al pueblo? ¿merece una escepcion el que ha sido el alma de los complots?» Aplausos.

Lanjuinais no dejó arrastrar su conciencia por aquella corriente de aplausos, producida por la palabra de Danton. «Habeis desechado todas las formas que la justicia y ciertamente la humanidad reclamaban; la recusación, la forma secreta del escrutinio, protectora de la libertad, de las conciencias y de los sufragios; parece que se delibera aquí en una Convención libre, pero se hace bajo la influencia de los puñales y los cañones de los facciosos.» La Asamblea rechazó estas consideraciones, y declaró la sesión permanente hasta que se pronunciase el fallo. Se principió la última votación nominal á las ocho de la noche.



Aspecto de la ciudad y de la Asamblea.—Condenuacion del rey.—Verguiani.—Luis XVI.—El abate Firmont.—Ultima entrevista del rey con su familia.—Comitiva.—Ejecucion.—Apreciacion del juicio de Luis XVI.

I.

El aspecto de la ciudad era amenazador, el aspecto del recinto era siniestro. La municipalidad y los jacobinos, decididos á obtener la condenuacion de Luis XVI como una victoria personal sobre sus enemigos, y á llevar la violencia moral hasta la física, habian reunido desde hacia muchos dias en París todas las fuerzas de que sus periódicos, sus correspondencias y sus relaciones en los departamentos les permitian disponer. Los agitadores de los arrabales habian reclutado sus bandos de mugeres y de muchachos andrajosos para gritar la muerte del tirano por las calles inmediatas de la Convencion. Theróigne de Mericourt y Saint-Huruge, los asesinos de Aviñon, los degolladores de setiembre, los combatientes del 10 de agosto, los federados acumulados en París antes de

marchar á las fronteras: voluntarios y soldados detenidos en París por el ministro de la Guerra, Páche, para engrosar las sediciones mas que para reprimirlas: una poblacion estraña á toda pasion política, pero sin trabajo y sin pan y engañando su desesperacion con su agitacion: estas masas de curiosos que los grandes espectáculos hacen salir de sus casas como los enjambres salen de las colmenas, cuando se acercan las tormentas, y que sin pasion individual prestan la apariencia del número á la pasion de algunos; los resultados de agosto y de setiembre que aun agitaban las imaginations; la noche que favorecia el tumulto, el rigor de la estacion, que contraia la fibra y que inclinaba á la desesperacion: en fin, aquel nombre de rey que reasumia en sí todas las miserias, todas las iniquidades, todas las traiciones imputadas al trono, y que hacia creer al pueblo que innolando al hombre que tenia aquel título se innolarian con el mismo golpe las calamidades, los crímenes, los recuerdos y las esperanzas de una institucion repudiada; todo imprimia á la noche del 16 de enero, aquel carácter de impulsión irresistible, que da á una manifestacion popular la fuerza de un elemento.

II.

Uno de los vencedores de la Bastilla, llamado Louvain, habiéndose atrevido á decir en su seccion aquella mañana que podia afianzarse la república sin derramar la sangre de Luis XVI, un federado, por toda respuesta, le hundió el sable en el corazon. El pueblo arrastró al herido por las calles hasta que exhaló el último suspiro. Por la noche un vendedor ambulante de libros y de periódicos, al salir de un gabinete de lectura tildado de realista, en la galeria del Palacio Real, fué acusado por

uno que pasaba, de que distribuía escritos favorables á la apelacion al pueblo, y asesinado, dándole treinta puñaladas los que paseaban por el jardín. Las bandás de mathecheros libertados de las cárceles de la Conserjería y del Chatelet, por los asesinatos de setiembre, habian formado grupos de malvados, que buscaban en la emocion pública la ocasion y el velo de crímenes impunes. Los dragones de la república forzaron las consignas de sus cuarteles, y se dividieron sable en mano por los lugares públicos, en el Palacio Real y en las Tullerías, blandiendo sus armas y cantando canciones patrióticas. De allí fueron á la iglesia de Val-de-Grace, donde estaban encerrados en urnas de plata sobredorada, los coronas de muchos reyes y reinas de Francia. Rompieron aquellos vasos fúnebres, pisotearon aquellas reliquias del trono, y las arrojaron á un sumidero; este fanatismo de profanacion que vengaba, como lo hace el bruto, sobre restos inanimados, la larga paciencia y las continuadas supersticiones de la servidumbre, anunciaba menos la fuerza que la demencia de la libertad; y anunciaba bastante, con tales síntomas, la piedad que podia esperar la magestad viva, cuando la muerta escitaba tales resentimientos.

III.

Las inmediaciones y el interior de la sala de la Convencion parecian dispuestas mas bien para una ejecucion que para un juicio. La hora, el sitio, las estrechas avenidas, los patios tortuosos, las bóvedas sombrías del antiguo monasterio, los pocos faroles, que luchaban con las tinieblas de una noche de invierno y hacian palidecer los rostros, las armas que brillaban y resonaban en todas las puertas; los cañones que los artilleros, con la mecha en-

cendida, parecian guardar á las dos entradas principales, menos para intimidar al pueblo que para volverlos contra la sala, si el decreto fatal no salia de ella; el sordo murmullo de una innumerable multitud, que velaba en pie en las calles adyacentes, oprimiendo por todas partes los muros como para arrancarles el decreto; el movimiento de las patrullas que hendian con trabajo aquel océano de hombres para abrir camino á los representantes rezagados; los trages, las fisonomías, los gorros encarnados, las carmañolas, los rostros contraindos, las voces, los gestos atroces y significativos, todo parecia calculado para hacer entrar por los sentidos en el alma de los jueces el inexorable decreto dado de antemano por el pueblo. «*O su muerte ó la tuya*» Estas eran las únicas palabras que se decian por lo bajo, pero con un acento imperativo, al oido de cada diputado, que atravesaba los grupos para ir á su puesto.

Muchos de los habituales asistentes de la Convencion, y que por lo tanto conocian á los diputados, se colocaron de distancia en distancia. Aquellos espías del pueblo nombraban á los diputados en alta voz, indicaban á los dudosos, amenazaban á los tímidos, consultaban á los indulgentes y aplaudian á los inflexibles. Al oír los nombres de Marat, de Danton, Robespierre, de Collot-de-Herbois y de Camilo Desmoulins, se abrieron las filas con respeto y dejaron pasar la cólera y la contianza del pueblo; pero cuando oyeron los nombres de Brisot, de Vergniaud, de Lanjuinais y de Boisy de Anglas, las fisonomías irritadas, los puños cerrados, las picas y los sables levantados sobre sus cabezas, anunciaron claramente que el pueblo queria ser obedecido ó «*venugado*». Hasta los centinelas colocados allí para proteger la seguridad de los representantes, dieron el ejemplo del insulto y de la violencia. El antes marqués de Villete, discípulo y amigo de Voltaire, miembro ahora de la Convencion, reconocido en el pasadizo del Picadero que conducia á

la Asamblea, fué cogido por el vestido, y vió la punta de veinte sables prontos a entrar en su corazón, si no se comprometía á votar la muerte del tirano. «Villete, que en un cuerpo débil encerraba un corazón intrépido y que no creía que la filosofía fuese por pedestal los cadalsos, pudo desprenderse del pueblo, separó con ambas manos las hojas de los sables que amenazaban su pecho, y mirando con serenidad á sus provocadores. «No, dijo no votaré la muerte, y vosotros no me degollareis! respetareis en mí, mi conciencia, la libertad y la nación.» Y pasó.

Las galerías de la Convención entregadas á los gefes mas sanguinarios de las sediciones de París, estaban obstruidas igualmente por grupos armados. Estos hombres se mantenían allí en orden y en silencio por respeto del lugar; pero se los había apostado como síntomas vivos del terror, que sus nombres, sus armas, y sus recuerdos debían imprimir en los jueces del rey. Maillard, Fournier, el Americano, y Jourdan Corta-cabezas, daban órdenes por signos á sus antiguos cómplices, y les designaban con una ojeada los nombres y los rostros que debían observar y retener; era preciso desfilár á su vista para entrar en la sala, parecía que escribían las señas en su memoria. Eran las estatuas del asesinato colocadas á las puertas del tribunal del pueblo, para mandar la muerte; todos los diputados tenían que tropezar con ellos al entrar.

IV.

Hasta la sala estaba iluminada con desigualdad. Las lámparas de la mesa y la araña que pendía de la bóveda arrojaban sobre algunos puestos una brillante luz, y dejaban otros en la oscuridad. Las tribunas públicas, cuyas graderías en anfiteatro bajaban cerca de los ele-

vados bancos de la Montaña, con los que se confundían, como en los circos romanos, estaban atestadas de espectadores. Como en los espectáculos antiguos, se veían sentadas en las primeras filas de aquellas tribunas, muchas mugeres jóvenes, adornadas con lazos tricolores, hablando entre ellas con indiferencia, gesticulando, y sonriendo, sin recobrar su seriedad y su atenta actitud sino para contar los votos y marcarlos sobre una targeta con la punta de un alfiler en el momento en que esos votos salían de la tribuna. Los criados de la sala circulaban entre las gradas con bandejas llenas de sorbetes, de helados y de narajas, que distribuían á aquellas mugeres. Sobre las gradas mas elevadas, los hombres del pueblo con los trages diarios de sus diversas condiciones, se mantenían en pie, y repitiéndose en alta voz los unos á los otros el nombre y el voto del diputado á quien acababan de llamar; y siguiéndole con aplausos ó con murmullos hasta que llegaba á su banco. Los primeros de aquellas tribunas populares, estaban ocupadas por los muchachos de las carnicerías, con sus mandiles ensangrentados, levantados de un lado y sujetos á la cintura, y el mango de los largos cuchillos de su profesión, saliendo como á propósito de los pliegues de la tela que les servía de funda.

El espacio vacío al pié de la mesa, la barra, las cercanías de las puertas, y las entradas que conducían á los bancos de los diputados y á las tribunas públicas, todo estaba agitado con el paso continuo de diputados mezclados con los espectadores, que no habían podido hallar sitio en las tribunas, penetraron en el recinto reservado á los legisladores. Estos grupos que se abrían para dejar pasar á los representantes llamados á la tribuna, ó á los que bajaban de ella, parecían menos un auditorio delante de un tribunal, que la confusión de una plaza pública.

Solo cesaba el movimiento cuando el nombre de un

diputado inflexible, pronunciado por la voz del ugier, hacia levantar la vista hácia el volante para sorprender con anticipacion en su actitud y en el movimiento de sus labios la vida ó la muerte que iba á pronunciar. Los bancos de los diputados estaban casi vacios; cansados de una sesion de quince horas, que debia durar sin interrupcion hasta el fin del juicio, los unos repartidos en pequeños grupos á lo último de los bancos elevados hablaban entre sí á media voz, con la actitud de la paciencia resignada; otros con las piernas estendidas y el cuerpo echado atrás con los codos apoyados en el respaldo de su desierto banco, se adormecian bajo el peso de sus pensamientos, y solo se despertaban con los grandes clamores que de tiempo en tiempo producía un voto mas energicamente motivado. El mayor número impelido continuamente de un sitio á otro por la agitacion interior de sus ideas, no hacia mas que salir de la sala y volver á entrar. Se les veia pasar de un grupo á otro, decir rápidamente y en voz baja medias palabras á sus colegas, escribir sobre sus rodillas, borrar lo que habian escrito, escribir de nuevo su voto, volverle á borrar, hasta que el llamamiento del ugier, sorprendiéndoles en esta indecision, les arrancaba de los labios la palabra fatal, que un minuto mas hubiera cambiado por la contraria, y de la que se arrepentian quizá antes de haberla pronunciado.

Los primeros votos que oyó la Asamblea, dejaban la incertidumbre en los ánimos. La muerte y el destierro parecian balancearse en número igual en el alternativo sonido de los votos. La suerte del rey iba á depender del primero que pronunciase uno de los gefes del partido girondino; y este voto significaria sin duda el voto

probable de todo el partido, y el número de los hombres unidos á él, determinaria irrevocablemente la mayoría. Por consiguiente la vida y la muerte estaban, en cierto modo, selladas en los labios de Vergniaud.

Se esperaba con ansiedad que el orden alfabético de la votacion nominal de los departamentos, llegando á la letra G., llamase los diputados de la Gironda á la tribuna. Vergniaud debia presentarse el primero; se recordaba su inmortal discurso contra Robespierre para disputar el juicio del rey destronado á sus enemigos; se conocia su repugnancia y su horror por el partido que queria suplicios; se repelían las conversaciones confidenciales en las que habia confesado veinte veces su sensibilidad por la suerte de un príncipe, cuyo mayor crimen á sus ojos era una debilidad, que casi llegaba á la inocencia; se sabia que la vispera, y aun algunas horas antes del escrutinio, comiendo Vergniaud con una muger que se compadecia de los cautivos del Temple, habia jurado por su elocuencia y por su vida, que salvaria al rey. Ninguno dudaba de su valor; este estaba escrito en aquel mismo momento, en la calma de su frente y en los pliegues severos de su boca cerrada á toda confianza.

Al oír el nombre de Vergniaud cesaron todas las conversaciones, y todas las miradas se dirigieron á él; subió lentamente las gradas de la tribuna, se recogió un momento, los ojos bajos, como un hombre que reflexiona por última vez antes de obrar; despues con una voz sorda, y como resistiendo en su alma á la sensibilidad que le gritaba, pronunció la muerte.

El silencio de la admiracion comprimido el murmullo y hasta la respiracion de todos. Robespierre se sonrió casi imperceptiblemente, y en esta sonrisa se creyó descubrir mas desprecio que alegría. Danton encogió los hombros y dijo por lo bajo á Brissot: «¡Alabad á vuestros oradores; palabras sublimes, actos cobardes! ¿qué hacer

con tales hombres? no me habéis mas de ellos: es un partido muerto. »

Desapareció la esperanza del alma del pequeño número de los amigos del rey, ocultos en el salón y en las tribunas. Conocióse que la mano de Vergniaud había entregado la víctima; en vano pareció retener su voto, después de haberle emitido, pidiendo como Mailhe, que después de haber votado la muerte, la Asamblea, deliberase si convenia á la seguridad pública conceder un plazo á la ejecución. Los jacobinos conocieron que una vez concedida la justicia del decreto, los girondinos no les disputarian la urgencia. El mismo Vergniaud declaró que su voto de muerte era independiente del plazo obtenido ó rehusado, lo cual era quitarse de antemano á sí mismo la posibilidad de volver á coger la cabeza que abandonaba. Descendió con la frente baja, los escalones de la tribuna, y fué á confundirse entre la multitud.

VI.

Prosiguió la votación. Todos los girondinos, Bozot, Petion, Barbaroux, Isnard, Lassource, Salles, Rebecqui y Brissot, votaron con él la muerte. La mayor parte unieron á su voto la condicion de que se pudiese un plazo para la ejecución. Fonfrède y Ducós votaron la muerte sin condicion. Sieyès que en los consejos y en las conferencias secretas de su partido había insistido mas en negar aquella alegría á Robespierre, aquel triunfo á los jacobinos, y aquella sangre estéril y peligrosa para la revolución: Sieyès, después de la victoria de los jacobinos en la votación nominal, juzgó inútil toda resistencia. Dejar á Robespierre solo este título sangriento á la desesperada confianza del pueblo, era á sus ojos, abdicar desde el primer paso el gobierno de la república y quizá la vida.

Supuesto que no se podia contener el movimiento, juzgábase necesario tomar parte en él para dirigirle aun. Sieyès subió cuando le tocó el turno á la tribuna y solo pronunció una palabra: la muerte. La pronunció con sentimiento y con la frialdad de un geómetra que enuncia un axioma y con el abatimiento de un vencido que cede á la fatalidad; no añadió á aquella palabra la irónica que se le imputa; su voto fué lacónico, no cruel. Condorcet, fiel á sus principios, rehusó verter sangre, pidió que Luis XVI fuese condenado á la pena mas fuerte después de la muerte. Lanjuinais, Dussaulx, Boissy, d'Anglas, Kersaint, Rabaut-Saint-Etienne, Sillery y Salles resistieron al ejemplo de los gefes de su partido y á la intimidación de los jacobinos; votaron casi todos la reclusion durante la guerra y el ostracismo después de la paz. El mismo Manuel vencido por el espectáculo de los infortunios reales, que contemplaba de mas cerca en el Temple, votó por la vida. Daunou, filósofo republicano, que solo tenia, segun él, dos pasiones desinteresadas en su alma, Dios y la libertad, separó en alta voz en su voto el derecho de juzgar y de deponer los reyes, del de inmolarlos como víctimas. Demostró que las letras fortifican la justicia en el corazón del escritor ilustrando la inteligencia, y que él había bebido en el trato literario de los antiguos, con sus máximas de magnanimidad, el valor de practicarlas ante la muerte. La Montaña, casi sin escepcion, votó la muerte. Robespierre reasumiendo en pocas palabras su primer discurso, trató de conciliar su horror á esta pena con la condenación que salia de sus labios. Lo hizo diciendo que los tiranos eran una escepcion en la humanidad y declarando que su ternura por los oprimidos venia en su alma la piedad por los opresores.

Los diputados de Paris, Marat, Danton, Villaud-Varennes, Legendre, Panis, Sergent, Collot-d'Herbois, Frenon, Fabre d'Eglantine, David y Robespierre el jóven, siguieron el ejemplo de Robespierre, y repitieron como

un eco monótono, veinte y una veces seguidas la palabra muerte, dirigiéndose á la tribuna.

El duque de Orleans fué llamado el último; al oír su nombre reinó un profundo silencio. Sillery, su confidente y favorito habia votado contra la muerte. Se esperaba que el príncipe votaría como su amigo, ó que se recusaría á sí mismo en nombre de la naturaleza y de la sangre, y hasta para con los jacobinos estaba recusado, pero no lo hizo; subió lentamente á la tribuna, desdobló un papel que tenia en la mano y leyó con acento estóico las palabras siguientes: «Únicamente ocupado de mi deber, convencido de que todos aquellos que han atentado ó atenten despues á la soberanía del pueblo merecen la muerte, yo voto la muerte.» Estas palabras merecieron silencio y sorpresa al mismo partido, al que el duque de Orleans parecia concederlas como una prenda. No se halló en la Montaña una mirada, un gesto ni una voz para aplaudir. Aquellos montañeses sentenciando á muerte á un rey cautivo y desarmado podian herir la justicia y consternar la humanidad pero no la naturaleza; esta se sublevaba contra el voto del primer príncipe de la sangre. La conmoción se manifestó en seguida en los bancos y en las tribunas de la Asamblea. El duque de Orleans bajó de la tribuna turbado, dudando, al ver aquellos primeros síntomas del acto que acababa de consumir. El verdadero heroísmo de la libertad no hace estremecer al corazón humano, ni se tiene horror á lo que se admira; las virtudes como la de Bruto, están tan próximas al crimen, que la conciencia de los mismos republicanos se turbó en presencia de este acto. Sacrificar la naturaleza á las leyes parece bello á primera vista; pero la consanguinidad tambien es una ley, y no hay virtud contra una virtud.

Si este voto era un sacrificio á la libertad, el horror de la Convención hizo ver al duque de Orleans, que no aceptaba el sacrificio; si una prenda, no se le pedia tan grande; si una concesion á su seguridad, pagaba su vida

demasiado cara. Atacado ya por los girondinos, apenas tolerado por Robespierre, y cliente de Danton, si hubiese rehusado algo á la Montaña, esta hubiera pedido su cabeza, y no tuvo bastante grandeza de alma para ofrecérsela. El porvenir se la hubiera pagado mas de lo que no valia su nombre. El mismo Robespierre, cuando entró por la noche en casa de Duplay hablando del juicio del rey, parecia protestar contra el voto del duque de Orleans. «Desgraciado, dijo á sus amigos, nadie mejor que él podia haber escuchado su corazón y recusarse, pero no ha querido, ó no se ha atrevido á hacerlo: la nacion hubiera sido mas magnanima que él.»

VII.

El resumen del escrutinio fué largo, y lleno de duda y ansiedad. La muerte y la vida, como en una lucha, ganaban ó perdian alternativamente, segun la casualidad habia agrupado los sufragios en las listas hechas por los secretarios. Parecia que le costaba trabajo al destino pronunciar la palabra fatal. Todos los corazones palpitaban, unos con la esperanza de evitar aquel luto á la revolucion, otros por el temor de perder aquella victima. Por último se levantó el presidente para pronunciar el fallo. Era Vergniaud; estaba pálido, se veian temblar sus labios y sus manos, que tenian el papel en que iba á leer el número de los votos: por un siniestro azar ó por una burla cruel de la elección de sus colegas, el destino de presidente condenaba á Vergniaud á proclamar el decreto de destitucion en la Asamblea legislativa, y el de muerte en la Convención. Hubiese querido libérra, á costa de su sangre, la monarquía templada y la vida de Luis XVI, y era llamado dos veces en tres meses para desmentir su corazón y servir de órgano á las opiniones

de sus enemigos. Su falsa y cruel situación en estas dos circunstancias, eran el símbolo de la de todo su partido; Pilatos de la monarquía y del rey; entregando la una al pueblo, sin estar convencidos de sus vicios; y el otro á los jacobinos, sin estarlo de su crimen; vertiendo en público una sangre, que lloraban en secreto; sintiendo en su lengua combatir el remordimiento con la sentencia, y lavándose las manos ante la posteridad.

VIII.

Un diputado, llamado Duchatel, se presentó en aquel momento en la Convencion, habiéndose hecho conducir envuelto en las mantas de su cama, y en medio de las amenazas, volvió con moribunda voz contra la muerte. Se anunció una nueva intervencion del rey de España en favor de Luis XVI. Danton tomó la palabra sin pedirla. «Aun no eres rey, Danton, le dice Louvet. — Estoy admirado, continúa Danton, de la insolencia de una potencia que no teme la pretension de ejercer un influjo sobre nuestra deliberacion. Si todos siguiesen mi dictamen se votaria al momento, solo por esto, la guerra á la España. ¡No reconocen nuestra república y quieren dictarla leyes! Sin embargo, oigase si se quiere á ese embajador; pero que el presidente le dé una respuesta digna del pueblo de quien es órgano; que le diga que los vencedores de Jemmapes, no desmentirán la gloria que han adquirido, y volverán á encontrar su fuerza para esterminar todos los reyes conjurados contra nosotros. Nada de transaccion con la tiranía; el pueblo juzgaria á sus representantes, si estos le hubiesen vendido.»

Vergniaud, con el acento del dolor, dijo: «Ciudadanos, vais á ejercer un grande acto de justicia; espero que la humanidad os hará guardar el mas profundo silencio:

cuando la justicia ha hablado; debe á su vez escucharse á la humanidad.»

Leyó el resultado del escrutinio. La Convencion contaba setecientos veinte y un votantes. Trescientos treinta y cuatro habian votado por el destierro ó la prision; trescientos ochenta y siete por la muerte, contándose en este número los votos de aquellos que la habian votado con condicion que seria aplazando la ejecucion. La pena de muerte tenia por lo tanto cincuenta y tres votos mas que la del destierro; pero deduciendo los cuarenta y seis, que la habian pronunciado pidiendo que la ejecucion se suspendiese, solo quedaba una mayoría de siete votos. Asi tres hombres fuera de su lugar, variaron el número y cambiaron el juicio. Eran los doce ó quince gefes de la Gironda, cuya mano habia echado el peso decisivo en una balanza casi igual. La muerte, deseo de los jacobinos, fué el acto de los girondinos; Vergniaud y sus amigos se hicieron los ejecutores de Robespierre; y la muerte del tirano anhelada con pasion por el pueblo, fué una concesion en la Gironda. Los unos pedian aquella cabeza como la señal de salvacion de la república, y los otros la daban por salvar su partido; si el deseo de los unos era ciego é implacable, ¿qué nombre dar á la concesion de los otros? Si en el asesinato por venganza hay un crimen, hay dos en el asesinato por cobardia.

IX.

Mientras se hacia este escrutinio, el rey, privado de comunicacion con el exterior desde el día en que se presentó por última vez á sus jueces, solo sabia que su vida y su muerte estaba en aquellos momentos en manos de estos hombres. A fuerza de desgracias, de reflexiones, y de conformidad interior con la voluntad de Dios, habia lle-

gado á este estado de sublime indiferencia, en que el hombre, imparcial entre el temor y la esperanza, solo tiene preferencia por la decision del cielo; estado sobrenatural de nuestra alma, en que la humanidad, haciéndose superior á sus propios deseos, arrostra todos los insultos de la fortuna, solo sufre en su cuerpo, y no tiene más deseo que cumplir el decreto de la Providencia. La filosofía daba estos consejos en las adversidades á los sabios de la antigüedad; el catolicismo hacia de esta resignacion un dogma, dando desde lo alto de una cruz el ejemplo de ella al mundo moderno.

Contemplaba sin cesar Luis XVI aquella cruz, y divinizaba por ella su suplicio. Hubiera podido estar en comunicacion durante aquellos últimos dias, con su familia si lo hubiese solicitado. Oía los pasos y la voz de su esposa y de sus hijos, á través de las bóvedas que le cubrían; pero temió que la transicion cruel de la vida á la muerte, de la esperanza á la desesperacion, mas sensible aun por la presencia de unos seres amados, no enterneciese demasiado su alma, y lacerase repetidas veces los corazones de aquellos que amaba. Quiso mas beber solo el cáliz de la separacion de un solo trago, que hacerlo gustar gota á gota á su familia.

Se abrieron las puertas de la torre la mañana del 19, y el rey vió dirigirse hacia él á Mr. de Malesherbes; se adelantó para salir al encuentro de su amigo. El anciano, echándose á los pies de su señor y bañándolos con sus lágrimas, permaneció mucho tiempo sin poder hablar. Como el pintor antiguo que cubrió el rostro del dolor, temiendo no manifestase bastante al vivo el quebranto del corazon humano, Mr. de Malesherbes, mudo, encargó á su actitud y á su silencio, que hiciesen comprender la palabra que se estremecía al pronunciar. El rey la comprendió y la repitió sin palidecer; hizo levantar á su amigo, le estrechó en su seno, y solo pareció ocuparse de consolar y animar al venerable mensajero de su muerte.

Se informó con tranquila curiosidad, y como si fuese extraño á su propia suerte, de las circunstancias, del número de sufragios y del voto de algunos de los hombres que conocía en la Convencion. «En cuanto á Petion y á Manuel, dijo á Mr. de Malesherbes, no tengo que informarme, estoy bien seguro que no han votado mi muerte.» Preguntó cómo habia votado su primo el duque de Orleans, y Mr. de Malesherbes se lo dijo: «Ah! respondió; este voto me aflige mas que todos los demás.» Eran estas las palabras de César al reconocer el rostro de Bruto entre sus asesinos; aquel fué el único que le hizo hablar.

X.

Los ministros Garat y Lebrun, el alcalde Chambon y el procurador de la municipalidad, Chaumette, acompañados de Santerre, del presidente y del fiscal del tribunal criminal, vinieron á notificar al rey su sentencia con todo el aparato de la ley cuando condena á un culpable á perder la vida. De pie, con la frente erguida, la vista fija en sus jueces, escuchó la sentencia de muerte que debía ejecutarse dentro de veinte y cuatro horas, con la intrepidez de un justo. Una sola mirada dirigida al cielo pareció ser la apelacion interior de su alma, al juez infalible y soberano. Terminada la lectura, Luis XVI se adelantó hacia Grouvelle, secretario del consejo ejecutivo, tomó el decreto de sus manos, le dobló y guardó en su cartera; despues volviéndose hacia el lado donde estaba Garat, le dijo con una voz en que se notaba el acento real en el acto del que suplica: «Señor ministro de Justicia, os ruego entreguéis esta carta á la Convencion.» y dudando Garat tomar el papel, continuó el rey: «Voy á leerosla. Pido á la Convencion un plazo de tres dias, para prepararme á comparecer delante de Dios; pido pa-

ra ello poder ver libremente al eclesiástico que yo indicaré á los comisarios de la municipalidad, y que esté á cubierto de toda pesquisa por el acto de caridad que ejercerá conmigo; pido que se me libere de la perpétua vigilancia que conmigo se observa desde hace algunos dias... Pido poder ver á mi familia durante estos últimos momentos cuando lo desee y sin testigos. Desearé que la Convencion se ocupe al momento de la suerte de mi familia, y que la permita retirarse libremente donde juzgare conveniente buscar un asilo... Recomiendo á la benevolencia de la nacion, todas las personas que están unidas á mí... Hay entre ellas muchos ancianos, mugeres y niños, que no tenían mas medios de vivir que mis beneficios, y deben estar muy necesitados.—En la torre del Temple, el 20 de enero de 1793.»

El rey entregó al mismo tiempo á Garat otro papel, que contenia las señas de la casa del eclesiástico, cuya compañía y consuelos deseaba en su última hora. Este papel, que no estaba escrito de su mano, decia: «Monsieur Edgeworth de Firmont, calle del Bac.» Garat tomó ambos papeles; el rey dió algunos pasos hacia atrás, inclinándose como cuando despedía alguna audiencia de corte, para indicar que queria estar solo. Los ministros salieron.

XI.

En seguida comenzó el rey á pasearse tranquilamente en su cuarto y pidió de comer; como no tenía cuchillo partió los alimentos con la quehara, y el pan con los dedos. Estas precauciones de los municipales le indignaban más que el decreto de la muerte. «Me creen bastante cobarde, dijo en alta voz, para arrebatarme mi vida á mis enemigos? Me imputan crímenes; pero soy inocente y

moriré sin debilidad. Quisiera que mi muerte labrase la felicidad de los franceses, y pudiese conjurar las desgracias que preveo para la nacion.»

Volvieron á las seis, Santérre y Garat á traerle la respuesta de la Convencion á sus peticiones. A pesar de los reiterados esfuerzos de Barbaroux, de Brissot, de Bozot, de Petion, de Condorcet, de Chambon, y de Tomás Payne, la Convencion habia ya decidido la vispera, que se rehusaria todo plazo á la ejecucion. Fournier el americano, Jourdan Coupe-Tête y sus satélites, levantaron sus sables sobre la cabeza de Barbaroux y de Brissot en el pasadizo de la Convencion, dándoles la eleccion, con la punta del hierro en el pecho, entre el silencio ó la muerte. Aquellos valientes diputados arrostraron esta, y lucharon cinco horas para obtener el plazo. Cazenave, Brissot, Manuel, y de Kersaint, este último en una carta, que era en aquel momento uno de los mas heroicos desafíos á la muerte, que podia salir del alma de un ciudadano, protestaron en vano. Una mayoría de treinta y cuatro votos, reunidos por Thuriot, Couthon, Marat y Robespierre, negó el plazo. He aquí la carta de Kersaint: «Ciudadanos, me es imposible soportar la vergüenza de sentarme por mas tiempo en el recinto de la Convencion, con hombres sanguinarios, cuando su dictámen, apoyado por el terror, vence al de los hombres de bien; cuando Marat vence á Petion. Si el amor de mi país me ha hecho tolerar la desgracia de ser colega de los panegiristas y de los promotores de los asesinatos del 2 de setiembre, quiero al menos defender mi memoria de haber sido su cómplice. Para ello no tengo mas que este momento: mañana ya no sería tiempo.»

Mas irritada que conmovida con tales palabras, la Convencion encargó al ministro de la Justicia respondiese á las peticiones de Luis XVI, que tenía libertad para llamar al ministro del culto que designase, y ver á su familia sin testigos; pero que se le negaba el plazo de tres

días para prepararse á la muerte, y que la ejecución tendría efecto en el término de las veinte y cuatro horas.

XII.

Recibió el rey esta comunicacion del consejo ejecutivo sin murmurar siquiera. No disputaba los minutos á la muerte: todo lo que pedía era retirarse algunas horas al finalizar el tiempo entre la vida y la eternidad, pues ya hacía muchas semanas que se ocupaba de santificar su sacrificio. En una de sus conversaciones encargó á Mr. de Malsherbes hiciese entregar un mensaje secreto á un venerable sacerdote extranjero, oculto en París, y cuya asistencia imploraba en caso de tener que morir. «Es una comision estraña para un filósofo, dijo con triste sonrisa á Mr. de Malsherbes; pero yo he conservado siempre mi fé de cristiano, como un freno contra los extravíos del supremo poder y como un consuelo en mis adversidades: la encuentro en el fondo de mi prision, y si alguna vez fuéreis destinado á una muerte parecida á la mia, deseo halleis el mismo consuelo en vuestros últimos momentos.»

Averiguó Malsherbes la residencia de aquel director de la conciencia del rey, é hizo llegase á sus manos la súplica de su señor. El hombre de-Dios esperaba la hora en que el calabozo se abriese á su caridad, y aunque debiese costarle la vida no dudaba. Ministro de la agonía, debía su sagrado ministerio á los últimos momentos; este es el heroísmo del sacerdote cristiano: además una santa amistad unia desde mucho tiempo al sacerdote y al rey. Introducido furtivamente en las Tullerías en los días de solemnidad cristiana, aquel eclesiástico había confesado muchas veces al rey. La confesion cristiana, que prosterna al hombre á los pies del sacerdote, y al rey á

los pies del súbdito, establece entre el confesor y el penitente una confianza paternal por un lado y filial por otro, que aunque sobrenatural en su principio, se transforma muchas veces en afecto humano entre dos almas que se han hablado de tan cerca. Dios es el lazo de estas uniones espirituales; pero este lazo formado en el cielo, no se rompe siempre del todo sobre la tierra. En aquel cambio completo de almas con frecuencia se mezclan tambien los corazones; así sucedía con Luis XVI y el sacerdote. El rey tenía en el abad de Firmont un amigo, colgado en secreto entre este mundo y el otro, le llamaba en los días difíciles, y le reservaba para los últimos momentos de su suerte.

XIII.

El miércoles 20 de enero al anochecer, un desconocido llamó inopinadamente á la puerta del retiro ignorado, donde aquel pobre sacerdote ocultaba su vida, y le suplicó le siguiese al lugar donde se celebraban las sesiones del consejo de ministros. Mr. de Firmont siguió al desconocido y cuando llegaron á las Tullerías se le introdujo en el gabinete, donde los ministros deliberaban sobre la ejecución del suplicio que la Convencion había puesto bajo su responsabilidad. Garat, filósofo sensible; Lebrun, diplomático frío; Roland, republicano elemente y que no podía menos de amar al hombre en el rey, hubieran querido separar á todo precio de sus corazones, de sus nombres y de su memoria, la misión sinistra que el destino les encargaba; pero ya no era tiempo. Solidarios de los jacobinos; rehenes de los jacobinos en el ministerio, era indispensable ejecutar ó morir. Su Gsonomía, su agitacion y su estopor revelaban el horror de su situacion. Procuraba disimularse á si mismo

el rigor á fuerza de miramientos y de piedad. Se levantaron, rodearon al sacerdote, honraron su valor y protegieron su mision. Garat tomó al confesor en su coche y le condujo al Temple. Durante el camino el ministro de la Convención desahogó su desesperacion en el seno del ministro de Dios. — «Gran Dios, exclamó, de qué horrosa mision me veo encargado! ¡Qué hombre! añadió hablando de Luis XVI. ¡Qué resignacion! ¡qué valor! No, la naturaleza sola no podría dar tantas fuerzas, ahí hay algo de sobrehumano.» El sacerdote calló temiendo ofender al ministro ó desconocer su fé. El silencio reinó despues de estas palabras entre aquellos dos hombres hasta la puerta de la torre que se abrió apenas fué pronunciado el nombre de Garat. Despues de atravesar una sala llena de hombres armados, el ministro y el confesor fueron á otra mas grande. Las bóvedas, los degradados ornamentos de arquitectura, y las escaleras de un altar derribado, manifestaban ser una capilla antigua desde largo tiempo profanada. Doce comisarios de la municipalidad tenian su consejo en aquella sala; sus fisonomías, sus palabras, la ausencia total de sensibilidad y aun de decencia ante la muerte, que caracterizaban los rostros de aquellos hombres, descubrian en ellos esas naturalezas brutales incapaces de respetar nada en un enemigo, ni siquiera el dolor supremo y la muerte. Solo uno ó dos rostros mas jóvenes que los otros, ocultaban á sus colegas algunos signos furtivos de inteligencia con los ojos del sacerdote. El ministro subió mientras registraban al abad de Firmont, y despues condujeron al confesor al cuarto del rey, quien al ver á Mr. de Firmont, corrió hácia él, le llevó á su cuarto y cerró la puerta para gozar sin testigos de la presencia del hombre que tanto habia daseado. El sacerdote se puso á los pies de su penitente y lloró antes de consolar. El rey tampoco pudo contener sus lágrimas y dijo al eclesiástico levantándole: «Perdonadme este momento de debilidad; vivo

desde hace tanto tiempo en medio de mis enemigos, que la costumbre me ha hecho insensible á su odio, y mi corazón se ha cerrado á los sentimientos de ternura; pero la vista de un amigo fiel me vuelve mi sensibilidad, que creia estinguida, y me enternece á mi pesar.» Se le llevó despues á la torrecilla retirada, donde se ocultaba ordinariamente con sus pensamientos. Una mesa, dos sillas, una pequeña estufa de loza parecida á estos pequeños hogares portátiles donde las mugeres de los obreros pobres calientan sus bohardillas; algunos libros, y una imagen de Cristo en la cruz esculpida en máfil, amueblaban aquella celda. El rey hizo sentarse á Mr. de Edgeworth, y se sentó enfrente del otro lado de la estufa. «Vedme aquí le dijo el condenado, en el solo y grande negocio que debe ocuparme en la vida: dejarle puro ó perdonado ante Dios, á fin de prepararme á mí y á los míos otra mejor...» Al decir estas palabras, sacó del pecho un papel y rompió el sello. Era su testamento; le leyó dos veces despacio apoyando sobre todas las sílabas, para que ninguno de los sentimientos que manifestaba en él, escapase á la censura atenta del hombre de Dios á quien reconocia por juez. El rey manifestaba temer que en los mismos terminos con que habia legado su perdon á este mundo, se hubiesen deslizado contra su voluntad algun resentimiento ó reconvenccion que disminuyese involuntariamente alguna dulzura y santidad á su despedida. Su voz no se enterneció ni sus ojos se humedecieron, sino en las líneas donde pronunciaba el nombre de la reina, de su hermana y de sus hijos. Se veia que toda su sensibilidad dominada ó amortiguada por él mismo, solo se encontraba en el nombre, en la imagen y en el destino de los suyos. Nada tenia vivo ni que sufriese en él sobre la tierra, mas que su familia.

Una conversacion franca y tranquila sobre las circunstancias ignoradas por el rey de aquellos últimos meses, se siguió á esta lectura. Se informó de la suerte de mu-

chas personas que amaba, entristeciéndose con las persecuciones de los unos, y alegrándose de la fuga y la salvacion de los otros: hablando de todos, no con la indiferencia de un hombre que abandona para siempre su patria, sino con la curiosidad del que acaba de llegar y se informa de todo lo que ha amado. Aun cuando oia dar las horas de la noche al reloj de las vecinas torres, y aunque su vida solo se media por horas, retardó el momento de ocuparse de las prácticas piadosas para las que habia llamado al confesor. Debía tener á las siete la última entrevista con su familia, y la aproximacion de este momento, á la vez tan deseado y tan temible, le agitaba mil veces mas que el pensamiento del cadalso. No quería que aquellas últimas angustias de su vida viniesen á turbar la calma de su preparacion á la muerte, ni que sus lágrimas se mezclasen con su sangre en el sacrificio de sí mismo, que iba á ofrecer un momento despues á Dios y á los hombres.

XIV.

La reina y las princesas, entretanto, con el oido aplicado siempre á las ventanas, habian sabido durante el día la negativa del plazo, y que la ejecucion seria dentro de las veinte y cuatro horas, por las voces de los prisioneros que divulgaban la sentencia por todos los barrios de París. Ya no quedaba ninguna esperanza, y ya una sola duda causaba su ansiedad: ¿moriria el rey sin volverlas á ver, sin abrazarlas y bendecirlas? Un postrero y supremo desahogo de ternura á sus pies; un último abrazo sobre su corazón; una palabra que oír y que retener; una mirada final que guardar en su alma; á esto se limitaban toda su esperanza, todo su deseo, y todas sus súplicas. Agrupadas desde la mañana en silencio, y

orando bañadas en llanto en la cámara de la reina, interpretando con el corazón hasta el mas pequeño ruido; preguntando con la vista á todos los rostros, no supieron sino despues, que un decreto de la Convencion les permitia ver al rey; fué un gozo en la agonía, y se prepararon á él mucho tiempo antes de llegar este momento. En pie, y arrojadas á la puerta, suplicaban á los comisarios y á los carceleros, á quienes no cesaban de preguntar, pareciéndolas que su impaciencia apresuraria las horas, y que los latidos de sus corazones forzarían aquellas puertas á abrirse mas pronto.

XV

Mas tranquilo aparentemente, el rey por su parte, no padecía en su interior menos turbacion. Nunca habia profesado mas que un amor, el de su esposa; una amistad, la de su hermana; una alegría en su vida, su hija y su hijo. Estas ternuras del hombre distraídas y enfiadas, aunque nunca estinguídas sobre el trono, se habian recogido, exaltado y como incrustado en su alma despues de los ataques de la adversidad, y mucho mas aun despues de los ataques de la soledad de la prision. Hacía tanto tiempo que el mundo ya no existia para él, sino en aquel pequeño número de personas en que se multiplicaban sus afectos, sus alegrías y sus dolores! Además, haber temido, esperado y sufrido tanto, siempre juntos, es tener una comunidad de vida y de pensamientos. Las lágrimas recíprocamente vertidas, son el cimiento de los corazones; los mismos sufrimientos unen mil veces mas que las mismas alegrías; aquellas cinco almas no tenían mas que una sola sensibilidad, y una cosa sola turbaba de antemano aquella conversacion, que era la idea de que la última entrevista en que la naturaleza debía manifestarse

con la libertad de la desesperacion y el abandono de la ternura, tendria carceleros por espectadores; que las mas secretas palpitations del corazon del esposo, de la esposa, del hermano, de la hermana, del padre y de la hija, serian contados, saboreados, y quizá acriminados por la vista de sus enemigos. El rey se fundó en las palabras del decreto de la Convencion, para pedir que la entrevista fuese sin testigos. Los comisarios responsables de la municipalidad, y que, sin embargo, no se atrevian á desobedecer abiertamente á la Convencion, deliberaron para conciliar las intenciones del decreto con el rigor de la ley, y convinieron en que la entrevista fuese en el comedor, que tenia una puerta de cristales contigua á la habitacion donde estaban los comisarios; la puerta debía cerrarse despues de entrar el rey y su familia; pero aquellos podrian ver á los prisioneros á través de los cristales. De este modo, si las actitudes, los gestos y las lágrimas eran profanadas por miradas estrañas, al menos las palabras serian inviolables. El rey, un poco antes del momento en que las princesas debian bajar, dejó á su confesor en la torrecilla, y le suplicó no bajase, temiendo que el aspecto del ministro de Dios pudiese demasiado de manifiesto la muerte á los ojos de la reina; pasó al comedor para preparar los asientos y el espacio necesario para la última entrevista. «Traed un poco de agua y un vaso, dijo á su criado.» Habia encima de la mesa una botella con agua helada, y Clery se la enseñó. «Traed agua que no esté helada, porque si la reina bebiese de esta podria hacerla mal.» Al fin se abrió la puerta, y la reina, que traia de la mano á su hijo, se lanzó la primera en los brazos del rey, é hizo un rápido movimiento como para arrastrarle á su habitacion y sustraerle á la vista de los espectadores. «No, no, dijo el rey con voz sorda, sosteniendo á su esposa sobre su corazon, y dirigiéndola hácia la sala; solo puedo veros aquí.»

Madama Isabel venia en pos de la princesa real, y

Clery cerró la puerta apenas entraron. El rey hizo á la reina que se sentase en una silla á la derecha, su hermana en otra á la izquierda y él se sentó en medio. Las sillas estaban tan inmediatas que las dos princesas, solo con inclinarse, rodeaban los hombros del rey con sus brazos, y tenian las cabezas descansando sobre su seno. La princesa real, con la frente baja y los cabellos tendidos sobre las rodillas de su padre, estaba como prosternada sobre su cuerpo; el rey tenia al delin sentado sobre su muslo, con uno de sus brazos pasado alrededor del cuello. Estas cinco personas, agrupadas así por el instinto de su ternura, y estrechándose convulsivamente las unas en los brazos de las otras, con los rostros ocultos sobre el pecho del rey, solo dejaban ver un grupo de cabezas, de brazos y de miembros palpitantes que agitaba el estremecimiento del dolor y de las caricias, y de donde se escapaba en mal articuladas y comprimidas palabras, en sordo murmullo ó en desgarradores gritos, la desesperacion de aquellas cinco almas confundidas en una para ahogarse, para despedazarse y morir en un solo abrazo.

XVI.

En mas de media hora, no pudo salir una sola palabra de sus labios. Solo se oía una lamentacion, en que todas aquellas voces de padre, de mugeres y niños, se perdian en el gemido comun; se llamaban, se respondian, se provocaban las unas á las otras por sollozos que se renovaban, y acrecian por intervalos en gritos tan agudos y penetrantes, que atravesaban las puertas, las ventanas y paredes de la torre, y se oian en los barrios inmediatos; por último, la estenuacion de fuerzas abatió hasta aquellos síntomas de dolor; las lágrimas se secaron sobre los párpados; las cabezas se juntaron á la

cabeza del rey, como para suspender todas las almas á sus labios, y una conversacion en voz baja, interrumpida de tiempo en tiempo, por los besos y los abrazos, se prolongó durante dos horas, que puede decirse fueron un solo abrazo. Nadie de fuera oyó aquellas confidencias del moribundo con los sobrevivientes; el sepulcro y los calabozos las ahogaron en pocos meses con los corazones. Solo la princesa real guardó las reliquias en su memoria, y mas tarde reveló lo que la confidencia, la política y la muerte pueden dejar traslucir de las ternuras de un padre, de la conciencia de un moribundo y de las secretas intenciones de un rey. Relaciones mutuas de sus pensamientos despues de su separacion; recomendaciones repetidas de sacrificar á Dios toda venganza, si alguna vez la inconstancia de los pueblos que es la fortuna de los reyes, pudiese á sus enemigos en sus manos; arrebatos sobrenaturales del alma de Luis XVI hacia el cielo; en terrecimientos repentinos y recuerdos de la tierra al aspecto de aquellos seres queridos, cuyos brazos entrelazados, parecian atraerle y retenerle en ella; una esperanza vaga, exagerada por una piadosa ficcion, á fin de moderar el dolor de la reina; resignacion de todo en manos de Dios; votos sublimes para que su vida no costase una gota de sangre á su pueblo; lecciones aun mas cristianas que reales, dadas y repetidas á su hijo; todo esto, interrumpido por los besos, las lágrimas, los abrazos, las oraciones en comun, despedidas mas tiernas y mas secretas, pronunciadas en voz baja al oido de la reina, llenó las dos horas que duró aquella fúnebre entrevista. Desde afuera solo se oía un tierno y confuso murmullo de voces; los comisarios dirigian de tiempo en tiempo una mirada furtiva á través de los cristales, como para advertir al rey que pasaba el tiempo.

Cuando se agotó la ternura en los corazones, las lágrimas en los ojos y las voces en los labios, se levantó el rey y estrechó á toda su familia á la vez en sus brazos;

la reina se arrojó á sus pies, le suplicó les permitiese pasar aquella última noche junto á él. Su cariño le obligó á negarse á ella, porque aquel enternecimiento gastaba su vida. Tomó por pretexto la necesidad que el mismo tenia de algunas horas de tranquilidad, para prepararse al dia siguiente con todas sus fuerzas; pero prometió á su familia hacerla llamar al otro dia á las ocho. «¿Por qué no á las siete, dijo la reina?—¿Pues bien, si, á las siete, respondió el rey.—¿Nos lo prometéis? dijeron todos.—Os lo prometí, repitió el rey.» Al atravesar la antecámara, la reina se suspendió con ambos brazos al cuello del rey; la princesa real le rodeaba con los suyos; madama Isabel abrazaba por el mismo lado el cuerpo de su hermano y el del fin suspendido de una mano por el rey y de otra por la reina, tropezaba entre las piernas del padre, con el rostro levantado y los ojos fijos en él. A medida que se acercaban á la puerta de la escalera, redoblaban los sollozos, se separaban los unos de los brazos de los otros, y volvian á caer en ellos con todo el peso de su cariño y de su dolor. Por fin, el rey se separó algunos pasos hacia atrás, y tendiendo desde allí los brazos á la reina, «Adios, adios, la gritó con un ademán, una mirada, un tono de voz donde resonaba á la vez todo un pasado de ternura, todo un presente de angustias y todo un porvenir de eterna separacion; pero en el que se distinguia, sin embargo, un acento de serenidad, de esperanza y de alegría religiosa, que parecia señalar á su reunion la cita vaga, pero confiada de una eterna vida.

Al oír estos adios la jóven princesa, se desprendió desmayada de los brazos de madama Isabel, y cayó sin movimiento á los pies del rey. Clery, su tia y la reina se precipitaron para levantarla; la sostuvieron y la condujeron hacia la escalera. En este instante, el rey se separó con las manos sobre los ojos, y volviéndose desde el umbral de la puerta de su cuarto, que estaba entre-

abierta, ¡Adios! les gritó por última vez. Su voz se estrelló contra el sollozo de su corazón, y la puerta se cerró; corrió á la torrecilla, donde le esperaba su consolador: la agonía de la magestad había pasado.

XVII.

El rey fatigado, cayó sobre una silla, y quedó largo rato sin poder hablar. «¡Ah, señor!, dijo al abate Edgeworth; ¡que entrevista acabo de tener! ¡por qué he de amar yo tanto!... ¡ah! añadió despues de una pausa; ¡y porque he de ser tan amado!... pero esto se acaba con el tiempo, continuó con voz mas varonil; ocupémos de la eternidad!» En este instante entró Clery, y suplicó al rey tomase algun alimento; rebasó al principio, pero despues, reflexionando que tendría necesidad de fuerzas para luchar como hombre contra los preparativos y la vista del suplicio, comió. La comida no duró mas que cinco minutos. El rey en pie solo tomó un poco de pan y vino, como un viagero que no descansa. El sacerdote, que conocia la fé de Luis XVI en los santos misterios del cristianismo, y que reservaba darle la última alegría asistiéndole en su calabozo, le preguntó si no sería un consuelo para él verle celebrar al dia siguiente antes de amanecer, y recibir de su mano el Dios hecho hombre para sufrir con nosotros, y trasformado en pan para alimento de las almas. El rey, privado hacia desde mucho tiempo de asistir á las ceremonias sagradas (piadosa costumbre de los principes de su familia), se conmovió de sorpresa y alegría por aquel pensamiento. Se le figuró que el Dios del Calvario venia á visitarle en su calabozo á la última hora, como un amigo que sale al encuentro de otro, solo que no esperaba obtener

aquel favor de la dureza é impiedad de los comisarios del ayuntamiento.

Animado el sacerdote por las muestras de respeto que Garat habia dado á su mision, tuvo mas confianza; bajó á la sala del consejo, y pidió la autorizacion y los medios para celebrar el divino sacrificio en el cuarto del rey: la hostia, el vino, un caliz y las vestiduras sacerdotales. Los comisarios indecisos, temiendo por un lado rehusar un consuelo supremo á la última hora de un moribundo; y por otro, que se le acusase de *fanatismo* permitiendo á su vista los ritos de un culto repudiado, deliberaron largo tiempo en voz baja. ¿Quién nos responde, dijo uno de aquellos hombres at eclesiástico, que no envenenaréis al condenado con la hostia, en que le presentaréis el cuerpo de su Dios? ¿sería la primera vez que se ha envenenado á los reyes con el pan de vida? El confesor alejó toda sospecha, rogando á los municipales diesen ellos mismos el vino, la hostia, el caliz y los ornamentos del altar. En seguida volvió á anunciar al rey esta dicha.

XVIII.

El principe miró este consuelo como un primer rayo de inmortalidad. Se recogió en si mismo, se arrodilló, repasó ante Dios, los actos, los pensamientos y las intenciones de toda su vida; aceptó vivo, no ante la posteridad, ni ante los hombres, sino ante la vista de Dios aquel juicio de los reyes de Egipto solo tenían que sufrir en su tumba. Este exámen de su conciencia y esta acusacion de si mismo, duraron hasta bien entrada la noche. El juicio de Dios siempre acompañado de perdon no es el de los hombres; el rey se levantó, si no inocente, al menos absuelto. El sacerdote, que en la confesion

abierta, ¡Adios! les gritó por última vez. Su voz se estrelló contra el sollozo de su corazón, y la puerta se cerró; corrió á la torrecilla, donde le esperaba su consolador: la agonía de la magestad había pasado.

XVII.

El rey fatigado, cayó sobre una silla, y quedó largo rato sin poder hablar. «¡Ah, señor!, dijo al abate Edgeworth; ¡que entrevista acabo de tener! ¡por qué he de amar yo tanto!... ¡ah! añadió despues de una pausa; ¡y porque he de ser tan amado!... pero esto se acaba con el tiempo, continuó con voz mas varonil; ocupémosnos de la eternidad!» En este instante entró Clery, y suplicó al rey tomase algun alimento; rebasó al principio, pero despues, reflexionando que tendría necesidad de fuerzas para luchar como hombre contra los preparativos y la vista del suplicio, confió. La comida no duró mas que cinco minutos. El rey en pie solo tomó un poco de pan y vino, como un viagero que no descansa. El sacerdote, que conocia la fé de Luis XVI en los santos misterios del cristianismo, y que reservaba darle la última alegría asistiéndole en su calabozo, le preguntó si no sería un consuelo para él verle celebrar al dia siguiente antes de amanecer, y recibir de su mano el Dios hecho hombre para sufrir con nosotros, y trasformado en pan para alimento de las almas. El rey, privado hacia desde mucho tiempo de asistir á las ceremonias sagradas (piadosa costumbre de los principes de su familia), se conmovió de sorpresa y alegría por aquel pensamiento. Se le figuró que el Dios del Calvario venia á visitarle en su calabozo á la última hora, como un amigo que sale al encuentro de otro, solo que no esperaba obtener

aquel favor de la dureza é impiedad de los comisarios del ayuntamiento.

Animado el sacerdote por las muestras de respeto que Garat habia dado á su mision, tuvo mas confianza; bajó á la sala del consejo, y pidió la autorizacion y los medios para celebrar el divino sacrificio en el cuarto del rey: la hostia, el vino, un caliz y las vestiduras sacerdotales. Los comisarios indecisos, temiendo por un lado rehusar un consuelo supremo á la última hora de un moribundo; y por otro, que se le acusase de *fanatismo* permitiendo á su vista los ritos de un culto repudiado, deliberaron largo tiempo en voz baja. ¿Quién nos responde, dijo uno de aquellos hombres ateclesiástico, que no envenenaréis al condenado con la hostia, en que le presentaréis el cuerpo de su Dios? ¿sería la primera vez que se ha envenenado á los reyes con el pan de vida? El confesor alejó toda sospecha, rogando á los municipales diesen ellos mismos el vino, la hostia, el caliz y los ornamentos del altar. En seguida volvió á anunciar al rey esta dicha.

XVIII.

El principe miró este consuelo como un primer rayo de inmortalidad. Se recogió en si mismo, se arrodilló, repasó ante Dios, los actos, los pensamientos y las intenciones de toda su vida; aceptó vivo, no ante la posteridad, ni ante los hombres, sino ante la vista de Dios aquel juicio de los reyes de Egipto solo tenían que sufrir en su tumba. Este exámen de su conciencia y esta acusacion de si mismo, duraron hasta bien entrada la noche. El juicio de Dios siempre acompañado de perdon no es el de los hombres; el rey se levantó, si no inocente, al menos absuelto. El sacerdote, que en la confesion

cristiana impone una pena voluntaria á las faltas, impuso para espiacion á su penitente la religiosa aceptacion de la muerte que iba á sufrir, y el sacrificio de su sangre para lavar el trono de todas las faltas de su familia. Prometió al rey darle en la comunión del día siguiente, el signo de reconciliacion y de esperanza, el cuerpo de Cristo crucificado. El sentimiento de la purificacion del alma que experimenta el cristiano despues de la confesion, habia calmado al rey; aquella atenta investigacion de las debilidades de su vida, distrajo su pensamiento de la hora presente, y su reinado era mas irrepachable en su conciencia que en la historia. Hasta en sus faltas hallaba sus buenas intenciones: creyéndose puro delante de Dios, se juzgaba inocente delante de los hombres, y debía creer en el perdon de la posteridad como en el de Dios.

XIX.

Era media noche. El sentenciado se acostó y durmió tan pronto y con un sueño tan apacible como si aquella noche hubiese debido tener un día siguiente. El sacerdote pasó las horas haciendo oracion en el cuarto de Clery, separado del aposento del rey por un tabique de tablas, y oía desde allí la respiracion igual y serena del dormido, que atestiguaba su gran tranquilidad y la regularidad de los movimientos de su corazón como los de la péndola de un reloj que va á pararse. A las cinco fué necesario despertarle. «¿Han dado las cinco? dijo á Clery. — Aun no, en el reloj de la torre, le respondió, pero sí en otros muchos de la ciudad. — He dormido bien, dijo el rey, tenía gran necesidad de ello, porque el día de ayer me habia fatigado.» Clery encendió luz, ayudó á vestirse á su amo, preparó el altar en medio del aposen-

to, y el sacerdote celebró la misa. El rey de rodillas, con un devocionario en la mano, parecia unir su alma á todo el sentido, á todas las palabras de aquella ceremonia, en que el sacerdote hace la conmemoracion de la última comida, de la agonía, de la muerte, de la resurreccion, y de la transustanciacion de Cristo, ofreciéndose como victima á su padre y dándose como alimento á sus hermanos. Recibió el cuerpo del Señor bajo los accidentes de pan consagrado, y se juzgó fortalecido contra la muerte creyendo poseer en su corazón la divina prenda de otra vida. Despues de la misa, mientras se despojaba de sus vestiduras el sacerdote, el rey pasó solo á su torreilla, donde entró Clery para pedirle de rodillas su bendicion. Luis XVI se la dió, encargándole se la diese en su nombre á todos aquellos que le habian sido adictos, y en particular á aquellos carceleros, que como Turgot se habian compadecido de su cautiverio y dulcificado sus rigores; despues llevándole al hueco de una ventana, le entregó furtivamente un sello que separó de su reloj, un paquetito que sacó de su pecho, y un anillo de desposorio que se quitó del dedo. «Entregareis despues de mi muerte, le dijo, este sello á mi hijo y este anillo á la reina. Decidla que le dejo con sentimiento, y para que no sea profanado con mi cuerpo!... Este paquete contiene cabellos de toda mi familia; se lo entregareis tambien. Decid á la reina, á mis queridos hijos y hermana, que les habia prometido verlos hoy, pero que he querido evitarles el dolor de una separacion tan cruel renovada dos veces. ¡Cuánto me cuesta marehar sin recibir sus últimos besos!... los sollozos le impidieron hablar. Os eucargo, añadió con una ternura que cortaba las palabras en su voz, que les digais adios de mi parte.» Clery se retiró bañado en llanto.

Un momento despues el rey salió de su gabinete, y pidió unas tijeras para que su criado le cortase el pelo, única herencia que pudo dejar á su familia, y hasta esta

gracia se le negó. Clery solicitó de los municipales el favor de acompañar á su amo para desnudarle en el patíbulo, á fin de que la mano de un piadoso sirviente reemplazase en aquel último oficio la injuriosa mano del verdugo. «El verdugo basta para él, respondió uno de los comisarios. El rey se retiró de nuevo.

XX.

Al entrar en la torreilla, su confesor le halló calentándose junto á la estufa y pensando al parecer con una triste alegría en el próximo término de sus tribulaciones. «¡Dios mío! esclamo el rey, ¡qué dichoso soy de haber conservado mi fe sobre el trono! ¿dónde estaría yo hoy sin esta esperanza? si existe en el cielo un juez incorruptible, que sabrá dispensarme la justicia que los hombres me niegan en la tierra!

Empezaba á amanecer, y la luz del día penetraba en la torre al través de las barras de hierro. Se oía distintamente el ruido de los tambores que tocaban llamada en todos los cuarteles, á los ciudadanos armados, los pasos de los caballos de la gendarmería, el estruendo de las ruedas de los cañones y de las cajas de municiones, que se colocaban y variaban de sitio en los patios del Temple. El rey oyó todo aquello con indiferencia, y explicaba las diferentes clases de ruido á su confesor. «Eso es probablemente la guardia nacional, que principia á reunirse,» dijo cuando oyó el primer toque de llamada. Algunos momentos despues se oyeron las pisadas de muchos caballos en el empedrado al pie de la torre, y las voces de los oficiales que formaban sus tropas en batalla. — Ya se acercan, dijo interrumpiendo y volviendo á seguir la conversacion. Estaba sin impaciencia y sin temor como un hombre que llega primero á una cita donde le

hacen aguardar. Esperó mucho tiempo. Por espacio de dos horas venian con varios pretestos á llamar á la puerta de su gabinete, y cada vez creia el confesor que era la última. El rey se levantaba sin turbacion, iba á abrir, contestaba y volvía á sentarse. A las nueve se oyen en la escalera pasos tumultuosos, y las puertas se abren con estrépito: Santerre se presenta acompañado de doce municipales y á la cabeza de diez gendarmes, que colocó en el cuarto formando dos filas. El rey, al oír aquel bullicio entreabre la puerta de su gabinete. «¿Venís á buscarme? dijo á Santerre con voz firme y conservando una actitud imperiosa; aguardadme un instante allí.» Muestra con el dedo la entrada de su cuarto, cierra la puerta y vuelve á ponerse de rodillas á los pies del confesor. «Todo está consumado, padre mío, le dice; dadme la última bendicion y regad á Dios que me sostenga hasta el fin.» Se levanta, abre la puerta, marcha con frente serena y la magestad de la muerte en el aspecto y las facciones, y se coloca entre la doble fila de gendarmes. Tenia en la mano un papel doblado, que era su testamento, y dirigiéndose á un municipal que estaba en frente de él le dice: «Os ruego que entreguéis este papel á la reina.» Un movimiento de admiracion que notó en aquellos rostros republicanos, le hizo comprender que se habia equivocado en la palabra, y la enmendó diciendo: «mi esposa.» El municipal retrocede y contesta bruscamente: «Eso no me corresponde á mí, pues estoy aquí para conducirlos al cadalso.» Este municipal era Jacobo Roux, sacerdote que habia abandonado su ministerio y toda especie de caridad, al dejar el traje. «Es verdad,» dijo el rey por lo bajo profundamente contristado. Luego mirando los rostros, y volviéndose hácia aquel, cuya espresion mas dulce le indicaba un corazón menos implacable, se acercó á un municipal llamado Gobeau, «Os ruego, le dijo, entreguéis este papel á mi esposa, podeis leerle, hay en él disposiciones que la municipalidad debe conocer.» El

municipal, con asentimiento de sus colegas, recibió el testamento.

Temiendo Clery, como el ayuda de cámara de Carlos I, que el frío hiciera parecer que su amo temblaba ante el cadalso, le presentó su capa, y el rey le dijo; no, no la necesito, dadme solo mi sombrero. Al recibirle, cogió la mano de su fiel servidor y la apretó con fuerza en señal de inteligencia y despedida; luego volviéndose hacia Santerre y mirándole cara á cara, con un gesto de resolución y un tono de mando dice: «Marchemos.»

Parecía que Santerre y su tropa le seguían mas bien que le escoltaban. El príncipe bajó con paso firme la escalera de la torre, y hallando en el vestibulo al portero llamado Mathey, que le habia faltado al respeto la víspera, y á quien habia reprendido con irritación su insolencia, se adelantó hacia él, y le dijo con un gesto cordial: «Mathey, he sido ayer un poco vivo con vos, perdonadme en un momento como este.» Mathey en vez de responderle, aparentó volver la cabeza y retirarse como si el contacto del moribundo hubiera sido contagioso.

Atravesando á pie el primer patio, el rey se volvió dos veces hacia la torre y levantó la vista en dirección de las ventanas de la reina; en esta mirada iba toda su alma á llevar su mudo adiós, á todo lo que dejaba de sí mismo en la prisión.

Un coche le esperaba á la entrada del segundo patio, y dos gendarmes en la portezuela: uno subió primero y se sentó al vidrio; el rey entró despues, é hizo colocar á su confesor á su izquierda; el segundo gendarme entró el último y cerró. El coche partió.

Precedían los caballos sesenta tambores batiendo marcha; un ejército ambulante, compuesto de guardias nacionales, de federados, de tropas de línea, de caballería, de gendarmes y de artillería, marchaba delante, detrás y á los lados del coche. Todos los habitantes de París estaban encerrados en sus casas, habiendo prohibido

una órden de la municipalidad á los ciudadanos que no hiciesen parte de la milicia armada, atravesar las calles que desembocan en los boulevares ó asomarse á las ventanas, desde donde pudiese verse el acompañamiento; hasta se habian hecho evacuar los mercados. Un cielo oscuro, nebuloso y helado, solo dejaba ver á muy poca distancia los bosques de picas y de bayonetas, colocadas como barreras inmóviles desde la plaza de la Bastilla, hasta el pie del cadalso, en la de la Revolución. De distancia en distancia, aquella doble muralla de acero estaba reforzada por destacamentos de infantería, mandados venir del campamento inmediato á París, con la mochila á la espalda y las armas cargadas como en un día de acción. Los cañones preparados, cargados á metralla y con las mechas encendidas, enfilaban las principales embocaduras de las calles en toda la línea que debía atravesar la funebre comitiva. El silencio en la ciudad era tan profundo como el terror; nadie comunicaba sus pensamientos á su vecino; hasta las fisonomías permanecían impassibles bajo las miradas del delator. Notábase algo de maquinal en los rostros, en los gestos y en la vista de aquella multitud. Podría decirse que París habia abdicado su alma, para temblar y obedecer. Apenas se veía al rey en el fondo del coche, ocultándole las bayonetas y los sables desnudos de la escolta. Llevaba un frae oscuro, unos calzones de seda negra, chaleco y medias blancas; sus cabellos estaban recogidos bajo el sombrero. El ruido de los tambores, de los cañones, de los caballos, y la presencia de los gendarmes, le impedían hablar con su confesor. Dijo solo al abate Edgaworth le prestase el breviario, y buscó con el dedo y la vista, los salmos cuyos gemidos y esperanzas eran adecuados á su situación. Aquellos cánticos sagrados, tartamudeados por sus labios, y que resonaban en su alma, le evitaban el ruido y la vista del pueblo durante aquel tránsito de la prisión á la muerte: el clérigo oraba á su lado. Los gendarmes colocados en

frente, manifestaban en su rostros el sello del asombro y de la admiración que los inspiraba el piadoso recogimiento del rey. Algunos gritos de gracia salieron al partir el coche, de entre la multitud acumulada á la entrada de la calle del Temple; aquellos gritos murieron sin eco, en el tumulto y en la compresión general de los sentimientos públicos; pero no se oyó ninguna injuria ni imprecación: si se hubiese preguntado uno por uno á los doscientos mil ciudadanos autores ó espectadores de aquellos funerales de un vivo: ¿es necesario que este hombre, solo contra todos, muera? puede que ni uno solo hubiese contestado: Sí. Pero las cosas estaban combinadas de tal modo, por la desgracia y la severidad de la época, que todos cumplían sin dudar lo que ninguno aisladamente hubiera querido cumplir. Esta multitud, por la presión mutua que ejercía sobre sí misma, se impedía ceder á su enternecimiento y su horror; semejante á la bóveda, cuyas piedras aisladas tiende cada una á flaquear y caer, pero donde todas permanecen suspensas por la resistencia que la presión opone á su caída.

XXI.

En la confluencia de las numerosas calles que salen al boulevard, entre las puertas de San Dionisio y San Martín, sitio donde se ensancha el tránsito y una pendiente rápida hace acortar el paso de los caballos, una repentina ondulación detuvo por un momento la marcha: Siete ó ocho jóvenes, desembocando en masa de la calle Beaugard, rompiendo por medio de la multitud, se precipitaron hácia el coche sable en mano gritando: «A nosotros los que quieran salvar al rey.» Entre ellos, estaban el baron de Batz, axenturero de conspiraciones, y su secretario Devaux. Tres mil jóvenes afilhados secreta-

mente y armados para este golpe de mano, debían responder á aquella señal ó intentar despues un levantamiento en París, apoyados por Dumouriez. Ocultos aquellos intrépidos conspiradores, viendo que nadie los seguía, se abrieron paso, favorecidos por la sorpresa y la confusión á través de las filas de la guardia nacional, y se perdieron en las calles vecinas. Un destacamento de gendarmería los persiguió y alcanzó á algunos, que pagaron su tentativa con la vida.

La comitiva, detenida un momento, volvió á emprender su marcha en medio del silencio y de la inmovilidad del pueblo hasta la embocadura de la Calle Real junto á la plaza de la Revolución. Allí un rayo de sol de invierno, penetrando por entre la niebla, dejaba ver la plaza cubierta con cien mil cabezas; los regimientos de la guarnición de París formando el cuadro en torno del cadalso, los ejecutores esperando la víctima, y el instrumento del suplicio mostrando por encima del gentío sus maderas y sus vigas pintadas de color de sangre.

Aquel suplicio era la guillotina. Esta máquina inventada en Italia é importada en Francia por la humanidad de un médico célebre de la Asamblea constituyente llamado Guillotin, habia sido sustituida á los suplicios atroces é infamantes que la revolución quiso abolir. Tenia además, según creían los legisladores de la Asamblea constituyente, la ventaja de no hacer derramar la sangre del hombre por la mano y bajo el golpe, con frecuencia poco segura de otro hombre, sino hacer ejecutar la muerte por otro instrumento sin alma, insensible como la madera é infalible como el hierro. A la señal del ejecutor el hacha caía por sí sola, y esta hacha cuyo peso estaba multiplicado por pesas reunidas bajo el palibulo se deslizaba entre dos muescas con un movimiento á la vez horizontal y perpendicular como el de la sierra, y separaba la cabeza del cuerpo por el peso de su caída y con la rapidez del relámpago. Esta máquina era la supresión del dolor

y del tiempo en la sensación de la muerte. Habíase levantado la guillotina aquel día en medio de la plaza de la Revolución, delante de la gran calle de árboles del jardín de las Tullerías, enfrente y como por burla, del palacio de los reyes, casi en el mismo sitio en donde la fuente de surtidores, la mas próxima al Sena parece lavar en el día eternamente el pavimento.

Desde el amanecer, las cercanías del cadalso, el puente de Luis XVI, los terraplenes de las Tullerías, los pretiles del río, los tejados de las casas de la Calle Real, y hasta las ramas sin hojas de los árboles de los Campos Eliseos, estaban cubiertos de un innumerable gentío que esperaba el acontecimiento en la agitación, en el tumulto y en el ruido de una colmena de hombres, como si aquella multitud no hubiese podido creer en el suplicio de un rey, antes de haberlo visto con sus propios ojos. Las inmediaciones del cadalso habían sido invadidas, gracias al favor de la municipalidad y á la conveniencia de los comandantes de las tropas, por los hombres sanguinarios de los Franciscanos, de los Jacobinos y de los días de setiembre, incapaces de duda ni de piedad. Colocándose ellos mismos en torno del cadalso, como los testigos de la república, querían que el suplicio fuese consumado y aplaudido.

Al aproximarse el coche del rey, una solemne inmovilidad sorprendió de repente á aquella multitud y á aquellos mismos hombres. El coche se detuvo á algunos pasos del cadalso. El tránsito había durado dos horas.

XXII.

Advirtiéndole el rey que el coche había dejado de andar, levantó la vista que tenía fija en el libro, y como un hombre que interrumpe su lectura por un momento,

se inclinó hácia el oído de su confesor y le dijo en voz baja y con tono de interrogación: «¿Hemos llegado?» El sacerdote sólo le respondió con un signo silencioso. Uno de los tres hermanos Samson, verdugos de París, abrió la portezuela y bajaron los gendarmes; pero el rey volviendo á cerrar y colocando su mano derecha sobre la rodilla del confesor con un gesto de protección, dijo con autoridad á los verdugos, á los gendarmes y á los oficiales que se agolpaban junto á las ruedas: «Señores, os recomiendo este sacerdote, cuidad de que despues de mi muerte no se le haga ningún insulto; os encargo veáis por él.» Nadie respondió. El rey quiso repetir con mas fuerza esta recomendación á los ejecutores, y uno de ellos le interrumpió diciéndole con un acento siniestro. «Si, si, nosotros tendremos cuidado, dejadnos obrar.» Luis bajó; tres criados del verdugo le rodearon y quisieron desmenuzarse al pié del cadalso. El rey los rechazó con magestad, se quitó él mismo su frac, su corbata, y bajó la camisa hasta la cintura. Los ejecutores se echaron de nuevo sobre él: «¿qué quereis hacer?» les dijo con indignación.—«Ataros, le respondieron, y ya le habían cogido las manos para hacerlo.—«¡Atarme! replicó el rey con un acento en el que toda la gloria de su sangre se levantaba contra la ignominia. No, no, ¡no lo consentiré jamás! cumplid con vuestra obligación, pero no me ataréis, renunciad á ello.» Los ejecutores insistían, alzaban la voz, llamaban ayuda, levantaban la mano, y preparaban la violencia. Una lucha cuerpo á cuerpo iba á manchar la víctima al pié del cadalso. El rey, respetando la dignidad de su muerte y la tranquilidad de su último pensamiento, miró al sacerdote como para pedirle consejo. «Señor, le dijo el consejero divino, sufrid sin resistencia este nuevo ultraje como el último rasgo de semejanza entre vos y el Dios que va á ser vuestra recompensa.» El rey levantó los ojos al cielo con una expresión en la mirada, que parecía reconvenir y aceptar

á la vez. «Seguramente, dijo, no se necesita nada menos que el ejemplo de un Dios para que me someta á semejante afrenta.» Luego volviéndose y tendiendo él mismo las manos hácia los ejecutores, les dijo: «Haced lo que queráis, apuraré el cáliz hasta las heces.»

Subió, sostenido por el brazo del sacerdote, los pendientes y resbaladizos escalones del cadalso. El peso de su cuerpo parecía indicar un desfallecimiento en su alma; pero cuando llegó al último escalon, se separó de las manos de su confesor, atravesó con paso firme toda la anchura del cadalso, miró al pasar el instrumento y el hacha, y volviéndose de repente á la izquierda enfrente de su palacio, y al lado en que la mayor masa del pueblo podía verle y oírle, hizo á los tambores la señal de silencio, los tambores obedecieron maquinalmente. «Pueblo» dijo Luis XVI con una voz que resonó en el silencio, y que se oyó distintamente en el extremo opuesto de la plaza: «Pueblo, muero inocente de todos los crímenes que me imputan: perdono á los autores de mi muerte, y ruego á Dios que la sangre que vais á derramar, no caiga nunca sobre la Francia...» Iba á continuar, pero un estremecimiento se apoderó de la multitud. El jefe de estado mayor de las tropas del campamento inmediato á Paris, el conde Beaufranchet d' Ayat mandó tocar á los tambores. Un redoble inmenso y prolongado ahogó la voz del rey y el murmullo de la multitud. El condenado volvió solo y á pasos lentos hácia la guillotina, y se entregó á los ejecutores. En el momento en que se le unía á la tabla, echó una mirada al sacerdote que oraba de rodillas al pie del cadalso. Vivió, conservó su alma entera, hasta el momento en que se la entregó á su Creador por mano del verdugo. La tabla se inclinó, bajó el hacha y la cabeza cayó.

Uno de los ejecutores la cogió por los cabellos, la enseñó al pueblo y aspergó con sangre las inmediaciones del patíbulo. Los federados y republicanos fanáticos

subieron al tablado, tuvieron las puntas de sus sables y los hierros de sus picas en la sangre, blandiéndolas en el aire y gritando: «Viva la república.» El horror de aquella acción ahogó el mismo grito en los labios del pueblo, y la aclamación se pareció mas bien á un inmenso sollozo. Las salvas de artillería anunciaron en los mas lejanos arrabales, que la magestad había sido sacrificada con el rey. La multitud se fué retirando silenciosa. Se llevaron los restos de Luis XVI al cementerio de la Magdalena en un carro cubierto, y se echó cal en el hoyo para que los huesos consumidos de la víctima de la revolución, no pudiesen llegar á ser un día las reliquias del realismo. Las calles quedaron desiertas; algunas bandas de federados armados, recorrieron los arrabales de Paris anunciando la muerte del tirano, y cantando el sanguinario tema de la Marsellesa; pero ningún entusiasmo les respondió: la ciudad quedó muda porque el pueblo no confundía un suplicio con una victoria. La consternación había vuelto á entrar con la libertad en la residencia de los ciudadanos. Aun no se había enfriado el cuerpo del rey sobre el cadalso, cuando el pueblo ya dudaba del acto que acababa de llevar á efecto y se preguntaba con una curiosidad próxima al remordimiento, si la sangre que acababa de derramar era una mancha sobre la gloria de la Francia ó el sello de la libertad. La conciencia de los republicanos se turbó delante de aquel suplicio, y la muerte del rey dejaba un problema que resolver á la nación.

XXIII.

Cincuenta y tres años han transcurrido desde aquel día; este es un problema que agita aun la conciencia del género humano, y hasta divide la historia en dos partidos: crimen ó estoicismo, segun el punto de vista bajo que

se la considera, este acto es un parricidio á los ojos de unos, y á los de otros una justicia que la libertad se hizo heroicamente á sí misma, un acto político que escribió con la sangre de un rey los derechos del pueblo, que debía irreconciliar para siempre el trono y la Francia, y que no dejando á esta comprometida en otra alternativa que sufrir la venganza de los despotas ó vencerlos, condenaba la nación á la victoria por la enormidad del ultraje y por la imposibilidad del perdón.

Nosotros que debemos justicia y piedad á la víctima, pero que también debemos justicia á los jueces, nos preguntamos al concluir este melancólico relato, ¿qué es lo que se debe acusar, qué es lo que se debe absolver, el rey, sus jueces, la nación ó el destino? y si se puede ser imparcial cuando se está conmovido, sentamos en estos términos en nuestra alma, la temible cuestión que hace vacilar á la historia, dudar á la justicia y temblar la humanidad.

¿Tenía la nación derecho á juzgar como tribunal legal y regular á Luis XVI? No; porque para ser juez es necesario ser imparcial y desinteresado y la nación no era ni lo uno ni lo otro. En este combate terrible pero inevitable que bajo el nombre de revolución se presentaban el trono y la libertad para la emancipación ó la servidumbre de los ciudadanos, Luis XVI personificaba el trono y la nación la libertad; no era su culpa, era la de la naturaleza, y las tentativas de transición eran vanas, combatiéndose las naturalezas á despecho de las voluntades. Entre estos dos adversarios, el rey y el pueblo, quienes por instinto el uno debía querer conservar, y el otro arrancar los derechos de la nación, no había mas tribunal que el combate, ni otro juez que la victoria. No pretendemos con estas palabras decir que no hubiese superior á los dos partidos una moralidad de la causa y de los actos que juzga hasta la misma victoria. Este justicia nunca perece en el eclipse de las leyes y en la ruina de

los imperios, solo que no tiene tribunal donde poder citar legalmente á sus acusados; es la justicia del Estado, la justicia que no tiene ni jueces instituidos ni leyes escritas, pero que pronuncia sus sentencias en conciencia y cuyo código es la equidad.

Luis XVI no podía ser juzgado en política ni en equidad sino por un proceso de Estado.

¿Tenía la nación el derecho de juzgarle de este modo? esto equivale á preguntar si tenía el derecho de combatirlo y de vencerle; en otros términos, saber si el despolismo es inviolable, si la libertad es un molin, si solo hay justicia en la tierra para los reyes, y sino hay para los pueblos mas derecho que el de servir y obedecer: la duda sola es una impiedad contra los pueblos.

Teniendo en sí la nación la enagenable soberanía que descansa en la razón, en el derecho y en la voluntad de cada uno de los ciudadanos cuya coleccion constituye el pueblo, tenía ciertamente la facultad de modificar la forma exterior de su soberanía, nivelar su aristocracia, despojar su iglesia, rebajar y hasta suprimir su trono para reinar ella misma por medio de sus propias magistraturas. Luego desde el momento que la nación tenía el derecho de combatir y de emanciparse, tenía el de vigilar y consolidar los resultados de su victoria. Si pues Luis XVI, rey demasiado recientemente desposeído del poder supremo, rey á quien toda la restitucion de poder al pueblo debía parecer destitucion; rey mal satisfecho con la parte del reino que le quedaba, y aspirando á reconquistar la otra, importonado de un lado por una asamblea usurpadora, y de la otra por una reina inquieta, por una nobleza humillada, por un clero que hacia intervenir el cielo en su causa, por una emigracion implacable, por sus hermanos, que recorrían en su nombre toda la Europa para buscar enemigos á la revolución: si Luis XVI rey parecia á la nación una conspira-

cion viva contra su liberrad; si la nación sospechaba que sentía demasiado en su alma el poder supremo; que hacía tropezar voluntariamente la nueva constitucion para aprovecharse de su caída; que conducía la libertad á una celada; que se alegraba de la anarquía; que desarmaba la patria, que en secreto la deseaba reveses y mantenía correspondencia con sus enemigos; la nación tenía el derecho de citarle hasta sobre el trono, hacerle bajar de él, llamarle á su barra y deponerle en nombre de su propia dictadura y de su propia salvacion. Si la nación no hubiese tenido este derecho, el de vender impunemente á los pueblos hubiese sido en la Constitucion nueva una de las prerogativas de los reyes.

XXIV.

Acabamos de ver que ninguna ley escrita podía ser aplicada al rey, y que siendo sus jueces sus enemigos, su juicio no podía ser legal, sino una grande medida de Estado, cuyos motivos solo la equidad debía debatir y dictar la sentencia. ¿Qué decía la equidad y qué pena podía pronunciar si el vencedor tiene el derecho de aplicar una pena al vencido?

Luis XVI, degradado de la magestad, desarmado y prisionero, culpable quizá textualmente, ¿era culpable en el espíritu si se considera la violencia moral y física de su deplorable situacion? ¿Era un tirano? No: ¿Un opresor del pueblo? No: ¿Un fautor de la aristocracia? No: ¿Un enemigo de la libertad? No. Todo su reinado protestaba, desde su advenimiento al trono, de la tendencia filosófica de su espíritu y de los instintos populares de su corazon, de que deseaba colocar el trono al abrigo del despotismo; de que sobrepondría las leyes al trono, de que pediría consejos á la nación y haría reinar por él y en

el los derechos y los intereses del pueblo. Principe revolucionario, él mismo había llamado la revolucion á su socorro; había querido darla mucho, y ella intentó arrancarle mas: de ahí resultó la lucha.

A pesar de esto, no era todo políticamente irreprehensible por parte del rey en esta lucha. La incoherencia y el arrepentimiento de las medidas manifestaban la debilidad, y con frecuencia habían servido de pretexto á las violencias y á los atentados del pueblo. Así es que Luis XVI había convocado los Estados generales, y queriendo demasiado tarde circunscribir el derecho de deliberacion, la insurreccion moral del juramento del *Juego de Pelota*, le había violentado. Quiso intimidar á la Asamblea constituyente reuniendo tropas en Versalles, y el pueblo de París había tomado la Bastilla y sobornado los Guardias franceses. Había pensado en alejar el sitio de la Asamblea nacional de la capital, y el populacho de París había marchado sobre Versalles, forzado su palacio, degollado sus guardias y aprisionado á su familia en las Tullerías. Había intentado fugarse en medio de su ejército, y quizá de un ejército extranjero, y la nación le había vuelto á traer encadenado al trono y le había impuesto la Constitucion de 91. Había entrado en negociaciones con la emigracion y los reyes sus vengadores, y el populacho de París produjo el 20 de junio. Por obedecer á su conciencia había negado la sancion á las leyes dictadas por la voluntad del pueblo, y los girondinos, unidos á los jacobinos, dieron lugar al 10 de agosto. Segun el espíritu con que se miraban aquellas vicisitudes de su reinado desde el principio de la revolucion, había razones para acusarle y para compadecerle. No era ni del todo inocente ni del todo culpable: ¿era desgraciado! Si el pueblo podía echarle en cara debilidades y disimulos, él podía reprochar al pueblo sus violencias crueles. La accion y la reaccion, el golpe y el rechazo, se habían sucedido por una y otra parte con tanta rapi-

dez como en una batalla, y era difícil decir quien habia herido el primero. Las faltas eran recíprocas, las sospechas mútuas, y los peligros iguales. ¿Quién tenia por consiguiente el derecho de condenar al otro y decirle con justicia é imparcialidad: «Tú morirás?» Ninguno de los dos. El rey no podia, caso de vencer, juzgar al pueblo, como tampoco el pueblo podia legalmente juzgar al rey: no habia allí quien pudiese ser castigado; habia un vencido y nada más. El proceso legal era una hipocresía de justicia, solo el hacha era lógica, y Robespierre lo habia dicho; pero el hacha despues de un combate, é hiriendo á un hombre desarmado en nombre de sus enemigos, ¿qué es en todas lenguas? Un asesinato á sangre fría, sin excusa desde el momento en que es sin necesidad; en una palabra, una inmolacion.

XXV.

Deponer á Luis XVI, desterrarle del suelo nacional, ó retenerle en la imposibilidad de conspirar y de hacer daño, era lo que exigian á los convencionales la salvacion de la república y la seguridad de la revolucion. Inmolar á un hombre cautivo y desarmado, no era mas que una concesion á la cólera ó al miedo. Venganza por un lado, cobardia por otro, crueldad de todos modos. Inmolar á un vencido cinco meses despues de la victoria, aunque este vencido fuese culpable y peligroso, era un acto sin piedad, y la piedad no es una palabra sin sentido entre los hombres: es un instinto que advierte la fuerza para que contenga su mano á proporcion de la debilidad y la desgracia de las victimas. Es una justicia generosa del corazon humano, mas previsora en el fondo y mas infalible que la justicia inflexible del espíritu; no hay pueblo que no haya hecho de ella una virtud. Si

la falta de toda piedad es un crimen en el despotismo, ¿por qué habia de ser una virtud en las repúblicas? ¿El vicio y la virtud cambian de nombre cambiando de partido? ¿Están dispensados los pueblos de ser magnánimos? Solo sus enemigos osarian pretenderlo porque querrian deshonrarlos. ¡Su misma fuerza les impone mas generosidad que á sus tiranos!

XXVI.

Por último, el asesinato del rey como medida de salvacion pública ¿era necesaria? Preguntariamos primero si este asesinato era justo, porque nada que es injusto en su esencia, puede ser necesario á la causa de las naciones. Lo que constituye el derecho, la belleza y santidad de la causa de los pueblos, es la perfecta moralidad de sus actos. Si abdican la justicia, ya no tienen bandera y son solo libertos del despotismo, imitando todos los vicios de sus dueños. La vida ó la muerte de Luis XVI, destronado ó prisionero, no pesaba tanto como una bayoneta de mas ó de menos en la balanza de los destinos de la república. Su sangre era una declaracion de guerra mas segura que su deposicion. Su muerte era positivamente un pretexto de hostilidades mas especioso que su cautiverio en los consejos diplomáticos de las cortes enemigas de la revolucion. Principe gastado y despopularizado por cuatro años de lucha desigual con la nacion; entregado veinte veces al antojo del pueblo, sin crédito entre los soldados; dotado de un carácter, cuya timidez é indecision tantas veces habian sondeado; habiendo bajado de humillacion en humillacion y paso á paso de lo alto de su trono á una prision; Luis XVI era el único principe de su estirpe á quien no le hubiese sido posible pensar en reinar. En el exterior estaba desacreditado por sus concesio-

nes, y en el interior hubiese sido la prenda paciente ó inofensiva de la república, el ornamento de su triunfo, y la prueba viva de su magnanimidad. Su muerte, al contrario, enagenaba de la causa francesa aquella parte inmensa de las poblaciones que solo juzga los acontecimientos humanos por el corazón. La naturaleza humana es patética; la república lo olvidó, dió al trono algo de martirio, y á la libertad algo de venganza. Preparó así una reacción contra la causa republicana, y puso del lado del trono la sensibilidad, el interés y las lágrimas de una parte de los pueblos. ¿Quién puede negar que el enternecimiento por la suerte de Luis XVI y de su familia haya contribuido mucho para la animadversión del trono algunos años después? Las causas perdidas tienen mudanzas, cuyos motivos basta muchas veces buscar en la sangre de las víctimas odiosamente inmoladas por la causa opuesta. El sentimiento público una vez conmovido por una iniquidad, no descansa hasta que, por decirlo así, se cree absuelto por alguna reparación brillante ó inesperada. Hubo sangre de Luis XVI, en todos los tratados que las potencias de Europa pasaron entre sí para ácriminar y acabar con la república; hubo sangre de Luis XVI, en el óleo que consagró á Napoleon, tan poco tiempo después de los juramentos á la libertad; hubo sangre de Luis XVI en el entusiasmo monárquico que hizo servir en Francia la vuelta de los Borbones en la restauración; la hubo hasta en 1830, en la repulsa á nombre de la república, que arrojó á la nación indecisa en los brazos de otra dinastía. ¡Los republicanos son los que más deben llorar aquella sangre, porque ha caído sin cesar sobre su causa, y porque les ha costado la república!

XXVII.

En cuanto á los jueces, Dios solo lee en la conciencia de los individuos. La historia lee solo en la conciencia de

los partidos; solo la intención hace el crimen ó esplica semejantes actos. Unos votaron por una poderosa convicción de la necesidad de suprimir el signo vivo de la magestad, aboliendo la magestad misma; otros un reto atrevido á los reyes de Europa, que no los creerian, segun ellos, bastante republicanos en tanto que no hubiesen ajusticiado un rey; estos para dar á los pueblos sujetos una señal y un ejemplo, que les comunicasen la audacia para sacudir la superstición de los reyes; aquellos por una firme persuasión de las traiciones de Luis XVI, que la prensa y las tribunas de los clubs les pintaban, desde el principio de la revolucion, como un conspirador; algunos por impaciencia de los peligros de la patria; otros, como los girondinos, con sentimiento y por rivalidad de ambicion de dar la prenda mas irreconscable á la república; otros por aquella debilidad que arrastra tras si á los tímidos en la corriente de las asambleas públicas; otros por aquella cobardía que sorprende de repente el corazón, y hace abandonar la vida agena; como se abandona la propia; el mayor número, en fin, votó la muerte con reflexion por un fanatismo estoico, que no se hacía ilusion ni sobre la insuficiencia de los crímenes, ni sobre la irregularidad de las formas, ni sobre la crueldad de la pena, ni siquiera sobre la cuenta que la posteridad pediría á su memoria; pero que creyeron la libertad bastante santa para justificar por su fundacion lo que faltaba á la justicia de su voto, y bastante implacable para inmolarla su misma piedad.

XXVIII.

Todos se engañaron. La historia, sin embargo, aun arrojándolos, no puede desconocer en medio de todas las consecuencias políticas, contrarias á la equidad, crueles

para el sentimiento y fatales á la libertad, del suplicio de Luis XVI, que no hubiese un poder en aquel cadalso. Fué el poder de los partidos desesperados y de las resoluciones sin remedio. Este suplicio ofrecía la Francia á la venganza de los tronos, y de este modo daba cruelmente á la república la fuerza convulsiva de las naciones; la fuerza de la desesperacion. La Europa lo oyó y la Francia respondió. Las transacciones, la indecision y las negociaciones cesaron, y la muerte teniendo el hacha regida en una mano y la bandera tricolor en la otra, fué escogida sola para negociador y para juez entre la monarquía y la república, entre la esclavitud y la libertad, entre el pasado y el porvenir de las naciones.

LIBRO TREINTA Y SEIS.

Impresión que produjo la muerte de Luis XVI.—Lepelletier Saint-Farjean.—Gabinetes de Europa.—Custine.—La Inglaterra.—Pitt.—Fox.—Mr. de Talleyrand.—Coalición en lo esterior.—Reclutamiento.—El ejército.—Pache, ministro de la guerra.—Dumouriez en Bélgica.—Señoritas Feroig.—Jemmapes.—El duque de Chartres.—Dumouriez vencedor.

I.

Las grandes catástrofes humanas tienen consecuencias en la imaginacion pública, que sienten con mas fuerza algunos hombres dotados, por decirlo así, de la facultad de resumir en sí la impresión de todos y de llevar hasta el delirio y algunas veces hasta el crimen, la exaltacion que les inspiran estas catástrofes. La muerte de Luis XVI, el asombro, la profanacion y el dolor produjeron esta conmocion de las almas en todo el imperio. Cuantos no participaban del estoicismo de los jueces, fueron sobrecogidos por el terror y la consternacion. Les parecia que tan gran sacrilegio llamaba sobre la nacion que le había cometido ó tolerado, una de aquellas venganzas con que el cielo pide por la sangre de un justo,

para el sentimiento y fatales á la libertad, del suplicio de Luis XVI, que no hubiese un poder en aquel cadalso. Fué el poder de los partidos desesperados y de las resoluciones sin remedio. Este suplicio ofrecía la Francia á la venganza de los tronos, y de este modo daba cruelmente á la república la fuerza convulsiva de las naciones; la fuerza de la desesperacion. La Europa lo oyó y la Francia respondió. Las transacciones, la indecision y las negociaciones cesaron, y la muerte teniendo el hacha regida en una mano y la bandera tricolor en la otra, fué escogida sola para negociador y para juez entre la monarquía y la república, entre la esclavitud y la libertad, entre el pasado y el porvenir de las naciones.

LIBRO TREINTA Y SEIS.

Impresión que produjo la muerte de Luis XVI.—Lepelletier Saint-Farjean.—Gabinetes de Europa.—Custine.—La Inglaterra.—Pitt.—Fox.—Mr. de Talleyrand.—Coalición en lo esterior.—Reclutamiento.—El ejército.—Pache, ministro de la guerra.—Dumouriez en Bélgica.—Señoritas Feroig.—Jemmapes.—El duque de Chartres.—Dumouriez vencedor.

I.

Las grandes catástrofes humanas tienen consecuencias en la imaginacion pública, que sienten con mas fuerza algunos hombres dotados, por decirlo así, de la facultad de resumir en sí la impresión de todos y de llevar hasta el delirio y algunas veces hasta el crimen, la exaltacion que les inspiran estas catástrofes. La muerte de Luis XVI, el asombro, la profanacion y el dolor produjeron esta conmocion de las almas en todo el imperio. Cuantos no participaban del estoicismo de los jueces, fueron sobrecogidos por el terror y la consternacion. Les parecia que tan gran sacrilegio llamaba sobre la nacion que le había cometido ó tolerado, una de aquellas venganzas con que el cielo pide por la sangre de un justo,

la sangre de un pueblo entero. Algunos murieron de dolor al saber que se había consumado el suplicio, y otros perdieron la razón; mugeres hubo que se precipitaron del tejado de su casa á la calle, y de los puentes de París en el Sena. Hermanas, hijas, mugeres y madres de convencionales, prorrumpieron en reconvenções contra sus maridos y sus hijos. Aun no estaba ejecutado el suplicio cuando el decreto de muerte de Luis XVI, era ya vengado con la sangre de uno de sus principales jueces.

Miguel Lepelletier de Saint-Fargeau, de una antigua familia de la alta magistratura, y poseedor de una fortuna inmensa en el departamento del Yonne, hombre de mas ambicion que genio, habia desde el principio defendido el poder del rey en los Estados generales. Preveyendo la ruina de la monarquía de la Asamblea constituyente, se habia retirado á sus tierras, y pasado al partido del pueblo, afectando el celo y las complacencias de un hombre que tiene mucho que hacerse perdonar. Habiendo venido á ser el centro de las agitaciones de su departamento, el alma de los clubs, el instigador de los movimientos populares, le habian nombrado miembro de la Convención nacional en Sens. El arzobispo de Sens, Lomenie de Brienne, antiguo ministro de Luis XVI, transfuga brillante de la Iglesia á la filosofía, habia asistido con traje civico y gorro encarnado, á la eleccion de Miguel Lepelletier. El clero y la aristocrácia acababan de abdicarse así, con los pies en la sangre, en manos del pueblo. El arzobispo de Sens preveyendo las terribles mudanzas de una popularidad que pedía tales sacrificios, llevaba ya consigo un veneno preparado por Cabanis y enviado por Condorcet, de que debia servirse algunos meses despues. Lepelletier de Saint-Fargeau presentia el puñal de un realista. Uno y otro eran próximos mártires de su nueva causa; uno por sus propias manos, otro por manos de un asesino.

De mas importancia por su nacimiento y por sus riquezas que por su palabra, Lepelletier de Saint-Fargeau tenia en la Convención y en los Jacobinos la especie de influencia que los nombres que se tiene costumbre de respetar, conservan algun tiempo en los partidos de donde descenden. Presidia algunas veces en los jacobinos, y obedecia siempre la voluntad de Robespierre. Nadie sabe mejor adular á los dueños del pueblo, que un aristócrata instruido en la adulacion de las cortes. Visitaba mucho al duque de Orleans y premeditaba, dicen, el matrimonio de su hija única, con el hijo mayor de aquel principe. Lo inmenso de la dote debia suplir á la desigualdad de nombres, y la conformidad de los principios revolucionarios borrar la distancia de los rangos. Su fortuna y su patrocinio en los departamentos de la Borgoña, agrupaban en torno suyo diez ó doce miembros de la Convención, que tenian la vista fija en su voto, para seguirle. Estos doce votos, variando solo con una seña de Saint-Fargeau, hacian una diferencia de veinte y cuatro en el proceso del rey. Por la indecision y la balauza de los sufragios, la responsabilidad de la vida ó de la muerte de Luis XVI podia caer sobre Lepelletier. Los realistas lo sabian y habian hecho misteriosas sollicitaciones á Saint-Fargeau, que habia ofrecido un voto de clemencia. Los jacobinos, instruidos de estas negociaciones, habian exigido que los desmintiese por un acto que comprometiese su cabeza, y habia prometido un voto inflexible. En la hora decisiva cumplió la palabra á los jacobinos y votó la muerte. Los realistas habian detestado dos veces este voto. El regicidio era ademas una traición á sus ojos.

II.

Entre aquellos realistas habia un jóven llamado Páris, hijo de un empleado en la administracion de los bie-

nes del conde de Artois. París había entrado en la guardia constitucional de Luis XVI en el momento en que el celo había reunido en este cuerpo á todos los defensores que quedaban al rey. Desde el principio de la guardia constitucional se había quedado espíaudo todas las ocasiones de sacrificarse por su causa. Audaz por su actitud intrépido de corazón y de mano diestra, aparecía armado en todos los lugares públicos, animaba á los realistas, hacia frente á los jacobinos, reprendía al pueblo, amotinaba las mugeres y conseguía escapar siempre al odio de los jacobinos por la fuerza de su sable ó por el secreto de su asilo. Este jóven era del número de aquellos que debían atacar la escolta del rey cuando le condujesen al suplicio, y de los que tramaban un levantamiento para forzar las puertas del Temple. Había esperado hasta el último momento que la Convencion no llevaría á cabo el regicidio; cuando supieron el voto de muerte y la negaliva del plazo, su cólera y su dolor se exaltaron hasta la demencia. Conoció en sí aquella irresistible necesidad que algunas veces se apodera de las almas apasionadas, de protestar solo contra un pueblo. Abrazó á su querida, jóven perfumista en el Palacio Real que le daba asilo, como para decirle un eterno adiós. Ocultó su sable bajo la capa, y salía sin saber lo que iba á hacer; pero decidido á que fuese algo memorable.

En esta disposicion París anduvo errante largo rato, debajo del peristilo y en los patios, esperando que la casualidad le ofreciese por victima al duque de Orleans. Pero el azár le engañó, el príncipe no pareció y París acompañado de uno de sus amigos, entró en casa de un fondista de Palais-Royal llamado Febrice. Los salones subterráneos de este fondista parecían cuevas mal iluminadas por tragaluces. Una apariencia de pobreza muy común en aquellos tiempos, en que la riqueza era bastante para sospechar la aristocracia, condujo allí aquel día al opulento Lepelletier.

Comia solo, en una mesita pequeña, y en una sala oscura inmediata á donde estaba París, á quien su fiebre impedía comer, y hablaba en voz baja con su amigo del voto de la víspera, del suplicio del día siguiente, y de la cobardía del pueblo. La mal contenida rabia de su alma se mostraba en el tono de su voz y en su fisonomía. Al verle los que estaban inmediatos tenían el presentimiento de la demencia ó del crimen. Su compañero le hablaba á media voz, menos como un amigo que disuade que como un cómplice que anima. Dos ó tres veces durante la comida, se levantó París con una precipitacion convulsiva, salió y volvió á entrar, como un hombre que espía á alguno. Cuando acabó de comer cruzó sus brazos sobre el pecho, bajó la cabeza y aparentó reflexionar. Sus estraviados ojos recorrían maquinalmente las caras de los asistentes sentados en diferentes mesas. Nombró uno á Lepelletier y Paris que no conocia personalmente, ni sabia el voto del representante de Sens, se acercó á él y le dijo apostrofando al diputado: «¿Sois vos quien se llama Saint-Fargeau?» — «Yo soy, respondió, ¿qué me quereis?» — «Tenéis cara de un hombre de bien; ¿no habeis votado la muerte del rey, no es verdad?» — «Os equivocais, replicó Saint-Fargeau con tono de dolor y de firmeza, la he votado porque mi conciencia me lo mandaba así.» — «¿Has votado la muerte! pues bien; toma, ahí tienes lo recompensa!» Al decir estas palabras París hace un movimiento para separar el embozo de su capa y para busear el puño de su sable; Saint-Fargeau se levanta, coge un cuchillo y estiendo las manos para cubrirse; pero París mas pronto que el pensamiento, desenvaina su sable, le sepulta en el corazón de Lepelletier, y se evade por un pasadizo. Saint-Fargeau fué conducido moribundo á una cama; preguntó quien era el que le acababa de herir, y espiró algunos momentos despues.

Se dijo haber tenido en su agonía el gozo sublime y que habia pronunciado las palabras propias del martirio,

y se divulgaron estas palabras solemnes por el pueblo, para añadir el culto de la víctima al horror contra el realista asesino. El sablazo de París hizo de Lepelletier un grande hombre, y un decreto abrió el Panteon á su féretro. Se le dispusieron honras nacionales, menos como un homenaje á su memoria que como una solemne venganza de la opinion que le habia herido.

Por la noche se reunieron grupos furiosos en el Palais-Royal á la puerta del fondista, alrededor de la camilla en que llevaban el inanimado cuerpo de Lepelletier. Muchos oradores populares contaban solemnizándolas, las circunstancias de aquella muerte, y la presentaban como el primer acto de una inmensa conjuracion que amenazaba la vida de todos los diputados fieles al pueblo. En Palais-Royal se veian relucir sables desnudos [para vengar á Saint-Fargeau. Entre aquella multitud que temblaba al oír el nombre del asesino y que pedía á grandes gritos su sangre. París se paseaba con su amigo en el jardín. Uno de los realistas testigos de la muerte, le encontró y conoció y habiéndole hecho un signo de terror y asombro, le dijo París por lo bajo. «Mi día aun no concluyó, yo encontraré al que busco, aquí ó en la Convencion, y le enviaré á reunirse con el otro.» La policia que buscaba por todas partes al asesino, escepto sobre la misma escena del crimen, le dejó toda aquella noche y todas las de las de la semana siguiente, presentarse impunemente en Palais-Royal.

Ocho dias despues de su crimen salió de París, con su querida y su hermano, niño de doce años, conservando el mismo traje que llevaba el dia del asesinato, y esperaba embarcarse en Dieppe para Inglaterra. Su querida y su hermano solo le acompañaron hasta Gisors, desde donde marchó solo á pie por caminos de travesia, hacia la pequena villa de Forges-les-Eaux. Entró en una taberna del arrabal, y pidió cena y cama, sentándose á la chimenea, mientras se la preparaban en la sala co-

mun. Habia alli algunos buhoneros, que hablaban entre sí de las cosas del dia, en cuya conversacion se mezcló París. «¿Qué pisan aquí, les preguntó con aparente indiferencia, de la sentencia y del suplicio del rey?» — «Se piensa, le respondió un mercader, que hicieron bien en inmolarte, y que hubiera sido necesario inmolarte á todos los tiranos con el mismo golpe.» La indignacion de París, mayor que su prudencia, se descubrió, al oír aquella respuesta, por un movimiento involuntario. — «¿No habré de encontrar murmuró bastante alto para poder ser oído, en todas partes, sino asesinos de mi rey!» y se retiró al cuarto, que le habian preparado, donde cenó con tranquilidad. Los hombres que le observaban á través de los cristales, le vieron besar muchas veces su mano derecha, como para darle gracias de la justicia que habia llevado á efecto. Despues de cenar pidió pluma y tinta, y escribió sobre su diploma de guardia del rey algunas líneas, metió una pistola debajo de la almohada y se acostó.

Entretanto, los buhoneros y el posadero fueron por la mañana muy temprano á despertar al alcalde y á la gendarmeria de Forges, y les dieron parte de las conjeturas que los gestos y las palabras de un viagero sospechoso les habian inspirado la vispera. Los municipales, con sus fajas tricolores, y los gendarmes con el sable desenvainado, entraron en el cuarto de París, que dormia profundamente, y le despertaron: miró á los gendarmes sin turbarse, y les dijo: — «¿Sois vosotros? os esperaba. — Enseñad vuestro pasaporte. — No le tengo. — Seguidnos al ayuntamiento. — Os sigo.»

Al decir estas palabras, metió la mano debajo de la almohada saca su pistola y se hace saltar el cráneo, antes que los gendarmes hubiesen podido comprender ni prevenir su movimiento. Se halló sobre su corazon el diploma de guardia del rey, en el que habia escrito la vispera las siguientes palabras: «Este es mi diploma de honor; que no se incomode á nadie, no tuve cómplices en la di-

chosa muerte del malvado Saint-Fargeau; sino le hubiese encontrado por casualidad, hubiera hecho una accion mas bella purgando la Francia del parricida Orleans. Todos los franceses son unos cobardes.»

Al saberse la noticia de aquel arresto y de aquel suicidio, la Convencion envió á Legendre y Tallien á Forges-Eaux, para asegurarse de la identidad del cuerpo. Legendre queria que se le trajese á Paris y se le arrastrase por las calles, á lo que se opuso Tallien, y habiendo consultado á la Convencion, esta repugó aquella venganza en un cadáver; pero fué arrojado como un bestia feroz en un hoyo, en lo mas espeso de un bosque de las inmediaciones del pueblo.

III.

La Convencion hizo los funerales á la victima tres dias despues del asesinato. El genio trágico de Chenier habia diseñado el espectáculo, tomando por modelo los funerales heróicos de la antigüedad. En lo mas elevado de un catafalco, conducido sobre el pedestal vivo de cien federados, estaba estendido medio desnudo sobre un lecho de parada el cadáver de Lepelletier. Uno de los brazos colgaba, como para implorar la venganza; la ancha herida por donde se habia escapado su vida, se abria teñida de sangre sobre su pecho: el sable del asesino estaba desenvainado encima del cuerpo de la victima; los vestidos ensangrentados iban colocados como un estandarte, en lo alto de una pica. El presidente de la Convencion subió las gradas del catafalco y colocó una corona de encina mezclada con estrellas de siempre vivas, sobre la cabeza del cadáver, y el acompañamiento se puso en marcha despues de un redoble de los tambores cubiertos de gasa, y al són de una música lúgubre, cuyos instru-

mentos á la sordina parecian mas quejarse que henchir el aire. La familia de Lepelletier, vestida de luto, iba á pie detrás del cuerpo del padre, del hermano y del esposo asesinado. En medio de los setecientos miembros de la Convencion, se levantaba una bandera flotante sobre la que estaban inscritas en letras de oro, las últimas palabras atribuidas á Saint-Fargeau: «Muero contento de verter mi sangre por la patria; espero que servirá para consolidar la libertad y la igualdad, y para hacer reconocer á los enemigos del pueblo.» Toda la poblacion iba detrás; los hombres llevaban en la mano coronas de siempre vivas, y las mugeres ramas de ciprés. Entonábase himnos á la gloria del mártir de la libertad y al estermio de los tiranos.

Al llegar al Panteon el cortejo, ya halló el templo de la revolucion invadido por la multitud. El cadáver levantado por las oleadas del gentío, que disputaba el espacio á la Convencion, estuvo á pique de caer sobre las escaleras del peristilo. Felix Lepelletier, hermano de la victima, subió al estrado, arengó al pueblo en medio del tumulto, comparó á su hermano con el mayor de los Gracos, y juró imitarle. Al dia siguiente Felix Lepelletier, llevando por la mano á la hija de su hermano, niña de ocho años, la presentó en pompa vestida de luto á la Convencion. La niña adoptada por la nacion, fué proclamada por un decreto de entusiasmo, hija adoptiva de la república.

IV.

Las opiniones de los departamentos se dividieron con la muerte de Luis XVI. La Vendée, cuyas sublevaciones referiremos bien pronto, halló en aquel acontecimiento la desesperacion que impulsa á los pueblos á la guerra civil. Calvados, los Cevennes, y la Gironda, participa-

ron de la indecisión, del entusiasmo, del patriotismo y de los arrepentimientos de sus representantes, pero la noticia de la guerra ahogó bien pronto las recriminaciones reciprocas, realizándose las profecías de Salles, de Brissot y de Vergniaud. La Europa atraída por las doctrinas de la libertad, retrocedía á la vista del cadalso de un rey, y juzgaba este suplicio con la imparcialidad de la distancia. Las negociaciones tan hábilmente principiadas por Dumourisz, Brissot, Danton y el ministro Lebrun, y tan perfectamente acogidas por la Prusia, se cortaron antes de estar del todo anudadas por el hierro de la guillotina.

Dirijamos una mirada sobre el estado de estas negociaciones, y sobre la disposicion de los gabinetes de Europa respecto de la revolucioa francesa, en el momento en que la muerte de Luis XVI decidió la segunda coalicion.

Despues del combate de Valmy, de la marcha de Dumouriez á Paris, dejamos al ejército coaligado bajo las órdenes del rey de Prusia y el duque de Brunswick, volviendo á repasar en desorden los desfiladeros del Argonne, y replegándose sobre Verdun y Longwy. Todo anunciaba una inteligencia secreta entre los prusianos y los franceses. Kellermann, que queria perseguir, recibió dos veces de los comisionados la orden para dejar paso al enemigo.

Cualquiera marcha del ejército francés, calculada por la del ejército prusiano, se señalaba en las entrevistas que tenian los gefes de los cuerpos opuestos. Se entabló una conferencia á media legua de Verdun, en medio del campo, entre los generales Labarolliere y Galbaud de una parte, el general Kalkreuth y el duque de Brunswick de otra. El motivo era la restitucion de Verdun sin combate al ejército francés. Nuestros generales tuvieron la arrogancia de una causa nacional, el alma de la Convencion habia pasado á los campamentos. «Nacion

admirable, dijo el duque Brunswick, apenas se ha declarado república, toma ya el lenguaje de los republicanos de la antigüedad!» Habiendo contestado Galbaud que los pueblos se pertenecian, y podian escoger el gobierno que los engrandeciese mas ó que los defendiese mejor, el duque se escusó humildemente de los términos de su manifiesto, y dijo que eran protocolos de amenazas que se arrojaban á los pueblos para intimidarlos antes del combate; pero cuyo valor apreciaban los hombres inteligentes. «No disputo de ningun modo á la nacion francesa, continuó, el derecho de arreglar sus negocios; solo pregunto ¿ha escogido la forma que conviene mejor á su caracter? Ved ahí la inquietud y la duda de la Europa. Al adelantarme en Francia, no tenia otro deseo que el de contribuir á restablecer en ella el orden.» Galbaud respondió, que el orden establecido por un extranjero, se llama servidumbre en todos los pueblos. Se convino en esperar las órdenes del rey de Prusia sobre la rendicion de Verdun: se sacrificó mutuamente á los emigrados, por horror á un partido y por sospecha de otro. «Continuad ambos en servir bien á vuestra patria, dijo el duque de Brunswick á los dos generales al separarse de ellos, y creed, que á pesar de los términos del manifiesto, no se puede menos de apreciar á los guerreros que aseguran la independencia de su pais.» Verdun fué entregado, y entró el general Valence. En la altura de Longwy, los de Hesse y los austriacos que hacian parte del ejército combinado, se separaron de los prusianos, y pasaron sobre Luxemburgo, Coblenz y los Paisés-Bajos, amenazados por Dumouriez: la coalicion quedaba disuelta de hecho, y el territorio francés evacuado.

V.

Esto no era bastante. El duque de Brunswick acampado cerca de Luxemburgo, hizo pedir una entrevista al

general Dillon, y señaló como sitio de reunion el castillo de Dambrouge, entre Longwy y Luxemburgo, para oír proposiciones de paz. Kellermann, autorizado por los comisarios de la Convencion fué allá, y encontró reunidos al duque de Brunswick, al príncipe de Hohenlohe, al príncipe de Reuss, embajador del emperador, y al marqués de Lucchesini, diplomático italiano al servicio de la Prusia. «General, dijo el duque de Brunswick á Kellermann, os hemos dado esta cita para hablar de paz, sentad vos mismo las bases de ella.—Reconoced la república, abandonad al rey y á los emigrados: no os mezcléis ni directa ni indirectamente en nuestros asuntos interiores, y la paz será muy fácil, respondió Kellermann. «Pues bien, dice el duque, nosotros nos volveremos.—Pero ¿quién pagará los gastos de la guerra? preguntó con arrogancia Kellermann, porque yo creo que habiendo el emperador sido el agresor, los Países-Bajos austríacos deben indemnizar á la Francia.» El príncipe de Reuss, enviado del emperador, hizo un movimiento que indicaba la admiracion que le causaba tanta audacia: el duque de Brunswick fingió no notarlo. «Anunciad á la Convencion, dijo á Kellermann, que estamos dispuestos á la paz, y que puede nombrar plenipotenciarios y señalar el punto de las conferencias.»

Semejantes proposiciones despues de la humillacion de una retirada, y respecto de una nacion separada de toda la diplomacia, indicaban bastante de parte del rey de Prusia, el arrepentimiento de una demostracion temeraria y el pensamiento de hacer alianza con la república. Su ministro Haugwitz, su secretario íntimo Lombard, su querida la condesa de Lichtenau, y Lucchesini sobre todo, que tenía en los consejos toda la gracia del cortesano, y toda la insinuacion de la astucia, le inclinaban de concierto al partido de las negociaciones, que son el campo de la intriga. Lucchesini, cada vez mas influyente en Prusia, y que tenía el genio de la diploma-

cia italiana, debía buscar las ocasiones de ejercerla. Si el gabinete austriaco tiene la paciencia germánica por caracter, el maquiavelismo, trasportado en Alemania por Federico, ha sido con frecuencia el genio del gabinete prusiano. Lucchesini, nacido en Toscana, educado en Berlin, acostumbrado desde la infancia á los disimulos de la diplomacia; dotado por la naturaleza del deseo de agradar y seducir, era el hombre mejor preparado por las circunstancias para mezclarse entre una revolucion republicana y las monarquias, y para anudar los hilos del egoismo prusiano á todas las políticas, sin entregarse definitivamente á ninguna.

Estas negociaciones atestiguan el terror que habia infundido en toda la Alemania, la retirada del ejército combinado. Esta retirada delante de fuerzas tan desiguales y despues de manifiestos tan amenazadores, no podia explicarse por sí misma, pareciéndose mas á un manejo de gabinete, que á una operacion de guerra. De dos cosas una: era necesario dudar del genio militar del duque de Brunswick, ó de su sinceridad. De lo primero no se dudaba, se buscaban las causas ocultas de sus agitaciones y de su lentitud; demasiado parecidas á la traicion. Un motivo mas serio y mas oculto aun, parecia que habia obrado en las inesplicables resoluciones del duque de Brunswick. Pitt no queria la guerra, y el duque se habia casado con la princesa Augusta, hermana de Jorge III rey de Inglaterra, por lo tanto era un cliente en la Gran-Bretaña. Aspiraba con la pasion de un padre, y con la ambicion de un soberano, á que su hija se casase con el heredero del trono de Inglaterra. Pitt, que conocia aquella ambicion de la corte de Brunswick, la aduló é hizo que aquel matrimonio fuese el precio de las complacencias políticas y militares á voluntad del gabinete de Londres. El duque cedió, detuvo la marcha de la guerra, dió oídos á la paz, desanimó al rey de Prusia, y vino á ser el mismo el Ulises de la coaliccion que

le había nombrado su Agamenon. Sus astucias perdieron lo que su espada había prometido hacer triunfar.

VI.

Entretanto que estas sordas negociaciones desconcertaban al Austria, y preparaban la Alemania del Rhin á la idea de fraternizar bien pronto con la Francia: la temeridad feliz, pero importuna de un general francés, vino á la vez á cubrir de gloria las armas de la república, á asustar la Prusia y á forzar el imperio aun indeciso, á declarar la guerra á la Francia: queremos hablar de la expedición de Custine.

El conde Adam-Philippe de Custine era uno de esos generales del antiguo ejército, que habían ido á respirar en América el aire de la libertad, y que habían vuelto con La Fayette, republicanos de corazón, aunque aristócratas de sangre. Casi alemán, nacido en Metz de una familia ilustre, propietario de una inmensa fortuna, coronel de dragones á los veinte y un años, discípulo del gran Federico en sus últimas guerras, fanático por la táctica prusiana, celoso hasta la aspereza de la disciplina, había visto con embriaguez que la revolución, dividiendo la Europa en dos campamentos, ofrecía á los militares de su grado y de su ciencia, la ocasión de igualarse á los héroes antiguos, salvando la patria. Además Custine tenía por la causa republicana aquel entusiasmo casi místico, que el carácter alemán imprime á las opiniones. La revolución para él era un ideal sublime, al que todas las naciones debían aspirar, siendo muy bello para la Francia llevar la bandera en la punta de sus bayonetas. Su valor personal tenía á la vez la calma germánica y la alegría francesa. El fuego era su elemento, el caballo su lecho de descanso, la carga su

reposo. Un día, que su ayudante de campo Baragnay de Hilliers á caballo á su lado, le leía un despacho en medio del fuego, una bala atraviesa el papel. El ayudante mira á su general y se detiene. «Continuad, dice Custine; la bala solo habrá llevado una palabra.»

Custine, nombrado miembro de la Asamblea constituyente por la nobleza de Metz, se afilió, desde el primer día, en el partido del pueblo. Desde el principio de la guerra, sirvió á las órdenes de Biron en el Norte y en el Rhin. Nombrado por fin general en jefe despues del 10 de agosto, se impacientaba con aquella guerra de campamentos, que daba tan poco vuelo al talento y tan pocos azares á la gloria. Creía que el movimiento era lo principal del arte militar, y que en lugar de esperar la fortuna de la revolución en las fronteras, la Francia debía ir á tantearla en los territorios y en las capitales de sus enemigos. Nacido general como Dumouriez, adivinaba como Napoleón la guerra de la revolución.

Mandaba Biron en Alsacia cuarenta y cinco mil hombres, y esperaba además veinte mil voluntarios de los departamentos del Este y del Mediodía, diseminados en las llanuras del Rhin. Este ejército formaba muchos pequeños campamentos á propósito para observar, pero inhábiles para obrar. Los austriacos y los emigrados á las órdenes de d'Erbach, d'Estherazy y del príncipe de Condé, formaban en frente un cordon sin unidad y sin concentración, que cubria el Brisgaw, y descuidaba fortificar á Maguncia, llave de la Alemania.

Custine vió de una ojeada el sitio por donde podía penetrar en aquellas provincias; pero estaba acampado en las inmediaciones Landau con diez y siete mil hombres. Unido en París con los gefes del partido jacobino mientras que Dumouriez se apoyaba en el de los girondinos, estaba seguro de que los clubs le perdonarían fácilmente la temeridad de una empresa que respondiese á su impaciencia, mas que las calculadas temporiza-

ciones de Dumouriez. No se inquietó por descenar de este modo las negociaciones, que se anudaban entre Kellermann y el duque de Brunswick, ni de impulsar la Prusia á una guerra desesperada en el momento en que se inclinaba á la paz. Pensó en un golpe brillante, en la gloria que el feliz éxito de una invasion repentina daría á su nombre; en la popularidad que la toma de algunas capitales extranjeras daría á la guerra; en el terror que un golpe dado tan lejos imprimiría en el centro de la Alemania, y en la propagación de las ideas revolucionarias que fermentaban en los electorados, y que encendería el primer cartucho francés.

Una imprudencia del enemigo decidió á Custine. El conde d'Erbach, que mandaba diez mil austriacos en frente del ejército francés, recibió la orden de reemplazar el ejército del príncipe de Hohenlohe, que estaba delante de Thionville. Con este movimiento, Spira, almacén de los coligados, quedaba descubierto, bajo la protección de solo mil austriacos y de dos mil maguncianos mandados por el coronel Winkelmann. Custine se lanzó sobre Spira, y Winkelmann, formado en batalla con sus tres mil hombres delante de la ciudad, se esfuerza en vano para defenderla. La artillería de Custine anonada aquellos defensores sin murallas, y corren en derrota hacia el Rhin, donde Winkelmann había preparado embarcaciones para pasar el río. Los barqueros asustados con el cañoneo, habían abandonado sus barcas y huido al otro lado. Acosados por los franceses, y sin poder pasar el río, son hechos prisioneros. Winkelmann y sus tres mil hombres; este era el resultado más bello, que la guerra había dado á los franceses desde que se había declarado. Custine entra en Spira, se apodera de las municiones y de cuanto tenía allí el enemigo; marcha sobre Worms, y hace que resuene el ruido de sus conquistas en la tribuna de la Convencion, y en los clubs de los jacobinos de todo el reino. La revolu-

ción, que comprende mejor el número de las ciudades conquistadas, que los vastos y sabios planes de Dumouriez, proclama á Custine el general de sus conquistas. En tres dias su nombre aumenta un siglo de popularidad, y se embriaga él mismo con la noticia, que le llega por las felicitaciones de los jacobinos. Desdeña obedecer ó ligar sus operaciones con Biron y Kellermann, se aísla, entra en el Palatinado, y se atreve á concebir la conquista de Maguncia, cuyas puertas le abría la propaganda, antes que su cañon.

Estaba minada aquella parte de la Alemania por la filosofía francesa bajo el influjo de los príncipes eclesiásticos que la poseían. La teocracia de los obispos soberanos y la aristocracia de estas feudalidades sagradas, acumulaban sobre aquellos gobiernos el doble odio de los pueblos contra una doble dominacion. El estruendo de las tribunas francesas había conmovido las imaginaciones de la juventud alemana en las universidades, donde todas las ideas eran del partido de la Francia. Servir la causa de la revolucion, era para los pensadores alemanes servir la causa de la humanidad. Hacer traicion á los príncipes tiranos de la inteligencia y del pueblo, era emancipar el espíritu humano y la libertad. Ni la conquista humillaba, porque se parecía á dar la libertad. La bandera tricolor era el estandarte de la filosofía en todo el universo; tal era la opinion que esperaba á Custine en el Palatinado.

Los príncipes de la Suabia y de la Franconia, exceptuando al arzobispo de Tréveris, conocían aquellas disposiciones de sus pueblos, y habían afectado hasta entonces una prudente neutralidad respecto de la Francia. El elector palatino de Baviera, el duque de Wurtemberg y el margrave de Baden, habían rehusado sus territorios para que se reuniesen los emigrados. El arzobispo elector de Maguncia había prestado sus tropas al emperador, y su gobierno, más dulce que el de los príncipes sus vecinos, era menos detestado del pueblo; pero Maguncia, ciudad

enteramente eclesiástica, especie de Roma alemana, en donde un innumerable clero vivía ocioso en medio del lujo y del desorden público de las costumbres, se prestaba mas que cualquiera otra capital á las recriminaciones contra el reino de la iglesia, y hacia desear con mas ardor al pueblo, la ruina de aquella soberanía. A los primeros pasos que dió Custine entre el Moselle y el Rhin, los partidarios de las nuevas ideas corrieron al cuartel general, llevando al comandante en jefe francés el secreto deseo de las poblaciones, y los primeros hilos de las inteligencias revolucionarias que los patriotas alemanes anudaban ya hacia tiempo con su ejército.

El coronel Houchard, hombre atlético, aeribillado de heridas, fué enviado para intimar al gobernador la rendición de Maguncia, amenazando á la ciudad con un bombardeo si se resistía. «Escoged, decía Custine en su mensaje, entre la muerte y la fraternidad. Yo debo á la gloria de mi república, que quiere el exterminio de los déspotas, no encadenar mas el ardor de mis soldados.» Maguncia pedia se reconociese su neutralidad por precio de su rendición. Custine se negó á prejuzgar nada de lo que resolviese la república; pero juró que la Francia no queria otra conquista que la de la libertad de los pueblos; y las puertas se abrieron.

VII.

Resonó en Alemania y en el campamento del rey de Prusia la toma de Maguncia como el estruendo de la misma Alemania que se desmoronaba. Custine, exagerando en sus partes á la Convencion, los obstáculos militares que habia tenido que vencer, y trasformando las negociaciones en asaltos, llevó hasta el entusiasmo entre los jacobinos, un triunfo que era el de nuestras ideas mucho

mas que el de sus armas. Entró en Maguncia mas bien como un apóstol que como un general, y fomentó allí el foco revolucionario con que queria incendiar la Alemania. Se olvidó con el triunfo de su conquista y desconfió apoderarse de Coblenza y de la temible fortaleza de Ehrenbreistein, que estaba entonces desarmada. Esta indecision de Custine impidió á la Francia que recogiese en un ejército entero destruido ó prisionero de guerra, el fruto del pensamiento de Dumouriez. En vez se ceder á los consejos de su estado mayor, que le mostraba á Ehrenbreistein y Coblenza, como las Horcas caudinas de la coalicion, Custine se dejó arrastrar á la ocupacion de Francfort por el cebo de los grandes tributos que recogeria en aquella ciudad, capital de las riquezas comerciales de la Alemania. Sin ninguna declaracion de guerra, el teniente de Custine se presentó el 22 de octubre á la cabeza de una vanguardia á las puertas de Francfort, y pidió entrar: los magistrados parlamentaron, cedieron á la fuerza y Custine pidió una contribucion de cuatro millones. Francfort, ciudad neutral y republicana, no daba mas pretexto á aquella violencia que su debilidad; aquellos despojos marchitaron la popularidad de nuestros primeros triunfos al otro lado del Rhin.

Despues de la ocupacion de Francfort, Custine envió sus destacamentos y sus proclamas contra las posesiones del landgrave de Hesse. «Pueblos de Alemania, decía en sus manifiestos el general francés, declaraos; la reunion de las naciones sea un ejemplo aterrador para todos los déspotas, y una consoladora esperanza para todos los pueblos que gimen bajo el yugo de la tiranía: ¡y tú, monstruo, dice dirigiéndose al soberano mismo, monstruo sobre quien se habian reunido desde hace mucho tiempo, semejantes á nubes negras, presagios de la tempestad, las maldiciones de la nacion alemana: tus soldados, de quienes has abusado, te entregarán á la justa venganza de los franceses! No les escaparás; ¿cómo seria

posible que se hallase un pueblo que concediese asilo á un tirano como tú? Era la tribuna de los Jacobinos, resonando al otro lado del río por la boca de un general francés. Custine con su audacia, con su lenguaje, con su esterior marcial y popular, se miraba como el propagador armado de los principios republicanos; pero la espoliacion de Francfort quitaba á sus palabras todo lo que tenían de seductoras; la Alemania que abría sus brazos al libertador, no quería un conquistador y menos un espoliador. El entusiasmo encendido por las doctrinas francesas, se amortiguó bajo los pies de los soldados. El rey de Prusia justamente alarmado por la invasion de la Alemania, renunció con todo abinco el pensamiento de separarse de la coalicion y á hacer pactos con la Francia; se puso de acuerdo con el duque de Brunswick, igualmente irritado por tanta audacia, y con los príncipes del imperio. Cincuenta mil prusianos y hessianos, reunidos con precipitacion en la orilla derecha del Lahn, se concentraron para operar contra Custine y libertar á Francfort.

VIII.

Todo el imperio se conmueve, las proclamas republicanas de Custine y el decreto de la Convencion aparecen como otras tantas declaraciones de guerra á los ojos de los príncipes de la Germania, respondiendo á ellas la Dieta con una declaracion unanime de guerra á la Francia. Aquella ordena se haga un contingente triple de tropas, esto es, de cincuenta mil hombres. El rey de Prusia, por su calidad de elector de Brandeburgo, anuncia tres dias despues, que va á hacer marchar un segundo ejército sobre el Rhin. Al ver aquella esplosion de las soberanias alemanas, Custine omnipotente en la Convencion por medio de los jacobinos, manda á Biron

que le envíe de Alsacia un refuerzo de doce mil hombre. Manda al mismo tiempo á Beurnonville, que habia reemplazado á Kellermann en el Mosela, marche á reunirsele por el electorado de Tréveris. Mientras se llevan á cabo estas medidas, el ejército prusiano y un cuerpo francés se forman en batalla junto á los muros de Francfort, como para disputarse aquella presa. Quedan dos mil hombres inactivos y espuestos en la ciudad, se aguarda el combate, pero el duque de Brunswick, que manda los prusianos y los de Hesse, continúa negociando sordamente y previniendo todo choque decisivo. El jóven diplomático Felipe de Custine, hijo del general en jefe, tiene una entrevista secreta con el duque de Koenigstein: el príncipe y el negociador se conocian desde hacia mucho tiempo. El jóven Custine era el que habia llevado un año antes al duque de Brunswick el ofrecimiento del mando general de los ejércitos franceses. Ambos sabian ocultar pensamientos secretos bajo los papeles oficiales que representaban. Compromisos serios entre la Prusia y la Francia no entraban en las miras del duque de Brunswick. Custine, negociador mas prudente que su padre, quería como Danton y los girondinos, conservar siempre una posibilidad de reconciliacion entre la Prusia y la república. El resultado de esta entrevista prueba el pensamiento de los dos negociadores.

Los franceses evacuaron á Francfort. Esta retirada sin combate de un campo de batalla escogido á su placer y atrincherado, y aquel abandono de Francfort, se explican por estas secretas inteligencias. El rey de Prusia, siempre inclinado á la paz con la Francia, quería solo aquello que fuese indispensable para no hacer traicion á la causa de los tronos y á la causa de la Alemania. Los franceses querian contentarle combatiéndole.

Habia favorecido hasta entonces la Inglaterra con sus deseos, el movimiento revolucionario. El pueblo inglés y el gobierno británico parecían estar de acuerdo en desear la fundación de la libertad constitucional en París; el pueblo inglés porque la libertad es su naturaleza, y porque tiene por causa propia la causa popular en todo el universo; y el gobierno británico porque la libertad es borrascosa, y porque las tormentas que la fundación de la libertad debía inevitablemente suscitar en Francia, y por la Francia en todo el continente, no podía menos de abrir a la intervención diplomática de Inglaterra una carrera más vasta e influencias más decisivas en los negocios de Europa. Sin duda también un cierto sentimiento de venganza nacional debía rogojar al gabinete de Londres al ver las agitaciones de París, los apuros del trono y la precipitada decadencia de la casa de Borbon. Además de la larga rivalidad que hacia, desde ya tres siglos, de la Inglaterra y de la Francia los dos contrapesos decisivos del mundo, estaba en la naturaleza del corazón humano que el gabinete de Londres viese con satisfacción abafarse y desmoronarse en la persona de Luis XVI, un soberano que había enviado socorros a la América, cuando la guerra de su independencia.

A estos motivos de satisfacción secreta del gabinete inglés, preciso es añadir el temor que la marina francesa inspiraba a los ingleses en los mares y en las posesiones de las Indias Orientales. La marina francesa debía debilitarse durante una crisis revolucionaria que emplearía todas las fuerzas y todos los tesoros de la Francia sobre el continente. Sin embargo, el gabinete de Londres había conservado hasta entonces una actitud de observación y de neutralidad más bien favorable que hostil a la

revolucion. No solo exigía esta actitud el temor de que una grande coalición de las monarquías del continente triunfase sin ella de la Francia, y la borrarse del mapa de las naciones; sino que se la imponía también aquel poder de la opinión que reina más que los reyes en los países libres, y que toma a las claras partido por el pueblo contra la monarquía absoluta y la iglesia destronadas. El odio al catolicismo no era menos popular en la Inglaterra, que el amor de la libertad política: aquel pueblo de pensadores miraba como la causa de Dios y del espíritu humano, una revolución que emancipaba los cultos y la razón. Sin embargo, la aristocracia inglesa principiaba desde la muerte del rey a fraternizar con la emigración francesa, y se formaban dos partidos en el parlamento británico.

Estos dos partidos estaban representados por dos genes que les hacían luchar con su elocuencia en el parlamento, Pitt y Fox. Un tercer orador tan poderoso por el genio, por la pluma y por la palabra, había tenido algun tiempo indecisa la balanza entre los dos: principiaba a separarse de la causa popular, a medida que se manchaba con la anarquía y con la sangre, y a afilarse al lado de la aristocracia y del trono: era Burke. La influencia personal de los individuos es tal en los países verdaderamente libres, que estos tres hombres agitaban ó pacificaban la Inglaterra con un solo movimiento de su imaginación.

Pitt, entonces de edad de treinta y tres años, gobernaba ya hacia diez su país. Hijo del más elocuente de los hombres de Estado modernos, lord Chatham Pitt, según ya hemos visto, recibió como por derecho de herencia de genio en su familia facultades tan grandes como

las de su padre. Si el primer Chatham, tenía la inspiración, el segundo tenía el carácter de gobierno. Menos á propósito para seducir, pero mas para dirigir; menos elocuente, pero convenciendo mas que su padre, Pitt personificaba mejor que nadie en él aquella voluntad orgullosa, paciente y continua de una aristocracia reinante que debiendo su poder y que prosigue en su grandeza con una obstinacion que recuerda la eternidad del senado de Roma. Pitt se habia apoderado del gobierno en uno de aquellos momentos desesperados en que la ambicion que conduce al poder se parece al patriotismo que se lanza á una brecha para perecer ó salvar la patria. La Inglaterra estaba en el último grado de abatimiento y de humillacion, y acababa de firmar una paz vergonzosa para ella con la Europa. Los franceses eran sus rivales en las Indias; la América se le escapaba; nuestras escuadras le disputaban los mares; la mayoría de la cámara de los Comunes, corrompida por los ministerios anteriores, no tenía ni el patriotismo suficiente para salvarse á sí misma, ni la disciplina necesaria para aceptar un dueño. Pitt, no habiendo podido ganarla, tuvo la audacia de combatirla y la felicidad de vencerla, haciendo un llamamiento á la nacion. La nueva cámara se sometió á él, y en diez años habia pacificado las Indias; reconquistado diplomática y comercialmente la América; templado la irritacion sediciosa de la Irlanda; restablecido la hacienda; concluido con la Francia un tratado de comercio, que imponía á la mitad del continente el tributo de los consumos ingleses; y en fin, arrancó á la Holanda á la proteccion de la Francia, é hizo de las Provincias Unidas, un apéndice de la política británica en tierra firme. Su pais, reconocido, aplaudía su administracion y tenía una entera confianza en la mano que tanto habia levantado la nacion. Los sentimientos personales de Pitt, respecto de la revolucion francesa, aunque poco favorables á las agitaciones democráticas, que son las tor-

mentas de los hombres de Estado, hasta entonces nada habian influido en su política. Nunca turbaban las pasiones su inteligencia, ó mas bien habia convertido todas sus pasiones en una sola, que era la grandeza de su pais. Jorge III, amigo de Luis XVI, no hubiera permitido á su ministro declarar la guerra á la Francia en un momento en que aquella podia complicar los apuros del rey que amaba. Es falso que el gobierno inglés haya suscitado á precio de oro los tumultos revolucionarios de Paris: la libertad francesa, aun en sus convulsiones mas terribles, jamás tuvo necesidad de ser pagada por la Inglaterra. El alma de Jorge III, de lord Stafford, del canceller Thurlow y del mismo Pitt, hubiera repugnado emplear tan vergonzosas escitaciones contra un soberano que tenia que lidiar con su pueblo. Empero Pitt no hubiese sacrificado á su conmiseracion por Luis XVI un minuto ó una ocasion que se ofreciese á la fortuna de su pais. Preveía esta ocasion; tenía el presentimiento de la caída mas ó menos próxima de un trono minado por tantas pasiones desencadenadas. Sabia que los principios de la revolucion francesa inspiraban tanto temor como antipatía al rey, y á la masa de la aristocracia de Inglaterra. Se preparaba á la guerra para el tiempo en que le pareciese quererla el rey, sin descarta ni adelantarla; ese tiempo se acercaba, y Burke lo decia ya en el parlamento.

Va se ha visto que los constitucionales y los girondinos, Brissot y Narbonne, de acuerdo sobre un mismo pensamiento, enviaron diez y ocho meses antes de esta época á Mr. de Talleyrand á Londres, para recordar la revolucion de 1688 y ofrecer á Pitt la renovacion del tratado de comercio de 1786. A este precio Luis XVI, los constitucionales y los girondinos esperaban comprar, si no la alianza, al menos la neutralidad del gabinete inglés. Estos dos partidos, los constitucionales y los girondinos, que querian entonces la guerra con el continente

para dirigir hácia las fronteras las tormentas que amenazaban la constitucion de París, tenían necesidad de neutralizar la Inglaterra. Escogieron para negociar con Pitt, el diplomático mas aristocrata y seductor entre los hombres que habían abrazado la causa moderada de la revolución. Madama de Stael había decidido esta elección, que era feliz.

XI.

Empezaba entonces Mr. de Talleyrand á ocuparse de los asuntos que ha manejado, apudado y desanudado despues sin interrupcion durante mas de medio siglo, y que solo abandonó á su muerte. Tenia treinta y ocho años. Su delicado y fino rostro revelaba en sus ojos azules una inteligencia luminosa, pero fria, cuya prevision jamás turbaban las agitaciones del alma. La elegancia de su crecida estatura apenas era alterada por una deformidad corporal; cojeaba un poco, pero esta enfermedad se parecia á una indecision voluntaria de la postura de su cuerpo. Su destreza sabía cambiar en gracias hasta los defectos de la naturaleza. Este solo vicio de conformacion le impidió entrar en la carrera de las armas, á la que le llamaba su elevado nacimiento. Su talento fué la única arma que pudo emplear para abrir á su nombre una carrera en el mundo. Se había enriquecido, pulido y aguzado para los combates de la ambicion ó para las conquistas de la inteligencia; su voz era grave, dulce y sonora como la emociion oculta de una confidencia. Se conocia al oírle, que era el hombre que hablaría mejor al oído de todas las potencias, pueblos, tribunos, mugeres, emperadores y reyes. Algo de sardónico en su sonrisa, se mezclaba en sus labios á un visible deseo de seducción; aquella sonrisa parecia indicar en él, una segunda

intencion de burlarse de los hombres agradándolos ó gobernándolos.

Nacido de una familia que había sido soberana de una provincia de Francia, antes de la unidad del reino, y que ahora adornaba el trono, Mr. de Talleyrand había sido dedicado á la iglesia; como un estorbo indigno de la corte, para esperar allí las mas altas dignidades del episcopado y cardenalato. Obispo de Autun, resto de la ciudad romana oculta en los bosques de Borgoña, el jóven prelado desdenaba su silla; le repugnaba el altar y vivia en París en medio de la disipacion y los placeres, en que la mayor parte de los eclesiásticos de su edad y de su rango, consumian las inmensas dotaciones de su iglesia. Unido con todos los filósofos, amigo de Mirabeau, presintiendo muy próxima una revolución, cuyas primeras sacudidas harian caer la religion, de que él era prelado, estudiaba la política que iba á llamar á todas las grandes inteligencias á destruir y reedificar los imperios.

Elegido miembro de la Asamblea constituyente, desértó á propósito, pero con miramiento, de las opiniones y las creencias arruinadas para pasarse al partido de la fuerza y del porvenir. Había conocido que un nombre aristocrático y opiniones populares eran un doble poder, que necesitaba combinar hábilmente en su persona á fin de imponer á los unos por su rango y á los otros por su popularidad. Había dejado su sacerdocio como un recuerdo importuno y como un traje incómodo; trataba de entrar en la revolución por cualquiera puerta oculta. La medida y la reserva un poco tímida de su talento, que solo tenía audacia en el gabinete y para la concepcion de pacientes designios, no le permitia subir á la tribuna, donde la palabra enérgica reinaba entonces. Mr. de Talleyrand se inclinó á la diplomacia, donde la habilidad y el manejo debian reinar siempre: la amistad de Mirabeau había arrojado al morir sobre Mr. de Talleyrand

uno de esos reflejos póstumos que las grandes notabilidades dejan tras sí sobre lo que solo se les ha acercado. Su silencio lleno de reflexion y de misterio, como el silencio de Sieyès, imprimía cierto prestigio á su persona en la Asamblea. Este es el poder de lo desconocido, el atractivo del enigma para los hombres que les gusta adivinar. Mr. de Talleyrand sabia explotar admirablemente este prestigio; su palabra no entreabria sino por algunos rasgos raros y cortos el cubierto horizonte de su talento, con lo que parecia aun mas profundo. Las medias palabras son la elocuencia de la reserva, y esta era la de Mr. de Talleyrand.

Dependian con frecuencia sus opiniones de su situacion y sus verdades no eran mas que los puntos de vista de su fortuna. Indiferente en el fondo, como toda su vida lo ha probado, al trono, á la república, á la causa de los reyes, á la forma de las instituciones de los pueblos, al derecho ó al hecho de los gobiernos, estos no eran á sus ojos mas que formas móviles que toman alternativamente el espíritu del siglo ó el genio nacional de las sociedades, para cumplir tal ó cual fase de su existencia. Trenos, Asambleas populares, Convencion, Directorio, Consulado, Imperio, Restauracion ó cambio de dinastias, no eran para él sino expedientes del destino, y no les sacrificaba un día mas que la fortuna. Se preparaba en su imaginacion el papel de dichoso servidor de los acontecimientos; cortesano del destino, acompañaba la felicidad, servia á los fuertes, despreciaba los poco diestros y abandonaba á los desgraciados. Esta teoría le sostuvo cincuenta años en la superficie de las cosas humanas, precursor de todos los sucesos, flotando despues de todos los naufragios y sobreviviendo á todas las ruinas. Este sistema tiene un viso de indiferencia sobrenatural, que coloca al hombre de Estado encima de la inconstancia de los acontecimientos y le da la actitud de dominar lo mismo que le levanta. En el fondo no es mas que el sofisma

de la verdadera grandeza de alma; esta aparente burla de los acontecimientos debe principiar por la abdicacion de sí mismo, porque para fingir y sostener este papel de imparcialidad con todas las fortunas, es preciso que el hombre separe las dos cosas que hacen la dignidad de carácter y la santidad de la inteligencia, que son la fidelidad á sus compromisos y la sinceridad de sus convicciones; es decir, la mejor parte de su corazon y de su alma. Servir á todas las ideas, es probar que no se cree en ninguna. ¿A qué se sirve entonces con el nombre de ideas? A su propia ambicion; es aparecer á la cabeza de las cosas ó ir tras de ellas; estos hombres son los aduladores y no los auxiliares de la Providencia. Sin embargo, Mr. de Talleyrand adivinó desde la aurora de la revolucion, que la paz era la primera de las verdaderas ideas revolucionarias, y fué fiel á este pensamiento hasta su último día.

XII.

El decreto de la Asamblea, que prohibia á sus miembros aceptar funciones del poder ejecutivo, hasta despues de cuatro años de haber dejado de formar parte de la representacion nacional, prohibia á Mr. de Talleyrand ser el negociador nombrado. Se dieron las credenciales á Mr. de Chauvelin, hombre de corte popularizado por un celo tumultuoso contra ella; pero se dió el secreto, las instrucciones y las negociaciones á Mr. de Talleyrand. Una carta confidencial escrita por Luis XVI al rey de Inglaterra, decia á Jorge III: «Deben establecerse nuevas relaciones entre nuestros dos países. Conviene á dos reyes que han marcado su reinado por un deseo continuo de la felicidad de su pueblo, formar entre sí lazos que llegarán á ser tanto mas sólidos cuanto mas se ilustre el interés de las naciones.» Mr. de Talleyrand fué presen-

uno de esos reflejos póstumos que las grandes notabilidades dejan tras sí sobre lo que solo se les ha acercado. Su silencio lleno de reflexion y de misterio, como el silencio de Sieyès, imprimía cierto prestigio á su persona en la Asamblea. Este es el poder de lo desconocido, el atractivo del enigma para los hombres que les gusta adivinar. Mr. de Talleyrand sabia explotar admirablemente este prestigio; su palabra no entreabria sino por algunos rasgos raros y cortos el cubierto horizonte de su talento, con lo que parecia aun mas profundo. Las medias palabras son la elocuencia de la reserva, y esta era la de Mr. de Talleyrand.

Dependian con frecuencia sus opiniones de su situacion y sus verdades no eran mas que los puntos de vista de su fortuna. Indiferente en el fondo, como toda su vida lo ha probado, al trono, á la república, á la causa de los reyes, á la forma de las instituciones de los pueblos, al derecho ó al hecho de los gobiernos, estos no eran á sus ojos mas que formas móviles que toman alternativamente el espíritu del siglo ó el genio nacional de las sociedades, para cumplir tal ó cual fase de su existencia. Trenos, Asambleas populares, Convencion, Directorio, Consulado, Imperio, Restauracion ó cambio de dinastias, no eran para él sino expedientes del destino, y no les sacrificaba un día mas que la fortuna. Se preparaba en su imaginacion el papel de dichoso servidor de los acontecimientos; cortesano del destino, acompañaba la felicidad, servia á los fuertes, despreciaba los poco diestros y abandonaba á los desgraciados. Esta teoría le sostuvo cincuenta años en la superficie de las cosas humanas, precursor de todos los sucesos, flotando despues de todos los naufragios y sobreviviendo á todas las ruinas. Este sistema tiene un viso de indiferencia sobrenatural, que coloca al hombre de Estado encima de la inconstancia de los acontecimientos y le da la actitud de dominar lo mismo que le levanta. En el fondo no es mas que el sofisma

de la verdadera grandeza de alma; esta aparente burla de los acontecimientos debe principiar por la abdicacion de sí mismo, porque para fingir y sostener este papel de imparcialidad con todas las fortunas, es preciso que el hombre separe las dos cosas que hacen la dignidad de carácter y la santidad de la inteligencia, que son la fidelidad á sus compromisos y la sinceridad de sus convicciones; es decir, la mejor parte de su corazon y de su alma. Servir á todas las ideas, es probar que no se cree en ninguna. ¿A qué se sirve entonces con el nombre de ideas? A su propia ambicion; es aparecer á la cabeza de las cosas ó ir tras de ellas; estos hombres son los aduladores y no los auxiliares de la Providencia. Sin embargo, Mr. de Talleyrand adivinó desde la aurora de la revolucion, que la paz era la primera de las verdaderas ideas revolucionarias, y fué fiel á este pensamiento hasta su último día.

XII.

El decreto de la Asamblea, que prohibia á sus miembros aceptar funciones del poder ejecutivo, hasta despues de cuatro años de haber dejado de formar parte de la representacion nacional, prohibia á Mr. de Talleyrand ser el negociador nombrado. Se dieron las credenciales á Mr. de Chauvelin, hombre de corte popularizado por un celo tumultuoso contra ella; pero se dió el secreto, las instrucciones y las negociaciones á Mr. de Talleyrand. Una carta confidencial escrita por Luis XVI al rey de Inglaterra, decia á Jorge III: «Deben establecerse nuevas relaciones entre nuestros dos países. Conviene á dos reyes que han marcado su reinado por un deseo continuo de la felicidad de su pueblo, formar entre sí lazos que llegarán á ser tanto mas sólidos cuanto mas se ilustre el interés de las naciones.» Mr. de Talleyrand fué presen-

todo á Mr. Pitt; empleó con él todo cuanto la adulacion indirecta y la gracia flexible podian producir para interesar el genio de aquel grande hombre en la ejecucion del plan de alianza que deseaba hacerle aceptar. Le pintó con entusiasmo la gloria del hombre de Estado, á quien la posteridad debiese el reconocimiento de aquella reconciliacion de los dos pueblos, que impruven el movimiento ó la inmovilidad al mundo. Mr. Pitt le escuchó con un favor mezclado de incredulidad. «Muy feliz será ese ministro! respondió dando un suspiro; al jóven diplomático francés. Yo quisiera ser ministro en ese tiempo. —Acaso Mr. Pitt, replicó Mr. de Talleyrand ¿creo esa época tan lejana?» Pitt reflexionó y luego dijo: «Eso depende del momento en que vuestra revolución concluya y en que vuestra Constitución pueda marchar.» Pitt dejó ver claramente á Mr. de Talleyrand que el gabinete inglés no comprometería su mano en una revolución en toda su fuerza, y cuya crisis, sucediendo diariamente á otras crisis, no daban certidumbre ni seguridad á los compromisos que se contrajesen con ella. Mr. de Talleyrand á su vuelta á Francia, manifestó á aquellas disposiciones al ministerio girondino de Roland y de Dumouriez que acababan de suceder á Narbonne y á Lessart. Dumouriez volvió á enviar de nuevo á Mr. de Talleyrand á Londres encargado de solicitar la mediacion de la Inglaterra entre el emperador y la Francia. Esta vez Mr. de Talleyrand y de Chauvelin se hicieron, no solo importunos, sino sospechosos á Mr. Pitt. Este ministro percibió que los dos negociadores franceses llevaban adelante al propio tiempo una doble negociacion; una con el para pacificar la Francia, y otra con los gefes de la oposicion para agitar la Inglaterra. Aconsejóles claramente en los diarios ministeriales, de una union oculta é íntima con Fox, con lord Grey y hasta con Tomás Payne y el demagogo Horn-Tooke, fundador de un partido popular, que no solo atacaba á los ministros sino á la

aristocracia, la propiedad, la iglesia, el espíritu de la Constitución británica y hasta las mismas bases de la sociedad.

Fox, rival de Pitt en la tribuna, hombre mas capaz de agitar los pueblos por la palabra, que de conducirlos por el genio del gobierno, Fox, devimos, se esforzó inútilmente en discursos, en que los golpes de la revolución francesa resonaban hasta sobre el trono de Jorge III, para paliar los movimientos de Paris; en vano representaba la causa de la libertad francesa, como solidaria de la causa de la libertad británica; el espíritu de su nacion se separó de él para unirse mas y mas á Mr. Pitt. Las proposiciones de Fox, mas populares en la calle, que en la cámara de los Comunes, solo eran sostenidas por débiles minorías de cincuenta ó sesenta votos. El 20 de junio y el 10 de agosto respondieron uno tras otro, á sus promesas de la fundacion de una libertad constitucional en Francia, é hicieron temblar ó estremecerse á la numerosa parte del pueblo, unida al establecimiento constitucional. Lord Gower, embajador de Inglaterra en Paris, fué llamado inmediatamente despues de la destitucion de Luis XVI, con pretexto de que sus credenciales eran ya nulas de derecho por no existir el soberano, á quien se dirigian. La permanencia en Londres de Mr. de Talleyrand y de Mr. de Chauvelin ya no fué considerada por Mr. Pitt, sino como una tolerancia de su gobierno. Las jornadas de setiembre, comentadas con caracteres de sangre en los escritos y en los discursos de Burke, arrojaron una siniestra sombra sobre las palabras de Fox. La paz y la alianza con la Francia parecieron á la nacion inglesa una complicidad con aquellos asesinos impunes. El cautiverio del rey, de la reina y de los dos niños inocentes de todo crimen, añadía la piedad al horror. El proceso del rey sin fórmulas y sin jueces, daba á Pitt por auxiliar todo el sentimiento público.

El rey fué decapitado. Todos los tronos temblaron; todos los pueblos retrocedieron de admiracion y horror ante aquel sacrilegio de la magestad, á quien se atribuía algo de divino. Cuando llegó el correo, que llevaba esta siniestra noticia á Londres, Mr. de Chauvelin recibió la orden de salir de Inglaterra dentro de veinte y cuatro horas. Preguntándole la oposicion los motivos de aquella espulsion del suelo libre de Inglaterra, Pitt hizo responder en la Cámara: «Después de unos acontecimientos sobre los que la imaginacion no puede detenerse sin horror, y después que una infernal faccion se ha apoderado del mando en Francia, nosotros no podemos tolerar la presencia de Mr. Chauvelin porque no hay medio de corrupcion que no haya ensayado, por sí mismo ó por sus emisarios, para seducir al pueblo y sublevarle contra el gobierno y las leyes de este país.» Marat, que desembarcaba aquel día en Douvres, recibió la orden de volverse á embarcar sin permitirle siquiera llegar hasta Londres. Mr. de Talleyrand sin título oficial del gobierno francés, y que no habia dado Pitt ni los mismos pretextos ni las mismas sospechas que Mr. de Chauvelin, permaneció en Londres, conservando aun el último hilo de las negociaciones.

De vuelta en París Mr. de Chauvelin, esparció la noticia de una violenta fermentacion en la nacion inglesa; anunció que el pueblo de Londres se levantaría en masa, á la primera señal de las sociedades republicanas, en el día en que Pitt tuviese la audacia de declarar la guerra á la Francia, y que Jorge III no estaria seguro en su mismo palacio. Brissot, creyendo las relaciones de Chauvelin, subió á la tribuna de la Convencion en nombre del comité diplomático, y creyó intimidar á Pitt,

anunciando que la guerra que iba á estallar emanciparía la Irlanda del yugo de la Inglaterra. Sordo á los consejos mas ilustrados de Dumouriez, dijo: «La Holanda hace causa comun con el gabinete de San James, de quien se muestra súbdita mas bien que aliada; que participe de su suerte y poniéndose á votacion la guerra con la Inglaterra y el statuder de Holanda, fué declarada por unanimidad. «Desembarcaremos en su isla, escribió el ministro Monge á la escuadra francesa; arrojaremos allí cincuenta mil gorros de la libertad, plantaremos el árbol sagrado, y tenderemos los brazos á nuestros hermanos los republicanos. Aquel gobierno tiránico será bien pronto destruido.» Pitt, apoyado en la rivalidad nacional por una parte, y en el horror que inspiraba el suplicio del rey por otra, no se inquietó con aquellas amenazas y contaba nuestros barcos y no nuestras proclamas; sabia que la marina francesa tenia diezmasdas sus tripulaciones con la emigracion, contando solo la Francia en la mar ó en sus puertos, 66 navios de linea y 93 fragatas ó corbetas. La Inglaterra tenia 158 navios de linea, 22 de 30 cañones; 125 fragatas y 100 buques lijeros. La Holanda, aliada de Inglaterra, podia además armar mas de 100 buques de guerra de diferente porte. Desde el centro de su isla, rodeada de esta muralla flotante, Pitt podia esperar con tranquilidad y dominar los acontecimientos del continente: sus tesoros no eran menos temibles que sus armamentos, pues podia tener á toda la Europa á su sueldo. Ministro de los preparativos, como por burla le habian llamado diez años antes, su prevision parecia haber adivinado la inmensidad de la obra que una coalicion de diez años iba á imponer á su patria.

No fueron menos funestas en Rusia para nosotros las consecuencias del suplicio de Luis XVI. Rompiendo al

instante Catalina II los tratados comerciales de 1786, en virtud de los cuales eran mirados los franceses en su imperio, como la nacion mas favorecida, prohibió al momento toda relacion entre sus súbditos y nuestros nacionales. Mandó salir de Rusia á todos los franceses en el término de veinte dias, á menos que no abjurasen formalmente los principios de la revolucion de su pais. Hasta entonces, aunque la emperatriz tenía inmensos ejércitos libres para enviar contra la Francia, despues de su paz con la Turquía, habia suspendido su marcha y dejado al Austria y á la Prusia obrar solas contra una revolucion que detestaba con todo el odio que profesa el despotismo á la libertad. Habia esperado mucho tiempo que el rey de Suecia, Gustavo, cuyo entusiasmo contrarrevolucionario animaba, bastaria solo para animar y pacificar la Francia. El asesinato de Gustavo frustró sus designios; y desde la muerte de aquel principe su corazon luchaba entre dos deseos: uno nacido de su ambicion, y el otro de su orgullo de soberana: la Polonia y la Francia. Sus tropas ocupaban á Varsovia, y comprímian en Polonia, las agitaciones de una revolucion que fraternizaba con la de París. El rey de Prusia, por el mismo motivo ocupaba á Danzick y la Gran Polonia. Este desgraciado pais nunca dejó faltar un pretexto á la intervencion de sus poderosos vecinos; la Polonia ha sido con demasiada frecuencia una anarquía constituida. La emperatriz y el rey de Prusia tramaban de concierto la conquista y la reparticion de la Polonia, mientras estuviere ocupado el emperador en defender la Alemania contra la Francia: este era el secreto de la lentitud de la doble diplomacia del rey de Prusia, y la flojedad de la primera coalicion. El rey de Prusia miraba hacia atrás, y la emperatriz no queria comprometer los ejércitos rusos sobre el Rhin, temiendo perder de vista la Polonia.

Pero Catalina al dia siguiente de la muerte de Luis XVI, mandó al ministro que tenia en Londres, el

conde Woronzoff, concluyese un tratado de alianza ofensiva y defensiva con la Inglaterra. Apenas fué firmado, dejó á la Inglaterra, la Holanda, la Prusia y al emperador, que soportasen solos el peso de la guerra en el Océano, en los Países Bajos, en el Rhin, y ella se adelantó en masa sobre la Polonia; así prevaleció la política de ambicion en el corazon de Catalina sobre la política de principios. Aparentaba un gran odio contra la anarquía francesa, y escribaba de lejos á sus aliados para que combatesen; pero ella no combatía. Por su parte la Prusia, inquieta con tener á la Rusia detrás y celosa de conservar su parte en la Gran Polonia solo se comprometió á medias. El Austria tomó el papel que tenia la Prusia en la primera coalicion, sublevó el imperio, reunió las fuerzas y se encargó de sostener en primera linea la guerra ofensiva en los Países Bajos, se convino en que las fuerzas de las potencias tendrian cada una su jefe particular, y la unidad de los ejércitos y de las operaciones fué de este modo entregada á merced de las rivalidades. El emperador dió el mando general al principe de Coburgo, que habia mandado los imperiales contra los turcos, y participado con el de Souwaroff la gloria de los triunfos de Fokchaní y de Rimnik. Era un general contemporizador de la escuela del duque de Brunswick, y el hombre menos á propósito para desconcertar ú oponerse al ardor de un ejército francés. El principe de Coburgo, apenas fué nombrado, pasó á Francfort á conferenciar con el duque de Brunswick, generalísimo de las fuerzas prusianas, y á concertar con él un plan tan desconcertado y pusilánime como el que acababa de libertar á Champaña, perder á Luis XVI, y descubrir el Rhin.

Tal fué la organizacion de esta nueva coalicion, en la que de cinco potencias tres quedaban en expectativa

y solo dos iban á combatir, observándose con inquietud una á otra, y no comprometiéndose sino con reserva, haciendo secretos esfuerzos para echarse el peso de la guerra común, y manobrando bajo la diferente dirección de dos generales que solo se entendían para evitar el enemigo.

Hemos dejada á Dumouriez vencedor en Valmy; á Kellermann acompañando mas bien que persiguiendo la retirada del rey de Prusia; á Custine en Maguncia; á Dillon en Alsacia y á Montesquieu reuniendo treinta mil hombres de las guarniciones de nuestras ciudades del Mediodia para invadir la Saboya.

Bosque de los Alpes, la Saboya se une á Mont-Blanc y á Mont-Cenis por su mas elevada cumbre. A un lado baja por una sola y rápida pendiente á los ricos llanos del Piemonte hácia Turin, y al otro se divide en cuatro anchos y profundos valles, de los que cada uno con su torrente se dividen desde el pie de sus ventisqueros hasta la embocadura de aquellas gargantas. Allí estos torrentes, cuyo desnivel se disminuye ó deja de existir, se hacen lagos como los de Ginebra, d'Annecy, del Bourget, ó se pierden en el Isere y en el Ródano, que los llevan al Mediterráneo por las provincias del Mediodia de la Francia. Estos torrentes arrastran sin cesar en sus espumosas aguas los aludes de nieve y los pedazos de rocas desprendidos de las montañas, oyéndose el ruido á una inmensa profundidad, y haciendo con mucha frecuencia imposible el paso de una orilla á la otra. En los estancamientos donde se ensancha su cauce hay algunos caseríos con paredes bajas y cubiertos con lava negra, sobre la arena parda y las piedras acumuladas por aquellas aguas. Por todo el resto de estas rápidas pendientes hay diseminadas algunas pequeñas aldeas ó cabañas aisladas, suspendidas y como colgadas de los estrechos y perpendiculares escalones de las montañas. En donde estas pendientes son menos inclinadas se extienden varias pra-

deras y algunas cepas que se enlazan á los nogales, y que el paisano, avaro de terreno, cultiva formando emparrados sobre columnas de maderas secas.

A estos valles se reúnen otros sin interrupción, para perderse sin salida en las gargantas que se estrechan de repente y se ocultan en las nieves. El valle de Faucigny, el mas próximo al Valais y á la Suiza, se forma al pie de Mont-Blanc y desemboca junto á Ginebra. El Maurienne, que baja del Mont-Cenis, se ensancha de repente al aproximarse á Francia, entre Conflans y Montmelian, dos ciudades de la Saboya. Allí se une con el valle de la Tarentaise, por donde corre el Isere. A alguna distancia de Montmelian, el Maurienne se divide en dos, corriendo á la derecha hácia Chambery, capital de la Saboya, y á la izquierda hácia Grenoble, ciudad francesa y capital del Delfinado, encajonada en una entrada de los Alpes. Montmelian, que defiende á la vez la entrada del Maurienne, del Tarentaise, del llano de Chambery y del valle de Gresivaudan, camino de Grenoble, es por tanto la llave de la Saboya.

XVI.

El pueblo que habita aquellos valles y aquellas llanuras, sujeto á una soberanía cuya residencia esta en Italia, nada tiene de italiano mas que su gobierno. Es una raza completamente distinta de la latina y de la helvética; no habla ni italiano ni alemán, sino francés; su carácter, sus costumbres, sus hábitos y hasta sus industrias son francesas. Tan pronto como el lazo forzado que le une al Piemonte se afloje ó se rompa, la Saboya se inclinará hácia la Francia. Las guerras que la hizo bajo la bandera sarda son contra naturaleza, y casi guerras civiles. Exceptuando la nobleza y el clero, á los que las

soberanías hereditarias y los favores de la corte unen con un amor fanático á la casa reinante de Saboya, todo el resto de la nación tiene el corazón francés. El yugo del Piamonte le pesa, la supremacía del nombre piamontés le humilla; los privilegios honoríficos de la nobleza le ofenden; el dominio de su clero, que teme la introducción de las ideas extranjeras en aquellas montañas, le disputa la luz y el aire del siglo. La casa de Saboya, aunque paternal, benéfica y deseosa de hacer mejoras administrativas en los tres gobiernos que rige, los tiene, sin embargo, en una especie de disciplina monástica, que recuerda el régimen español. El rey, el noble, el sacerdote y el soldado son todo el pueblo.

La conformidad de lenguaje, la contigüidad de las fronteras, las relaciones mercantiles y las numerosas emigraciones de saboyanos á Francia, habian dejado, sin embargo, infiltrar las ideas revolucionarias en aquellas montañas. J. J. Rousseau pasó su juventud en el pueblecito de Annecy y en la soledad de los Charmettes, cerca de Chambéry. Voltaire habia envejecido en Ferney, á la puerta de la Saboya. Ginebra, fuerte colonia de la libertad protestante y metrópoli desde el tiempo de Calvino de la filosofía moderna, tocaba con sus arrabales al territorio saboyano. Estos recuerdos, estas influencias y vecindades habian inspirado á la población el desprecio de un gobierno benigno, pero atrasado, y el deseo de entregarse á la Francia.

No obstante, las frecuentes uniones de familia entre la casa de Saboya y la de Borbon, el tratado de Worms en 1741, entre Carlos Manuel y Maria Teresa, habia in-feudado políticamente la monarquía sarda al Austria. Victor Amadeo que reinaba en el momento en que la revolución estallaba en Francia; era un príncipe amado de sus pueblos, contemporizador como la vejez, pero perdia su prudencia en palabras y su tiempo en consejos; por esto le llamaban el Nestor de los Alpes. A pesar de la in-

quietud que le daba la inclinación de la Saboya á separarse de la union de sus tres principados y entregarse en brazos de la revolución; su carácter le hubiera decidido á la neutralidad. Pero la influencia que tenia el clero en su ánimo, le habia inspirado horror á una república, que no amenazaba menos el Dios de su fé que el trono de sus padres. Numerosos eclesiásticos franceses, espulsados de sus parroquias por negarse á jurar la constitución civil del clero, se habian refugiado en casa de sus hermanos de Saboya. Difundian allí las noticias de las persecuciones contra la iglesia y las maldiciones contra el cisma. Chambéry estaba lleno de obispos y de nobles fugitivos que ponian de manifiesto los dolores, las esperanzas y las ilusiones de los refugiados de todos los tiempos y de todos los países. Turin era en el exterior la capital de la contrarrevolución; los realistas de Lyon, de Grenoble, y del Mediodía, sostenian por las fronteras de Saboya y por el condado de Niza, relaciones ocultas con Turin. El rey de Cerdeña habia retirado su embajador de Paris, declarando bastante con este acto que consideraba á Luis XVI como prisionero y que no trataria en adelante con la nación francesa. Mr. de Semonville, enviado por Dumouriez á Turin para obtener esplicaciones amigables, habia sido detenido en Alejandria, como sospechoso de que iba á fomentar el espíritu de agitación en Italia. Los girondinos, dueños del ministerio y de la Asamblea hicieron decidir las hostilidades.

XVII.

Montesquieu, que mandaba el ejército del Mediodía, recibió orden para prepararse á la invasión, y se le enviaron cuarenta batallones destacados del ejército que estaba ocioso en los Pirineos. Su base de operaciones se es-

tendia sobre una línea de mas de cien leguas; desde el Jura, que domina á Ginebra, hasta el Var, que cubre á Niza. Montesquieu sentia una viva impaciencia por mostrar la bandera francesa á pueblos que solo le pedian una ocasion para entregarse á la Francia, y para quienes la conquista se parecia á la libertad. Trazó un campamento al extremo de su derecha sobre el Var, y estableció otro en Tournoux en el centro de la muralla de los Bajos-Alpes. Reunió á su izquierda diez mil hombres en el fuerte de Barreaux, cerca de Grenoble, y en fin, llevó diez mil combatientes de sus mejores soldados á Cessieux y algunos destacamentos á Seyssel y á Gex á la entrada de los valles de la Saboya.

Fiel á las tradiciones militares del mariscal de Berwick, Montesquieu, habia conocido que una expedicion sobre el Piamonte, recinto estrecho y circular, en donde cada punto amenazado puede recibir en tres marchas refuerzos de Turin, su capital y su plaza de armas, era impracticable con masas tan débiles como las suyas; pero no ignoraba que el condado de Niza y la Saboya, dos largos brazos separados de la monarquia sarda, podian ser cortados del cuerpo, y adquiridos por la Francia, sin que el Piamonte pudiese salvarlos. Manióbró pues, con arreglo á este plan, y el 4 de setiembre mandó secretamente la invasion del condado de Niza por sus tropas del Var, combinada con la salida de su flota de Tolon, que atacaria por mar, mientras que el ejército marchase por las montañas á las órdenes del general Anselme. Mandó al general Casabianca amenazar á Chambery por Saint-Genis, y se dirigió él mismo al fuerte de Barreaux con el grueso del ejército para forzar el desfiladero que cierra la Saboya.

XVIII.

El ejército piamontés, que constaba de diez y ocho mil hombres, estaba mandado por el general Lazary. Habiendo disparado este general algunos cañonazos al ejército de Montesquieu y su retaguardia, en la entrada del desfiladero, replegó sus tropas hácia Montmelian. En lugar de fortificarlo y de este modo cerrar á Montesquieu la entrada de los tres valles, cuyo punto de partida domina aquella ciudad, Lazary lo abandonó, cortando el puente, y se retiró á Conllans. Todos los cuerpos piamonteses diseminados en Annecy, en Chambery y en Faucigny, se replegaron aisladamente y casi sin combatir, para reunirse al núcleo principal del ejército sardo y volver á subir hácia el Piamonte. Las columnas francesas los siguieron sin obstáculo en medio de las aclamaciones del pueblo invadido. Montesquieu hizo su entrada triunfal en Chambery, y recibió de mano de los magistrados las llaves de la capital de la Saboya, cuya administracion dejó á los habitantes. El mismo día de este triunfo, los jacobinos destituan en París al general Montesquieu. La noticia de su victoria y el grito de indignacion publica contra la ingratitud de los jacobinos, hicieron revolver por un momento aquella destitucion; Montesquieu organizó su conquista y llevó sus tropas á la frontera de Ginebra.

Durante estas operaciones, el general Anselme, reuniendo los batallones de los voluntarios de Marsella á los ocho mil hombres que mandaba, se fortificó sobre la línea del Var, amenazando el condado de Niza, con una invasion y previniéndose contra otra en el Mediodia. El conde de Saint-André mandaba los piamonteses, componiéndose su ejército de ocho mil hombres de tropa de línea y de doce mil soldados voluntarios de las milicias del pais.

El condado de Niza, estrecho pero admirable anfiteatro natural, que desciende gradualmente de la cumbre de los Alpes hacia el Mediterráneo, es una Suiza italiana, donde el olivo y el limonero reemplazan las hayas y los pinos; pero sus valles estrechos, de difícil acceso, atravesados por barrancos y torrentes, muchas veces secos, ofrecen para la invasión las mismas dificultades que la Saboya. La raza liguria, que le habita, raza pastoril en las montañas, marítima y comerciante en las costas y belicosa en todas partes, hablando distinto idioma, y con costumbres diferentes de las francesas, estaba muy distante de tener con la Francia la misma simpatía que los saboyanos. La mar y las montañas dan á los pueblos el sentimiento de una doble independencia. La proximidad de Génova presentaba en todos tiempos á las poblaciones litorales, el ejemplo de una individualidad republicana emancipada del yugo de las grandes monarquías vecinas. El espíritu genovés era el espíritu público del condado de Niza: el amor á los principios franceses y el horror al yugo de la Francia. Los montañeses bajaban á bandadas de sus aldeas alpestres, calzados con sandalias atadas con correas, con la escopeta en la mano, incapaces de soportar una larga campaña y la disciplina militar; pero ágiles, infatigables é intrépidos para una guerra de montaña, de sorpresas y guerrillas.

Habia escogido hábilmente el conde de Saint-André la posición de Saorgio, altura inexpugnable, que domina á Niza, los caminos de Francia y del Piemonte, para centro y ciudadela de la provincia, que estaba encargado de defender. Habia establecido allí de antemano un campamento fortificado y atrincheramientos guarnecidos de murallas. El almirante Truguet se presentó delante de Niza el 28 de setiembre, con una escuadra compuesta de nueve navios, y amenazó con bombardear la ciudad. El general Anselme se aproximó por tierra, dispuesto á intentar el paso del Var. Por la noche el gene-

ral Courten, que mandaba la ciudad, replegó sus tropas hacia Saorgio. Tres mil emigrados franceses, que habian buscado asilo en Niza, indignados con el cobarde abandono de la guarnición, sublevaron una parte del pueblo, y corrieron, unos á las baterías de mar y los otros á las del Var; pero amenazados por los particulares, que no veian en esta lucha desesperada mas que un pretexto para incendiar la ciudad, se retiraron por la noche al camino de Saorgio, perseguidos, insultados, robados y asesinados por el populacho feroz de la costa. Este amenazaba saquear hasta la ciudad; los particulares enviaron á suplicar al general Anselme ocupase la plaza lo mas pronto posible. Anselme pasó el Var á la cabeza de cuatro mil franceses, y entró en medio de aclamaciones unánimes en la capital del condado.

XIX.

Mientras tanto, los escesos que los revolucionarios de Niza cometian contra sus enemigos personales, al abrigo de las bayonetas y de la bandera de Francia, sublevaron á los montañeses, siempre mas unidos á las antiguas costumbres y mas fieles al antiguo dominio que los pueblos de las llanuras, de las orillas de los rios ó de las playas del mar. Los sacerdotes y los frailes temiendo penetrasen á mano armada en su imperio, las ideas que acaban de despojar la iglesia en Francia, confundieron su causa con la de la religion, y sublevaron el pueblo no por su patriotismo, sino por su conciencia. Los mas jóvenes y mas intrépidos marcharon ellos mismos á la cabeza de las bandas, y hacian fuego á los puestos avanzados y á los destacamentos, franceses donde quiera que les encontraban separados de la masa de los cueros. Emboscados detrás de las rocas ó los troncos

de los árboles, disparaban y huían escalando las escarpadas pendientes con la destreza de los cazadores. La guerra no era mas que un continuado asesinato.

Veía diezmar sus tropas el general francés Anselme. El centro de aquella guerra santa estaba en Oneille. Esta pequeña ciudad marítima y montuosa á la vez, capital de un pequeño principado dependiente de la Cerdeña, era el foco de las tramas que se tramaban contra la dominacion francesa. Su puerto servía de refugio y plaza de armas á una multitud de piratas y de corsarios sardos, genoveses y napolitanos, cuyos barcos lijeros y falúas armadas hacían desembarcos nocturnos en la costa ó ejercían en la mar la misma piratería que las bandas de los montañeses en el valle de Niza. Muchos conventos de frailes, verdaderos dominadores de la ciudad, fomentaban aquella guerra santa, y santificaban con sus violentas predicaciones aquellas inútiles y sangrientas expediciones. Anselme y Truguet resolvieron de concierto ahogar el fanatismo en su foco, y embarcaron tropas en Villafranca en los navíos de la escuadra, que aparecieron delante de Oneille el 23 de octubre. El almirante Truguet envió al capitán Chaila, para intimar á la ciudad y obligar á los habitantes á que evitasen con su sumision los horrores de un bombardeo. La falua que llevaba Chaila, se aproximaba con bandera parlamentaria al ver las señales é invitaciones pacíficas de la poblacion que cubria la playa; pero apenas llegó al punto de desembarco cuando la acerbilla una descarga de cien tiros y mató un oficial, cuatro marineros, é hirió muchos hombres y al mismo Chaila. La falua llena de cadáveres y de heridos, viró de bordo, perseguida y ametrallada cada vez que la ola la levantaba, por una nube de balas, y volvió con trabajo á presentar á la escuadra aquel testimonio de la perfidia de los habitantes. Las tripulaciones indignadas clamaron venganza, y Truguet anclando contra el viento, hizo fuego á la ciudad hasta el anoecer. El fuerte de Oneille fué demoli-

do por las bombas, y apagados sus fuegos. Mil doscientos soldados á las órdenes del general Lahoulière, embarcados por la noche en lanchas de la escuadra, esperaron el alba para hacer su desembarco, apoyados por el fuego de dos fragatas.

Los habitantes al ver estos preparativos huyeron á las montañas llevando consigo todo lo mejor que tenían y abandonando sus casas al saqueo y al incendio. Solo los frailes, acostumbrados á la inviolabilidad del sacerdocio, respetado hasta entonces en las guerras de Italia, quedan encerrados en sus conventos. Los franceses fuerzan las puertas de estos asilos; matan sin distincion culpables é inocentes, á los frailes designados á su venganza por las tramas de que han sido instigadores, y por el cobarde asesinato de Chaila. El saqueo y el incendio, represalias terribles, devastan y destruyen la madriguera de la piratería y del robo. Los franceses no dejaron en la ciudad de Oneille al embarcarse mas que un monton de cenizas y los cadáveres de los frailes entre las ruinas de sus conventos.

La expedicion de Oneille y el degüello de sus sacerdotes, lejos de apaciguar la insurreccion en las montañas del condado de Niza, hizo que se levantasen en masa los barbetos. Reunidos á los piemonteses y á un cuerpo austriaco cedido al rey de Cerdeña por el emperador, atacaron á los franceses en Sospello, que era el punto mas elevado que ocupaban. Seis mil hombres y diez y ocho piezas de artillería arrojaron de allí al general Brunet. Anselme salió de Niza con toda la guarnicion, compuesta de doce compañías de granaderos, mil quinientos hombres escogidos y cuatro piezas de artillería, y fué á rescatar aquella importante posicion. La rescató en efecto á la bayoneta y volvió á Niza. Denunciado á la Convencion por su benigna administracion, culpable á los ojos de los jacobinos por haber contenido los asesinatos y las venganzas de los nizardos, fué arrestado en medio de su

ejército victorioso y conducido á Paris para espiar en los calabozos las primeras glorias de las armas francesas.

XX.

Al mismo tiempo una escuadra mandada por el almirante Latouche, iba á intimar al rey de Nápoles que se declarase en pro ó en contra de la república, y que desaprobase los manejos de su embajador en Constantinopla, contra el reconocimiento del pabellon tricolor por el sultan. La escuadra compuesta de seis buques de guerra, habia entrado al 27 de diciembre en el golfo, desafiando á las quinientas piezas de artillería de los muelles y los fuertes de Nápoles. Latouche, despues de haber anclado debajo de las ventanas del palacio del rey y dado la señal de combate á sus buques, envió un granadero de las tropas de marina á llevar un mensaje al mismo rey. Este embajador no tenia mas título que el de soldado francés, ni otras credenciales que las mechas encendidas de las cañones de la escuadra que el rey veía humear desde lo alto del terrado de su palacio. El almirante exigía en su carta que el enviado de la república fuese recibido; que se garantizase á la Francia la neutralidad de Nápoles; que se llamase al embajador insolente que habia negado la legitimidad del gobierno del pueblo francés en Constantinopla, y que la corte de Nápoles enviase un embajador á Paris. La negativa de una sola de estas condiciones, seria la señal del fuego de los buques.

El rey intimidado recibió al granadero francés con los honores que hubiera concedido al enviado de la república; concedió todo lo que se le pedía, y además ofreció su mediación entre la república y sus enemigos. «La república, le respondió el granadero, no quiere mas mediación entre ella y sus enemigos que la victoria ó la

muerte.» La corte de Nápoles, dominada por una reina orgullosa y enemiga de los franceses, sufrió aquella humillación sin murmurar. Fingió cumplir las condiciones pacíficas impuestas por la actitud de Latouche, y tomó de nuevo con mas odio su puesto en la conjuración de las cortes.

XXI.

En tanto que nuestros batallones sometían la Saboya y el condado de Niza; mientras nuestras escuadras dominaban las costas del Mediterráneo, y Dumouriez limpiaba lentamente la Champaña, los austriacos alentados en los Países Bajos por haberse ausentado el grueso de nuestras tropas, que Dumouriez habia llamado para la reunión en el Argonne, intentaban penetrar por el Norte de la Francia. Los emigrados habian persuadido al duque Alberto de Saxe-Teschen, gobernador de los Países Bajos, que los habitantes del Norte de la Francia y el pueblo de Lila, sobre todo, no esperaban mas que un pretexto para sublevarse contra la Convención y para declarar á su rey cautivo una fidelidad que estaba en el carácter de aquellas provincias. Beurnonville, conduciendo diez y seis mil hombres del ejército del Norte al socorro de Dumouriez, dejaba descubierta á Lila, en donde solo habia diez mil hombres de guarnición; fuerza insuficiente para defender fortificaciones muy vastas y para contener al mismo tiempo una población de setenta mil almas. El duque Alberto reunió veinte y cinco mil hombres, pidió de los arsenales de los Países Bajos cincuenta piezas de artillería de sitio, se presentó el 23 de setiembre delante de las murallas de Lila, é hizo abrir trincheras. Cinco baterías armadas con treinta piezas, se concluyeron en la noche del 29, y el baron d'Aspre fué á intimar la rendición á la ciudad. Conducido al ayuntamiento

to con los miramientos conformes á las leyes de la guerra, el parlamentario hizo su intimacion al general Roualt, que mandaba la ciudad. El general respondió como hombre seguro de sí mismo, del valor de su débil guarnicion y del entusiasmo del pueblo. La multitud que se agolpaba á las puertas del ayuntamiento, volvió á conducir al parlamentario hasta los puestos avanzados austriacos, en medio de los gritos de *Viva la república! Viva la nación!* y el fuego principió al momento. Por espacio de siete dias y siete noches las balas y las bombas destruyeron sin descanso la ciudad, mataron seis mil habitantes é incendiaron ochocientas casas. Las hódegas donde las mugeres, los viejos y los niños buscaban un refugio, se hundieron en muchos barrios bajo el peso de las bombas y sepultaron miles de victimas bajo sus ruinas. Una poblacion intrépida se cambió en un ejército aguerrido, y no tuvo ni un solo momento de indecision, pareciendo ser la guerra la profesion habitual de aquel pueblo de las fronteras. Todas las ciudades del Norte, de que Lila aun no estaba cortada por un cordon completo, le enviaron víveres, municiones y batallones formados con lo mas florido de su juventud. Seis miembros de la Convencion, Duhem, Delmas, Bellegarde, Daoust, Doulet y Duquesnoy, fueron á encerrarse en sus muros para animar el valor de los sitiados y hacer ver en las fronteras, que la nacion combatia con ellas en la persona de sus representantes.

En vano treinta mil balas rojas y seis mil bombas del peso de cien libras, y cargadas á metralla, llovieron durante ciento cincuenta horas sobre aquel hogar humeante, sin cesar estinguido y sin cesar renovado: en vano para animar la constancia de los sitiadores, la archiduquesa de Austria, María Cristina, esposa del duque Alberto, fué ella misma á encender con su mano el fuego de una nueva bateria: los de Lila conocieron que los austriacos cargaban sus piezas con barras de hierro, cadenas y piedras,

y sacaron la consecuencia de que empezaban á escasear las municiones, y perseveraron con mas confianza en su heroica impasibilidad bajo el fuego. El duque Alberto, careciendo á la vez de tropas y municiones, y sabiendo las ventajas obtenidas por Dumouriez en Champaña, temió refluyesen aquellos soldados sobre el Norte, y levantó el sitio sin ser perseguido.

Lila habia perdido un arrabal entero, y muchos barrios de la ciudad no eran mas que montones de ladrillos que servian de sepultura á los cadáveres hacinados. Sus restos humeaban aun, y las hendiduras de sus monumentos atestiguaban la gloria de una ciudad guerrera defendida y sacrificada á la vez por sus mismos habitantes.

Allí se vieron rasgos dignos de la antigüedad. Un artillero voluntario de la ciudad servia una pieza sobre los baluartes, vienen á advertirle que ha reventado una bomba sobre su casa, se vuelve, ve la llama que se eleva sobre su mansion y responde: «Aquí es mi puesto, aquí me han colocado para defender, no mi casa, sino mi patria. Fuego por fuego.» Carga y dispara su pieza. La salvacion de Lila escitó un entusiasmo nacional; las afrentas de Verdun y de Longwy estaban vengadas.

Apenas se habia levantado el sitio de Lila, cuando Beurnonville, destacado del ejército de Kellermann con diez y seis mil hombres, se adelantó hácia las fronteras del Norte, para concurrir al plan de invasion de la Bélgica, tan largo tiempo premeditado por Dumouriez y tan gloriosamente interrumpido por la campaña contra el rey de Prusia.

Ya hemos visto como Dumouriez, deseoso de volver á adoptar este plan, se dirigió á París al momento que

empezó el movimiento de retirada del duque de Brunswick. Su aparición en esta capital tenía menos por objeto triunfar, que preparar nuevas victorias, obteniendo con el ascendiente de un general victorioso, todos los medios necesarios para la invasión de la Bélgica; idolo del pueblo, temido de los jacobinos, amigo de Danton, halagado por los girondinos; su gloria, su destreza y su entusiasmo militar arrancaron al poder ejecutivo todas las órdenes y todos los recursos de que podía disponer. Las consecuencias del 10 de agosto, la consternacion de las jornadas de setiembre, la proclamacion de la república, el estupor de los unos y el delirio de los otros ante el cadalso del rey, y en fin, el orgullo de Valmy y la gloria de haber reconquistado el territorio, hacian correr á las armas toda la juventud de la nacion. Las armas faltaban á los brazos, no los brazos á las armas: se fabricaban apresuradamente en todos los talleres de la república: muchos comisionados de la Convencion y comisarios nombrados por los jacobinos, unos armados con la ley, otros con la dictadura de la opinion, recorrieron los departamentos para activar las fabricas de armas, decretar y animar los alistamientos en todo el territorio francés. Las autoridades locales, salidas espontáneamente del pueblo y compuestas de los hombres que la voz pública habia designado como los mas patriotas, tenían en el pais una fuerza de confianza, de impulso y de ejecucion que ningun magistrado habia obtenido en tiempos ordinarios. Se les obedecia como se obedece á su propia pasion, y no eran mas que los reguladores de un movimiento general.

Acudian en masa hombres de todas condiciones, de todas fortunas y de todas edades, para formar los batallones que cada departamento enviaba á las fronteras. Los guardias nacionales introduciendo sus soldados mas aguerridos en aquellos batallones, se trasformaron asi sobre el mismo terreno en ejército activo. Los jóvenes

que se habian señalado por mas celo y patriotismo en la guardia nacional, fueron nombrados por sus compañeros de armas, comandantes de aquellos batallones. Estos voluntarios, hijos de las mismas ciudades, de las mismas aldeas y de los mismos cantones, hermanos, parientes, amigos y compatriotas, se conocian entre si y escogian sus gefes entre los mas valientes, los mas dispuestos, los mas queridos, y formaban en cierto modo tantas familias militares, cuantos eran los batallones de cada departamento. Marchaban al combate vigilándose, escitándose mutuamente y prometiéndose dar fé de su patriotismo, de su valor ó de su muerte.

Al anunciarse un gran acontecimiento de Paris; al saberse la noticia de una declaracion de guerra con un enemigo mas; al oír la relacion de las catástrofes ó de las ventajas militares que señalaban los primeros pasos de nuestros ejércitos en Champaña, en Saboya, en el Mediodía ó en el Norte, la llama nacional despertada con mas fuerza por el peligro ó por la gloria, se encendia en el corazon de los ciudadanos. Las ardientes proclamas de la Convencion, de las autoridades, de los jacobinos y de los representantes del pueblo en comision, llamaban á los defensores de la libertad. Su voz escuchada al punto, era la única ley para el alistamiento. El entusiasmo afiliaba; la voluntad disciplinaba; los donativos patrióticos, equipaban, armaban, pagaban y mantenian aquellos hijos de la patria.

XXIII.

En las ciudades, en los pueblos y en las aldeas, los dias en que las fiestas de la religion y las ferias reúnen los hombres en mayores masas, se levantaba un anfiteatro de madera en la plaza pública, en la de armas ó delante

de la puerta del ayuntamiento. Una tienda militar sostenida por pabellones de picas y coronada de banderas tricolores se veía estendida sobre las aceras como recuerdo de un campamento. Esta tienda, cuya tela levantaba por delante un granadero y un soldado de caballería con uniforme, se abría del lado del pueblo ocupando el centro una mesa con los registros de alistamiento. El representante del pueblo en comisión, con la faja tricolor ceñida, el sombrero con las alas levantadas, con un penacho de plumas, escribía en el registro los nombres de los que se alistaban. El alcalde, los regidores, los presidentes de los distritos y los de los clubs, estaban agrupados á su alrededor: la multitud conmovida se abría á cada momento para dejar paso á las filas de los defensores de la patria, que subían las gradas del estrado á decir sus nombres á los comisionados. Los aplausos del pueblo, los abrazos patrióticos de los representantes, las lágrimas de enternecimiento de las madres de familia, las músicas militares, los redobles de los tambores y las estrofas de la Marsellesa cantadas en coro, recompensaban escitaban y entusiasmaban aquellos sacrificios por la salvación de la república.

Aquel entusiasmo contagioso que dominaba las grandes masas, llegaba á apoderarse muchas veces de los espectadores y decidía á los hombres hasta entonces indiferentes ó tímidos á imitar los rasgos que presenciaban. Hombres casados se separaban de los brazos de sus esposas, para lanzarse hácia el altar de la patria: otros ya de edad avanzada y hasta viejos, pero aun robustos y ágiles, venían á ofrecer el resto de sus días por la salvación del país. Despojábanse de sus chaquetas y fraes delante de los representantes, y mostraban su pecho desnudo, sus espaldas y brazos aun robustos, para probar que sus miembros tenían fuerza para llevar la mochila, el fusil y arrostrar las fatigas de una campaña. Los padres inscribiéndose con sus hijos, los ofrecían á la patria pi-

diendo marchar en su compañía. Las mugeres, para seguir á sus maridos ó sus amantes, ó animadas por aquel delirio de la libertad y de la patria, el mas generoso y desinteresado de todos los afectos, abandonaban los trages propios de su sexo, vestían el uniforme de voluntarios y se alistaban en los batallones de sus departamentos.

Estos voluntarios recibían un pasaporte para ir al depósito designado por el ministro de la Guerra y recibir allí el equipo, la instruccion y la organizacion. Empeñaban la marcha por grupos mas ó menos numerosos, tambor batiente y cantando himnos patrióticos, acompañados hasta una gran distancia de sus pueblos por las madres, hermanos, hermanas y novias que llevaban la mochila y las armas y que no se separaban de ellos hasta que la fatiga habia agotado, no su ternura sino sus fuerzas. Donde quiera que se reunían carreteras, en los lugares elevados, en las entradas y salidas de las ciudades, á las puertas de las posadas aisladas donde estos destacamentos hacían alto, eran testigos los viajeros de aquellas separaciones y despedidas. Los voluntarios, á quienes estos últimos abrazos dejaban rezagados enjugaban sus lágrimas marchando aceleradamente para alcanzar á su batallon sin mirar hácia atrás, temiendo dudar y enternecerse, y volvían á cantar con su voz baja pero segura, la estrofa de la Marsellesa que entonaban sus camaradas: *Allons enfants de la patrie.*

La poblacion de las ciudades y aldeas que atravesaban, salía á las puertas de las casas para verlas pasar y ofrecerles pan y vino. En los puntos donde debían detenerse, se disputaban quién los alojaría, como si fuesen hijos de la familia. Las sociedades patrióticas salían á su encuentro, ó los convidaban á asistir por la noche á su sesion. El presidente les arengaba, los oradores del club fraternizaban con ellos ó inflamaban su valor, citando victorias tomadas de las historias de la antigüedad. Se les

enseñaban los himnos de los dos Tyrtéos de la revolución, los poetas Lebrun y Chenier. Se les embriagaba con el ardor santo por la patria y con el fanatismo de la libertad.

XXIV.

Tales eran los elementos del ejército que marchaba por todos los caminos de Francia desde el centro hacia las fronteras, y que Dumouriez organizaba sobre la marcha.

Este general, después de haber pasado cuatro días en París en conferencias secretas con Danton y en conferencias militares con Servan, entonces ministro de la Guerra, salió el 20 de octubre para ir á su cuartel general de Valenciennes. Antes de presentarse en esta ciudad pasó dos días en una quinta que tenía en las inmediaciones de Perona, para meditar sobre dos objetos; su plan de campaña para libertar la Bélgica de manos de los austriacos, y su plan de conducta para adular ó intimidar á la Convención; servir á la república si sabía darse un gobierno; dominarla y destruirla, si como lo temía, pasaba de una anarquía á otra entre las manos de todas las facciones. El general había salido despreciando mucho á los girondinos, y lleno de confianza en el genio de Danton. El indeciso horizonte de su fortuna le presentaba dos perspectivas, sobre las que se complacía igualmente en detener su imaginación: una dictadura para él mismo dividida en lo interior con Danton, ó el papel de Monk modificado por la diferencia de los tiempos y de los hombres, es decir, el restablecimiento por manos del ejército, de una monarquía constitucional, cuyo pensamiento le sugería el duque de Chartres.

Mientras que Dumouriez combinaba así las probabili-

dades que podían traer en pos de sí la guerra ó la revolución, Servan dejó el ministerio en el cual le reemplazó Pache.

XXV.

Pache, personaje sobalterno que acababa de salir de repente de la oscuridad, elevado al ministerio de la Guerra por los girondinos, era amigo de Roland, y uno de esos hombres, cuya ambición se oculta bajo una modestia que tranquiliza contra sus pretensiones. Apenas se sabía que era su origen y por qué medios había marchado ó arrastrádose hasta allí en la vida: solo se sospechaba que era hijo de un portero del duque de Castries, educado por el interés de aquella ilustre familia, y á su vez se había encargado él de educar á uno de los hijos de la misma casa. Instruido, estudioso y reservado, no dejando escapar en la conversacion más que las palabras escasas y precisas, que indicaban la exactitud y universalidad de su inteligencia, parecía muy á propósito para llegar á ser una de aquellas ruedas útiles del mecanismo de la administración, é incapaces de aspirar á ser nunca los reguladores. Tenía un desinterés hipócrita, pues ocultaba su deseo de mando bajo la apariencia y la sencillez de un filósofo: esta austeridad antigua había seducido á madama Roland, que se entusiasmaba con todo lo que la hacía recordar los hombres de Plutarco. Había hecho que su marido tomase á Pache para gefe de su gabinete particular en el ministerio del Interior, y para confidente y auxiliar en sus trabajos más difíciles y secretos. Veía en Pache uno de esos hombres prudentes que la Providencia coloca en torno de los hombres de Estado, para inspirarles sus consejos.

En el momento que Servan fué llamado al ministerio de la Guerra, entró Pache en su administración con el

mismo título y el mismo disimulo que con Roland, demostrando en ella la misma aplicación en llenar su deber é igual aptitud para los pormenores. Al retirarse Servan, Roland había propuesto á Pache para la Guerra en el consejo de los ministros. Los girondinos, que bajo la palabra de Roland veían en Pache un amigo decidido de su fortuna y de su causa, le aceptaron con confianza, creyendo que de ese modo el espíritu de Roland animaría los dos ministerios; pero apenas Pache se vió instalado en el consejo, sacudió como un recuerdo importuno, toda dependencia como todo reconocimiento hacia su antiguo patrono, y principió á urdir en secreto y bien pronto abiertamente con los jacobinos, las tramas que debían hacer caer á Roland del poder, y conducir á su muger al cadalso. Pache dió á los jacobinos por prenda la administración del ministerio de la Guerra, que confió á sus favoritos. Vicent y Hassenfratz dominaron allí en su nombre; el uno, jóven franciscano, discípulo y émulo de Marat, y el otro, patriota de Metz, refugiado en París. Pache, unicamente ocupado en estender su popularidad, hizo de sus oficinas otros tantos clubs, donde se veía el traje, las costumbres y el lenguaje de la mas desenfadada demagogia. El gorro encarnado y la carmañola, reemplazaban al uniforme; las hijas de Pache, apareciendo en las fiestas cívicas, hacían gala en todas partes de la exageracion de su patriotismo. Este ministerio no podia servir las miras de Dumouriez, á quien se acusaba de ser el hombre de guerra de los girondinos: el nombramiento de Pache le aterró, y comprendió vagamente desde entonces, que bien pronto se vería reducido por la enemistad de los jacobinos á la alternativa de humillarse ante ellos ó de hacerles temblar delante de él.

XXVI.

Así que llegó á Valenciennes, Dumouriez redactó su plan de invasion en Bélgica, y envió á cada uno de los generales que estaban á sus órdenes, la parte de cuya ejecución les encargaba, y cuyo conjunto él solo conocía, dirigiendo los movimientos combinados. Sus fuerzas ascendían á ochenta mil combatientes; el entusiasmo que había conducido sus batallones á la frontera, se aumentaba aun con la esperanza de una conquista hecha en nombre de la república: tenían en su general en jefe aquella confianza que el héroe de Valmy y el libertador de la Champaña inspiraba á los soldados. En donde estaba Dumouriez, allí estaban para ellos las leyes y la patria. Algo de dictatorial se revelaba en su fisonomia, en sus palabras y en sus órdenes del día que daba al ejército. Parecía le importaban muy poco los comisarios, los decretos de la Convencion, las miras del ministro de la Guerra y llevar el gobierno consigo.

Mandaba en Bélgica por los austriacos el duque Alberto de Sajonia-Teschen, á quien el emperador y la Prusia habían dejado en un aislamiento que comprometía por aquella parte la seguridad de la Bélgica. Las fuerzas diseminadas del duque de Sajonia-Teschen apenas llegaban á treinta mil combatientes, de los que cuatro mil eran emigrados franceses, por la parte de Namur, al mando del duque de Borbon, hijo del príncipe de Condé. Sus tenientes cubrían con fuertes destacamentos toda la frontera belga. El duque de Sajonia-Teschen, colocado en el centro de aquellas fuerzas diseminadas, pronto á avanzar ó á replegarlas sobre sí, ocupaba á Bruselas con una débil guarnicion.

mismo título y el mismo disimulo que con Roland, demostrando en ella la misma aplicacion en llenar su deber é igual aptitud para los pormenores. Al retirarse Servan, Roland habia propuesto á Pache para la Guerra en el consejo de los ministros. Los girondinos, que bajo la palabra de Roland veian en Pache un amigo decidido de su fortuna y de su causa, le aceptaron con confianza, creyendo que de ese modo el espíritu de Roland animaria los dos ministerios; pero apenas Pache se vió instalado en el consejo, sacudió como un recuerdo importuno, toda dependencia como todo reconocimiento hacia su antiguo patrono, y principió á urdir en secreto y bien pronto abiertamente con los jacobinos, las tramas que debian hacer caer á Roland del poder, y conducir á su muger al cadalso. Pache dió á los jacobinos por prenda la administracion del ministerio de la Guerra, que confió á sus favoritos. Vicent y Hassenfratz dominaron allí en su nombre; el uno, jóven franciscano, discípulo y émulo de Marat, y el otro, patriota de Metz, refugiado en París. Pache, unicamente ocupado en estender su popularidad, hizo de sus oficinas otros tantos clubs, donde se veia el traje, las costumbres y el language de la mas desenfadada demagogia. El gorro encarnado y la carmañola, reemplazaban al uniforme; las hijas de Pache, apareciendo en las fiestas cívicas, hacian gala en todas partes de la exageracion de su patriotismo. Este ministerio no podia servir las miras de Dumouriez, á quien se acusaba de ser el hombre de guerra de los girondinos: el nombramiento de Pache le aterró, y comprendió vagamente desde entonces, que bien pronto se veria reducido por la enemistad de los jacobinos á la alternativa de humillarse ante ellos ó de hacerles temblar delante de él.

XXVI.

Así que llegó á Valenciennes, Dumouriez redactó su plan de invasion en Bélgica, y envió á cada uno de los generales que estaban á sus órdenes, la parte de cuya ejecucion les encargaba, y cuyo conjunto él solo conocia, dirigiendo los movimientos combinados. Sus fuerzas ascendian á ochenta mil combatientes; el entusiasmo que habia conducido sus batallones á la frontera, se aumentaba aun con la esperanza de una conquista hecha en nombre de la república: tenian en su general en jefe aquella confianza que el héroe de Valmy y el libertador de la Champaña inspiraba á los soldados. En donde estaba Dumouriez, allí estaban para ellos las leyes y la patria. Algo de dictatorial se revelaba en su fisonomia, en sus palabras y en sus órdenes del dia que daba al ejército. Parecía le importaban muy poco los comisarios, los decretos de la Convencion, las miras del ministro de la Guerra y llevar el gobierno consigo.

Mandaba en Bélgica por los austriacos el duque Alberto de Sajonia-Teschen, á quien el emperador y la Prusia habian dejado en un aislamiento que comprometia por aquella parte la seguridad de la Bélgica. Las fuerzas diseminadas del duque de Sajonia-Teschen apenas llegaban á treinta mil combatientes, de los que cuatro mil eran emigrados franceses, por la parte de Namur, al mando del duque de Borbon, hijo del principe de Condé. Sus tenientes cubrian con fuertes destacamentos toda la frontera belga. El duque de Sajonia-Teschen, colocado en el centro de aquellas fuerzas diseminadas, pronto á avanzar ó á replegarlas sobre sí, ocupaba á Bruselas con una débil guarnicion.

Si hubiese tenido entonces Dumouriez el genio innovador de la guerra, que multiplica la fuerza de los ejércitos concentrándolos, hubiera podido combatir cada uno de aquellos cuerpos aislados de los austriacos con toda la masa de sus tropas, y avanzando despues en una sola columna al centro de la Bélgica, cortar los otros cuerpos, mutilarlos ó disolverlos con su presencia. La poca confianza que el general tenia aun en sus batallones de voluntarios, y sobre todo, la falta de material, de carros y de víveres, á lo que no podia suplir con requisas militares, le impidieron ejecutar aquella inspiracion. La rutina de las antiguas guerras embarazaba aun el instinto de los mas grandes generales. Dumouriez dividió su ejército en cuatro cuerpos, imitando al duque de Sajonia-Teschen. El general Valence, su brazo derecho y su discípulo predilecto, mandaba el ejército de los Ardennes, que venia tambien de Valmy para oponerse á Clairfayt. Valence recibió la orden de ir sobre Namur, para impedir, si aun era tiempo, la reunion de Clairfayt al ejército de Bélgica junto á los muros de Mons; pero era demasiado tarde. Las primeras columnas de Clairfayt ya habian entrado en Mons; el segundo cuerpo de doce mil hombres, al mando del general d'Harville amenazaba á Charleroi: el tercero, á las órdenes del general La Bourdonnaye, que mandaba el ejército del Norte propiamente dicho, compuesto de diez y ocho mil hombres, debia adelantarse sobre Tournay. En fin, Dumouriez, á la cabeza de dos cuerpos que formaban el centro de aquel ejército con la fuerza de treinta y cinco mil hombres, debia marchar sobre Mons y dar un golpe decisivo al ejército reunido de Clairfayt y del duque de Sajonia-Teschen, dividir aquel ejército en dos y marchar por aquella brecha

sobre Bruselas, insurreccionando á derecha é izquierda las provincias belgas, y sirviendo de vanguardia á los tres cuerpos de Valence, de d'Harville y de La Bourdonnaye. Se habian redactado por Dumouriez mismo proclamas en estilo revolucionario moderado, llamando la Bélgica á la independencia y á propósito para hacer fermentar en aquellas provincias el antiguo germen de su revolucion. Estas proclamas, obras maestras de habilidad, recordaban la prudencia del diplomático, la mano del revolucionario, y la espada del guerrero. Dumouriez se presentaba allí menos como conquistador que como libertador; los franceses hablaban á los pueblos como hermanos que venian á ayudarlos contra sus opresores; era el verdadero espíritu de la revolucion hablando por boca de su primer general. Si hubiese hablado y obrado en el sentido de Dumouriez, su propaganda, pacífica para las nacionalidades y solo amenazadora para las dominaciones que las oprimian, hubiera combatido por ella mas que sus ejércitos. Algunos patriotas belgas, impacientes por emancipar su pais del yugo austriaco, habian pasado la frontera al acercarse, y al oír la voz del general francés se habian formado en batallones de voluntarios, que Dumouriez llevaba consigo. Eran el combustible con que este tenia esperanza de encender la llama del patriotismo y de la insurreccion, como precursora de su marcha.

Así concebido y preparado todo este plan de campaña, se cifraba en la primera batalla, empeñada bajo los muros de Mons entre el ejército de Dumouriez, apoyado por el de Valence y sostenido por el de d'Harville por una parte, y el ejército del duque de Sajonia-Teschen y de Clairfayt por otra, acampado, fortificado y teniendo

á la espalda una ciudad importante. Todo marchó desde aquel momento con rapidez y concierto hácia Mons, donde la Bélgica debía de ser conquistada ó perdida. Las miras de Dumouriez, claramente indicadas por la disposición de sus cuerpos y por la marcha de sus columnas, habian sido conocidas por la prevision militar de Clairfayt. Este y el duque de Teschen, reunidos con una masa de treinta mil combatientes delante de Mons, habian tenido tiempo para escoger el terreno, designar el campo de batalla, apoderarse de las alturas, cerrar los desfiladeros, escarpar las pendientes y armar los reductos en los puntos por donde habia posibilidad de acercarse á ellos.

El campo de batalla, que de este modo habian cubierto de almenas y empalizadas, rodeado de barrancos, de canales y de riachuelos como una inmensa plaza fuerte, es una cordillera de colinas con algunas pequeñas desigualdades en los puntos en que se reúnen, y que se estiende á media legua de Mons. Esta línea de alturas está cubierta en su cumbre por un bosque. La villa de Jemmapes, colocada sobre los últimos llanos de aquella colina, la termina por la derecha; á la izquierda se inclina y va descendiendo hácia la villa de Cuesmes. El espacio comprendido entre estas dos villas, de que los austriacos habian hecho dos ciudadelas, forma naturalmente dos ó tres ángulos entrantes, donde se habian colocado baterías para acerbillar con fuegos cruzados, las columnas que intentasen subir la cuesta.

Delante se estiende, como el estanque de un lago sin agua, un llano profundo, estrecho, y cuyas tierras bajas forman recodos y ensenadas entre los picos de las peñas que le rodean. Detrás y sobre todo por el lado de Jemmapes, la colina donde estaba el campamento y los reductos del ejército austriaco, entra en un lagunal entrecortado de canales de desagüe, de charcos de agua estancada, de terreno blando que tiembla al andar por encima, y de

juncos que forman cercas elevadas en las orillas de los fosos, y hacen imposible el acceso á la caballería y á la artillería. Cubierto por detrás por este lagunal y por la ciudad de Mons, flanqueada su ala derecha por la villa de Jemmapes y la izquierda por la de Cuesmes, que toca á los arrabales de aquella gran ciudad cerrada, el ejército austriaco teniendo delante y á sus pies, sus baterías y sus reductos con ciento veinte piezas de artillería, y sus puestos avanzados fortificados en las últimas desigualdades del terreno que se adelantaban en el llano, nada podia temer sobre su línea de retirada y sobre sus flancos, teniendo solo que combatir de frente á los franceses, que avansasen á descubierto bajo sus fuegos y en un estanque que rodeaba por todas partes. La pericia de los dos generales austriacos habia suplido al número por la formidable posición de su ejército; la eleccion y la disposición de este campo de batalla indicaban á Dumouriez que habia encontrado en Clairfayt un general digno de competir con él.

XXIX.

El día 5 de noviembre, despues de haber desalojado á los austriacos el 3 y el 4 de algunos puestos avanzados que se adelantaban mucho en el camino y en el llano, Dumouriez se desplegó sobre una inmensa línea convexa, que se apoyaba por la izquierda en el pueblo de Quaregnon, que no habia podido tomar la víspera, y por la derecha en la aldea de Ciplý, al pie de las alturas de Berthamont y del monte Palisel, que dominan un arrabal de Mons. Se colocó en el centro de aquella línea de batalla, á igual distancia de sus dos alas, D'Harville que formaba el extremo de su ala derecha, al pie del monte Palisel, y casi bajo los muros de Mons, tenia orden de permanecer

en observacion, y de aprovecharse del movimiento de retirada y de confusion que produciria el ataque de las tropas francesas al exercito austriaco, para apoderarse del camino de Mous y cerrarle las puertas de aquella ciudad, donde el duque de Sajonia-Teschén y Clairfayt contaban sin duda hallar un refugio. Beurnonville, á quien Dumouriez confió una vanguardia igual en número á un cuerpo de ejército, estaba encargado con lo mejor de sus tropas de entablar la accion, apoderándose y tomando el pueblo y la meseta fortificada de Cuesmes, á la izquierda de los austriacos. Cinco reductos habia en esta temible meseta; toda la línea enemiga entre Cuesmes y Jemmapes, estaba igualmente amurallada con reductos sobrepuestos los unos á los otros, y cuyos fuegos se cruzaban, en caso de necesidad, por lienzos de pared hechos con árboles cortados y entrelazando con ellos las ramas, lo que hacia imposible que la caballería se acercase, y menos la artillería, por barrancos que la azada habia abondado mas, y por casas aspilleradas, desde donde los tiradores del Tirol de certera puntería, podian hacer fuego con tranquilidad y á cubierto y diezmar las filas de nuestras columnas de ataque. Tan solo en el centro, la villa y el bosque de Flence, colocados sobre un terraplen mas ancho y menos rápidamente inclinado, dejaban á la caballería francesa una garganta por donde podia pasar hasta el pie de la altura. El camino, interceptado sin embargo, por la misma aldea de Flence, estaba ademas obstruido de antemano por los escuadrones elegidos de la caballería austriaca. El anciano general Ferrand, recuerdo de Lanfelt y de la guerra de los Siete Años, pero que se rejuvenecia con el estruendo del cañon, mandaba el ala izquierda situada poco mas atrás de la línea de batalla á causa de la aldea de Quaregnon, ocupada aun por una fuerte columna austriaca con artillería, delante de las alturas de Jemmapes.

El duque de Chartres, despues rey de los franceses,

mandaba el centro á vista del general en jefe; era el mas jóven de los tenientes de Dumouriez y el mas favorecido por este general. Hubiera podido decirse que su jefe deseaba le iluminase un rayo de gloria para designarle á la Francia, y á un destino que el instinto político de Dumouriez entreveia al través del humo de sus primeros campamentos.

El duque de Chartres debia emprender el movimiento para dar el último asalto por el centro inespugnable de la posición de los enemigos. Ferrand y Beurnonville debian tomar antes uno de los dos extremos mas accesibles de Jemmapes ó de Cuesmes; una ú otra de estas posiciones era la única puerta por donde el ejército francés podia desembocar en la meseta y acercarse de flanco ó rodear al ejército austriaco.

Dumouriez tomaba estas disposiciones rodeado de su estado mayor, arreglándose al mapa mas bien que por la vista de los puntos. Las cercas, los bosques, los grandes árboles que hay en los límites de los campos y de los caminos en las tierras crasas de la Bélgica, interceptaban todo el horizonte que podia descubrir el general. Los cuerpos diseminados sobre una gran línea, combinan sus movimientos á tientas, por decirlo así, y en una línea de batalla de estension inmensa, donde se combate por el ruido mas que por la vista.

La noche ocultaba aquellos dos ejércitos cuando se distribuyeron estas diferentes órdenes á los tenientes de Dumouriez con todos sus pormenores. Muchos dragones ó húsares con hachas encendidas escoltaron por los caminos y los senderos á los ayudantes de campo y á los generales que volvian á sus vivacs para prepararse á la accion del día siguiente. El ejército durmió formado en batalla, con mochila y sobre las armas; los artilleros al pie de sus cañones; estos enganchados y las hidas de los caballos pendientes del brazó de los ginetes; todo segun lo habia dispuesto Dumouriez. Para empeñar un

combate sobre una línea dilatada, compuesta de tres líneas distintas de batalla y cuyos azarés podían prolongar la incertidumbre, el general no quería perder un instante de la luz del alba, en una estación en que los días tan cortos disputan la claridad á los combatientes. Temía además que si no se había decidido la victoria antes de la vuelta de las sombras, el enemigo en retirada se aprovechase de la oscuridad de la noche para volver á entrar en Mons y eludir su persecucion.

XXX.

Al rayar el día se encontraba ya sobre las armas el ejército francés en el desigual terreno de la Bélgica; el cielo estaba pardo, encapotado y lluvioso como un cielo de otoño en los climas del Norte. Una niebla fría oscurecía el sol y destilaba en gotas de lluvia de los árboles. Habíanse recolectado las mieses, la tierra estaba desnuda, las hojas habían caído, y ninguna cubierta de frondosidad ó de verdura interceptaba la vista tan lejos como podía estenderse, sobre las negras líneas de los batallones y de los escuadrones que esperaban silenciosos la orden de abandonar sus posiciones.

El aspecto severo, marcial y reflexivo que presentaba el ejército enemigo atrincherado sobre sus alturas; las gorras de pelo de los granaderos húngaros; la capa blanca de la caballería austriaca; el dolman azul celeste de los húsares; la casaca parda de los cazadores tiroleses; la inmovilidad de los cuerpos, colocados mas bien como espectadores, que como autores de un combate sobre las crestas de las mesetas de Jemmapes, como si estuviesen en el glasis de una ciudadela, contrastaban con el aspecto revolucionario y la tumultuosa movilidad del ejército de Dumouriez, como si la providencia de las na-

ciones hubiese querido colocar frente á frente y hacer luchar las dos mayores fuerzas militares: la disciplina y el entusiasmo.

XXXI.

El ejército francés, á escepcion de los generales envejecidos bajo el uniforme, y la caballería, cuyos regimientos se componian de antiguos soldados conservados con esmero en los cuadros, y orgullosos con su instrucción, estaba formado, casi en su totalidad, de voluntarios; los uniformes sencillos solo ofrecian á la vista largas filas sombrías, mal alineadas por oficiales bisonños, y manifestaban la inesperienza de las maniobras en los soldados. Los zapatos de cuero grueso, los botines de paño negro abotonados hasta mas arriba de la rodilla, que daban mas lijereza á la marcha apoyando y diseñando los músculos de la pierna, un calzón blanco, una casaca, cuyos largos faldones, cortados en figura de ala de pájaro, llegaban á los talones; dos anchas correas de cuero blanco cruzadas en el pecho, y que servian para sostener la cartuchera, y la otra para ceñir el sable en el lado izquierdo; otras dos correas parecidas, pero mas estrechas, que pasaban por encima de los hombros y volvian á pasar inmediatamente debajo del sobaco, que servian para llevar la mochila de piel de cabra del soldado, como una banasta de obrero; las solapas de la casaca de paño encarnado, formando como una gran mancha de sangre sobre el pecho, un collarin bajo para dejar libres los movimientos del cuello; el pelo largo, grasiendo y empolvado, cubriendo como dos copos de melenas, ambas orejas, y atado en la nuca con una cinta de hilo negro; y en fin, adornada la cabeza segun los cuerpitos, ó con un ligero casco de cuero sólido, coronado con

una corta garzota de erin en forma de escabilla, ó un sombrero con alas levantadas, sobre el que flotaban plumas de gallo: tal era el uniforme del voluntario francés.

Sus armas consistían en un sable corto, un cuchillo de reserva para acometerse cuerpo á cuerpo cuando se rompía la bayoneta, y un largo fusil de un solo cañon á cuya estremidad se colocaba la bayoneta para herir el pecho del enemigo, cuando habia salido el tiro. Casi toda la infantería llevaba este uniforme y armamento. Los cazadores le disminuían algunas veces para estar mas lijeros; los granaderos, estos gigantes de las líneas, aumentaban su elevada estatura con una enorme gorra cubierta de piel negra, cuyo pelo caía por delante sobre una placa de cobre dorada ó plateada. Esta placa contenía en letras de realce el número del regimiento ó del batallon.

Las compañías de zapadores, gastadores ó ingenieros militares, hombres escogidos por su robustez y estatura, llevaban en vez de fusil de bayoneta, un ancha hacha afilada y brillante, con mango corto, apoyada en el hombro, con el corte al aire; arma igualmente á propósito para abrir paso al ejército, que para destrozar miembros en el campo de batalla.

Los artilleros llevaban la casaca mas corta, de colores mas brillantes y mas adornos en el uniforme; las forrajeras de hilo de algodón, color de escarlata, rodeaban el brazo izquierdo; casco plateado en la cabeza y plumero encarnado.

La caballería, compuesta de gendarmes, carabineros, coraceros, dragones, cazadores y búsaes, según la estatura de los soldados y la alzada de los caballos, brillaba sobre las alas de cada division. Estos, alimentados con los fuertes pastos del Norte, relinchaban y batían el suelo como deseosos de combates. Los cañones crujendo sobre sus cureñas, seguidos de los furgones enganchados, y rodeados de artilleros con la mecha en la mano, preparándose á servir las piezas, estaban acostados como troncos negros

sobre las carretas de los leñadores. Por todas partes se levantaban las tiendas de los oficiales superiores, que eran las únicas que se habian desplegado aquella noche. Las filas de carruages que llevaban el pan, estaban colocadas á espaldas de los batallones; los fuegos de los vivacs, rodeados de vivanderos y cantineras que distribuían aguardiente á las compañías, se iban apagando, y confundían sus últimas humaredas con las nieblas de la mañana. De tiempo en tiempo el ruido de alguna cureña sobre el pavimento de las anchas calzadas belgas; un sonido de trompetas ó una llamada de los tambores, anunciaba el movimiento de algunos cuerpos que mudaban lentamente de sitio para ir á tomar la posición asignada por la orden del general.

XXXII.

Tal era el aspecto de los terrenos fangosos del llano de Jemmapes, en la mañana de la batalla. En cuanto á las disposiciones del ejército podíanse leer fácilmente en el rostro de los voluntarios. No tenían aquel semblante intrépido y grave, aquella actitud inmóvil y marcial de un ejército consumado en las maniobras y en la disciplina, que da á los movimientos y á las fisonomías la uniformidad maquinal del mismo ademán y de la misma expresión. El orden se conservaba poco; el traje y las armas se llevaban con desigualdad; el silencio se interrumpía con frecuencia; se trataba con familiaridad á los gefes, y muchas veces se les faltaba al respeto por réplicas y burlas soldadescas. La edad, los modales, la fisonomía, y el lenguaje de aquellos voluntarios, eran diferentes; algunos eran adolescentes, apenas capaces de llevar el peso de treinta libras con que estaba cargado cada soldado sobre las armas; otros tocaban á la vejez y tenían el bigote blanco de los veteranos; el mayor número estaba entre las

dos edades de veinte y cuarenta años. En lo delicado ó en lo tosco de las manos; en lo blanco ó en lo moreno del cutis; en la elegancia ó pesadez de los miembros, se veía que estos batallones no habian sido reclutados en la misma clase del pueblo, sino que todas las edades, todas las condiciones y todas las profesiones se hallaban allí confundidas y mezcladas; el hombre ocioso al lado del trabajador, el hijo del particular de las ciudades, al lado del labrador; el rico al lado del pobre, y el noble al del plebeyo. Las fisonomías, tan diferentes como los hombres, solo se parecían en la uniformidad del valor; se conocía que no estaban allí como máquinas que la ley de la disciplina y del reclutamiento afilia, y forma en empalizadas vivas delante del enemigo, sino que habian corrido movidos por impulso espontáneo, repentino y voluntario; que la causa en cuya defensa marchaban, sufrían el hambre y el frío, era su causa personal; y que en esta lucha de un pueblo contra la Europa, era la victoria de su patriotismo y de sus ideas lo que cada uno de ellos quería conseguir.

Advertiase además en los rostros una movilidad inquieta, curiosa y agitada que indicaba que aquellas tropas eran hisonías para el fuego, y poco acostumbradas al ruido del cañon. Atentas á la escena, esperaban la batalla como un espectáculo, lo mismo que como un combate. Esta extrema sensibilidad de los rostros y del alma en los batallones, inquietaba y aseguraba á la vez á los gefes; podía, según las impresiones de aquellos hombres demasiado apasionados para permanecer con sangre fría, convertirse al empezar el fuego, en un terror pánico ó en entusiasmo, y hacer de ellos masas de fugitivos ó batallones de héroes.

XXXIII.

Dumonriez solo habia descansado algunas horas con un sueño interrumpido por las relaciones de los ordenan-

zas, sobre un haz de paja estendido en su tienda. Recorría ya el frente de las líneas, rodeado de un grupo de su estado mayor particular. Thuvenot, su gefe de estado mayor en realidad, oficial que apreciaba mas que á todos los otros, porque habia sido el primero que en Sedan habia comprendido y servido su gran pensamiento del Argonne; el duque de Chartres, á quien mostraba á sus soldados para acostumbrar la república á la vista de un príncipe; el jóven duque de Montpensier, casi niño, hijo segundo del duque de Orleans, ayudante de campo de su hermano en Jemmapes, su valor precoz, su aspecto melancólico, y su apasionada amistad por su hermano, atraían las miradas y conmovían el corazón de los soldados: Moreton de Chabrillan, gefe de estado mayor honorario, valiente, pero turbulento y celoso; el jóven Bautista Renard, que el general habia agregado á su servicio, siendo aun niño, y que desde la condicion de criado se habia elevado hasta la abnegacion por su señor; y en fin, un grupo á caballo de cuatro oficiales de distintas edades, entre los que se notaban dos rostros femeninos. Su modestia, su color sonrosado y su gracia contrastaban, bajo el traje de oficiales de ordenanza, con las fisonomías varoniles de los guerreros que los rodeaban. Eran el capitán de guías de Dumouriez, Mr. de Fernig, habitante de la Flandes francesa; su hijo, teniente en el regimiento de Auxerroix, y sus dos hijas, á quienes la ternura por su padre, y su pasión por la patria, habian arrancado al abrigo de su sexo y de su edad, y llevado á los campamentos. El amor filial no les habia dejado otro asilo.

XXXIV.

Habian nacido en la aldea de Mortagne, en la frontera de la Francia, limitrofe de la Bélgica. He aquí como les fué revelada su vocacion.

En aquellos primeros tiempos de la guerra, los departamentos fronterizos se levantaban por sí mismos para cubrir el país. La Francia solo era un campamento, de que ellos se consideraban como los puntos avanzados. Ademas de los batallones que enviaban á Dumouriez, muchas compañías de voluntarios formadas de hombres casados, de viejos y de jóvenes casi niños, sin mas ley que la salvacion pública, sin otra organizacion que el patriotismo, sin otros gefes que los mas valientes, sabian de las ciudades, de las villas y de las aldeas, sorprendian los destacamentos enemigos, rechazaban la invasion de los puntos avanzados, y combatian contra los hulsos lijeros de Clairfayt. Hasta mugeres acompañaban á sus maridos en estas rápidas expediciones, y las hijas á sus padres; todas las edades y todos los sexos querian pagar su tributo de entusiasmo y de sangre á la patria y á la libertad; las mas piadosas y las mas decididas de todas estas heroínas, fueron dos jóvenes, célebres despues en los fastos de nuestros primeros combates; una se llamaba Teófila y la otra Felicidad.

Mr. de Fernig, antiguo oficial, retirado en la villa de Mortagne, en lo último de la frontera del departamento del Norte, era padre de una numerosa familia; sus hijos servian, uno en el ejército de los Pirineos, y el otro en el del Rhin. Sus cuatro hijas, á quienes la muerte habia arrebatado la madre, vivian con él. Dos de ellas eran aun niños, y las dos mayores apenas llegaban á la edad de la adolescencia. Su padre, que mandaba la guardia nacional de Mortagne, habia animado con su ardor militar á los paisanos del canton, haciendo un campamento de todo el país; fogueaba á los habitantes con escaramuzas continuas contra los húsares enemigos, que pasaban muchas veces la linea de la frontera para ir á insultar, saquear é incendiar la comarca. Pocas noches habia en que no dirigiésemos en persona aquellas patrullas cívicas y expediciones, lo que hacia que sus hijas temblasen por su vida.

Las dos mayores, Teófila y Felicidad, mas conmovidas aun por los peligros que corria su padre, que por los de la patria, se confiaron mutuamente sus inquietudes, y sintieron nacer á la vez en su corazon el mismo pensamiento: resolvieron armarse tambien, mezclarse sin que lo supiera Mr. de Fernig en las filas de los cultivadores de que él habia hecho soldados; combatir con ellos, velar particularmente sobre su padre, y arrojarse entre la muerte y él si le amenazaban de cerca los soldados enemigos.

Ocultaron esta resolucion en su alma, revelándola solo á algunos habitantes de la villa, cuya complicidad les era necesaria para que no lo supiera su padre. Se vistieron de hombres con los trages que sus hermanos habian dejado en casa, al marchar al ejército, se armaron con sus escopetas, y siguiendo muchas noches la pequeña columna guiada por Mr. de Fernig, se batieron con los merodeadores austriacos, se ejercitaron en las marchas, en los combates y la muerte, y electrizaron con su ejemplo á los valientes paisanos de la aldea. Su secreto se guardó fielmente mucho tiempo; Mr. de Fernig al entrar por la mañana en su casa, y contando á la mesa las aventuras, los peligros y las ventajas de la noche á sus hijas, no sospechaba que ellas habian combatido en primera fila con sus tiradores, y preservado algunas veces su propia vida.

Beurnonville, que mandaba el campamento de Saint-Amand, á poca distancia de la frontera, oyó hablar del heroísmo de los voluntarios de Mortagne, montó á caballo á la cabeza de un fuerte destacamento de caballería y fué á limpiar el país de aquellos forrageadores de Clairfayt. Acercándose á Mortagne al amanecer, encontró la columna de Mr. Fernig, que entraba en el pueblo despues de una noche de fatiga y de combate, en que no habia cesado el fuego sobre toda la linea, y en que Mr. Fernig habia sido libertado por sus hijas, de las manos de un grupo de húsares que le llevaba prisionero. La co-

Jumna fatigada, conduciendo muchos de sus heridos y cinco prisioneros, cantaba la Marsellesa al son de un solo tambor, acerbillado á balazos. Beurnonville detuvo á Mr. de Fernig, le dió las gracias en nombre de la Francia, y para honrar el valor y el patriotismo de sus paisanos quiso pasarles revista con todos los honores de la guerra. Apenas empezaba á rayar el día, aquellos valientes se alinearon bajo los árboles, ufanos al verse tratados como soldados por el general francés. Pero apeándose y pasando por el frente de aquella tropa, Beurnonville creyó percibir que dos de los mas jóvenes voluntarios, ocultos detrás de las filas, evitaban sus miradas y pasaban fortivamente de un grupo á otro para evitar se les acercase. No comprendiendo tanta timidez en hombres que llevaban fusil, suplicó á Mr. de Fernig hiciese acercar aquellos valientes jóvenes. Se abrieron las filas y dejaron á descubierto las dos doncellas; pero sus trages de hombre, sus rostros ennegrecidos con el humo de los tiros disparados durante el combate, y sus labios ennegrecidos por los cartuchos que habían roto con los dientes, las hacían desconocidas á los ojos de su mismo padre. Mr. de Fernig se sorprendió de no conocer aquellos dos combatientes de su pequeño ejército. «¿Quiénes sois? les preguntó con tono severo.» Al oír esto, un sordo murmullo acompañado de sonrisas generales, recorrió todas las filas. Teófila y Felicidad, viendo descubierto su secreto, se pusieron de rodillas, se avergonzaron, lloraron, sollozaron é imploraron, abrazando las piernas de su padre, el perdón de su piadoso engaño. Mr. Fernig abrazó á sus hijas llorando también, y las presentó á Beurnonville, que describió aquella escena en su oficio á la Convención. Esta citó los nombres de aquellas dos jóvenes á la Francia, y las envió á caballo y armas de honor en nombre de la patria. Ya las volveremos á encontrar en Jemmapes, combatiendo, triunfando y salvando á los heridos enemigos despues de haberlos vencido. El Taso no

ha inventado en *Clorinda*, mas heroísmo, nada mas maravilloso, ni mas amor que el que admiró la republica en el disfraz filial, en las hazañas y el destino de aquellas dos heroínas de la libertad.

XXV.

Dumouriez, cuando fué á mandar en Flandes la primera vez, las presentó á la admiracion de sus soldados en el campamento de Maulde. Su casa, cuando ocurrieron los primeros reveses, designada á la venganza de los austriacos, fué quemada, y Mr. Fernig no tuvo ya mas patria que el ejército. Dumouriez llevó consigo al padre, al hijo, y á las dos hijas á la campaña del Argonne; dió al padre y al hijo grados en el estado mayor; las jóvenes, siempre entre su padre y su hermano, llevaban el traje y las armas, haciendo las funciones de oficiales de ordenanza. Habían combatido en Valmy, y estaban impacientes por combatir en Jemmapes. La mayor, Felicidad de Fernig, seguía á caballo al duque de Chartres, á quien no quería abandonar durante la accion. La segunda, Teófila, se preparaba para llevar al anciano general Ferrand las órdenes del general en jefe, y para marchar con él al asalto de los reductos del ala izquierda. Dumouriez mostraba aquellas dos encantadoras heroínas á sus soldados, como un modelo de patriotismo y un presagio de la victoria. Su belleza y su juventud recordaban al ejército aquellas apariciones maravillosas de los genios protectores de los pueblos á la cabeza de los ejércitos; el día del combate. La libertad, como la religion, era digna también de tener sus milagros.

Mientras que Dumouriez, despues de haber concluido su inspeccion, decia al pasar á sus soldados aquellas palabras que resúmen el entusiasmo en un ademan y vienen á ser el santo de la victoria; empezábase el combate en los dos estremos de su larga línea de batalla, por la derecha y por la izquierda. Por esta se lanzó el general Ferrand, cantando la *Marsellesa*, sobre la fortificada villa de Quaregnon, puesto avanzado y que era indispensable tomar antes de poder cercar la derecha de los austríacos ó escalar á Jemmapes. Atento Dumouriez al estruendo del cañon, que tronaba sin mudar de sitio desde hacia mas de una hora por aquel lado, comprendió que Ferrand hallaba allí un obstáculo irresistible en las baterías, que ya la vispera habian hecho retroceder á los batallones belgas. No teniendo ningun movimiento que hacer, ni que vigilar el centro inmóvil, corre al galope hácia Quaregnon para animar con su presencia un ataque que no podia salir mal, sin paralizar todos sus movimientos en el centro y en la derecha. Al acercarse, Ferrand acosado por el fuego que le hacian de las casas y por las balas de cañon de los reductos, que todo lo barrian, parecia como indeciso, y al abrigo de los primeros edificios del pueblo, daba á sus batallones el tiempo de reponerse. Una palabra y un ademan de Dumouriez, señalando á las alturas, reanimaron los batallones dudosos. Envió á su confidente Thuvenot para que le reemplazase en el impulso y la direccion de aquellas columnas; Ferrand y Thuvenot, animados de una generosa emulacion, reforman y mueven de nuevo las columnas, se lanzan á su cabeza sobre el flanco derecho y sobre el izquierdo del pueblo, reciben tres veces la descarga de los reductos, los toman al paso de carga y á la bayoneta, y sostenidos por cuatro batallones

del general Rozieres, que cubren las filas, se apoderan de Quaregnon y del espacio que separa á este pueblo de Jemmapes.

Allí, siguiendo las instrucciones de Dumouriez, dividen sus fuerzas en dos columnas; una, al mando de Rozieres, despliega ocho escuadrones en batalla sobre el camino, mientras el general con ocho batallones de infanteria se acerca á Jemmapes por la izquierda: la otra á cuya cabeza marchan Ferrand y Thuvenot, forma el ataque principal en columnas por batallones, y se acerca á Jemmapes por el frente y á la bayoneta para no dar tiempo, descargando y cargando de nuevo las armas, á que los reductos acerbillasen á los sitiadores.

Thuvenot, para corresponder al pensamiento de su general y amigo; Ferrand para hacer olvidar su indecisor de la mañana, y hacer mas venerables sus blancos cabellos, con una victoria; hicieron mil veces el sacrificio de sus vidas, conduciendo los granaderos, la infanteria de línea y los diezmadados voluntarios, de escalon en escalon, sobre las mesetas de Jemmapes. Confundido por una nube de balas de cañon y de obus, que levantaban la tierra de los ribazos bajo sus pies, cayendo de su caballo que murió en el acto, Ferrand, levantado por Thuvenot, se coloca á pie con el sombrero en la mano á la cabeza de los granaderos, coge un fusil y carga á la bayoneta en las calles del pueblo, sufriendo la metralla de los austríacos. Su sangre corre, pero no la siente. Rozieres con sus cuatro batallones amenaza cercar á Jemmapes por la izquierda; los ocho escuadrones que ha colocado en observacion, se lanzan y emprenden al galope la pendiente de la villa, obligando á que cese el fuego en los reductos. Un destacamento de cazadores á caballo se precipita sobre uno de los últimos batallones de granaderos húngaros, que aun luchaba con la columna del centro. La jóven Teófila Fernig, lanzándose con sus cazadores sobre aquel batallon, lo desordena, derriba dos gra-

naderos de dos pistoletazos y hace prisionero al jefe del batallón, que conduce desarmado á presencia de Ferrand.

XXXVII.

Desde entonces, tranquilo ya Dumouriez en cuanto al ataque de la izquierda, donde habia dejado su alma en la persona de Thruvent, y viendo desde el llano las nubes de humo que rodeaban á Jemmapes, y hacian conocer al esparcirse por los aires, los progresos de los franceses, fijó toda su atención en la derecha. Desprovisto por aquel lado del cuerpo de ejército de los Ardennes y de Valence, su jefe, que aun no habian llegado á la línea, descansaba en Beurnonville, general activo é inspirado por el fuego. Eran las once de la mañana y el día iba trascurriendo. Dumouriez despues de cambiar el caballo en el cuartel general, dió rápidamente algunas órdenes al duque de Chartres, y volvió á marchar á toda brida para ver por sí mismo lo que detenia el ataque de Beurnonville al pie de la meseta de Cuesmes. Al llegar halló las tropas de este general inmóviles como murallas bajo las balas de cañon que llovian sobre ellas; pero sin atreverse á salvar las gradas de fuego que los separaban del llano. Dos de las brigadas de infantería de Beurnonville, sobresalian un poco de los reductos defendidos por los granaderos húngaros. Cien pasos detrás, diez escuadrones de husares, de dragones y de cazadores franceses, esperaban en vano que la infantería les abriese el espacio cerrado delante de ellos. Estos escuadrones recibian de momento las descargas oblicuas de las piezas de artillería que los flanqueaban y derribaban filas enteras de caballos. Para colmo de desastre, la artillería del general d'Harville, apostada á lo lejos sobre las alturas de Sibly, tomando aquellos escuadrones por

una masa de caballería húngara, les hacia fuego á su espalda. Encima de los reductos una columna de caballería y otra de infantería austriaca, prontas á caer sobre nuestros batallones tan pronto como los rompiesen las balas de cañon, dejaban ver las primeras líneas de bayonetas, y las cabezas y pechos de caballos de los primeros pelotones, detrás y encima del humo de los cañones.

XXXVIII.

Tal era la situación de nuestras columnas de ataque, sobre los llanos de Cuesmes, cuando llegó Dumouriez: pero impaciente al ver un alto, que suspendiendo el entusiasmo de las tropas les daba tiempo para contar los muertos y la tentacion de retroceder, el general Dampierre, comandante á las órdenes de Beurnonville, no aguardó que Dumouriez le arrebatase la victoria ó la muerte. Dampierre, en una carga desesperada, conduce con el gesto y la voz el regimiento de Flandes y el batallón de voluntarios cazadores de Paris, gente perdida que lleva al campo de batalla el fanatismo teatral, pero heroico de los jacobinos. Agita con la mano izquierda el penacho tricolor de su sombrero de general, llama con el movimiento de su espada al batallón que está cien pasos detrás, espuesto solo á la metralla de los reductos y al fuego de los húngaros. Parece que la muerte, que tan cerca le esperaba sobre otro campo de batalla, huye de él, y salió sin ser herido. El regimiento de Flandes y el batallón de Paris, tranquilizados al verle en pie, se lanzan al paso de carga, y le alcanzan en medio de los gritos de *Viva la república!* rompen á la bayoneta los batallones húngaros, y entran detrás de ellos en los dos reductos, cuyas piezas vuelven contra el enemigo. Dumouriez y Beurnonville, guiando por el frente y por la derecha

las otras dos columnas al paso de carga, las hacen entrar en la meseta, despejada ya por Dampierre. Los gritos de victoria y la bandera tricolor plantada sobre el último reducto, anuncian á Dumouriez que Cuesmes es ya suyo, y que es tiempo de atacar un centro cuyas dos alas están en retirada y cuyos flancos pueden ser descubiertos.

Sale á escape para dar la orden á la masa de sus treinta y cinco mil combatientes, de atacar las alturas fortificadas que unen la villa de Cuesmes á la de Jemmapes. Estos numerosos batallones escuchaban inmóviles, con el arma al brazo desde la aurora, las descargas de artillería que se respondían de una ala á la otra. El viento que soplabá del lado de Jemmapes les enviaba con el sonido del bronce los copos de humo y el olor entusiasta de la pólvora. Estaban impacientes por cargar, y murmuraban de la lentitud de su general.

Toda la línea se pone en movimiento á la señal de Dumouriez; forma por batallones en tres compactas y largas columnas; entona simultáneamente la *Marsellesa*, y atraviesa á paso de ataque el llano estrecho que separa las dos alturas. Los ciento veinte cañones y obuses de las baterías austriacas, vomitan sin descanso sus balas y granadas sobre aquellas columnas, que solo responden con el himno de los combates. Los tiros disparados desde mucha elevación, pasan sobre la cabeza de los soldados y solo alcanzan las últimas filas. Dos columnas empiezan á subir las cuestas.

La tercera, que avanzaba por la garganta ancha y obstruída por los árboles del bosque de Flenu, cargada de repente por ocho escuadrones austriacos, se detiene, retrocede y se abriga detrás de las casas del pueblo. Esta indecisión se comunica á las columnas de derecha é izquierda, y las filas se aclaran á cada minuto; las cabezas de las columnas se repliegan á retaguardia; los batallones de jóvenes, menos intrépidos para esperar inmóvi-

les que para correr delante de la muerte, principiaban á desunirse y á formarse á la ventura en pelotones confusos, indicio y preludio ordinario de la fuga. Dumouriez, espada en mano, guiaba con la vista, con el ademán y la voz, la cabeza de los primeros batallones de la derecha. Abandonar las tropas elegidas, á quienes entusiasmaba su presencia, en el momento en que llegaban al primer reducto, era llevarlas hacia atrás con él. Envía al joven Bautista Renard á informarse del desorden que percibe; el intrépido Bautista atraviesa á galope el espacio que separa la división de Dumouriez del bosque de Flenu; reúne al pasar la caballería francesa, y la lanza al socorro de la columna rota. Ya otros escuadrones, desembocando en el llano, sembraban la confusión y el terror en lo último de nuestras columnas de ataque. Toda la brigada del general Drouin, cortada y acuchillada, se dispersaba. Clairfayt desde lo mas elevado de su posición; de donde dominaba todos nuestros ataques, ve el inmenso reflujo que la brigada de Drouin efectúa en el llano, y envía allá en masa toda su caballería. Este choque, terrible para batallones bisonños, los corta, disemina y hace retroceder en grupos desparramados hasta su primera línea.

Iba á sufrir quizá la misma suerte el centro; arrastrado cada vez mas por aquel torrente de desorden y confusión, cuando el duque de Charres, que combatía en vanguardia, se vuelve y vé á la izquierda aquella derrota de sus batallones. Al momento, volviendo la cabeza de su caballo, herido ya en las ancas por un casco de granada, corre con el sable en la mano, seguido de su hermano, el duque de Montpensier, de la mas joven de las hermanas Fernig, y un grupo de sus ayudantes de campo á través de los husares enemigos. Atraviesa el llano, abriéndose paso á pistoletazos, llega á lo mas encarnizado de la pelea, por medio de los grupos de las brigadas que se retiraban. La voz del joven general, el entusias-

mo de la victoria que manifiestan las fisonomías de los pocos que le acompañan, la vergüenza que experimentan los soldados intimidados, al ver una jóven de diez y seis años, llevando la brida con los dientes y una pistola en la mano, reprimiéndoles por haber huido ante los peligros, que ella arrostra, la pólvora y la sangre que cubren el rostro del duque de Montpensier, las súplicas de los oficiales que corren con espada en mano detrás de sus compañías, desahando á sus soldados y diciéndolos que solo sobre su cuerpo podrán pasar, suspenden la derrota y fijan en torno del estado mayor del jóven príncipe, un núcleo de voluntarios de todos los batallones. Los arregla apresuradamente, los anima y los lleva consigo. «Os llamareis, les dice, el batallón de Jemmapes, y mañana el batallón de la victoria, porque vosotros la poseéis en vuestras filas.»

Formando pabellón, hace colocar en medio de este cuerpo las cinco banderas de los cinco batallones cuyos despojos reúne esta columna; la lleva consigo en medio de los gritos de *Viva la república!* y la sostiene, al atravesar de nuevo la llanura, con una carga de caballería del centro contra los escuadrones austriacos. El batallón de Jemmapes, aumentado en su tránsito por los destacamentos de las brigadas dispersas, se acerca con la impetuosidad de la venganza á los atrincheramientos que escala sobre los cuerpos de los heridos y moribundos. Hasta la caballería, superando las dificultades del terreno, se precipita sobre los reductos muriendo todos los artilleros austriacos al pie de sus piezas. En la proximidad de las baterías está el terreno resbaladizo con la sangre de los hombres y de los caballos, y marca los escalones de cadáveres, los diferentes órdenes de reductos. Los húngaros, cruzando la bayoneta con los voluntarios, oponen una muralla de hierro detrás de cada muralla de fuego, los hombres formados que suben, apenas bastan para reemplazar en las filas, los derribados por las

descargas de los reductos. El duque de Chartres y su columna, ya no avanzan un paso, van de nuevo á verse obligados á retroceder á la llanura, cuando el general Ferrand, saliendo al fin de Jemmapes, que habia tomado, se adelanta á la cabeza de seis mil hombres y de ocho piezas de artillería, y estrecha á los austriacos entre dos fuegos.

A las primeras descargas sobre sus batallones flanqueados, los generales austriacos hacen replugar lentamente sus tropas, abandonando al duque de Chartres y á Ferrand las alturas y los reductos de Jemmapes. A este movimiento de los enemigos, el duque de Chartres y el general Ferrand reunidos, envían su infantería lijera y su caballería sobre la retaguardia de los austriacos. Comprometida esta ala del ejército enemigo, no tiene tiempo de reunirse al cuerpo principal, se precipita al pie de la colina, detrás de Jemmapes, bajo el fuego, el sable y la bayoneta de los franceses. Parte de la infantería consigue evadirse abandonando sus armas y dejando los prisioneros y muertos: la caballería austriaca lanzada al galope en los barrancos que hay al pié de la colina se precipita al río Haisne, encajonado, profundo y rápido en medio de aquellos pantanos. Cuatrocientos ó quinientos hombres y mas de ochocientos caballos quedaron allí hundidos, haciendo esfuerzos por atravesarlo; las orillas escarpadas y fangosas de aquel torrente rechazan los pies de los caballos y las manos de los hombres, que se apoyan en ellas para subir á la otra orilla. El río, crecido con las lluvias de otoño, arrastra cadáveres de hombres y caballos, dejándolos una legua mas abajo en el fango y entre los juncos de aquel lodazal. Ferrand envió al momento al general Thuvénot á informar á Dumouriez de las ventajas de su ala izquierda; el duque de Chartres le envió á su hermano, el duque de Montpensier, para decir al general en jefe, que el combate estaba restablecido y apagados los fuegos de los reductos en el centro.

Durante estos diversos movimientos de su línea de batalla, y las vicisitudes de tantos combates distintos, Dumouriez, lleno de confianza en su principal cuerpo de batalla, que veía lanzado ó inmediato á la primera fila de los reductos del centro, corrió de nuevo hácia donde estaba Beurnonville.

De los cinco reductos que flanqueaban las alturas de Cuesmes, solo habían sido tomados dos á su vista aquella mañana por el denuedo de Dampierre. Pero el duque de Sajonia Teschen, había reunido sus mejores batallones húngaros y sus escuadrones de caballería de línea en la cumbre y á la espalda de la meseta, que dominaba los otros tres reductos. Esta posición que cubría á la vez la cabeza de su línea y la comunicacion con la ciudad de Mons, era la llave de la victoria ó de la derrota. Latour, Beaulieu, sus mejores generales y mas valientes soldados la defendían, estando allí el nervio de su ejército; Dumouriez lo había comprendido, y volvía con inquietud; en el momento en que llegaba de nuevo, algunos oficiales de ordenanza consternados por la indecision y decadencia de su cuerpo de batalla, le llevaban la triste noticia de la derrota de sus tres brigadas en el bosque de Flenu. El mismo Dumouriez colocando su caballo sobre un teso, y contemplando un momento la inflexion de su línea y los cascos de la numerosa caballería de Clairfayt que brillaban al sol en la llanura, esperiméntó una de aquellas dudas mortales, que colocan al guerrero, entre una prudencia humillante y una temeraria obstinacion. Conoció la necesidad de replegar sus dos alas medio victoriosas para unir las á un centro que ya no las sostenía, y bajó del teso al paso, con la cabeza inclinada, pensativo y resuelto á mandar la retirada.

Se leía en su rostro lo que costaba á su alma esta resolucion. La revolucion y él tenían igual necesidad de una victoria. Era el primer fuego que nuestros batallones veían desde la triste guerra de los Siete Años, porque Valmy solo había sido un cañoneo heroico; era la primera ocasion de reconquistar á su patria esa fama de superioridad militar que vale mucho mas que un ejército en la fuerza de las naciones, y la primera batalla en línea que daba él mismo. Hasta entonces solo había sido un táctico prudente, pero no general victorioso. Los jacobinos y la Convencion, tenían en aquel momento suspensa sobre su cabeza la corona del triunfador ó la hacha de la guillotina: la fama que adquiriese ó perdiere aquel día, era la que iba á hacer caer una ú otra sobre su nombre. No se le pediría cuenta de algunos miles de vidas preservadas ó perdidas por su prudencia ó por su temeridad; pero sí de la reputacion del ejército francés, y del entusiasmo de la revolucion que iba á dejar escapar con la victoria.

Conoció Dumouriez que le convenia morir antes que su gloria, porque no sobreviviría á las consecuencias de una derrota ó de una retirada ante generales celosos, los jacobinos sospechosos y la Convencion humillada. Mete espuelas al caballo y se lanza sobre la meseta de Cuesmes, donde todo estaba inmóvil frente la formidable línea de infantería y de caballería imperial que coronaba con sus batallones y sus escuadrones, como ya hemos visto, la cumbre de los reductos. Ningun general mandaba allí en aquel momento; Dampierre herido, fué á descansar un poco y á curar su herida. Beurnonville, comandante en gefe en el extremo derecho, tenía junto á sí las brigadas prontas á ir al socorro de los batallones cargados por los austriacos: era una de aquellas horas en que la incertidumbre mútua de los dos campamentos hace dudar y como respirar á las batallas.

Las primeras tropas que encontró Dumouriez, eran

dos brigadas de infantería compuestas de tres batallones de aquellos jóvenes hijos de París, que aun parecía jugaban con la muerte, y de cuatro mil soldados veteranos de su antiguo campamento de Maulde, muy acostumbrados á su genio y que estaban fanáticamente unidos á él como los hijos de su fortuna. La casualidad se los presentó á tiempo en la crisis de su fama y de su vida.

Apenas ven á su general, aquellos soldados intimidados se levantan, hacen sonar las culatas de sus fusiles en tierra, agitan sus sombreros en el aire y gritan: ¡Viva Dumouriez! ¡Viva nuestro padre! Su entusiasmo se comunica á los batallones de los hijos de París. El general conmovido, pasa, llamando á los soldados por su nombre, al frente de las dos brigadas, y jura que los conduce á la victoria, y ellos prometen seguirle. Diez escuadrones de caballería francesa, húsares, dragones y cazadores, separados de tiempo en tiempo por las balas de cañon de los reductos; estaban formados en batalla á algunos pasos, en un ángulo que formaba el terreno. Dumouriez corre á ponerse á la cabeza de aquellos agitados escuadrones; envía á su ayudante de campo de confianza, Felipe de Vaux, para que apresure la carga de Beurnouville, anunciándole que el general en jefe se está batiendo. Reconocen los austriacos á Dumouriez por el movimiento que notan en torno suyo, en el entusiasmo y en los gritos de los franceses; y envían desde el alto, al galope toda una division de dragones imperiales para disolver y acabar con aquel centro. Los soldados del campamento de Maulde, inmóviles, como tropas en revista, colocan en medio de ellos los batallones de París; esperan á diez pasos la carga de aquella masa de dragones, apuntan al pecho y á la cabeza de los caballos, derriban á mas de doscientos, que ruedan y espiran con sus ginetes al pie de los batallones. Protegidos por esta muralla de cadáveres, las dos brigadas hacen fuego á los escuadrones á medida que estos se dirigen al galope al abrigo del suyo. Dumouriez

á la cabeza de diez escuadrones franceses, envía los húsares de Berchiny, que acuchillan los ya diezmados dragones. Esta masa de caballería austriaca buye al fin en desorden hacia el camino de Mons, y conmueve con el espectáculo de su derrota, la columna de infantería húngara. Beurnouville llega con su reserva al paso de ataque; reemplaza á los austriacos sobre la meseta, que acaban de abandonar, y Dumouriez tranquilo por aquella parte se apea en medio de sus soldados, que le reciben con aclamaciones entre sus brazos. Forma una columna de aquellas dos brigadas; une á ellas el regimiento de cazadores á caballo mandado por uno de los hermanos Frescheville; los húsares de Chamborand que manda el otro hermano, ambos intrépidos en las cargas de lanza; reúne el regimiento de húsares de Berchiny, formado en nuestras antiguas guerras de aventureros húngaros cuyo solo nombre inspiraba el terror y ocasionaba la fuga en todas las guerras de la revolucion, al mando del coronel Nordmann, y entona el himno de los marseleses, repetido por todo su estado mayor, reforzado por las mil y quinientas voces de los hijos de París.

La columna, al oír este cántico, que sobrepaja al ruido del cañon é inspira el delirio á los soldados y aun á los caballos, se pone en movimiento y se precipita á la bayoneta sobre los reductos. Los artilleros húngaros solo tienen tiempo para descargar sus piezas á metralla sobre la cabeza de las columnas: los voluntarios y los soldados para escalar los reductos, pasan por encima de los miembros de sus camaradas mutilados, y clavan con sus bayonetas los cuerpos de los húngaros á sus cureñas. En medio del espeso humo de pólvora que rodea aquel estrecho campo de carnicería, apenas se pueden distinguir los franceses del enemigo, no reconociéndose muchas veces los combatientes sino hasta despues de haber sido heridos; aquel humo cubre prodigios de heroísmo por ambas partes. Se batian cuerpo á cuerpo, en medio de un siniestro

silencio tan solo interrumpido por el choque del hierro contra el hierro, por los sordos golpes de los cadáveres que caían y rodaban desde lo alto de los parapetos, y por el inmenso grito de victoria que se elevaba en cada línea de reductos conquistados, cuando los franceses los coronaban con la bandera del batallón. Allí no hubo ni fuga, ni prisioneros; todos los húngaros murieron junto á sus piezas apagadas, y teniendo aun en la mano los pedazos de sus bayonetas y de sus fusiles.


 XL.

Impelido por el entusiasmo de la carga, Beurnonville galopaba sobre el flanco derecho de los reductos con la masa de su caballería de línea, persiguiendo á la caballería austriaca. Mas soldado que general, se adelantaba de sus escuadrones, y forzaba de tiempo en tiempo los últimos pelotones enemigos á volverse para combatir. Rodeado una vez por un escuadrón de coraceros, todos sus ayudantes de campo caen, y él mismo, derribado de su caballo, de que hace un parapeto, se defiende con trabajo del círculo de sables que se dirigen á su pecho. El teniente de gendarmes de caballería, Lebreteche, seguido de un pelotón de los suyos, antiguos soldados, rompe al galope el escuadrón austriaco, derriba con el pecho de su caballo á los coraceros mas próximos á Beurnonville, y le cubren con su cuerpo, herido al momento, por cuarenta hojas de sable; da tiempo á que llegue el escuadrón francés, y salva á su general ofreciéndose á la muerte por él. Habiéndole conducido inanimado en brazos de sus soldados, Labréteche vivió y combatió todavía.

En el momento en que la columna acometiendo uno de los reductos, desfilaba delante de Dampierre gritando: *Viva la república!* y como inflamada por un entu-

siasmo que hacia elástico el suelo bajo los pies de los soldados, el general percibió en medio de los voluntarios un anciano con los cabellos blancos, que lloraba dándose golpes en el pecho «¿Qué tienes, amigo mio? le dijo Dampierre: ¿debe entristecerse un soldado en el momento que se le conduce á la victoria?—;Oh hijo mio! ¡oh hijo mio! se respondió á sí mismo el anciano combatiente, ¡porque el pensamiento de la vergüenza acibára para mí un momento tan glorioso!...» y contó al general que su hijo, enganchado en el primer batallón de Paris, habia desertado su bandera, y que él habia ido al momento á reemplazarle, y para dar su vida en cambio del brazo, de que la cobardía de su hijo habia privado á la nacion. Este rasgo propio de un romano, fué mencionado en las proclamas de Dumouriez á su ejército. Los soldados jóvenes querian ver á aquel veterano, que rescataba con su sangre la falta de su hijo, y todos pensaban en su padre al verle.


 XLI.

Apenas triunfaba Dumouriez á su derecha, cuando sin dar tiempo á que la victoria se consolidase en aquel punto, corrió á llevarla al centro, que siempre creia roto y desbandado. Acababa de destacar seis escuadrones de cazadores á las órdenes de Frescheville, y marchaba él mismo á todo escape á la cabeza de aquella caballería, para caer sobre la austriaca del bosque de Fleuu, cuando vió llegar á galope al duque de Montpensier. Este jóven príncipe venia á anunciarle la victoria del duque de Chartres. De all á poco, Thavenot le participó el triunfo de su ala izquierda en Jemmapes. Dumouriez estrecha en sus brazos á aquellos dos mensajeros de su fortuna; un grito de victoria que sale del corazón del general y

del pequeño grupo de sus oficiales de confianza y de sus amigos, se va aumentando repetido por los escuadrones de Frescheville y corre desde Cuesmes á Jemmapes, de boca en boca sobre toda la línea de las alturas, ocupadas ya por los franceses. Las baterías callan; solo se oían cada vez mas los cañonazos de retirada del ejército de Clairfayt y del duque de Sajonia-Teschen, debilitándose á medida que se alejaban. Esta fué la hora mas bella de Dumouriez, y tambien la primera de las grandes glorias militares de la Francia; la victoria y el patriotismo acababan de hacer alianza en los llanos de Jemmapes.

XLII.

Dumouriez, que queria y podia sacar todo el resultado de esta jornada, cortando al ejército austriaco el camino de Mons, y arrojándole á los pantanos del Haine, donde hubiera ahogado y hecho prisioneros sus restos, enviaba ayudantes de campos unos tras otros al general d'Harville. Hemos visto que este general mandaba el ejército de Valenciennes. Habia sido colocado por Dumouriez como cuerpo auxiliar y destacado, mas bien que en la línea de batalla, en las alturas de Sibly, cerca de los arrabates de Mons. Dumouriez, vencedor, le hacia apresurarse á atravesar con toda precipitacion el valle que separa á Sibly del monte Palisel, escalar los tres reductos que cubren aquella altura, y de este modo cerrar el camino de Mons á los austriacos.

La lentitud del general d'Harville, la calma de Clairfayt, la intrepidez de los húngaros, de los tiroleeses y de la caballeria austriaca, engañaron las esperanzas de Dumouriez. El duque de Sajonia-Teschen y Clairfayt se retiraron lentamente y amenazando aun, entraron en Mons sin ser perseguidos, y cerraron luego las puertas.

La fama de una victoria y un campo de batalla, fueron las únicas conquistas de Dumouriez. La fatiga, la falta de municiones, de sangre y de fuerza de un ejército, que combatia ó vivaqueaba ya hacia cuatro dias, y en fin, la necesidad de alimento, le obligaron á dar dos horas de descanso á las tropas, y se les dió una racion de pan y de aguardiente sobre el campo de batalla. Este alto sobre reductos tomados, sobre mesetas escaladas, sobre villas incendiadas, en medio de moribundos y de muertos, durante el que los cánticos de *Zaráy* y de la *Marsellesa*, respondian á los ayes de los heridos, ofrecia á la vista de Dumouriez que todo lo recorria, llevando su caballo al paso, el cuadro de sus pérdidas y de su victoria. Este general era bastante filósofo para deplorar, bastante militar para arrostrar aquel espectáculo, y bastante ambicioso para gozar de él. No habia perdido ninguno de sus confidentes ni de sus amigos. Thuvénot, el duque de Chartres, el de Montpensier, Beurnonville, Ferrand, el fiel y valiente Bautista, las dos jóvenes y bellas heroínas Felicidad y Teófila Fernig, le acompañaban á caballo, llorando por los muertos, levantando y consolando á los heridos. Se oía una triple aclamacion al acercarse Dumouriez, en el centro de las brigadas, de los regimientos y de los batallones. Ningun herido lo reprochaba su sangre; todos los que habian sobrevivido le hacian homena-ge de la victoria y de la vida. Las nubes que manchaban el cielo por mañana, rotas y lanzadas á los dos extremos del horizonte por las descargas de la artilleria, dejaban brillar un claro sol de otoño sobre el espacio que cubria el ejército. Espesos copos de humo de pólvora subian aqui y alli, por los flancos de las cuevas entre Cuesmes y Jemmapes. Algunas casas incendiadas por las bombas, y algunos matorrales por los cartuchos, en el bosque de Flence, ardian aun. Treinta ó cuarenta piezas de artilleria abandonadas con sus cajas de municiones cubrian los reductos: cuatro mil cadáveres austriacos y húngaros

estaban tendidos, rodeados de su sangre, en las faldas ó sobre la estremidad avanzada de la meseta de Jemmapes: mil doscientos caballos de la artillería ó de la caballería austriaca acababan de espirar, con la cabeza lánguidamente levantada y la brida pasada aun en el brazo de sus gineles muertos.

El río Haine y los pantanos que atraviesa, presentaban en todas partes grupos de hombres y de caballos que se agitaban en las aguas ó el fango. Dos mil cadáveres franceses y mas de dos mil caballos, con el pecho ó el costado heridos de bala de cañon, demostraban el destroz que habian hecho los reductos de los austriacos, en las filas de la artillería y de la caballería francesa, que se les habian acercado por la garganta de las cuevas. Escalones de cadáveres marcaban de distancia en distancia los pasos de los batallones y los intervalos dejados por la muerte entre una y otra descarga: casi todos los golpes que habian herido á los sitiadores eran mortales: solo mil doscientos ó mil quinientos heridos de bala ó sable, habian sido trasportados por sus camaradas á los hospitales de sangre. Los demas habian muerto acribillados por la metralla, ó daban el último suspiro, reconocidos á su general. El entusiasmo que habia animado sus rostros al volar al asalto, respiraba aun en sus fisonomias, siendo triunfal su agonía; murieron contentos, no como soldados inmolados á la ambicion de un general, sino como víctimas ofrecidas por sí mismas, y orgullosos con haber hecho aquel sacrificio á la patria.

Observaron los cirujanos del ejército que el delirio de los que murieron de sus heridas, al día siguiente ó al otro de la batalla en los hospitales de Mons, era un delirio patriótico, que el movimiento del alma que los habia llevado al combate se prolongaba y sobrevivía hasta en su agonía, y que las últimas palabras que pronunciaban casi todos eran algunas estrofas del himno de Rouget de Lisle, y los nombres de patria y de libertad. El

pensamiento de la revolucion se habia personificado en el ejército, y allí se llamaba patria, y si hacia mártires en París, hacia héroes en Jemmapes.

XLIII.

Al entrar en su tienda Dumouriez, para dar las órdenes del movimiento de avanzar que meditaba, fué detenido por otro cortejo fúnebre. Era el cuerpo del general Drouin, moribundo, á quien sus soldados llevaban en una camilla cubierto con su capisangrientada. Responsable del desorden, que habia comprometido el centro y cambiado por un momento la victoria en derrota, parecia que Drouin reparaba así heroicamente la falta de sus soldados. Se habia ofrecido á la muerte; sus camaradas triunfaban y él iba á morir.

Por parte de los austriacos, los generales, los oficiales y soldados solo abandonaron los atrincheramientos con la vida. No era solo la Bélgica lo que se disputaban los dos ejércitos, sino la reputacion de dos naciones y el prestigio de la primera batalla. Cada combate fué cuerpo á cuerpo; no se acercaron sino al arma blanca, y casi todos los generales austriacos salieron heridos. El baron de Keim, que mandaba los granaderos húngaros, viéndolos dudosos, se hizo matar delante de sus tropas, para que el espectáculo de su muerte animase á sus granaderos á vengarle.

Eran las cuatro de la tarde, y solo le quedaba al día una hora que prestar á los vencedores. El ejército francés se adelantó en masa y ocupó los arrabales de Mons, de donde salieron los austriacos durante la noche, entrando Dumouriez como vencedor al día siguiente. Su presencia hizo estallar en la poblacion el sentimiento de independencia y de fraternidad que fermentaba bajo

los pasos del ejército austriaco en toda la Bélgica. Los magistrados y los habitantes saludaron á la victoria y á la revolución en el general y el ejército; ofrecieron una corona de encina á Dumouriez y otra á Dampierre, á quien los jacobinos de Mons atribuían también una parte de la victoria. Dumouriez miró con justa envidia la gloria que se quería dividir entre él y uno de sus tenientes, cuyas operaciones subalternas habían, según él decía, hecho vacilar la victoria. Esta era enteramente suya, porque la había preparado, conducido y restablecido antes y durante el día. Jemmapes pertenecía á Dumouriez, como la acción pertenece al pensamiento que la ha concebido. Su primera recompensa era vérsela disputar por la envidia, que es la sombra que sigue á los grandes hombres. Hasta la victoria fué amarga para él, y los jacobinos llegaron á serle mas odiosos.

FIN DEL TOMO TERCERO.

ÍNDICE.

LIBRO VEINTE Y OCHO.

Págs.

Negociaciones secretas en los ejércitos.—Danton intenta hacerse dueño de la revolución.—Dumouriez en Paris.—Se concierta con Danton. 5

LIBRO VEINTE Y NUEVE.

Fin de la Asamblea legislativa.—La Convencion.—Disidencias.—El trono.—La república.—Los girondinos.—Collot de Herbois pide la abolición del trono.—Los girondinos la adoptan.—Vergniaud propone que se redacte inmediatamente el acta de supresion. 23

LIBRO TREINTA.

La república acogida por unanimidad.—Los girondinos en casa de madama Roland.—Acusación contra Marat.—Apóstrofe de Vergniaud.—Danton.—Robespierre.—Pormenores íntimos.—Escenas tumultuosas.—Marat.—Su retrato.—Rompimiento entre Danton y los girondinos. 42

los pasos del ejército austriaco en toda la Bélgica. Los magistrados y los habitantes saludaron á la victoria y á la revolución en el general y el ejército; ofrecieron una corona de encina á Dumouriez y otra á Dampierre, á quien los jacobinos de Mons atribuían también una parte de la victoria. Dumouriez miró con justa envidia la gloria que se quería dividir entre él y uno de sus tenientes, cuyas operaciones subalternas habían, según él decía, hecho vacilar la victoria. Esta era enteramente suya, porque la había preparado, conducido y restablecido antes y durante el día. Jemmapes pertenecía á Dumouriez, como la acción pertenece al pensamiento que la ha concebido. Su primera recompensa era vérsela disputar por la envidia, que es la sombra que sigue á los grandes hombres. Hasta la victoria fué amarga para él, y los jacobinos llegaron á serle mas odiosos.

FIN DEL TOMO TERCERO.

ÍNDICE.

LIBRO VEINTE Y OCHO.

Págs.

Negociaciones secretas en los ejércitos.—Danton intenta hacerse dueño de la revolución.—Dumouriez en Paris.—Se concierta con Danton. 5

LIBRO VEINTE Y NUEVE.

Fin de la Asamblea legislativa.—La Convencion.—Disidencias.—El trono.—La república.—Los girondinos.—Collot de Herbois pide la abolición del trono.—Los girondinos la adoptan.—Vergniaud propone que se redacte inmediatamente el acta de supresion. 23

LIBRO TREINTA.

La república acogida por unanimidad.—Los girondinos en casa de madama Roland.—Acusación contra Marat.—Apóstrofe de Vergniaud.—Danton.—Robespierre.—Pormenores íntimos.—Escenas tumultuosas.—Marat.—Su retrato.—Rompimiento entre Danton y los girondinos. 42

LIBRO TREINTA Y UNO.

Diplomacia de Dumouriez. — Westermann. — El *Amigo del Pueblo*. — Brissot intenta oponerse á los facciosos. — Louvet. — Su retrato — Acusa á Robespierre. — Aja á Marat. — Respuesta de Robespierre. — Barrere. — Fabre de Eglantine. — Carta confidencial de Vergniaud. — Fonfrede. Los partidos se disputan la popularidad. 106

LIBRO TREINTA Y DOS.

Luis XVI y la familia real en el Temple. — Descripción del Temple. — Manuel. — Tisson y su muger. — El zapatero Simon y su ayudante Rocher. — El rey separado de su familia. — Clery. — Foulan. 164

LIBRO TREINTA Y TRES.

Los jacobinos obligan á los girondinos á pronunciarse en el proceso del rey. — Saint-Just. — Su retrato. — Pide la muerte del rey. — La Montaña. — Su idea. — Tomás Payne. — Carestia en París. — El clero asalariado — El armario de hierro. — Denuncias. — El populacho alrededor del Temple. — Madama Roland en la barra. — Robespierre pide que el rey sea juzgado sin apelacion. — Vergniaud luchá por la vida del rey. 217

LIBRO TREINTA Y CUATRO.

El Temple. — Luis XVI en la barra de la Convencion. — Su vuelta al Temple. — Mr. de Malesherbes. — Su retrato. — Mrs. Deseze y Tron-

chet. — Testamento de Luis XVI. — Discusiones sobre el juicio del rey. — Lanjuinais. 260

LIBRO TREINTA Y CINCO.

Aspecto de la ciudad y de la Asamblea. — Condenacion del rey. — Vergniaud. — Luis XVI. — El abate Firmont. — Ultima entrevista del rey con su familia. — Comitiva. — Ejecucion. — Apreciacion del juicio de Luis XVI. 392

LIBRO TREINTA Y SEIS.

Impresion que produjo la muerte de Luis XVI. — Lepelleher Saint-Fargeau. — Gabinetes de Europa. — Custine. — La Inglaterra. — Pitt. — Fox. — Mr. de Talleyrand. — Coalicion en lo exterior. — Reclutamiento. — El ejército. — Pache, ministro de la Guerra. — Dumouriez en Bélgica. — Señoritas Fernig. — Jemmappes. — El duque de Chartres. — Dumouriez vencedor. 354

